

CRÓNICAS DEL MAGO NEGRO I

EL GREMIO DE LOS MAGOS



TRUDI CANAVIANI

Lectulandia

Cada año los magos de Imardin se reúnen para vaciar las calles de la ciudad de vagabundos, pícaros y maleantes. Son maestros en las diversas disciplinas de la magia, y saben que nadie puede oponérseles. Pero su escudo protecto no es tan impenetrable como creen. Porque Sonea, una joven de la calle, está furiosa tras ver que su familia y sus amigos van a ser expulsados de la ciudad. Toda la rabia acumulada por años de injusticia va concentrada en una piedra que Sonea lanza contra las fuerzas del orden. Para sorpresa de todos, la piedra atraviesa la barrera invisible y derriba a uno de los magos. El peor de los temores del gremio se ha hecho realidad: hay un mago sin educar en las calles. ¡Un mago fuera de la nobleza! Deben encontrar a Sonea cuanto antes, porque se trata de una persona con un poder enorme que, descontrolado, representa una amenaza tanto para quien lo posee como para el resto de la ciudad.

Magia, acción y aventuras de altos vuelos en la ópera prima de una autora que ha triunfado en el mundo entero.

Lectulandia

Trudi Canavan

El Gramio de los Magos

Crónicas del Mago Negro I

ePUB v1.8

Fanhoe 13.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Magician's Guild*
Trudi Canavan, 2001.
Traducción: Manuel Viciano Delibano
Diseño/Retoque Portada e imágenes: albertilico

Editor original: Fanhoe (v1.0 a v1.7)
Segundo editor: libra_861010 (v1.8)
Reporte de erratas: Snow72, Spiff, Jimb0o., 3PUBnoff, BathoryBaroness y Neige
ePub base v2.0

Este libro está dedicado a mi padre, Denis Canavan.
Él aportó la chispa que encendió las hogueras gemelas
de la curiosidad y la creatividad.

Primera Parte

1. La Purga

Se dice en Imardin que el viento tiene alma y que al barrer las estrechas calles de la ciudad se lamenta por lo que encuentra a su paso. El día de la Purga, silbaba entre los mástiles que se mecían en el Puerto, cruzaba en tromba las Puertas de Poniente y aullaba entre los edificios. Entonces, como abrumado por lo que había visto, se transformaba en un leve gemido.

O eso le parecía a Sonea. Mientras una nueva ráfaga de viento frío la azotaba, se envolvió en un abrazo y se apretó la raída capa al cuerpo. Bajó la mirada y frunció el ceño al ver que el sucio lodo le salpicaba los zapatos al andar. La tela que había metido en las botas porque le quedaban demasiado grandes ya estaba empapada, y los dedos de los pies le dolían por el frío.

Percibió un movimiento brusco a su derecha y se hizo a un lado: un hombre con greñas grises avanzaba dando tumbos hacia ella desde una bocacalle y terminó por caer de rodillas. Sonea se detuvo y le tendió una mano, pero el anciano no parecía verla. Se levantó a duras penas y se unió a las figuras encorvadas que caminaban calle abajo.

Con un suspiro, Sonea deslizó la mirada hasta donde se lo permitía la capucha. Había un guardia apostado con desgana en la boca del callejón. Torcía el gesto en una mueca de desdén, observaba distraído a los transeúntes. Sonea lo fulminó con los ojos, pero cuando el guardia giró la cabeza en su dirección, desvió de inmediato la mirada.

«Malditos guardias —pensó—. Así les salgan farenes venenosos a todos dentro de las botas.» El recuerdo de los nombres de unos pocos guardias bondadosos hizo que le remordiera la conciencia, pero no estaba de humor para excepciones.

Adaptó su paso al cansino caminar de los que la rodeaban y los siguió hasta que llegaron a una calle más ancha. Edificios de dos y tres plantas se elevaban a ambos lados. En las ventanas de los pisos superiores había un montón de caras. Desde una de las ventanas, un hombre bien vestido alzaba a un niño para que viera a la gente que había abajo. El hombre arrugó la nariz con desprecio y, cuando señaló la calle, el niño puso cara de asco.

Sonea los miró con furia. «Si les lanzara un pedrusco por esa ventana, se les acabarían los remilgos.» Buscó con la mirada sin demasiado empeño, pero si en aquel suelo había piedras, estaban bien ocultas bajo el fango.

Tras avanzar un poco más, distinguió a otros dos guardias en la entrada a un callejón. Ataviados con capas de cuero y yelmos de hierro, parecían el doble de corpulentos que los mendigos a los que vigilaban. Los dos llevaban escudo de madera, y de cada cinturón colgaba su kebin, una vara de hierro usada como porra

pero que justo encima de la empuñadura tenía un gancho diseñado para trabar el cuchillo del adversario. Sonea bajó la mirada y pasó junto a los dos hombres.

—... cortarles el paso antes de que lleguen a la plaza —estaba diciendo uno de ellos—. Son como unos veinte. El jefe de la banda es grandote, tiene una cicatriz en el cuello y...

A Sonea el corazón le dio un vuelco. «¿Podría ser...?»

Un poco más adelante había un portal. Sonea se metió en el hueco, volvió la cabeza para echar un vistazo a los dos hombres, y dio un respingo: dos ojos oscuros le devolvían la mirada desde el portal.

Una mujer la observaba con ojos como platos por la sorpresa. Sonea dio un paso atrás. La extraña también retrocedió.

Entonces Sonea soltó una carcajada y la otra sonrió.

«¡Solo es un reflejo!» Extendió el brazo y sus dedos tocaron con un recuadro de metal bruñido clavado en la pared. En la superficie había palabras grabadas, pero ella no conocía lo suficiente las letras para entender lo que ponía.

Examinó su reflejo. Una cara delgada y de mejillas hundidas. Pelo corto y oscuro. Nadie le había dicho jamás que fuera guapa. Si le convenía, aún podía hacerse pasar por un chico. Según su tía, se parecía más a su madre, muerta hacía mucho, que a su padre, pero Sonea sospechaba que la explicación era más simple: Jonna no quería ver en ella nada que le recordara a su desaparecido cuñado.

Se acercó más a su reflejo. Su madre había sido hermosa. «Si me dejara crecer el pelo y me pusiera ropa femenina, tal vez...», pensó.

«Bah, qué importa.» Enfadada por haberse distraído con semejantes fantasías, soltó un bufido de burla hacia sí misma y apartó la mirada.

—... hace unos veinte minutos —dijo una voz cercana.

Sonea se puso tensa al recordar por qué se había metido allí.

—¿Dónde piensan atraparlos?

—Y yo qué sé, Mol.

—Pues a mí me gustaría estar allí. Vi lo que le hicieron a Porlen el año pasado, menudos hijos de puta. El sarpullido le duró semanas, y no vio bien durante días. ¿No podría escaparme y...? ¡Yep! ¡Por ahí no, chaval!

Sonea no hizo caso del grito del soldado; sabía que ni él ni su compañero abandonarían su puesto en la entrada del callejón porque la gente podría aprovechar su ausencia para colarse por allí. Echó a correr entre la muchedumbre, cada vez más densa. De vez en cuando se detenía para buscar caras conocidas.

Sabía a qué banda callejera se referían los guardias. Las historias sobre lo que los muchachos de Harrin habían hecho en la última Purga se relataron una y otra vez en el duro invierno del año anterior. A ella le alegraba saber que sus viejos amigos seguían haciendo de las suyas, pero estaba de acuerdo con su tía en que más le valía

mantenerse apartada de sus diabluras. Al parecer, los guardias estaban planeando su venganza.

«Lo que demuestra que Jonna tenía razón.» Sonea sonrió con amargura. «Como se entere de lo que estoy haciendo, me despelleja, pero tengo que avisar a Harrin.» Siguió buscando entre la multitud. «No voy a meterme otra vez en la banda. Solo he de encontrar un vigía y... ¡ahí está!»

Encorvado a la sombra de un portal, un joven miraba alrededor con evidente hostilidad. A pesar de su aparente desinterés, su mirada pasaba sin cesar de una bocacalle a otra. Cuando sus miradas se cruzaron, Sonea se colocó bien la capucha e hizo un gesto que muchos considerarían grosero. Él entrecerró los ojos y le devolvió la señal con rapidez.

Segura ya de que el muchacho era un vigía, Sonea se abrió camino entre la multitud, se detuvo a unos pasos de la puerta y fingió que se le había desatado una bota.

—¿Con quién estás? —preguntó él sin mirarla.

—Con nadie.

—La señal que has hecho es antigua.

—Hacía tiempo que no venía por aquí.

Él reflexionó.

—¿Qué quieres?

—He oído hablar a los guardias —explicó—. Planean pillar a alguien.

El vigía soltó un gruñido.

—¿Y por qué voy a creérmelo?

—Yo era amiga de Harrin —replicó ella, irguiéndose.

El chico la observó; luego salió del portal y la agarró del brazo.

—Pues vamos a ver si él se acuerda de ti.

El corazón le dio un vuelco cuando la arrastró entre el gentío. El fango resbalaba, y sabía que si se resistía acabaría despatarrada en el suelo. Musitó una maldición.

—No hace falta que me llesves con él —dijo—. Tú dile mi nombre y listos. Él sabe que yo nunca le engañaría.

El chico no le hizo caso. Los guardias los miraron con recelo. Sonea intentó zafarse, pero él la agarraba con fuerza. La arrastró hasta una bocacalle.

—Escúchame —insistió ella—. Me llamo Sonea. Harrin me conoce. Y Cery también.

—Entonces no te importará volver a verlos.

El joven le indicó con la cabeza la dirección a seguir.

Aquel callejón estaba lleno de gente, y todos parecían tener prisa. Sonea se aferró a una farola y lo obligó a detenerse.

—No puedo irme contigo. He quedado con mi tía. Deja que me vaya... —La

multitud siguió calle abajo y los empujones cesaron. Sonea miró al cielo y gimió—: Jonna me va a matar.

Una hilera de guardias cruzaba la calle de lado a lado, quietos y con los escudos en alto. Varios jóvenes desfilaban ante ellos lanzándoles insultos y pullas. Sonea vio que uno arrojaba un pequeño objeto. El proyectil impactó contra un escudo y estalló en una nube de polvo rojo. Los guardias retrocedieron unos pasos y los jóvenes irrumpieron en gritos de júbilo.

Detrás, a varios pasos de distancia, se erguían dos figuras que Sonea conocía bien. Una, más alta y corpulenta que en sus recuerdos, tenía los brazos en jarras. Los dos años transcurridos habían eliminado el aspecto infantil de los rasgos de Harrin, pero Sonea supo por su postura que poco más había cambiado en él. Siempre había sido el líder incontestable de la banda, dispuesto a espabilar con un buen puñetazo a cualquiera que lo dudase.

A su lado había un joven que era casi la mitad de alto que él. Sonea no pudo reprimir una sonrisa. Cery no había crecido nada desde la última vez que lo había visto, y Sonea sabía lo mucho que aquello debía de fastidiarle. A pesar de su estatura, Cery siempre había sido un miembro muy respetado de la banda porque su padre había trabajado para los ladrones.

Mientras el vigía tiraba de ella, Sonea vio que Cery se chupó un dedo, lo alzó y asintió. Entonces Harrin gritó. Los jóvenes sacaron unos bultos pequeños de los bolsillos y los lanzaron contra los guardias. Una nube roja brotó de los escudos, y Sonea sonrió cuando los hombres empezaron a maldecir y aullar de dolor.

Una figura solitaria surgió entonces de un callejón, detrás de los guardias. A Sonea se le heló la sangre.

—¡Mago! —jadeó.

El chico, a su lado, ahogó un grito cuando vio a aquella figura vestida con túnica.

—¡Yep! ¡Mago! —exclamó.

Los jóvenes y los guardias se irguieron y se volvieron hacia el recién llegado.

Luego, una fuerte ráfaga de viento cálido los azotó y todos se tambalearon. Sonea percibió un olor desagradable y los ojos empezaron a picarle debido al polvo rojo que el aire le había arrojado a la cara. De pronto el viento cesó y se hizo el silencio y la calma.

Sonea se enjugó las lágrimas y, parpadeando, buscó con la mirada algo de nieve limpia con la que aliviar el picor. A su alrededor solo había fango, liso y aún sin pisar. Pero eso era imposible. Cuando se le aclaró un poco la visión, distinguió en el barro unas finas marcas con forma de olas... y todas ellas irradiaban de los pies del mago.

—¡Vámonos! —gritó Harrin.

Los jóvenes echaron a correr todos al mismo tiempo lejos de los guardias y dejaron atrás a Sonea. El vigía lanzó un aullido y tiró de ella para seguir a los demás.

Cuando vio que al final de la calle los esperaba otra fila de guardias, se le hizo un nudo en la garganta. ¡Esa era la trampa! «¡Y yo voy y me dejo atrapar!»

El vigía tiraba de ella tras la banda de Harrin, que corría hacia los guardias. Cuando ya los tenían cerca, los guardias se prepararon y alzaron los escudos. Pero el grupo de muchachos se metió por un callejón pocos pasos antes de llegar a los guardias. Sonea, que les pisaba los talones, vio a dos hombres de uniforme desplomados contra una pared en la entrada del callejón.

—¡Al suelo! —gritó una voz conocida.

Una mano la agarró y tiró de ella. Hizo una mueca de dolor cuando sus rodillas chocaron contra los adoquines, bajo el barro.

Oyó gritos a su espalda y se volvió: brazos y escudos, rodeados por una neblina de polvo rojo, llenaban el estrecho hueco entre los edificios.

—¿Sonea?

Era una voz familiar y llena de sorpresa. Sonea levantó la vista y sonrió al ver a Cery agachado junto a ella.

—Me ha dicho que los guardias preparaban una emboscada —dijo el vigía.

Cery asintió.

—Ya lo sabíamos. —Sus labios dibujaron lentamente una sonrisa, pero luego miró a los guardias y la sonrisa desapareció—. Vamos, todos, ¡hay que largarse!

Cogió la mano de Sonea, la ayudó a levantarse y la guió entre los jóvenes que seguían bombardeando a los guardias. De pronto, un estallido de una luz blanca y cegadora llenó el callejón.

—¿Qué ha sido eso? —gimió Sonea, pestañeando para tratar de borrar la imagen del callejón grabada en sus retinas.

—El mago —susurró Cery.

—¡Corred! —gritó Harrin, cerca de ellos.

Sonea, todavía deslumbrada, avanzó dando tumbos. Alguien chocó contra su espalda y la tiró al suelo. Cery le agarró los brazos, la levantó y guió sus pasos.

Salieron del callejón y aparecieron de nuevo en la calle principal. Los jóvenes aflojaron la marcha, se pusieron la capucha y se mezclaron con la multitud. Sonea hizo lo propio, y durante varios minutos Cery y ella caminaron en silencio. Alguien muy alto se colocó junto a Cery y escrutó a Sonea desde el interior de su capucha.

—¡Yep! ¡Mira quién es! —Harrin abrió los ojos como platos—. ¡Sonea! ¿Qué haces tú aquí?

—Meterme en líos otra vez por tus gamberradas, Harrin —replicó ella con una sonrisa.

—Se enteró de que los guardias planeaban una emboscada y vino a avisarnos —explicó Cery.

Harrin hizo un gesto despectivo con la mano.

—Ya sabíamos que intentarían algo, así que nos aseguramos una vía de escape. Sonea asintió; recordaba a los dos guardias inconscientes en la bocacalle.

—Tendría que haber pensado que ya estarías al tanto.

—¿Dónde has andado? Han pasado... años.

—Dos años. Hemos estado viviendo en la Cuaderna Septentrional. Mi tío Ranel consiguió habitación en una casa de queda.

—Me han contado que los alquileres en esas casas de queda están por las nubes. Y que todo cuesta el doble solo porque vives dentro de las murallas de la ciudad.

—Es verdad, pero nos las apañamos.

—¿Cómo? —preguntó Cery.

—Remendando zapatos y ropa.

Harrin asintió.

—Por eso hacía tanto que no te veíamos.

Sonea sonrió. «Por eso y porque Jonna quería que me mantuviera apartada de tu banda.» Su tía no veía con buenos ojos a Harrin y sus amigos. En absoluto.

—No parece una vida muy emocionante —murmuró Cery.

Sonea lo observó y se dio cuenta de que, aunque apenas había crecido, ya no tenía cara de crío. Llevaba un abrigo largo, deshilachado por donde lo había acertado y, probablemente, cargado con una colección de ganzúas, cuchillos, baratijas y chucherías ocultas en los bolsillos y dentro del forro. Siempre se había preguntado a qué se dedicaría Cery cuando fuera demasiado mayor para birlar y forzar cerraduras.

—Era más seguro que andar por ahí con vosotros —dijo.

Cery entrecerró los ojos.

—Eso son palabras de Jonna.

Tiempo atrás, el comentario le habría dolido. En ese momento sonrió.

—Las palabras de Jonna nos sacaron a mi familia y a mí de las barriadas.

—A ver —intervino Harrin—. Si tienes habitación en una casa de queda, ¿por qué estás aquí?

Sonea arrugó la frente y su buen humor desapareció.

—El rey está echando a la gente de las casas de queda —explicó—. Dice que no quiere que en el mismo edificio viva tanta gente, que no es limpio. Los guardias nos han sacado a patadas esta mañana.

Harrin frunció el ceño y murmuró una maldición. Sonea percibió que la mirada burlona de Cery había desaparecido. Apartó la vista, agradecida, pero no reconfortada, por la comprensión de sus amigos.

Había bastado una palabra de Palacio para quitarles en una mañana todo aquello por lo que ella y sus tíos habían trabajado.

Ni siquiera habían tenido tiempo de pensar en las consecuencias mientras trataban de reunir sus pertenencias antes de que los sacaran a la calle.

—¿Dónde están Jonna y Ranel? —preguntó Harrin.

—Me han mandado por delante para ver si consigo una habitación donde vivíamos antes.

Cery la miró a los ojos.

—Si no te la dan, ven a verme.

Sonea asintió.

—Gracias.

La multitud salía poco a poco de la calle y se dispersaba por una gran superficie adoquinada. Estaban en la plaza Norte, donde cada semana se celebraba el mercadillo local. Sonea iba allí a menudo con su tía... No: *había ido* a menudo.

Varios cientos de personas se habían congregado en la plaza. Algunos seguían avanzando y atravesaban las Puertas Septentrionales, otros remoloneaban en el interior con la esperanza de encontrar a sus seres queridos antes de salir al caos de las barriadas, y unos pocos simplemente se negaban a moverse hasta que los obligaban.

Cery y Harrin se detuvieron junto a la fuente que había en el centro de la plaza. En ella, una imponente estatua del rey Kalpol emergía del agua. Aunque el antiguo monarca debía de rondar los cuarenta años cuando acabó con los bandidos de las montañas, el de la estatua era un hombre joven que en la mano derecha blandía una réplica de su famosa espada enjorada, y en la izquierda, una copa igualmente ornamentada.

Antes allí había otra estatua, pero la habían derribado tres décadas atrás. Si bien a lo largo de los años se habían erigido varias estatuas del rey Terrel, todas, excepto una, habían sido demolidas, y se rumoreaba que a la única que había sobrevivido, protegida por las murallas de Palacio, le habían destrozado la cara. A pesar de todo lo que había hecho el rey Terrel, los ciudadanos de Imardin siempre lo recordarían como el hombre que instituyó las Purgas anuales.

El tío de Sonea le había contado la historia muchas veces. Treinta años atrás, los miembros más influyentes de las Casas se habían quejado de la inseguridad en las calles, y el rey ordenó a la guardia que echara de la ciudad a todos los mendigos, vagabundos y presuntos criminales. Enfurecidos, los más fuertes de los expulsados se unieron y, con las armas proporcionadas por los traficantes y los ladrones más ricos, contraatacaron. Viendo que las peleas y los disturbios se habían adueñado de las calles, el rey recurrió al Gremio de los Magos.

No había arma que los rebeldes pudieran utilizar contra la magia. Todos terminaron cautivos o expulsados a las barriadas. Y el rey quedó tan complacido por las fiestas que dieron las Casas para celebrar la victoria que proclamó un edicto: la purga de vagabundos se realizaría cada invierno.

Cinco años atrás, cuando el viejo rey murió, muchos albergaron la esperanza de que las Purgas terminarían, pero el hijo de Terrel, el rey Merin, mantuvo viva la

tradición. Sonea miró alrededor y le costó imaginar qué amenaza podía suponer aquella gente frágil y enferma. Entonces se dio cuenta de que Harrin estaba rodeado de jóvenes que miraban a su líder expectantes. Un miedo repentino hizo que se le encogiera el estómago.

—Tengo que irme —dijo.

—No, no te marches —protestó Cery—. Acabamos de encontrarnos...

Sonea meneó la cabeza.

—Es tardísimo. Jonna y Ranel ya deben de estar en las barriadas.

—Entonces ya te has metido en líos —dijo Cery encogiéndose de hombros—.

Aún te dan miedo las regañinas, ¿eh?

Sonea le lanzó una mirada de reproche. Cery no se inmutó y le devolvió una sonrisa.

—Toma. —Le puso algo en la mano.

Sonea examinó el paquetito envuelto en papel.

—¿Esto es lo que arrojabais a los guardias?

—Polvo de pemeino —dijo Cery—. Picor de ojos y sarpullido garantizados.

—Pero no contra los magos.

Cery sonrió de oreja a oreja.

—Una vez acerté a uno. Lo pillé por sorpresa.

Sonea hizo ademán de devolvérselo, pero Cery apartó la mano.

—Quédatelo —dijo—. Aquí no sirve de nada. Los magos siempre hacen un muro.

—Claro, y por eso vais vosotros y les tiráis piedras —replicó Sonea, moviendo la cabeza—. ¿Por qué os molestáis?

—Porque sienta bien. —Cery volvió sus ojos color gris acero hacia la calle por donde habían venido—. Porque si no lo hiciéramos, sería como si la Purga no nos importara. No vamos a dejarles que nos echen de la ciudad sin armar un poco de jaleo, ¿no?

Ella se encogió de hombros y miró a los jóvenes. Tenían un brillo de anhelo en los ojos. A ella siempre le había parecido que arrojar cualquier cosa a los magos era inútil y estúpido.

—Pero Harrin y tú casi nunca entráis en la ciudad... —dijo.

—Ya, pero deberíamos poder hacerlo si quisiéramos. —Cery sonrió—. Y esta es la única ocasión que tenemos de crear problemas sin que los ladrones anden metiendo las narices.

Sonea puso los ojos en blanco.

—O sea, que es eso.

—¡Yep! ¡Vamos allá! —gritó Harrin por encima del vocerío.

Mientras los jóvenes aclamaban a su líder y se alejaban, Cery la miró expectante.

—Vente. Será divertido —la animó.

Sonea negó con la cabeza.

—No hace falta que intervengas. Tú miras y ya está. Cuando acabemos, me voy contigo y busco un sitio para que os quedéis.

—Pero...

—Un momento. —Cery le quitó la bufanda. La plegó en un triángulo, se la pasó por la cabeza y se la ató al cuello—. Así tienes más pinta de chica. Aunque los guardias nos persiguieran, cosa que no hacen nunca, no pensarían que estás montando follón. Ya está. —Le dio una palmadita en la mejilla—. Mucho mejor. Y ahora, vamos. No voy a dejar que desaparezcas otra vez.

Sonea suspiró.

—De acuerdo.

La multitud había crecido, y la banda se abrió paso a empujones entre la gente. Para sorpresa de Sonea, nadie protestó ni respondió a los codazos. Al contrario, le ofrecían piedras y frutas podridas y le susurraban palabras de ánimo. Mientras seguía a Cery entre aquellas caras anhelantes, notó que empezaba a emocionarse. La gente razonable como sus tíos había salido ya de la plaza Norte. Los que seguían allí querían ver una demostración de rebeldía; no les importaba que no sirviera de nada.

La presión de la muchedumbre se redujo cuando la banda llegó al extremo de la plaza. A un lado Sonea vio que todavía entraba gente por una calle lateral. Al otro, los lejanos portones se elevaban sobre la multitud. Enfrente...

Sonea se detuvo y notó que la confianza la abandonaba. Cery siguió adelante, pero ella retrocedió un poco y se colocó detrás de una anciana. A menos de veinte pasos había una hilera de magos.

Inspiró profundamente y dejó escapar el aire despacio. Sabía que los magos no se moverían. No harían caso de la multitud hasta que decidieran sacarla de la plaza. No había razón para asustarse.

Tragó saliva y se obligó a apartar la mirada y buscar a los jóvenes. Harrin, Cery y los demás seguían avanzando sin prisa entre el menguante arroyo de recién llegados que se incorporaba a la muchedumbre.

Sonea devolvió su atención a los magos y se estremeció. Nunca había estado tan cerca de ellos ni había tenido oportunidad alguna de examinarlos con la mirada.

Todos vestían igual: túnicas de amplias mangas ceñidas a la cintura con un fajín. Según su tío Ranel, aquella ropa estuvo de moda muchos siglos atrás, pero ahora se consideraba un delito que cualquiera se vistiera como los magos.

Todos eran hombres. Desde su posición distinguía a nueve de ellos, solos o en parejas, formando parte de una línea que Sonea sabía que abarcaría toda la plaza. Algunos no tenían más de veinte años, pero otros parecían ancianos. Uno de los que estaban más cerca era un hombre rubio de unos treinta años, atractivo y de aspecto

muy cuidado. Los demás eran sorprendentemente ordinarios.

Captó un movimiento brusco con el rabillo del ojo y se giró a tiempo para ver el movimiento del brazo de Harrin. Una piedra surcó el aire en dirección a los magos. A pesar de que sabía qué iba a pasar, Sonea contuvo la respiración.

La piedra se estampó contra algo duro e invisible y cayó al suelo. Sonea soltó el aliento mientras otros jóvenes empezaban a tirar piedras. Algunos magos levantaron la mirada hacia los proyectiles que repicaban contra el aire delante de ellos. Otros echaron un vistazo a los jóvenes y enseguida retomaron sus conversaciones.

Sonea observó el lugar donde se alzaba la barrera de los magos. No vio nada. Dio unos pasos, sacó uno de los paquetes que llevaba en el bolsillo, tomó impulso y lo lanzó con todas sus fuerzas. El paquete se desintegró contra la muralla invisible y, por un momento, en el aire se formó una nube de polvo aplanada por un lado.

Oyó una risita muy cerca y al volverse se encontró con la sonrisa de la anciana.

—Eso ha estado bien —dijo la mujer—. Que se enteren. Adelante.

Sonea metió la mano en un bolsillo y sus dedos se cerraron sobre una piedra grande. Dio unos pasos más en dirección a los magos y sonrió: había visto fastidio en sus caras. Era evidente que no les gustaba que les plantasen cara, pero algo les impedía enfrentarse a los jóvenes.

Desde el otro lado de la neblina de polvo llegaron unas voces. El mago de aspecto muy cuidado miró hacia arriba y se volvió hacia su compañero, un hombre mayor que él, con el cabello canoso.

—Qué chusma tan patética —dijo con desprecio—. ¿Cuánto falta para que podamos quitárnoslos de encima?

A Sonea se le revolvió el estómago y su mano apretó la piedra con más fuerza. La sacó del bolsillo y la sopesó. Era bastante pesada. Encarándose hacia los magos, hizo acopio de la rabia por haber sido expulsada de su hogar y de su odio innato hacia los magos y arrojó la piedra al que había hablado. Siguió la trayectoria del proyectil por el aire y, cuando se acercaba a la barrera mágica, lo animó a superarla y alcanzar su objetivo.

Se vieron unas ondas de brillante luz azul y a continuación la piedra se estrelló contra la sien del mago con un ruido sordo. El hombre se quedó inmóvil, con la mirada perdida, luego se le doblaron las rodillas y su compañero se acercó para sostenerlo.

Sonea contempló boquiabierta cómo el mago más viejo tendía en el suelo a su colega. Los gritos de los jóvenes se apagaron. El silencio se expandió como humo entre la multitud.

Luego, mientras otros dos magos se acercaban a toda prisa y se agachaban junto a su compañero caído, llegaron las exclamaciones. Los amigos de Harrin y otras personas prorrumpieron en gritos de júbilo. El ruido se adueñó de la plaza a medida

que la gente explicaba, con murmullos o a gritos, lo que acababa de ocurrir.

Sonea se miró las manos. «Ha funcionado. He roto la barrera. Pero eso es imposible, a no ser...»

«A no ser que haya hecho magia.»

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar cómo había concentrado su rabia y su odio en la piedra, cómo había acompañado su recorrido con la mente y la había animado a romper la muralla. En su interior se despertó una sensación extraña, un ansia que la animaba a repetir aquellas acciones.

Vio que unos cuantos magos rodeaban a su compañero herido. Algunos estaban acuclillados junto a él, pero la mayoría observaba a la gente de la plaza; sus ojos buscaban. «Me buscan a mí», pensó Sonea de repente. Como si le hubiera leído el pensamiento, uno de ellos se volvió y la miró fijamente. Sonea se quedó paralizada por el terror, pero la mirada del mago se desplazó y siguió examinando a la multitud.

«No saben quién ha sido.» Suspiró con alivio. Miró alrededor y vio que la gente estaba unos pasos por detrás de ella. Los jóvenes estaban retrocediendo. Con el corazón desbocado, Sonea hizo lo mismo.

Entonces el mago más viejo se levantó. Sin vacilación alguna, sus ojos se clavaron en los de ella. La señaló, y los otros magos se volvieron a mirar. Cuando todos levantaron las manos, a Sonea la invadió el terror. Dio media vuelta y echó a correr hacia la gente. Con el rabillo del ojo vio que los demás jóvenes huían. La visión se le borró cuando varios estallidos de luz iluminaron los rostros que tenía delante; luego los gritos atravesaron el aire. La asaltó una oleada de calor y cayó de rodillas, jadeando.

—¡DETENEOS!

No sintió dolor. Comprobó aliviada que seguía teniendo todo el cuerpo en su sitio. Miró hacia arriba: la gente escapaba a la carrera, no hacía caso de la orden extrañamente amplificadas que retumbaba en las paredes de la plaza.

Un olor a quemado llegó a su nariz. Pocos pasos detrás de ella había una persona tirada boca abajo en el suelo. Llamas voraces le devoraban la ropa, pero la figura yacía inmóvil. Sonea vio la masa negruzca que había sido un brazo y sintió náuseas.

—¡NO HAGÁIS DAÑO A LA CHICA!

Se puso en pie torpemente y se alejó del cadáver dando tumbos. Por ambos lados la adelantaba la gente que se sumaba a la huida de los jóvenes. Sonea se obligó a hacer un esfuerzo y emprendió una carrera tambaleante.

Alcanzó a la multitud cerca de las Puertas Septentrionales y se abrió paso a empujones. Con golpes y arañazos, se metió a la fuerza en aquella masa humana. Notó el peso de las piedras en sus bolsillos y se deshizo de ellas. Se le enredó algo en las piernas y tropezó, pero se irguió y siguió empujando.

Unas manos la agarraron bruscamente por detrás. Sonea se resistió y tomó aliento

para chillar, pero las manos le dieron la vuelta y se encontró frente a los familiares ojos azules de Harrin.

2. El debate de los magos

Aunque lord Rothen había entrado innumerables veces en el Salón Gremial desde su graduación, treinta años antes, pocas veces había oído el resonar de tantas voces en él.

Observó a los hombres y mujeres vestidos con túnica que tenía delante. Los magos hablaban en grupos, y lord Rothen advirtió que ya se habían formado las habituales camarillas y facciones. Otros magos iban de corrillo en corrillo. Agitaban las manos con gestos expresivos, y de vez en cuando se oía alguna exclamación o negación.

Por lo general las Reuniones eran ceremonias ordenadas y dignas, pero hasta que llegaba el administrador para organizarlas, los participantes vagaban charlando por el centro de la estancia. Mientras Rothen se adentraba en la habitación, captó fragmentos de conversaciones que parecían emanar del techo. El Salón Gremial amplificaba los sonidos de una forma extraña e inesperada, sobre todo cuando se levantaba la voz.

No se trataba de un efecto mágico, como daban por hecho quienes carecían del don, sino de una consecuencia involuntaria de la reconversión de un edificio en salón de reuniones. Aquella era la primera y más antigua construcción del Gremio, y originalmente contenía habitaciones para los magos y sus aprendices, además de aulas y salas de juntas. Cuatro siglos después, ante el rápido crecimiento del número de afiliados, los magos construyeron nuevos edificios. No querían demoler su primer hogar, así que derribaron los tabiques y añadieron asientos, y desde entonces celebraban allí todas las Reuniones Gremiales, las Ceremonias de Aceptación y Graduación, y las Vistas.

Un hombre alto y ataviado con una túnica púrpura se apartó del grupo y se acercó a Rothen con paso firme. Viendo la expresión ansiosa del mago más joven, Rothen sonrió. Dannyl se había quejado en muchas ocasiones de que en el Gremio nunca pasaba nada demasiado emocionante.

—Bueno, viejo compinche, ¿cómo ha ido? —preguntó Dannyl.

Rothen se cruzó de brazos.

—¿Cómo que «viejo compinche»?

—Mi viejo berrinche, entonces —replicó Dannyl, zanjando el tema con un gesto de la mano—. ¿Qué te ha dicho el administrador?

—Nada. Solo quería que le relatara lo sucedido. Al parecer, soy el único que vio a la chica.

—Por suerte para ella —dijo Dannyl—. ¿Por qué los otros intentaron matarla?

Rothen negó con la cabeza.

—No creo que fuera eso lo que pretendían.

El sonido de un gong tapó el zumbido de las voces, y el timbre amplificado del administrador gremial llenó el salón.

—Por favor, que todos los magos tengan la amabilidad de ocupar sus puestos.

Rothen miró atrás y vio cerrarse los enormes portones. Los grupos se dispersaron y los magos se dirigieron hacia las butacas de ambos lados de la sala. Dannyl señaló al frente con la barbilla.

—Hoy tenemos una compañía poco habitual.

Rothen siguió la mirada de su amigo. Los magos superiores estaban ocupando sus lugares. Para señalar su posición y autoridad dentro del Gremio, los asientos se hallaban organizados en cinco graderías situadas al frente del salón. Dos escaleras estrechas subían a aquellas tribunas. En el centro de la fila más alta había una gran butaca embellecida en oro y adornada con el incal del rey: un ave nocturna de elegantes formas. La butaca estaba vacía, pero los dos asientos que la flanqueaban estaban ocupados por magos con fajines dorados en la cintura.

—Los consejeros reales —musitó Rothen—. Interesante.

—Sí —convino Dannyl—. Me preguntaba si el rey Merin consideraría esta Reunión lo suficientemente importante.

—No lo bastante para acudir en persona.

—Desde luego. —Dannyl sonrió—. Tendremos que comportarnos.

Rothen se encogió de hombros.

—No hay ninguna diferencia, Dannyl. Aunque sus consejeros no estuvieran aquí, nadie diría nada que se hubiera callado ante el rey. No; solo han venido para asegurarse de que hacemos algo más que hablar sobre la chica.

Llegaron a sus asientos y se sentaron. Dannyl se recostó en el respaldo y observó el salón.

—Y todo esto por una mugrienta golfilla de la calle.

Rothen dejó escapar una risita.

—Menudo revuelo ha armado, ¿eh?

—Fergun no ha venido... —Dannyl observaba los asientos de la pared opuesta—. Pero sus seguidores sí.

Rothen no aprobaba que su amigo expresara en público su antipatía hacia otro mago, pero no pudo reprimir una sonrisa. La costumbre que tenía Fergun de meterse donde nadie lo llamaba le granjeaba pocas simpatías.

—Por lo que recuerdo del informe del sanador, Fergun estaba muy confundido y agitado por el impacto. Ha considerado apropiado recetarle un sedante.

Dannyl soltó un suave gorjeo de placer.

—¡Fergun *dormido*! ¡Cuando se entere de que se ha perdido esta Reunión se pondrá furioso!

Sonó un gong y el silencio se fue adueñando de la sala.

—Y, como ya imaginarás, al administrador Lorlen le ha decepcionado muchísimo que lord Fergun no haya podido contar su versión de los hechos —añadió Rothen en susurros.

Dannyl ahogó una carcajada. Rothen vio que al otro lado de la sala todos los magos superiores habían tomado asiento. Solo quedaba en pie el administrador Lorlen, con el gong en una mano y el mazo en la otra.

La expresión de Lorlen era de gran solemnidad. Rothen recobró la compostura al comprender que aquella era la primera crisis que afrontaba el administrador desde que había salido elegido. Lorlen ya había demostrado su valía para lidiar con los asuntos cotidianos del Gremio, pero en ese momento eran muchos los magos que se preguntaban cómo se enfrentaría a aquella crisis.

—He convocado esta Reunión para tratar los acontecimientos que han tenido lugar esta mañana en la plaza Norte —dijo Lorlen—. Debemos abordar dos asuntos de suma gravedad: la muerte de un inocente y la existencia de una maga fuera de nuestro control. Empezaremos por el primero y más serio de estos asuntos. Llamo a declarar a lord Rothen como testigo de los hechos.

Dannyl miró sorprendido a Rothen y luego sonrió.

—Deben de haber pasado años desde la última vez que estuviste ahí abajo. Buena suerte.

Mientras se levantaba, Rothen fulminó a su amigo con la mirada.

—Gracias por recordármelo. No habrá problema.

Los magos se giraron para ver a Rothen bajar de su asiento y cruzar el salón hasta situarse ante los magos superiores. Inclino la cabeza en dirección al administrador. Lorlen le respondió con un leve asentimiento.

—Cuéntenos lo que presencié, lord Rothen.

Rothen permaneció un momento en silencio para elegir sus palabras. Cuando alguien se dirigía al Gremio, se esperaba de él que fuera conciso y evitara las florituras.

—Cuando llegué esta mañana a la plaza Norte, lord Fergun ya estaba en su puesto —empezó—. Me coloqué a su lado y añadí mi poder al escudo. Algunos de los vagabundos más jóvenes empezaron a lanzarnos piedras pero, como de costumbre, no les hicimos caso. —Levantó la vista hacia los magos superiores y constató que lo observaban con atención. Reprimió un acceso de nerviosismo. Ciertamente hacía mucho tiempo que no se dirigía al Gremio—. Luego vi un resplandor azul con el rabillo del ojo y noté una perturbación en el escudo. Vislumbré fugazmente un objeto que venía hacia mí, pero antes de que yo pudiera reaccionar ya había impactado contra la sien de lord Fergun y lo había dejado inconsciente. Lo sostuve para evitar que cayese, lo tendí en el suelo y me cercioré de que la herida no era grave. Luego,

cuando llegaron otros para ayudar, busqué al que había arrojado la piedra. —Rothen sonrió con ironía mientras recordaba—. Vi que, mientras la mayoría de los chavales parecían confusos y sorprendidos, una joven se miraba las manos anonadada. Mis colegas me pidieron que se la señalara. —Rothen meneó la cabeza—. Cuando lo hice, pensaron que señalaba a un joven que había junto a ella... y tomaron represalias.

Lorlen le indicó con un gesto que se detuviera. Paseó la mirada por los magos de la tribuna que tenía debajo hasta posarla en lord Balkan, líder de guerreros.

—Lord Balkan, ¿qué ha podido averiguar de quienes golpearon al joven con sus azotes?

El mago, vestido con una túnica roja, se puso en pie.

—Los diecinueve magos implicados creyeron que el atacante era uno de los muchachos de la multitud porque les pareció imposible que una chica hubiera recibido formación de un mago rebelde. Pretendían dejarlo aturdido, no querían hacerle daño. Según la descripción de los azotes proporcionada por los testigos, estoy convencido de que así fue. Esos mismos informes me llevan a concluir que algunos de los azotes de paro se combinaron para formar un azote de fuego desenfocado. Y eso fue lo que mató al chico.

El recuerdo de aquella forma en ascuas asaltó la mente de Rothen. Asqueado, bajó la mirada al suelo. Aunque los azotes no se hubieran combinado, diecinueve azotes de paro habrían sido demasiado para el cuerpo del chico. No pudo evitar sentirse culpable. Si hubiera actuado antes de que los otros reaccionaran...

—El asunto es complicado —dijo Lorlen—. La gente seguramente no nos creerá si nos limitamos a decir que cometimos un error. Una disculpa no bastará. Debemos realizar alguna compensación. ¿Indemnizar a los familiares del joven?

Varios magos superiores asintieron, y Rothen oyó murmullos de aprobación a su espalda.

—Eso si los encontramos —matizó uno de los magos superiores.

—Me temo que indemnizarlos no reparará el daño causado a nuestra reputación. —Lorlen frunció el ceño—. ¿Cómo vamos a recuperar el respeto y la confianza del pueblo?

Se oyeron murmullos, luego se alzó una voz:

—La indemnización es suficiente.

—Dejemos que pase el tiempo; la gente lo olvidará —dijo otra.

—Hacemos todo lo que podemos.

Y con voz más baja, a la derecha de Rothen:

—... un chico de las barriadas. ¿A quién le importa?

Rothen suspiró. Aunque aquellas palabras no le sorprendieron, despertaron en él una conocida rabia. Según la ley, el Gremio existía para proteger a los demás, y esa ley no hacía distinción entre ricos y pobres. Pero había oído a algunos magos afirmar

que los de las barriadas eran una pandilla de ladrones que no merecían la protección del Gremio.

—Poco más podemos hacer —intervino lord Balkan—. Las clases altas aceptarán que la muerte del chico fue un accidente. Los pobres no, y nada de lo que hagamos o digamos les hará cambiar de opinión.

El administrador Lorlen miró uno por uno a los magos superiores. Todos asintieron.

—Muy bien —dijo por fin—. Volveremos sobre este tema en la próxima Reunión, cuando hayamos tenido tiempo de evaluar los efectos de la tragedia. —Inspiró profundamente, irguió la espalda y barrió el salón con la mirada—. Ahora, pasemos al segundo asunto: la maga rebelde. Aparte de lord Rothen, ¿alguien vio a la chica o fue testigo de cómo lanzaba la piedra?

Silencio. Lorlen, decepcionado, arrugó la frente. En las Reuniones Gremiales, la mayoría de los debates terminaban dominados por los tres líderes de disciplina: lady Vinara, lord Balkan y lord Sarrin. Lady Vinara, líder de sanadores, era una mujer tenaz y práctica, pero podía hacer gala de una compasión sorprendente. El fornido lord Balkan era observador y analizaba los recovecos de cada asunto, aunque no vacilaba a la hora de tomar decisiones difíciles o rápidas. El mayor de los tres, lord Sarrin, podía ser duro en sus juicios, pero siempre admitía la validez de otros puntos de vista.

Lorlen se dirigió a estos tres magos.

—Debemos empezar examinando aquellos hechos que han sido confirmados por testigos. No hay duda de que una simple piedra, por extraordinario que parezca, atravesó un escudo mágico. Lord Balkan, ¿cómo es eso posible?

El guerrero se encogió de hombros.

—El escudo que se utiliza en la Purga para repeler piedras es débil: puede frenar los proyectiles, pero no la magia. Por el fogonazo azul y por la sensación anómala que han descrito quienes sostenían el escudo, está claro que se utilizó la magia. Aun así, para que la magia atravesase un escudo tiene que estar conformada a ese efecto. Creo que la atacante utilizó un azote, uno muy simple, y lo envió con la piedra.

—Pero ¿por qué arrojó la piedra? —preguntó lady Vinara—. ¿Por qué no azotó directamente con magia?

—¿Para disimular el azote? —propuso lord Sarrin—. Si los magos hubieran visto el azote, les habría dado tiempo de reforzar el escudo.

—Es posible —dijo Balkan—, pero la fuerza del azote solo se usó para cruzar la barrera. Si la agresora hubiera tenido malas intenciones, lord Fergun tendría mucho más que una mejilla magullada.

Vinara parecía desconcertada.

—Así pues, la atacante no pretendía hacer daño... Entonces ¿para qué lo hizo?

—Para demostrar su poder... para desafiarnos, tal vez —respondió Balkan.

La cara arrugada de Sarrin mostró su desaprobación. Rothen negó con la cabeza. Balkan captó el movimiento y se volvió hacia él con una sonrisa.

—¿No está usted de acuerdo, lord Rothen?

—La chica no esperaba hacer nada —afirmó Rothen—. A juzgar por su expresión, estaba estupefacta y sorprendida por lo que había hecho. Creo que no ha recibido ninguna formación.

—Imposible. —Sarrin meneó la cabeza—. Alguien debe de haber liberado sus poderes.

—Pues esperemos que la haya entrenado para controlarlos —añadió Vinara—. De lo contrario, nos enfrentamos a un problema de otro tipo, y muy serio.

De pronto se elevaron las especulaciones por todo el Salón. Lorlen alzó una mano y silenció las voces.

—Cuando lord Rothen me contó lo que había visto, llamé a lord Solend a mi estancia para preguntarle si, en sus estudios de la historia gremial, había sabido de magos que hubieran desarrollado sus poderes sin ayuda. —Lorlen estaba muy serio—. Por lo visto, nuestra suposición de que solo un mago puede liberar el poder de otro mago es falsa.

«Según los registros, en los primeros siglos de existencia del Gremio, algunos individuos que solicitaban formación ya estaban usando la magia. Sus poderes se habían desarrollado naturalmente al ritmo de su maduración física. Hoy día solo aceptamos e iniciamos a los aprendices muy jóvenes, por lo que el desarrollo natural del poder no tiene lugar. —Lorlen señaló una de las graderías laterales—. He pedido a lord Solend que recopile cuanto se sabe sobre este fenómeno y nos explique lo que ha averiguado.

Una figura avejentada se levantó de entre las filas de hombres y mujeres con túnica y empezó a bajar la escalera. Todos esperaron en silencio a que el anciano historiador llegara a la tribuna y se colocara junto a Rothen. Solend inclinó la cabeza ante los magos superiores.

—Quinientos años atrás —empezó a decir el anciano con voz quejumbrosa—, cualquiera que deseara aprender magia acudía a un mago para convertirse en su discípulo. Se sometía a prueba a los aspirantes y los seleccionaban en función de su fuerza y de lo que podían pagar. Esta tradición explica que los aprendices fueran bastante maduros cuando empezaban su formación, pues solo muchos años de trabajo o una generosa herencia les permitía costearse el aprendizaje.

»Sin embargo, a veces aparecía un discípulo cuyos poderes ya estaban deslabonados, como decían en esos tiempos. Esas personas, a las que llamaban "natas", jamás eran rechazadas. El motivo era doble. En primer lugar, sus poderes siempre eran fortísimos. En segundo, era necesario enseñarles Control. —El anciano

hizo una pausa y su voz subió de tono—: Si esa joven es nata, cabe esperar que su poder supere al de la mayoría de los aprendices y, posiblemente, incluso al de la mayoría de los magos. Si no la encontramos y le enseñamos Control, será un peligro para la ciudad.

Tras un corto silencio, un rumor alarmado recorrió las tribunas.

—Eso suponiendo que sus poderes hayan aflorado por sí mismos —dijo Balkan.

El anciano asintió.

—También cabe la posibilidad de que alguien la haya adiestrado, claro está.

—Entonces debemos encontrarla a ella y a su maestro —afirmó una voz.

Las discusiones volvieron a llenar la estancia, pero la voz de Lorlen se elevó por encima de todas.

—Si es una rebelde, la ley nos obliga a llevarlos a ella y a sus tutores ante el rey. Si es una nata, debemos enseñarle Control. Sea como sea, hay que encontrarla.

—¿Cómo? —gritó alguien. Lorlen miró hacia abajo.

—¿Lord Balkan?

—Procediendo a un registro sistemático de las barriadas —respondió el guerrero. Se volvió hacia los consejeros reales—: Necesitaremos ayuda.

Lorlen arqueó las cejas y siguió la mirada del guerrero.

—El Gremio solicita formalmente la asistencia de la Guardia Ciudadana.

Los consejeros se miraron y asintieron.

—Concedida —respondió uno.

—Deberíamos empezar cuanto antes —dijo Balkan—. Lo ideal sería esta misma noche.

—Si queremos que la Guardia nos ayude, necesitamos tiempo para organizarlo. Propongo que empecemos mañana por la mañana —respondió Lorlen.

—¿Y las lecciones? —preguntó una voz.

Lorlen miró al mago que estaba sentado a su lado.

—Creo que un día más de estudio individual no afectará al progreso de los aprendices.

—Un día no supone mucha diferencia. —El avinagrado rector de la universidad, Jerrick, se encogió de hombros—. Pero ¿basta un día para encontrarla?

Lorlen apretó los labios.

—Si no la encontramos, nos reuniremos aquí mañana por la noche para decidir quién continuará la búsqueda.

—¿Me permite una sugerencia, administrador Lorlen?

Rothen dio un respingo al oír la voz. Se giró y vio a Danyl de pie entre los magos.

—¿Sí, lord Danyl? —respondió Lorlen.

—La gente de las barriadas dificultará la búsqueda, por supuesto, y

probablemente la chica se haya escondido. Tal vez tendríamos más posibilidades si entráramos en las barriadas disfrazados.

Lorlen torció el gesto.

—¿Qué disfraz sugiere?

Dannyl se encogió de hombros.

—Cuanto menos llamemos la atención, más posibilidades de triunfar. Propongo que al menos algunos de nosotros se vistan como ellos. Es posible que nos identifiquen por la forma de hablar, pero...

—Definitivamente, no —gruñó Balkan—. ¿Qué pasaría si desenmascarasen a uno de nosotros vestido como un miserable mendigo? Se burlarían de nosotros en todas las Tierras Aliadas.

Se alzaron voces de apoyo. Lorlen asintió despacio.

—Estoy de acuerdo. Como magos, estamos autorizados a entrar en cualquier casa de la ciudad. Si no vistiéramos la túnica, la búsqueda sería mucho más difícil.

—¿A quién tenemos que buscar? —preguntó Vinara.

Lorlen se volvió hacia Rothen.

—¿Recuerda su aspecto?

Rothen asintió. Dio unos pasos atrás, cerró los ojos y evocó el recuerdo de una chica menuda y flaca, de rasgos finos e infantiles. Recurrió a su reserva de poder mientras abría los ojos y esforzaba su voluntad. Delante de él, en el aire, apareció un fulgor que enseguida tomó la forma de una cara semitransparente. La ropa se fue materializando a medida que la memoria de Rothen aportaba detalles: una bufanda sin color anudada al cuello, un jubón con capucha, pantalones. Completada la ilusión, Rothen miró a los magos superiores.

—¿Y eso es lo que nos ha atacado? —murmuró Balkan—. Pero si es una cría.

—Un paquetito con una sorpresa muy grande dentro —dijo Sarrin en tono seco.

—¿Y si ella no fuera la agresora? —preguntó Jerrik—. ¿Y si lord Rothen se ha confundido?

Lorlen miró a Rothen y esbozó una sonrisa.

—Por el momento no tenemos más remedio que creer que está en lo cierto. No tardaremos en saber si los rumores lo confirman, y tal vez hallemos algún testigo entre el público. —Señaló la ilusión con la cabeza—. Es suficiente, lord Rothen.

Rothen agitó una mano y la ilusión se desvaneció. Cuando volvió a levantar la cabeza, vio que lord Sarrin lo medía con la mirada.

—¿Qué haremos con ella cuando la encontremos? —intervino Vinara.

—Si es una rebelde, aplicaremos la ley —respondió Lorlen—. Si no lo es, le enseñaremos a controlar sus poderes.

—Claro, pero ¿y después? Entonces ¿qué?

—Creo que la cuestión que plantea lady Vinara es: ¿deberíamos aceptarla entre

nosotros? —dijo Balkan.

De repente el salón se llenó de voces.

—¡No! ¡Seguramente es una ladrona!

—¡Ha atacado a uno de los nuestros! ¡Deberíamos castigarla, no recompensarla!

Rothen meneó la cabeza y suspiró mientras las protestas continuaban. Si bien no existían leyes que prohibieran probar a los niños de las clases bajas, el Gremio solo buscaba la magia en los niños de las Casas.

—Hace siglos que este Gremio no toma un aprendiz que no proceda de las Casas —dijo Balkan con voz suave.

—Pero si Solend está en lo cierto, esa chica podría ser una maga poderosa —le recordó Vinara.

Rothen reprimió una sonrisa. Casi todas las magas se convertían en sanadoras, y él sabía que lady Vinara estaría encantada de pasar por alto el origen de la chica si con ello conseguía otra ayudante poderosa.

—«La fuerza no es una bendición cuando un mago se demuestra corrupto» —citó Sarrin—. Podría ser una ladrona, o incluso una fulana. ¿Qué influencia ejercería en los demás aprendices alguien con esos antecedentes? ¿Cómo sabemos si hará honor a nuestro compromiso?

Vinara arqueó las cejas.

—Entonces ¿propone que le mostremos de qué es capaz y luego liguemos sus poderes y la devolvamos a la pobreza?

Sarrin asintió. Vinara miró a Balkan, pero este se encogió de hombros. Rothen se mordió la lengua y se obligó a permanecer en silencio. Desde la fila superior, Lorlen contemplaba en silencio a los tres magos; su expresión no reflejaba qué opinaba.

—Como mínimo deberíamos darle una oportunidad —insistió Vinara—. Si existe una posibilidad de que se adapte a nuestras reglas y se convierta en una joven responsable, deberíamos ofrecerle una oportunidad.

—Cuanto más se desarrollen sus poderes, más difícil será ligarlos —le recordó Sarrin.

—Lo sé. —Vinara se inclinó hacia delante—. Pero no es imposible. Piense en la imagen que daremos a los demás si la aceptamos entre nosotros. Un poco de generosidad y amabilidad pueden hacer mucho más por nuestra dañada reputación que bloquearle los poderes y devolverla a las barriadas.

Balkan arqueó las cejas.

—Cierto, y además, si hiciéramos correr la voz de que la aceptaremos aquí, tal vez no tendríamos que buscarla. Cuando se entere de que puede convertirse en maga, con la posición y riqueza que ello conlleva, acudirá a nosotros.

—Y la pérdida de esa riqueza tal vez baste para disuadirla de volver a sus despreciables costumbres anteriores —añadió Sarrin.

Lady Vinara asintió. Recorrió el salón con la mirada, la posó en lord Rothen y entrecerró los ojos.

—¿Usted qué opina, lord Rothen?

Rothen hizo una mueca.

—Estaba preguntándome si, después de lo de esta mañana, se creará algo de lo que le digamos.

La expresión de Balkan se ensombreció.

—Hum, lo dudo. Probablemente no tendremos más remedio que capturarla y explicarle nuestras buenas intenciones.

—Entonces no tiene sentido esperar a que acuda a nosotros —zanjó Lorlen—. Empezaremos a buscarla mañana, como habíamos planeado. —El administrador apretó los labios y se volvió hacia la tribuna que tenía encima.

Rothen levantó la mirada. Entre el asiento del administrador y el del rey había un lugar reservado para el líder del Gremio, el Gran Lord Akkarin. El mago de túnica negra no había hablado en toda la Reunión, pero aquello no era algo inusual. Aunque Akkarin podía alterar el rumbo de un debate con sus palabras breves y suaves, por lo general permanecía callado.

—Grand Lord, ¿tenéis alguna razón para sospechar que existan magos rebeldes en las barriadas? —preguntó Lorlen.

—No. En las barriadas no hay rebeldes —replicó Akkarin.

Rothen estaba lo bastante cerca para ver la rápida mirada que intercambiaron Balkan y Vinara. Reprimió una sonrisa. Se rumoreaba que el Gran Lord tenía unos sentidos particularmente afinados, y casi todos los magos se sentían un poco intimidados en su presencia. Lorlen asintió y se encaró de nuevo al salón. Golpeó el gong, cuyo eco resonó en toda la estancia, y las voces se convirtieron en un susurro.

—La decisión de formar o no a la chica queda pospuesta hasta que la hallemos y evaluemos su temperamento. De momento nos centraremos en encontrarla. La búsqueda se iniciará aquí mañana en la cuarta hora. Los que consideren que tienen motivos para quedarse en el recinto del Gremio, hagan el favor de redactar una petición y entregarla esta noche a mi ayudante. Dicho esto, declaro finalizada la Reunión.

El frufú de las túnicas y el repiqueteo de las botas contra el suelo llenó el salón. Cuando los magos superiores empezaron a descender de sus tribunas, Rothen abandonó el estrado y se dirigió hacia las puertas laterales. Se volvió y aguardó a que Danyl se abriera paso entre los demás magos y se reuniera con él.

—¿Has oído a lord Kerrin? —protestó Danyl—. Quiere que castigemos a la chica porque atacó a Fergun, su amiguito del alma. Personalmente, creo que la chica no pudo elegir mejor su objetivo.

—Bueno, Danyl... —empezó Rothen.

—... y ahora nos harán registrar los cubos de basura de las barriadas —dijo una voz detrás de ellos.

—No sé si es más trágico que mataran al chico o que no acertaran a la chica —replicó otro mago.

Rothen, horrorizado, se volvió para fulminar con la mirada al que había hablado, un viejo alquimista que caminaba mirando al suelo enfurruñado y que ni se dio cuenta. El mago siguió su camino y Rothen sacudió la cabeza.

—Estaba a punto de empezar a darte lecciones sobre la compasión, Danyl, pero sería absurdo, ¿verdad?

—Desde luego —convino Danyl, apartándose para dejar paso al administrador Lorlen y al Gran Lord.

—¿Y si no la encontramos? —preguntó el administrador a su acompañante. El Gran Lord se carcajeó por lo bajo.

—Tranquilo, de una manera o de otra la encontraréis. Aunque yo diría que mañana casi todos apoyarán la opción más espectacular y menos agradable.

Rothen volvió a sacudir la cabeza cuando los dos magos superiores pasaron.

—¿Soy el único al que le preocupa lo que pueda pasarle a esa pobre chica?

Danyl le dio una palmadita en el hombro.

—Claro que no, pero espero que no se te haya ocurrido darle lecciones *a él* viejo compinche.

3. Viejos amigos

—Es una sifona.

La voz era masculina, joven y desconocida. «¿Dónde estoy? —pensó Sonea—. Tumbada en algo blando, eso seguro. ¿Una cama? No recuerdo haberme metido en la cama...»

—Imposible.

Esa voz era de Harrin. Comprendió que su amigo la estaba defendiendo, entendió lo que había sugerido el desconocido y entonces sintió un alivio tardío. En el argot de las barriadas, un sifón era un espía. Si Harrin hubiera estado de acuerdo con el otro, ahora tendría problemas... Pero ¿para quién pensaba que estaba espiando?

—¿Qué otra cosa puede ser? —contestó la primera voz—. Tiene magia. Los magos pasan muchísimos años aprendiendo. ¿Quién más de por aquí es capaz de lo que ella hizo?

«¿Magia?» Los recuerdos se agolparon en su memoria: la plaza, los magos...

—Con magia o sin magia, la conozco desde hace tanto tiempo como a Cery —replicó Harrin—. Siempre ha tenido buen lado.

Sonea apenas lo escuchaba. Estaba reviviendo la escena en su mente, viéndose arrojar la piedra, contemplando el destello que emitió al cruzar la barrera y recordando cómo golpeó al mago. «Eso lo hice yo —pensó—. Pero es imposible...»

—Tú mismo lo has dicho: lleva unos años sin dar señales de vida. No sabemos con quién ha podido juntarse.

Sonea recordó invocar algo que había en su interior, algo que no debería estar en ella...

—No se ha separado de su familia en todo este tiempo, Búrril —dijo Harrin—. Yo confío en ella y Cery también, y no hay más que hablar.

«... ¡y el Gremio sabe que lo hice yo!» Aquel mago viejo la había visto y se la había señalado a los demás. La asaltó el recuerdo del cadáver humeante y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—Yo ya te he avisado. —Búrril no había cambiado de opinión, pero en su tono se distinguía una sensación de derrota—. Si luego os hace la de blinga, acuérdate de que yo...

—Creo que se está despertando —murmuró otra voz conocida.

Cery. Estaba cerca de ella.

Harrin suspiró.

—Fuera, Búrril.

Sonea escuchó unas pisadas que se alejaban y luego una puerta cerrándose.

—Ya no hace falta que te hagas la dormida, Sonea —susurró Cery.

Una mano le tocó la cara y ella abrió los ojos de golpe. Cery estaba inclinado hacia ella, luciendo una amplia sonrisa. Sonea se apoyó en los codos para incorporarse. Estaba tumbada en una vieja cama, en una habitación que no había visto nunca. Bajó las piernas al suelo, mientras Cery le dirigía una mirada valorativa.

Estaban en una zona de las barriadas que se conocía como Ladonorte. Los habitantes de aquella zona llamaban a las barriadas «el Círculo Exterior», en contra de la opinión mayoritaria en el distrito interior: que las barriadas no formaban parte de la ciudad.

Sonea supuso que se hallaba en una de las habitaciones que Gellin alquilaba a sus clientes. Una cama, la maltrecha silla donde estaba sentada Donia y una mesita ocupaban casi todo el reducido espacio. Las ventanas estaban cubiertas por viejas mamparas de papel descolorido. Dejaban pasar una tenue luz que indicaba que debían de ser las primeras horas de la mañana.

Harrin se giró hacia Donia y le hizo un gesto para que se acercara. Cuando la chica se levantó de la silla, Harrin la agarró por la cintura y la atrajo hacia él. Ella le dedicó una sonrisa de afecto.

—¿Podrías pescarnos algo de comer? —pidió Harrin.

—Veré qué puedo hacer. —Donia fue con paso tranquilo hacia la puerta y salió de la habitación.

Sonea interrogó con la mirada a Cery y recibió una sonrisa petulante por respuesta. Harrin se dejó caer en la silla, miró a Sonea y frunció el ceño.

—¿Seguro que estás mejor? Anoche caíste redonda.

Ella se encogió de hombros.

—En realidad me encuentro de maravilla. Como si hubiera dormido de un tirón.

—Es justo lo que has hecho. Casi un día entero. —Harrin la examinó con atención—. ¿Qué pasó, Sonea? Esa piedra la tiraste tú, ¿verdad?

Sonea tragó saliva; de repente se le había secado la garganta. Por un momento se preguntó si serviría de algo negarlo. Cery le puso una mano en el hombro y lo apretó un poco.

—No te preocupes, Sonea. No diremos a nadie nada que tú no quieras. La joven asintió.

—Fui yo, pero... no sé lo que pasó.

—¿Hiciste magia? —preguntó Cery, ilusionado.

Sonea apartó la mirada.

—No lo sé. Yo solo quería que la piedra cruzara la barrera... y eso hizo.

—Atravesaste el muro de los magos —dijo Harrin—. Para eso hay que hacer magia, ¿no? Normalmente las piedras no pasan al otro lado.

—Y también hubo una luz muy fuerte —aportó Cery.

Harrin asintió.

—Y está claro que los magos se enfuegaron de lo lindo.

Cery se inclinó hacia delante.

—¿Crees que podrías hacerlo otra vez?

Sonea se quedó mirándolo.

—¿Otra vez?

—No hace falta que sea lo mismo, claro. Tampoco vamos a tenerte todo el día tirando piedras a los magos... no parece que les guste demasiado. Alguna otra cosa. Si funciona, sabremos que puedes usar la magia.

Sonea se estremeció.

—No creo que quiera saberlo.

Cery rió.

—¿Por qué no? ¡Piensa en todo lo que podrías hacer! ¡Sería genial!

—Nadie te daría ninguna rascada, para empezar —dijo Harrin.

Sonea meneó la cabeza.

—Ahí te equivocas. Si acaso, les daría más motivos. —Hizo un mohín—. Todo el mundo odia a los magos. Me odiarían a mí también.

—Todo el mundo odia a los magos *del Gremio* —la corrigió Cery—. Toda esa gente ha salido de las Casas, y no se preocupan de nadie más que ellos. Todo el mundo sabe que tú eres una *losde*, igual que nosotros.

Una *losde*. Tras dos años viviendo en la ciudad, sus tíos habían dejado de referirse a sí mismos con la denominación que empleaban para sí los de las barriadas. Habían logrado salir de la barriada y preferían hacerse llamar artesanos.

—Los *losdes* estarían encantados de tener sus propios magos —insistió Cery—, sobre todo cuando empieces a hacer cosas buenas por ellos.

Sonea negó con la cabeza.

—¿Qué cosas buenas? Los magos nunca hacen nada bueno. ¿Por qué iban a pensar los *losdes* que yo soy distinta?

—¿Y lo de curar? —propuso él—. ¿Ranel no tenía una pierna mala? ¡Se la podrías dejar como nueva!

La chica contuvo la respiración. Recordar el dolor que sufría su tío le había hecho comprender el entusiasmo de Cery. Era cierto: sería maravilloso poder curar la pierna a su tío. Y si podía ayudarlo a él, ¿por qué no a otros?

Entonces recordó la opinión que merecían a Ranel los «curis» que le habían tratado la pierna. Volvió a menear la cabeza.

—La gente no se fía de los curis. ¿Por qué tendrían que confiar en mí?

—No se fían porque piensan que, la mitad de las veces, los curis te ponen más enfermo en vez de mejorarte —dijo Cery—. Les asusta que los dejen peor de lo que estaban.

—La magia aún les asusta más. Creerán que a lo mejor trabajo para los magos, y

estoy aquí para librarme de ellos.

Cery rió.

—Eso sí que es una tontería. No se le ocurriría a nadie.

—¿Ni a Búrril?

Cery hizo una mueca.

—Búrril es un caraboñiga. No todos piensan igual que él.

Sonea resopló, incrédula.

—De todas formas, yo no sé nada de magia. Como a todo el mundo le dé por pensar que puedo curarlos, se dedicarán a perseguirme de un lado a otro y entonces no podré hacer nada para ayudarles.

Cery frunció el ceño.

—Eso sí que es verdad. —Se volvió hacia Harrin—. Sonea tiene razón. Las cosas podrían ponerse feas. Aunque Sonea quisiera volver a probar la magia, tendríamos que guardar el secreto por un tiempo.

Harrin frunció los labios y a continuación asintió.

—Sonea, si alguien nos pregunta si tienes magia le diremos que no hiciste nada. Nos inventaremos que los magos se desconcentraron, o algo por el estilo, y que por eso la piedra pasó al otro lado.

Sonea lo miró fijamente mientras esa posibilidad la llenaba de esperanza.

—A lo mejor eso fue justamente lo que pasó. Puede ser que yo no hiciera nada.

—Si intentas hacer magia y no te sale, lo sabrás seguro. —Cery le dio un golpecito en el hombro—. Si resulta que sí que puedes, nosotros nos encargaremos de que no se entere nadie. Dentro de unas semanas todo el mundo pensará que los magos cometieron un error, sin más. Deja que pasen uno o dos meses y la gente ni se acordará de que existes.

Alguien llamó a la puerta, sobresaltando a Sonea. Harrin se puso de pie y abrió para que entrara Donia. Llevaba una bandeja cargada de jarras y un plato grande de pan.

—Aquí tenéis —dijo, dejando la bandeja en una mesa—. Una jarra de bol cada uno, para celebrar el regreso de una vieja amiga. Harrin, mi padre quiere que vayas.

—Será mejor que baje a ver qué quiere. —Harrin cogió una jarra y la vació de un sorbo—. Nos veremos por aquí, Sonea —se despidió.

Agarró a Donia por la cintura y la sacó de la habitación entre risitas. Sonea negó con la cabeza mientras la puerta se cerraba.

—¿Cuánto tiempo hace que están así?

—¿Ellos dos? —preguntó Cery con la boca llena de pan—. Casi un año, me parece. Harrin dice que va a casarse con ella y heredará la posada.

Sonea se rió.

—¿Gellin lo sabe?

Cery sonrió.

—Todavía no ha echado a Harrin a patadas.

Sonea cogió un trozo de aquel pan oscuro. Estaba hecho de granos de curren y espolvoreado con especias. Al morderlo, su estómago le hizo saber que había estado descuidándolo más de un día entero, y Sonea empezó a comer con voracidad. El bol era amargo, pero sabía a gloria después del pan salado. Cuando acabaron con la comida, Sonea se sentó en la silla y suspiró.

—Cuando Harrin esté ocupado llevando la posada, ¿qué harás tú, Cery?

Él se encogió de hombros.

—Un poco de todo. Robar bol a Harrin. Enseñar a sus hijos a forzar cerraduras. De momento, este invierno estaremos calentitos. ¿Qué planes tienes tú?

—No lo sé. Jonna y Ranel decían... ¡Oh! —Se puso en pie de un salto—. Al final no me he reunido con ellos. ¡No saben dónde estoy!

Cery quitó importancia al asunto con un gesto.

—Andarán por aquí.

Sonea se palpó la ropa buscando su bolsa del dinero y descubrió que aún la tenía en el cinturón.

—Esos ahorros que llevas ahí no están nada mal —comentó Cery.

—Ranel dijo que nos lleváramos cada uno un poco de camino a las barriadas, y que fuéramos por separado. Sería muy mala suerte que los guardias nos registraran a todos. —Miró a Cery de soslayo—. Sé exactamente cuánto dinero había ahí dentro.

El chico rió.

—Y yo también; lo tienes todo en la bolsa. Venga, te ayudaré a buscar a tus tíos.

Se incorporó y condujo a Sonea al otro lado de la puerta, que daba a un pasillo corto. Ella lo siguió por una escalera estrecha que bajaba hasta una taberna que ya conocía. Como de costumbre, el ambiente estaba cargado por los efluvios del bol, las risas y las palabrotas amistosas. Había un hombre corpulento con los codos apoyados en la barra donde se servía el denso licor.

—¡Buenos días, Gellin! —dijo Cery en voz muy alta.

El tabernero dirigió una mirada miope a Sonea y luego sonrió de oreja a oreja.

—¡Yep! Conque esta es la pequeña Sonea, ¿eh? —Se acercó a ellos y le dio una palmada entre los omóplatos—. Cuánto has crecido. Aún me acuerdo de cuando me afanabas jarras de bol, chiquilla. Estabas hecha una ladronzuela de lo más fina, ya lo creo que sí.

Sonea alegró el semblante y lanzó una mirada a Cery.

—Y seguro que además todo era idea mía, ¿verdad, Cery?

Cery levantó las manos y parpadeó con aire de inocencia.

—¿De qué estás hablando, Sonea?

Gellin soltó una risita.

—Eso es lo que pasa cuando vas por ahí con ladrones. Bueno, ¿cómo están tus padres?

—¿Se refiere a mi tía Jonna y a mi tío Ranel?

Él movió una mano.

—A ellos, sí.

Sonea se encogió de hombros y le explicó brevemente cómo habían expulsado a su familia de la casa de queda. Gellin asintió, comprensivo con su desgracia.

—Seguro que se preguntan dónde me habré metido —dijo Sonea al tabernero—. Yo...

Se sobresaltó al cerrarse de golpe la puerta de la posada. Se hizo el silencio en la habitación y todos miraron hacia la entrada. Harrin estaba apoyado contra el marco, respirando pesadamente y con la frente perlada de sudor.

—¡Ten cuidado con mi puerta! —gritó Gellin.

Harrin miró en su dirección, palideció visiblemente al ver a Sonea y a Cery y empezó a andar hacia ellos. Llegó casi a la carrera, la cogió por el brazo y la empujó por una puerta que llevaba a la cocina de la posada, con Cery siguiéndolos de cerca.

—¿Qué pasa? —susurró Cery.

—Los magos están registrando las barriadas —contestó Harrin jadeando.

Sonea le dedicó una mirada de horror.

—¿Están *aquí*? —exclamó Cery—. ¿Por qué?

Harrin dirigió una mirada expresiva a Sonea.

—Me buscan a mí —dijo ella con un hilo de voz.

Harrin asintió con amargura y se dirigió a Cery.

—¿Adonde podemos ir?

—¿Están muy cerca?

—Mucho. Han empezado en la Muralla Exterior y se mueven hacia fuera.

Cery silbó.

—Pues sí que están cerca.

Sonea se apretó una mano contra el pecho. Su corazón latía demasiado deprisa. Se notaba mareada.

—Solo tenemos unos minutos —les dijo Harrin—. Hay que salir de aquí. Están registrando todos los edificios.

—Entonces debemos ir a algún sitio por el que ya hayan pasado.

Sonea recordó el cadáver ennegrecido de la plaza y tuvo que apoyarse en la pared, sintiendo que le flaqueaban las rodillas.

—¡Van a matarme! —resolló. Cery la miró.

—No, Sonea —le dijo con firmeza.

—A ese chico lo mataron... —Tuvo un escalofrío.

Él la agarró de los hombros.

—No vamos a dejar que te pase lo mismo, Sonea.

Le dedicó una mirada larga y directa, con una expresión severa muy poco característica en Cery. Sonea mantuvo el contacto visual, buscando cualquier traza de duda en los ojos de su amigo, pero no halló ninguna.

—¿Confías en mí? —preguntó él.

Sonea asintió. Cery le lanzó una sonrisa fugaz.

—Pues vámonos.

La apartó de la pared y la empujó hasta el otro lado de la cocina, con Harrin pisándoles los talones. Salieron a un callejón embarrado. El frío aire invernal caló enseguida por la ropa de Sonea y le provocó escalofríos.

Se detuvieron cerca del final del callejón y Cery les hizo esperar mientras comprobaba si tenían vía libre. Se quedó un momento en la esquina antes de regresar a la carrera, negando con la cabeza. Gesticuló para que sus compañeros se apresuraran a volver sobre sus pasos.

Cuando habían recorrido medio callejón, Cery se detuvo y abrió una rejilla baja que había en una pared. Harrin miró a su amigo con expresión dudosa, pero aun así se agachó y se metió por el hueco. Sonea fue la siguiente en deslizarse por la abertura, que daba a un pasadizo oscuro. Cery pasó también, mientras Harrin ayudaba a Sonea a levantarse y la apartaba a un lado para dejarle espacio. La reja se cerró sin hacer ruido, lo que daba a entender que sus goznes se engrasaban con regularidad.

—¿Estás seguro de esto? —susurró Harrin.

—Los ladrones van a tener demasiado jaleo preocupándose de que los magos no encuentren sus cosas; a nosotros no van a prestarnos atención —respondió Cery—. Además, no vamos a estar mucho rato aquí abajo. No me quites la mano del hombro, Sonea.

Ella obedeció agarrándolo por el abrigo. Harrin apoyó firmemente la mano en el hombro de Sonea. Cuando empezaron a avanzar por el pasadizo, Sonea escrutó la oscuridad y notó que se le desbocaba el corazón. Sabía, por los reparos de Harrin, que estaban en el Camino de los Ladrones.

Estaba prohibido recorrer sin permiso la red de túneles subterráneos, y se contaban historias horribles sobre los castigos que los ladrones infligían a los intrusos.

Desde que Sonea tenía uso de razón, la gente había bromeado diciendo que Cery era amigo de los ladrones. Pero en las burlas siempre había matices de miedo y respeto. Sonea sabía que el padre de Cery había sido contrabandista, por lo que este podía haber heredado algunos privilegios y contactos. Sin embargo, ella nunca había visto nada que demostrara sus conexiones, y sospechaba que el propio Cery alentaba los rumores para mantener su prestigio como segundo líder en la banda de Harrin. Si había que basarse en los hechos, Cery no tenía ninguna conexión con los ladrones y

ahora mismo ella caminaba hacia su muerte.

Pero era mejor arriesgarse a que la encontraran los ladrones que enfrentarse a una muerte segura en la superficie. Al menos los ladrones no estaban buscándola.

El camino se fue oscureciendo hasta que Sonea no distinguió nada más que distintas tonalidades de penumbra, y luego volvió a iluminarse gradualmente a medida que se acercaban a otra rejilla. Cery torció por un pasadizo y después volvió a cambiar de dirección hacia la oscuridad absoluta de un túnel lateral. Doblaron varios recodos más antes de que Cery se detuviera.

—Por aquí ya deberían haber pasado —dijo Cery a Harrin en voz baja—. Nos quedaremos el tiempo justo para comprar algo y luego seguiremos adelante. Tú deberías buscar a los demás y asegurarte de que no hayan hablado con nadie de Sonea; no queremos que alguien piense en amenazarnos con decir a los magos dónde estamos para aprovecharse de nosotros.

—Los reuniré a todos —le aseguró Harrin—. Averiguaré si han hablado y me ocuparé de que tengan la jarra bien cerrada.

—Vale —respondió Cery—. Ahora escuchadme: solo hemos venido aquí a comprar polvo de iker, nada más.

En la oscuridad se oyó el eco de unos leves sonidos, y al poco tiempo se abrió una puerta y los tres salieron a la brillante luz del día... en un corral lleno de rasuks.

Al ver que las invadían, las aves desplegaron sus pequeñas alas inútiles y clocaron escandalosamente. El ruido se reflejó en las cuatro paredes de un pequeño patio interior. Una mujer salió por una puerta y, al ver a Sonea y a Harrin en su corral, descompuso la cara en una mueca de furia.

—¡Yep! ¿Quiénes sois vosotros?

Sonea se volvió hacia Cery y lo encontró acuclillado detrás de ella, pasando la mano por el suelo polvoriento. Se levantó y sonrió a la mujer.

—Hemos venido a hacerte una visita, Laria —dijo.

La mujer lo miró con atención. Su mueca desapareció y la reemplazó una sonrisa.

—¡Ceryni! Qué alegría verte. ¿Estos son amigos tuyos? ¡Bienvenidos, bienvenidos! Pasad a mi casa y tomaos una taza de raka.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó Cery mientras salían del corral y seguían a Laria por la puerta hasta una minúscula habitación.

Una cama estrecha ocupaba la mitad del espacio, y en el resto apenas cabían un fogón y una mesa. La frente de la mujer se llenó de pliegues.

—He tenido un día ajetreado. Hace menos de una hora ha venido a visitarme una gente muy fisgona.

—¿Esos visitantes llevaban túnica? —preguntó Cery.

Laria asintió.

—Me he llevado un susto de muerte. Lo han registrado todo, pero no han visto

nada, tú ya me entiendes. Los guardias sí, por desgracia. Estoy segura de que volverán, pero entonces aquí ya no habrá nada que puedan encontrar. —Soltó una risita—. Ya será demasiado tarde. —Calló un momento mientras ponía agua a hervir en el fogón—. Bueno, ¿qué es lo que queréis?

—Lo de siempre.

Laria los miró con un brillo travieso en los ojos.

—Vais a acostaros tarde unas cuantas noches, ¿eh? ¿Qué me ofreces?

Cery sonrió.

—Me debías un favor, si no recuerdo mal.

La mujer frunció los labios y entornó sus agudos ojos.

—Esperad aquí.

Desapareció por la puerta. Cery suspiró y se dejó caer en la cama, que protestó con un fuerte crujido.

—Tranquila, Sonea —le dijo—. Ya han pasado por aquí. No vendrán a buscar otra vez.

Ella asintió. Aún tenía el corazón desbocado y el estómago revuelto. Respiró hondo y dejó que su espalda se apoyara en la pared. Cuando el agua rompió a hervir, Cery cogió un tarro lleno de polvo oscuro y depositó unas cucharadas en las tazas que había preparado Laria. La habitación se impregnó de un aroma acre, familiar y relajante.

—Me parece que ya podemos estar seguros, Sonea —dijo Harrin mientras Cery le pasaba una taza.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Seguros de qué?

—Lo que hiciste tuvo que ser magia. —Harrin sonrió—. Si ellos no lo creyeran, no te estarían buscando, ¿verdad?

Dannyl expulsó la humedad de su túnica con un gesto impaciente. De la tela emanaron chorros de vapor. Los guardias se asustaron y luego, mientras una helada ráfaga de viento dispersaba la neblina, los cuatro hombres regresaron a sus puestos.

Caminaban en formación: dos al lado de Dannyl y dos a sus espaldas. Era una medida absurda. Ningún losde sería tan estúpido como para asaltarlos. Además, aunque lo hicieran, Dannyl sabía que los guardias esperarían que él los protegiera.

Vio que uno de sus hombres parecía ensimismado y sintió remordimientos. A primera hora de la mañana los guardias se habían mostrado nerviosos y deferentes con él. Sabía que tendría que soportar aquello durante todo el día, por lo que se había esforzado en mostrarse amistoso y accesible.

Los guardias se tomaban la búsqueda como unas vacaciones, una actividad infinitamente más entretenida que pasar horas y horas plantados junto a una puerta de la ciudad o que patrullar las calles. Se morían de ganas de entrar en los almacenes de

contrabandistas y en las casas de putas, pero no habían servido de mucho en la búsqueda. Dannyl no necesitaba ayuda para forzar puertas ni para abrir embalajes, y la gente de las barriadas estaba dispuesta a colaborar, aunque fuese a regañadientes.

Suspiró. Ya había pasado allí el tiempo suficiente para comprender que la mayoría de aquella gente estaba muy acostumbrada a ocultar lo que no quería que se descubriera. También les había visto conteniendo la sonrisa al mirarlo. ¿Qué posibilidad tenían, siendo solo cien magos, de encontrar a una chica de aspecto corriente entre los miles de habitantes de las barriadas?

Ninguna en absoluto. Dannyl tensó la mandíbula al recordar las palabras que había pronunciado lord Balkan la tarde anterior: «¿Qué pasaría si desenmascarasen a uno de nosotros vestido como un miserable mendigo? Se burlarían de nosotros en todas las Tierras Aliadas».

Soltó un bufido. «¿Acaso ahora mismo no estamos quedando como unos idiotas?»

Su olfato se llenó de un hedor acre. Miró la alcantarilla, embozada de inmundicias. La gente que estaba cerca se alejó a toda prisa. Dannyl hizo un esfuerzo para inspirar profundamente y controlar su expresión.

No le gustaba asustar a la gente. ¿Impresionarlos? Sí. ¿Sobrecogerlos? Aún mejor. Pero no aterrorarlos. Le molestaba que la gente se apartara de la calzada cuando él se acercaba, y también que lo miraran fijamente al pasar. Los chiquillos eran más valientes y correteaban tras él, pero huían en el instante en que los miraba. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos lo contemplaban con cautela. Todos parecían duros y astutos. Dannyl se preguntó cuántos de ellos trabajarían para los ladrones.

Dejó de andar.

«Los ladrones...»

Los guardias resbalaron al detenerse y lo miraron dubitativos. Él no les hizo caso.

Si las historias eran ciertas, los ladrones eran quienes más sabían acerca de las barriadas. ¿Sabrían dónde estaba la chica? Y en caso negativo, ¿serían capaces de encontrarla? ¿Estarían dispuestos a ayudar al Gremio? Tal vez, si la recompensa fuera atractiva...

¿Cómo reaccionarían los otros magos si les sugería que llegaran a un acuerdo con los ladrones? Se quedarían horrorizados. Enfurecidos.

Observó la zanja poco profunda y maloliente que servía de alcantarilla. Cuando los magos hubieran pasado unos días recorriendo las barriadas, posiblemente verían la idea con otros ojos. Por tanto, cuanto más tiempo esperase antes de plantear la sugerencia, mayores probabilidades tendría de que fuera aprobada.

Sin embargo, cada hora que pasaba daba más tiempo a la chica para esconderse mejor. Dannyl apretó los labios. Sería conveniente averiguar si los ladrones estaban dispuestos a negociar *antes* de presentar la idea al Gremio. Si esperaba a contar con

su aprobación y luego los ladrones no colaboraban, habría desperdiciado mucho tiempo y esfuerzo.

Se volvió para hablar con el guardia de mayor edad.

—Capitán Garrin, ¿sabe usted cómo se puede contactar con los ladrones?

Las cejas del capitán se alzaron tanto que desaparecieron por debajo de su yelmo. Negó con la cabeza.

—No, milord.

—Yo sí, milord.

Dannyl se volvió hacia el guardia más joven de los cuatro, un hombrecillo desgarbado llamado Ollin.

—Antes vivía por aquí, milord —admitió Ollin—, antes de alistarme en la Guardia. Siempre hay gente aquí y allá que puede enviar mensajes a los ladrones, si uno sabe dónde buscarlos.

—Ya veo. —Dannyl se mordió el carrillo mientras pensaba—. Hágame el favor de buscar a una de esas personas. Pregunte si los ladrones estarían dispuestos a trabajar con nosotros. Cuando lo averigüe, vuelva a informarme, y no hable con nadie más de esto.

Ollin asintió y miró al capitán. La boca del hombre mayor se tensó en una mueca de objeción, pero asintió y luego movió la cabeza en dirección a otro guardia.

—Llévate a Keran.

Dannyl observó cómo los dos hombres retrocedían por la calle y a continuación siguió andando mientras consideraba las posibilidades. A poca distancia, una figura conocida salió de una casa. Dannyl sonrió y aceleró el paso.

¡Rothen!

El hombre se detuvo y la túnica ondeó a su alrededor movida por el viento.

¿Dannyl?

El envío de Rothen fue débil e inseguro.

Estoy aquí.

Dannyl hizo llegar una rápida imagen de la calle al otro mago, acompañándola de una sensación de cercanía. Rothen se giró hacia él e irguió la espalda al ver a Dannyl. Ya estaba acercándose cuando Dannyl observó la angustia en los ojos azules y muy abiertos de Rothen.

—¿Ha habido suerte?

—No. —Rothen meneó la cabeza. Miró las improvisadas construcciones que había a un lado de la calle—. No tenía ni idea de cómo son las cosas por aquí.

—Parece una madriguera de harrels, ¿verdad? —Dannyl rió—. Un desastre absoluto.

—Ah, sí, pero yo me refería a la gente. —Rothen hizo un ademán que abarcó a la multitud que los rodeaba—. Las condiciones son tan horribles... Nunca lo habría

imaginado...

Dannyl encogió los hombros.

—No tenemos la menor esperanza de encontrarla, Rothen. Simplemente no somos suficientes.

Rothen asintió.

—¿Crees que los demás habrán tenido mejor fortuna?

—Si la hubieran tenido, ya habrían contactado con nosotros.

—Tienes toda la razón. —Rothen frunció el ceño—. Hoy se me ha ocurrido una idea: ¿por qué estamos tan seguros de que la chica sigue en la ciudad? Podría haber escapado al campo. —Meneó la cabeza—. Me temo que estás en lo cierto. Aquí no hacemos nada. Volvamos al Gremio.

4. La búsqueda continúa

El primer sol de la mañana dio una capa de oro a las ventanas cubiertas de escarcha. El aire de la habitación era deliciosamente tibio, caldeado por una esfera brillante que flotaba tras un panel de cristal translúcido, empotrado en la pared. Rothen se anudó el fajín de la túnica y fue a la sala de invitados para recibir a sus amigos.

Un segundo panel permitía que el globo de calor templara al mismo tiempo el dormitorio y la sala de invitados. Había un mago anciano junto al cristal del otro lado, apoyando en él las palmas de las manos. Aunque Yaldin ya rebasaba con creces los ochenta, seguía siendo un hombre robusto y de ingenio aguzado, que disfrutaba la longevidad y la buena salud que le otorgaba su capacidad mágica.

Había otro mago, más alto y más joven, al lado de Yaldin. Dannyl tenía los ojos entrecerrados y parecía estar a punto de caer dormido allí mismo.

—Buenos días —dijo Rothen—. Parece que hoy tendremos un tiempo despejado. Yaldin esbozó una sonrisa torva.

—Lord Davin opina que aún nos quedan unos pocos días cálidos antes de que el invierno se asiente del todo.

Dannyl torció el gesto.

—Davin lleva semanas diciendo lo mismo.

—Bueno, no ha dicho en qué momento cambiaría el tiempo. —Yaldin rió—. Solo ha dicho que ocurriría.

Rothen sonrió. En Kyralia había un viejo dicho que rezaba: «El sol no busca complacer a los reyes, ni siquiera a los magos». Lord Davin, un excéntrico alquimista, había iniciado un estudio del clima tres años atrás, decidido a demostrar la falsedad del dicho. Últimamente había empezado a compartir sus «predicciones» con el Gremio, aunque Rothen sospechaba que su tasa de éxitos se debía más a la casualidad que al genio.

Se abrió la puerta principal de los aposentos y entró Tania, la sirvienta de Rothen. Llevó una bandeja a la mesa y la dejó allí. En ella había un juego de tacitas con adornos de oro y un plato rebosante de pasteles dulces y minuciosamente decorados.

—¿Sumi, milords? —preguntó.

Dannyl y Yaldin asintieron con anhelo. Mientras Rothen les ofrecía asiento, Tania midió unas cucharadas de hojas secas, las introdujo en un cazo dorado y añadió agua caliente. Yaldin suspiró, desanimado.

—Para ser sincero, no sé por qué me he prestado voluntario a salir hoy. No lo habría hecho si Ezrille no hubiera insistido. Le he dicho: «Si solo vamos la mitad de los nuestros, ¿qué probabilidades tenemos?». Y me ha contestado: «Más que si no fuerais ninguno».

—Tu esposa es una mujer razonable —dijo Rothen con una sonrisa.

—Yo pensaba que la gente se interesaría más por ayudar cuando los consejeros reales anunciaron que, si no es una rebelde, quieren que la entrenemos —dijo Danyl. Yaldin hizo una mueca.

—Sospecho que algunos han retirado su apoyo a modo de protesta. No quieren que aceptemos a una chica de barriadas en el Gremio.

—Bueno, pues ya no tienen elección. Y tenemos un ayudante nuevo —les recordó Rothen mientras aceptaba la taza que le ofrecía Tania.

—Fergun. —Danyl hizo un sonido grosero—. Esa chica tendría que haber lanzado la piedra con más fuerza.

—¡Danyl! —Rothen apuntó un dedo tembloroso hacia el mago más joven—. Fergun es la única razón por la que aún hay medio Gremio buscándola. En la Reunión de anoche estuvo muy convincente.

Yaldin esbozó una sonrisa hosca.

—Me extrañaría que siguiera así mucho tiempo. Cuando por fin regresamos anoche, me fui directo a las termas, pero Ezrille dijo después que aún olía a barriadas.

—Ojalá nuestra pequeña maga fugitiva no huela tan mal. —Danyl dedicó a Rothen una sonrisa torcida—. O me temo que la primera lección que le demos tendrá que ser sobre limpieza.

Al recordar la cara sucia y hambrienta de la chica, y sus ojos abiertos como platos ante lo que acababa de hacer, Rothen tuvo un escalofrío. La noche anterior había soñado con las barriadas. Recorría las casuchas de finas paredes bajo la atenta mirada de gente con aspecto enfermizo y de ancianos harapientos que temblaban y de niños flacuchos que comían alimentos a medio podrir y de lisiados que se retorcían...

Una suave llamada a la puerta interrumpió sus pensamientos. Rothen giró la cabeza y envió una orden mental. La puerta se abrió hacia dentro y dejó entrar a un joven con ropa de mensajero.

—Lord Danyl. —El mensajero hizo una profunda reverencia al mago más joven.

—Habla —ordenó Danyl.

—El capitán Garrin le envía un mensaje, milord. Me ha pedido que le informe de que los guardias Ollin y Kerran han sido hallados después de que les robaran y les dieran una paliza. El hombre al que usted buscaba no desea hablar con ningún mago.

Danyl se quedó un momento mirando al sirviente y frunció el ceño, meditando sobre aquella noticia. El silencio se prolongó y el joven movió los pies, incómodo.

—¿Están malheridos? —preguntó Rothen.

El mensajero negó con la cabeza.

—Magullados, milord. No tienen nada roto.

Danyl movió una mano para despedir al mensajero.

—Dale las gracias al capitán por su informe. Puedes retirarte.

El mensajero se inclinó de nuevo y salió por la puerta.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó Yaldin después de que la puerta se cerrara.

Dannyl frunció los labios.

—Parece que los ladrones no nos tienen en mucha estima.

—¡Pues claro que no! ¿Por qué deberían...? —El anciano mago se detuvo y escrutó al más joven con los ojos entornados—. No habrás...

Dannyl se encogió de hombros.

—Valía la pena intentarlo. Al fin y al cabo, se supone que están al tanto de todo lo que ocurre en las barriadas.

—¡Has intentado ponerte en contacto con los *ladrones*!

—Que yo sepa, no he violado ninguna ley.

Yaldin gimió, disgustado.

—No, Dannyl —dijo Rothen—, pero dudo mucho que el rey y las Casas vean con buenos ojos que el Gremio y los ladrones lleguen a un acuerdo.

—¿Quién ha dicho que vayamos a llegar a un acuerdo? —Dannyl sonrió y tomó un sorbito de su taza—. Piénsalo un momento. Los ladrones conocen las barriadas mucho más de lo que nosotros seremos capaces nunca. Están en mejor posición para encontrar a la chica... y estoy seguro de que preferirán buscarla ellos mismos a que nosotros nos dediquemos a fisgonear en su territorio. Si logramos que el rey se lleve la impresión de que hemos persuadido o intimidado a los ladrones para que nos entreguen a la chica, tendremos todo el apoyo que necesitamos.

Rothen puso una cara larga.

—Te va a costar sudor y lágrimas convencer a los magos superiores para que apoyen la idea.

—De momento no tienen por qué saberlo.

Rothen se cruzó de brazos.

—Sí tienen por qué —dijo con firmeza.

Dannyl hizo una mueca de dolor.

—Supongo que sí, pero estoy seguro de que lo pasarían por alto si funcionase, y si les proporciono una manera de justificarse ante el rey.

Yaldin dio un bufido.

—Quizá haya sido mejor que no funcione.

Rothen se levantó y se acercó a una ventana. Apartó un poco de escarcha con la mano y echó un vistazo a los jardines, diseñados y cuidados con esmero. Pensó en la gente hambrienta y temblorosa que había visto. ¿Era así como vivía aquella joven? ¿Acaso los magos la habían obligado a abandonar el dudoso refugio que podía ofrecerle una de aquellas casuchas y la habían dejado en la calle por perseguirla? Se acercaba el invierno, y no sería difícil que muriese de frío o de hambre mucho antes de que sus poderes se volvieran inestables y peligrosos. El mago tamborileó con los

dedos contra el alféizar.

—Existen distintos grupos de ladrones, ¿verdad?

—Sí —contestó Dannyl.

—¿Ese hombre con el que intentaste establecer contacto habla en nombre de todos?

—No lo sé —reconoció Dannyl—. Tal vez no.

Rothen dio media vuelta para contemplar a su amigo.

—No haría ningún daño que lo averiguásemos, ¿verdad?

Yaldin miró fijamente a Rothen y se dio una palmada en la frente.

—Entre los dos vais a conseguir meternos en líos a todos —gimió.

Dannyl dio unas palmaditas en el hombro al anciano.

—No te apures, Yaldin. Solo hace falta que vaya uno de nosotros. —Sonrió a Rothen—. Dejádmelo a mí. Mientras tanto, hagamos que los ladrones hallen motivos para ayudarnos. Me gustaría ver más de cerca esos pasadizos subterráneos que encontramos ayer. Apostaría algo a que les conviene más que no tengamos razones para cotillear por ahí abajo.

—No me gustan nada estas habitaciones subterráneas —dijo Donia—. No tienen ventanas. Me dan muy mala espina.

Sonea frunció el ceño y empezó a rascarse las diminutas picaduras que le habían salido durante la noche. Su tía limpiaba con frecuencia las camas y las mantas con una infusión de hierbas que eliminaba los bichos, y, por una vez, Sonea echó de menos aquellas fastidiosas costumbres. Suspiró y paseó la mirada por la habitación polvorienta.

—Espero que Cery no tenga ninguna rascada por esconderme aquí.

Donia se encogió de hombros.

—Lleva años haciendo encargos para Opia y las chicas de Las Bailarinas Resbaladizas. No les va a importar que te quedes unos días en su almacén. Su madre trabajaba aquí, ¿lo sabías? —Donia dejó un gran cuenco de madera en la mesa, frente a Sonea—. Agacha la cabeza.

Sonea obedeció, y se puso tensa cuando le cayó agua helada en la cabeza. Donia le practicó varios enjuagues antes de llevarse el cuenco, que ahora estaba lleno de agua turbia y verdosa. Frotó el pelo de Sonea con una toalla raída antes de dar un paso atrás y examinar su obra con expresión crítica.

—No ha servido para nada —afirmó.

Sonea se pasó una mano por el pelo. Seguía pringoso por la pasta que le había aplicado Donia.

—¿Nada de nada?

Donia se acercó y arrancó un pelo a Sonea.

—Bueno, está un poco más claro, pero a primera vista no se nota. —Suspiró—. Y ya no te lo podemos cortar mucho más. Pero... —Volvió a apartarse y se encogió de hombros—. Si los magos andan buscando a una chica, como dice la gente, a lo mejor no se fijan en ti. Con el pelo así pareces un chico, al menos a simple vista. —Puso los brazos enjarras y se alejó un poco más—. Por cierto, ¿a qué viene llevarlo tan corto?

Sonea sonrió.

—Para parecer un chico. Así no me dan tanto la lata.

—¿En la casa de queda?

—No. Casi todos los repartos y recogidas de Jonna y Ranel los hacía yo. Ranel iba lento por lo de su pierna, y Jonna trabajaba mejor con las manos. A mí no me gustaba estar encerrada todo el día en la casa de queda, así que iba yo. —Hizo una mueca—. La primera vez que tuve que llevar un pedido a un mercader, vi que un artesano y un mozo de cuadra molestaban a la chica de una panadería. No me daba la gana aguantar esas cosas, así que empecé a vestirme como un chico y a actuar como ellos.

Donia arqueó las cejas.

—¿Y te funcionó?

—Casi siempre. —Sonea sonrió con ironía—. A veces parecer un chico no compensa. ¡Una vez se enamoró de mí una criada! Otra vez me acorraló un jardinero y yo creía que había adivinado que era una chica, hasta que me agarró. Casi se desmaya del susto, y luego se puso todo rojo y me hizo prometer que no lo contaría a nadie. Por ahí fuera hay gente de todo tipo.

Donia soltó una risita.

—Las chicas de por aquí los llaman «minas de oro». Opia cobra más dinero por los chicos, porque como se entere la Guardia la cuelgan. Pero la ley no dice nada de las chicas. ¿Te acuerdas de Kaia?

Sonea asintió, recordando a la chica flaca que había trabajado en la casa de bol que había junto al mercado.

—Pues resulta que su padre llevaba años vendiéndola a los clientes —dijo Donia, meneando la cabeza—. ¡Su propia hija! El año pasado se escapó y empezó a trabajar aquí con Opia. Dice que así, al menos, se lleva parte del dinero. Esas cosas hacen que te des cuenta de la suerte que tienes, ¿verdad que sí? Mi padre vigila que nadie se ponga maleducado conmigo. Lo peor que me...

Dejó de hablar y miró hacia la puerta, y al instante corrió a echar un vistazo por el ojo de la cerradura. Se le iluminó la cara de alivio y abrió.

Cery se deslizó al interior de la habitación y entregó un paquete a Donia. Miró a Sonea con ojo crítico.

—Estás igualita.

Donia suspiró.

—El tinte no ha funcionado. El pelo kyaliano no es nada fácil de cambiar.

Él se encogió de hombros y luego señaló el paquete con la barbilla.

—Te he traído ropa, Sonea —dijo, volviendo a la puerta—. Avisa cuando termines.

Mientras la puerta se cerraba detrás de Cery, Donia abrió el paquete.

—Más ropa de chico —dijo despectiva, lanzando unos pantalones y una camisa de cuello cerrado a Sonea. Desenrolló un largo tejido, grueso y negro, y asintió—. Pero la capa es buena.

Sonea se puso la ropa. Aún se estaba echando la capa sobre los hombros cuando llamaron a la puerta.

—Nos vamos —dijo Cery mientras entraba deprisa en el cuarto.

Harrin llegó tras él, con un pequeño farol en la mano. Sonea vio sus expresiones ceñudas y le dio un vuelco el corazón.

—¿Ya se han puesto a buscar?

Cery asintió y avanzó hasta una vieja cómoda de madera que había en el fondo de la habitación. La abrió y tiró de los estantes que había dentro. Se deslizaron hacia fuera con suavidad, haciendo temblar levemente los objetos que sostenían. El fondo de la cómoda giró hacia dentro sobre unas bisagras y dejó a la vista un rectángulo de oscuridad.

—Llevan horas buscando —dijo Harrin a Sonea mientras cruzaba la puerta secreta hacia un pasadizo.

—¿Tan pronto?

—Aquí abajo es fácil perder la noción del tiempo —explicó Harrin—. Fuera ya es más de media mañana.

Cery metió prisa a Harrin y a Donia para que pasaran por el hueco. Sonea oyó un chirrido casi imperceptible mientras del farol de Harrin asomaba una rendija de luz que se reflejó en las húmedas paredes del pasadizo. Cery volvió a montar las estanterías de la cómoda, cerró la puerta secreta y se volvió hacia Harrin.

—Sin luz. Conozco mejor el camino a oscuras.

Harrin volvió a cerrar la solapa del farol y el pasadizo se esfumó.

—Y sin hablar. Sonea, agárrate a mi abrigo y pon la otra mano contra la pared.

La joven estiró el brazo y asió el basto tejido del abrigolargo de Cery. Una mano se posó suavemente en su hombro. Empezaron a andar y sus pasos despertaron ecos en el pasadizo.

Avanzaron sin que los iluminara ni un rayo de luz mientras tanteaban las paredes para doblar los recovecos del camino. Un débil eco de gotas de agua llegaba y desaparecía, y luego se escuchaba de nuevo. Sonea recordó que el burdel de Opia estaba cerca del río, así que era muy posible que aquellos túneles estuvieran por debajo del nivel del agua. No era una idea tranquilizadora.

Cery se detuvo un momento; su abrigo largo escapó de la mano de Sonea al desplazarse súbitamente hacia arriba. Sonea extendió el brazo y tocó una tabla de madera sin pulir, y otra por encima. Temía perder a Cery si esperaba demasiado, por lo que subió a toda prisa; como recompensa, recibió una patada de su bota. Contuvo una maldición y siguió ascendiendo con más cuidado. Oyó por debajo de ella que los zapatos de Harrin y Donia raspaban suavemente la madera al seguirla.

Arriba apareció un recuadro de oscuridad más pálida. Cruzó una trampilla detrás de Cery y llegó a un pasadizo recto. Las ocasionales grietas que había en una pared dejaban pasar una luz tenue. Dieron más de cien pasos por aquel pasillo hasta que, a punto de doblar una esquina, Cery se paró de repente.

El pasillo que tenían delante había empezado a resplandecer, reflejando una fuente de iluminación que había a la vuelta de la esquina. Sonea distinguió la silueta de Cery muy pegada a la pared. Llegó a sus oídos una voz lejana, masculina y culta:

—¡Ah! Otro pasaje oculto. Veamos hasta dónde llega este.

—¡Están en los pasadizos! —susurró Donia.

Cery giró sobre sus talones e hizo gestos frenéticos a Sonea. La joven no necesitaba ningún aviso: se volvió para ver que Harrin y Donia ya estaban regresando de puntillas por el pasillo.

Aunque los cuatro retrocedían con toda la rapidez y sigilo de que eran capaces, sus pasos resonaron diáfanos en aquel espacio estrecho. Sonea escuchó con atención, esperando que llegara un grito por detrás en cualquier momento. Vio que su propia sombra se iba haciendo más definida a medida que la luz que tenían detrás se aproximaba a la esquina.

El pasadizo se extendía hacia una oscuridad infinita. Sonea miró atrás. Ahora la luz era tan brillante que estuvo segura de que el mago estaba a punto de llegar al recodo. Dentro de un momento, los vería...

Dio un grito ahogado cuando unas manos la agarraron por los hombros y la detuvieron bruscamente. Cery la empujó contra la pared y no le soltó los hombros. El enladrillado del pasillo cedió a la presión de su espalda y Sonea tropezó hacia atrás.

Sus omóplatos toparon con otro muro. Cery la empujó a un lado, contra una pared lateral, y entró en el pequeño nicho para colocarse junto a ella. Sonea notó el codo de su amigo clavándose en su costado y escuchó el seco sonido de los ladrillos que raspaban entre sí al volver a su sitio.

Sus respiraciones sonaban atronadoras en aquel espacio estrecho. El corazón le estaba dando mazazos en el pecho, pero Sonea afinó el oído hasta que le llegó el sonido amortiguado de unas voces a través de los ladrillos. Una luz se coló por las grietas de la pared. Sonea se inclinó hacia delante y acercó el ojo a una abertura entre los ladrillos.

Vio, justo delante de ella, una brillante bola de luz que flotaba en el aire.

Contempló fascinada cómo avanzaba por el pasadizo hasta perderse de vista, dejando su visión moteada de manchas rojas. Entonces apareció una mano pálida, seguida de una amplia túnica púrpura y del pecho de un hombre... un hombre vestido con túnica... ¡un mago!

El corazón se le aceleró. El mago estaba tan cerca... lo tenía al alcance de la mano. Solamente los separaba una fina pared de viejos ladrillos.

Y el mago se había detenido.

—Un momento. —La voz del mago sonaba desconcertada.

Se quedó un momento quieto y en silencio, y luego se volvió lentamente hacia ella.

Se quedó petrificada de miedo. Era el mismo mago de la plaza Norte, el que la había visto. El que había intentado señalarla a los demás. Tenía una expresión distraída, como si escuchara algún sonido lejano, y su mirada parecía atravesar la pared como si no existiera, directamente hacia los ojos de Sonea.

Notaba la boca seca y llena de polvo. Tragó saliva con dificultad y trató de sofocar el terror que crecía en su interior. Le daba la impresión de que sus fuertes latidos acabarían por traicionarla. ¿Los oiría él? ¿Percibiría el sonido de su aliento?

«A lo mejor es que escucha los pensamientos de mi cabeza.»

Sonea notó que le fallaban las piernas. Se rumoreaba que los magos eran capaces de hacer cosas como aquella. Cerró los ojos con fuerza. «No puede verme —se dijo—. No existo, no estoy aquí. No soy nada. Nadie puede verme. Nadie puede oírme...»

La embargó una sensación extraña, como si le hubieran enrollado una manta en la cabeza y todos sus sentidos se hubieran amortiguado. Se estremeció, inquieta por la certeza de haber hecho algo... solo que, esta vez, se lo había hecho a sí misma.

«O también puede ser que el mago me haya hechizado», pensó de repente. La idea la espantó y le hizo abrir los ojos. Solo vio oscuridad.

El mago y su luz se habían marchado.

Dannyl observó disgustado el edificio que tenía enfrente. Era la más reciente de las construcciones del Gremio, y carecía de la majestuosidad y la belleza que siempre había admirado en los edificios más antiguos. Había quienes apreciaban su estilo moderno, pero a ojos de Dannyl el edificio era tan ridículo y pretencioso como su nombre.

El Siete Arcos era un rectángulo plano, con siete arcos simples y sin decorar en la fachada. El edificio contenía tres estancias: el Salón de Día, donde se recibía a los huéspedes importantes, el Salón de Banquetes y el Salón de Noche, lugar donde los magos mantenían reuniones informales cada cuartodía para relajarse, tomar vino caro e intercambiar habladurías.

Rothen y él se dirigían hacia aquella última sala. Era una tarde fría, pero un poco de aire fresco nunca había logrado disuadir a los habituales del Salón de Noche. Dannyl sonrió al entrar. Ya en el interior, podía olvidarse del fracaso arquitectónico que suponía la existencia de aquel edificio y disfrutar del buen criterio con que estaba decorado su interior.

Miró alrededor, disfrutando el novedoso punto de vista sobre aquella lujosa estancia que había adquirido al pasar dos días enteros en los callejones húmedos y fríos de las barriadas. En las ventanas había cortinas estampadas en tonos dorados y azules. La habitación tenía lujosas y cómodas butacas. Las paredes estaban adornadas con cuadros y grabados de los mejores artistas de todas las Tierras Aliadas.

Observó que se habían reunido más magos que los habituales. A medida que Rothen y él se internaban entre el gentío, fue reconociendo a algunos de los magos menos sociables. Entonces entrevió una mancha negra que le hizo detenerse.

—El Gran Lord nos honra con su presencia esta noche —murmuró.

—¿Akkarin? ¿Dónde? —Rothen recorrió el salón con la mirada y arqueó las cejas al localizar a la figura de túnica negra—. Interesante. ¿Cuánto tiempo hacía? ¿Dos meses?

Dannyl asintió mientras cogía una copa de vino a un sirviente que pasaba a su lado.

—Como mínimo.

—¿Le acompaña el administrador Lorlen?

—Por supuesto —respondió Dannyl. Calló un momento para tomar un sorbo de vino—. Lorlen está hablando con alguien, pero no veo con quién.

Lorlen levantó la mirada y observó la estancia. Su mirada se posó en Dannyl y Rothen. El administrador alzó una mano.

Dannyl. Rothen. Me gustaría hablar con vosotros.

Sorprendido y un poco preocupado, Dannyl siguió a Rothen al otro lado de la estancia. Pararon detrás de la butaca que mantenía oculto al otro acompañante de Lorlen. Llegó a sus oídos una voz culta.

—Las barriadas son una lacra horrible en esta ciudad. Un nido de crímenes y enfermedad. El rey jamás debió permitir que se extendieran tanto. Tenemos ante nosotros la oportunidad perfecta para librar a Imardin de ellas.

Dannyl dominó su expresión y bajó la mirada hasta el ocupante de la butaca. Su pelo rubio, inmaculadamente cepillado, reflejaba la luz de la habitación. El hombre tenía los ojos entrecerrados, las piernas cruzadas y la cara vuelta en dirección al Gran Lord. Llevaba un pequeño vendaje cuadrado en la sien.

—¿Cómo propone usted que hagamos eso, lord Fergun? —preguntó Lorlen con delicadeza.

Fergun se encogió de hombros.

—No debería resultarnos complicado despejar la zona. Las casas no están particularmente bien construidas, y derrumbar los túneles que se extienden por debajo no supondría un gran esfuerzo.

—Pero todas las ciudades crecen y se expanden —señaló Lorlen—. Es normal que la gente construya fuera de las murallas cuando ya no queda espacio en el interior. Hay algunas zonas de las barriadas que no tienen un aspecto tan distinto al de las cuadernas. Los edificios están bien levantados y las calles cuentan con un efectivo sistema de drenaje. Los habitantes de esas zonas han empezado a referirse a las barriadas como «el Círculo Exterior».

Fergun se inclinó hacia delante.

—Pero incluso esas casas tienen pasajes ocultos por debajo. Se lo aseguro, sus ocupantes son los más sospechosos de todos. Cualquier casa que se alce sobre dichos túneles debe considerarse parte de una conspiración criminal y ser derribada hasta los cimientos.

Akkarin levantó levemente las cejas al oír aquello. Lorlen miró al Gran Lord y sonrió.

—Ojalá fuera tan sencillo resolver el problema de los ladrones. —Dedicó una sonrisa a Rothen—. Buenas tardes, lord Rothen, lord Dannyl.

Fergun levantó la vista. Sus ojos pasaron de Dannyl a Rothen y su boca dibujó una sonrisa.

—Ah, lord Rothen.

—Buenas tardes, Gran Lord, administrador —contestó Rothen, inclinando la cabeza ante los dos magos superiores—. Y lord Fergun. ¿Ya se encuentra mejor?

—Sí, sí —respondió Fergun, llevándose una mano al vendaje de la frente—. Gracias por preocuparse.

Dannyl se obligó a no mostrar ninguna expresión. Se consideraba descortés que Fergun «olvidara» saludarle, pero no era inusual. Fue una sorpresa, sin embargo, que se hubiera atrevido a omitir el saludo en presencia del Gran Lord.

Lorlen juntó las manos.

—Me he fijado en que ustedes dos se han quedado más tiempo en las barriadas que los demás. ¿Han hallado alguna pista sobre el paradero de la muchacha?

Rothen meneó la cabeza y empezó a narrar sus incursiones en los pasadizos subterráneos de las barriadas. Dannyl observó en silencio al Gran Lord y sintió la acostumbrada punzada de nerviosismo. «Me gradué hace diez años, pero sigo reaccionando ante su presencia como si fuera un aprendiz», caviló.

Los intereses y obligaciones de Dannyl pocas veces lo ponían en contacto con el líder del Gremio. Como siempre, se sorprendió levemente por la juventud de Akkarin. Recordó las discusiones que habían surgido, cinco años antes, cuando se eligió para ocupar el puesto de Gran Lord a un mago joven. Los líderes del Gremio se

seleccionaban entre los magos más fuertes, aunque por lo general se favorecía a los más viejos, por su madurez y experiencia.

Akkarin había demostrado unos poderes mucho más fuertes que los de ningún otro mago, pero fueron su sabiduría y las habilidades diplomáticas que había adquirido en sus viajes las que decantaron al Gremio en su favor. Un líder gremial debía hacer gala de fuerza, habilidad, dignidad y autoridad, cualidades que Akkarin poseía en grado sumo. Durante la elección de Akkarin muchos señalaron que la edad era un factor trivial para el puesto: los asuntos importantes se decidían siempre por votación, y el día a día del Gremio era responsabilidad del administrador gremial.

Aunque el argumento parecía razonable, Dannyl sospechaba que seguía habiendo dudas sobre la edad del Gran Lord. No se le había escapado que Akkarin lucía ahora el mismo peinado distinguido y pasado de moda que preferían los hombres más mayores: largo y bien recogido en la nuca. Lorlen también había adoptado el mismo estilo.

Dannyl contempló al administrador, que estaba escuchando atentamente a Rothen. Lorlen era el mejor amigo del Gran Lord, y se había convertido en ayudante del anterior administrador cuando lo propuso Akkarin. Dos años atrás, el administrador se había retirado y Lorlen pasó a ocupar su lugar.

Había demostrado ser una buena elección para el puesto. Era un hombre eficiente, dotado de autoridad y, sobre todo, accesible. Su cargo no era fácil de ejercer, y Dannyl no envidiaba a Lorlen las muchas horas que debía dedicarle. Entre los distintos puestos de gobierno, el suyo era el más agotador.

Lorlen tenía una expresión abatida cuando Rothen terminó de relatarle su jornada.

—Por las descripciones de las barriadas que he escuchado, no sé cómo vamos a encontrarla. —Suspiró—. El rey ha ordenado que se abra el Puerto mañana.

Fergun frunció el ceño.

—¿Tan pronto? ¿Y si la chica escapa en barco?

—Me sorprendería que el embargo pudiese impedir que abandonara Imardin si de verdad quisiera hacerlo. —Lorlen miró a Rothen y sonrió con ironía—. Como solía decir el viejo tutor de Rothen, «Kyralia estaría muy bien gobernada si gobernar fuera un delito».

Rothen rió entre dientes.

—Sí, lord Margen solía hacer comentarios de ese estilo. De todos modos, no creo que hayamos agotado todas nuestras opciones. Dannyl me ha señalado esta mañana que los más capaces de encontrar a esa chica serían la propia gente de las barriadas. Creo que tiene razón.

Dannyl miró boquiabierto a su amigo. ¡Más valía que no se le ocurriera revelar sus intenciones antes de poder hablar con los ladrones!

—¿Por qué querrían ayudarnos? —preguntó Lorlen.

Rothen lanzó una mirada rápida a Dannyl y sonrió.

—Podríamos ofrecer una recompensa.

Dannyl dejó escapar lentamente el aliento que había estado conteniendo.
«¡Deberías haberme avisado, viejo compinche!»

—¡Una recompensa! —exclamó Lorlen—. Sí, podría funcionar.

—Una idea excelente —convino Fergun—. También deberíamos multar a quienes nos estorben.

Lorlen dedicó una mirada de reproche a Fergun.

—La recompensa será suficiente. Sin embargo, no entregaremos ningún dinero hasta que la chica aparezca, o la población entera de las barriadas asegurará que la ha visto. —Frunció el ceño—. Hum, también deberíamos evitar que la gente intentara capturarla por su cuenta...

—Podríamos colocar carteles en las esquinas con su descripción y los términos de la recompensa, y añadir un aviso de que nadie debe acercarse a ella —sugirió Dannyl—. También deberíamos fomentar que la gente nos informe si la ve; eso nos indicará qué zonas frecuenta la chica.

—Podemos trazar un mapa de las barriadas para llevar la cuenta de los avistamientos —aportó Fergun.

—Hum, eso nos vendría muy bien —dijo Dannyl, fingiéndose sorprendido a su pesar por la sugerencia.

Recordando el laberinto de pasadizos y calles, comprendió que una tarea como aquella mantendría a Fergun apartado de ellos durante meses. Rothen lanzó una mirada torva a Dannyl, pero no dijo nada.

—La oferta de recompensa —dijo Lorlen a Dannyl—. ¿Se encargará usted de ella?

Dannyl asintió.

—Mañana mismo.

—Yo informaré por la mañana a los demás buscadores —dijo Lorlen. Miró a Rothen y Dannyl con el rostro animado—. ¿Alguna idea más?

—La chica debería emitir su presencia —dijo el Gran Lord en voz baja—. No ha recibido formación, por lo que no sabrá ocultarla; ni siquiera será consciente de tenerla. ¿La ha buscado alguien ya?

Todos quedaron un instante en silencio, y luego Lorlen sonrió, avergonzado.

—No puedo creer que no se me haya ocurrido. No, nadie ha mencionado que buscara la presencia de la chica. —Negó con la cabeza—. Es como si todos hubiéramos olvidado lo que somos... y lo que es ella.

—Una presencia —dijo Rothen con un hilo de voz—. Creo que...

Lorlen frunció el ceño cuando Rothen dejó su frase sin terminar.

—¿Sí?

—Organizaré una búsqueda mental para mañana —se ofreció Rothen. Lorlen sonrió.

—Entonces a los dos les espera un día ajetreado.

Rothen inclinó la cabeza.

—Entonces lo mejor será que descansemos bien. Buenas noches, administrador, Gran Lord, lord Fergun.

Los tres magos asintieron en respuesta. Dannyl siguió a Rothen, que caminaba a buen paso hacia las puertas del Salón de Noche. Tan pronto como salieron al aire helado, Rothen liberó un suspiro explosivo.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó, dándose una palmada en la frente.

—¿Qué entiendes? —preguntó Dannyl, perplejo.

—Hoy he notado algo cuando recorría los pasadizos. Como si alguien me observara.

—¿Una presencia?

—Quizá.

—¿La has investigado?

Rothen asintió.

—Era imposible que estuviera allí. Lo que he detectado tendría que estar justo a mi lado, pero allí no había nada más que una pared de ladrillos.

—¿Has buscado puertas ocultas?

—No, pero... —Rothen titubeó, con aire pensativo—. Luego ha desaparecido.

—¿Ha desaparecido? —Dannyl parecía desconcertado—. ¿Cómo puede desaparecer sin más? Las presencias no se esfuman... a menos que alguien las oculte. Y ella no está entrenada para hacerlo.

—¿O sí? —La sonrisa de Rothen fue lúgubre—. Si de verdad era ella, entonces alguien le ha enseñado a hacerlo, o tal vez lo haya aprendido por sí misma.

—No es una habilidad difícil —señaló Dannyl—. Nosotros la enseñamos jugando al escondite.

Rothen asintió lentamente mientras consideraba aquella posibilidad, y luego se encogió de hombros.

—Supongo que mañana lo sabremos. Será mejor que vuelva adentro, a ver si puedo conseguir más ayuda. Es probable que una búsqueda mental atraiga más a los que no quieren volver a las barriadas. Me gustaría que te unieras, Dannyl. Tienes unos sentidos particularmente agudos.

—Si me lo pones así, ¿cómo voy a negarme? —aceptó, encogiéndose de hombros.

—Empezaremos pronto, creo. Tendrás que imprimir los carteles de la recompensa y distribuirlos muy temprano.

—Oh, no —dijo Dannyl con un gesto de dolor—, a madrugar otra vez.

5. La recompensa

—¿Cery?

El joven levantó su cabeza de la mesa y parpadeó. Supuso que debía de ser por la mañana, aunque bajo tierra siempre era difícil estar seguro. Se incorporó y miró la cama. La vela estaba casi consumida y daba poca luz, pero le bastó para distinguir el brillo en los ojos de Sonea.

—Estoy despierto —dijo, desmerezándose para desentumecer los hombros.

Cogió la vela de la mesa y la acercó a la cama. Sonea estaba tumbada con los brazos debajo de la cabeza y la mirada fija en el techo bajo. Al verla, Cery fue presa de una incomodidad extraña e irresistible. Se había sentido igual dos años atrás, justo antes de que ella se marchara de la banda. Tras la desaparición de Sonea, Cery se había dado cuenta demasiado tarde de que ya sabía que un día ella los abandonaría.

—Buenos días.

Sonea compuso una sonrisa, pero no logró ahuyentar la angustia que se leía en sus ojos.

—¿Quién era ese chico de la plaza, el que murió?

Cery se sentó en la esquina de la cama y suspiró.

—Se llamaba Arrel, creo. En realidad no lo conocía. Creo que antes su madre trabajaba en Las Bailarinas Resbaladizas.

Sonea asintió lentamente. Permaneció callada mucho tiempo y luego frunció el ceño.

—¿Has visto a Jonna y Ranel desde ayer?

—No —respondió Cery.

—Los echo de menos. —De pronto Sonea rió—. En realidad nunca había pensado que los echaría tanto de menos. ¿Sabes qué? —Rodó para quedar tumbada de lado y lo miró directamente—. Los echo de menos más que a mi madre. ¿No es raro?

—Ellos te han cuidado casi toda tu vida —le recordó Cery—. Y tu madre murió hace mucho tiempo.

La joven asintió.

—A veces la veo en sueños, pero cuando me despierto ya no recuerdo cómo era. Pero sí que me acuerdo de la casa donde vivíamos. Era increíble.

—¿Tu casa? —Aquella historia era nueva para Cery.

Sonea negó.

—Mi madre y mi padre trabajaban de sirvientes para una de las Familias, pero acusaron a mi padre de robar no sé qué y los echaron a los dos.

—¿Y lo había robado? —preguntó Cery con una sonrisa.

—Probablemente. —Sonea bostezó—. Siempre que hago algo que Jonna piensa que está mal, le echa a él la culpa. Robar le parece horrible, aunque sea a alguien rico y tacaño.

—¿Y tu padre dónde está ahora?

Sonea alzó los hombros.

—Se marchó al morir mi madre. Una vez volvió cuando yo tenía seis años. Dio un poco de dinero a Jonna y volvió a desaparecer.

Cery quitó un poco de cera derretida de la vela.

—Los ladrones mataron a mi padre cuando pensaron que estaba engañándolos.

Sonea abrió los ojos de par en par.

—¡Pero eso es horrible! Ya sabía que estaba muerto, pero eso no me lo habías contado nunca.

Esta vez fue Cery quien se encogió de hombros.

—No conviene demasiado decir a la gente que tu padre era un blinga. El muy tonto se arriesgó demasiado y lo pillaron. O al menos, eso dice mi madre. Pero me enseñó un montón de cosas, eso sí.

—El Camino de los Ladrones —comprendió Sonea. Él asintió—. Es por donde íbamos, ¿verdad? —Otro asentimiento. Sonea sonrió con malicia—. Entonces era cierto, ¿no? ¡Sí que trabajas para los ladrones!

—Qué va —replicó Cery, apartando la mirada—. El Camino me lo enseñó mi padre.

—Entonces ¿tienes permiso para usarlo?

—Sí y no —respondió Cery, haciendo un gesto vago.

Sonea arrugó la frente pero no insistió.

Cery posó la mirada en la vela y recordó el día, tres años antes, en que se había metido en los pasadizos para huir de un guardia a quien no había hecho mucha gracia que alguien le hurgase en los bolsillos. En la oscuridad había aparecido una sombra que agarró a Cery por el cuello de la camisa y lo arrastró hasta una habitación que había en un túnel, y lo encerró allí. Cery era muy diestro con las ganzúas, pero de allí no pudo salir. Unas horas más tarde se abrió la puerta y el muchacho quedó deslumbrado por un farol tan brillante que solo pudo distinguir la silueta del hombre que lo sostenía.

—¿Tú quién eres? —le había preguntado el extraño—. ¿Cómo te llamas?

—Ceryni —había chillado él.

Una pausa antes de que la luz se acercara.

—Sí que lo pareces —había comentado el extraño en tono divertido—. Y eres un roedor que me suena, además. Ya te sifono, ya. El hijo de Torrin. Hum, ¿sabes cómo castigamos a quienes usan el Camino sin el permiso de los ladrones?

Aterrado, Cery había asentido.

—Pues ahí lo tienes, pequeño Ceryni. Te has metido en una buena rascada, ¿sabes?, pero a lo mejor puedo darte un poco de espacio. No te acostumbres a usar el Camino, pero si de verdad te hace falta, tira adelante. A quien te pregunte, le dices que Ravi te ha dado permiso. Pero cuidado: me debes una. Cuando te pida algo, me lo darás. Si me das bote, no pisarás ningún otro camino en tu vida. ¿Me sigues?

Cery había vuelto a asentir, demasiado aterrado para abrir la boca.

El extraño se había reído.

—Muy bien. Y ahora, largo de aquí.

La luz había desaparecido y, a continuación, unas manos invisibles habían empujado a Cery hasta la salida del Camino más cercana a la habitación y lo habían echado a la calle.

Desde entonces había procurado pisar lo menos posible el Camino de los ladrones. Las pocas veces que había regresado al laberinto, le había sorprendido ver que aún recordaba sus recovecos. En alguna ocasión se había cruzado con más viajeros, pero nunca lo habían detenido ni le habían hecho ninguna pregunta.

Sin embargo, los últimos días había estado desobedeciendo la regla de los ladrones hasta un punto que le preocupaba. Si se veía obligado a responder ante alguien por hacerlo, no tendría más remedio que confiar en que el nombre de Ravi aún conservara su influencia. Pero no pensaba contar nada de aquello a Sonea. Se asustaría demasiado.

Cery la miró y volvió a sentir aquella rara incomodidad.

Siempre había albergado la esperanza de que un día regresara, aunque nunca lo había creído posible. Esa chica era diferente. Especial. Cery sabía desde siempre que en algún momento saldría de las barriadas.

Y, desde luego, era especial, aunque de una forma que nunca habría adivinado. ¡Tenía magia! Pero también tenía un pésimo sentido de la oportunidad. ¿No podía haberlo descubierto mientras preparaba una taza de raka, o mientras daba betún a unos zapatos? ¿Qué necesidad había de hacerlo delante del Gremio de los Magos?

Pero así había ocurrido, y ahora Cery debía hacer todo lo posible para que no la atraparan. El único consuelo era que eso los obligaba a pasar mucho tiempo juntos. Aunque aquello significara arriesgar su acuerdo con Ravi, merecía la pena. Pero no soportaba verla tan inquieta...

—No te preocupes. Mientras los magos estén metiendo las narices en los túneles, a los ladrones les va a dar igual que...

—¡Chist! —lo interrumpió ella, levantando una mano para silenciarlo.

Cery la vio salir de la cama y situarse en el centro de la habitación. Giró sobre sí misma, mirando atenta las paredes, escrutando cada detalle. Se quedó parada escuchando, pero no oyó nada fuera de lo normal.

—¿Qué pasa?

Sonea meneó la cabeza y de repente se estremeció. En su cara apareció una expresión de sorpresa y terror. Cery se incorporó de golpe, alarmado.

—¿Qué pasa? —repitió.

—Están buscando —susurró ella.

—Yo no oigo nada.

—No, tú no puedes —dijo Sonea con la voz temblorosa—. Los puedo ver, pero no es como mirarlos. Es más como oírlos, pero tampoco, porque no sé lo que están diciendo. Se parece más a... —Aspiró una bocanada de aire y dio unas vueltas, buscando con la mirada algo que estaba fuera del alcance de sus sentidos—. Están buscando con la mente.

Cery le dirigió una mirada de impotencia. Si albergaba alguna duda de que su amiga tenía poderes mágicos, aquello las disipó del todo.

—¿Te pueden ver?

La mirada de Sonea reflejaba su miedo.

—No lo sé.

Cery cerró los puños y luego los relajó. Había estado seguro de que podía mantener a Sonea lejos de los magos, pero no había lugar adonde llevarla ni muros que la protegieran de aquello.

Tomó aliento, dio un paso adelante y le cogió las manos.

—¿Puedes hacer que dejen de verte?

Con las manos en alto, ella dijo:

—¿Cómo? No sé usar la magia.

—¡Prueba! —pidió Cery—. Prueba algo. ¡Lo que sea!

Ella negó con la cabeza, se puso tensa y ahogó un grito. Cery vio cómo su cara perdía todo el color.

—Parecía que ese me miraba directamente... —Se volvió hacia Cery—. Pero ha pasado de largo. Todos estaban mirando lo que tengo detrás. —En su cara se dibujó una lenta sonrisa—. No pueden verme.

Cery buscó algún rastro de duda en los ojos de Sonea.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—Sí.

Soltó las manos de Cery y se sentó en la cama con el rostro pensativo.

—Creo que ayer hice algo cuando ese mago casi nos pilló. Me hice invisible, o algo parecido. Creo que si no lo hubiera hecho, me habría encontrado. —De pronto miró hacia arriba, pero enseguida se tranquilizó y compuso una sonrisa—. Es como si estuvieran ciegos.

Cery se permitió un suspiro de alivio. Meneó la cabeza.

—Me tenías preocupado de verdad, Sonea. Te puedo esconder de los ojos de los

magos, pero esconderte de sus mentes es pedir un poco demasiado. Creo que será mejor que volvamos a moverte. Estoy pensando en un sitio, cerca del Camino, que podría valer para unos días.

El Salón Gremial estaba en silencio salvo por el rumor de las respiraciones. Rothen abrió los ojos y miró las caras alineadas.

Siempre le daba cierta vergüenza contemplar a otros magos cuando estaban absortos en el trabajo mental. No podía evitar sentirse como si los estuviera espiando, como si se entrometiera en su intimidad.

Sin embargo, las distintas expresiones de sus caras le divertían como a un niño. Algunos magos fruncían el ceño, y otros parecían dudosos o sorprendidos. La mayoría de ellos bien podría estar durmiendo, con el rostro tranquilo y sereno.

Rothen sonrió al escuchar un suave ronquido. Lord Sharrel estaba reclinado en el respaldo de su silla, con la cabeza calva bajando lentamente hacia su pecho. Los ejercicios para calmar y enfocar la mente habían sido demasiado efectivos, sin duda.

Sharrel no es el único que no se concentra en el trabajo, ¿eh, Rothen?

Dannyl abrió un ojo y sonrió. Rothen hizo un gesto de disgusto y comprobó las otras caras por si su amigo les había perturbado la concentración. Dannyl hizo un ligerísimo encogimiento de hombros y volvió a cerrar el ojo.

Rothen suspiró. A aquellas alturas, ya deberían haberla encontrado. Volvió a mirar las hileras de magos y negó con la cabeza. Media hora más, decidió. Inhaló profundamente mientras cerraba los ojos y retomó su ejercicio de calma mental.

A última hora de la mañana, la neblina que cubría la ciudad se había retirado ante la radiante luz del sol. Dannyl se tomó un momento junto a la ventana para disfrutar del silencio. Las imprentas eran más eficientes que los escribas, pero el estruendo de zumbidos y traqueteos siempre hacía que le pitaran los oídos.

Apretó los labios. Ahora que la última tanda de anuncios para la recompensa estaba imprimida y enviada, no le quedaba nada que hacer allí. La búsqueda mental había fracasado y Rothen se había marchado a las barriadas. Dannyl dudaba entre alegrarse por salir con buen tiempo o lamentarse por tener que seguir registrando casuchas.

—Lord Dannyl —dijo una voz—. A las puertas del Gremio se agolpa una gran cantidad de personas; desean hablar con usted.

Dannyl, sobresaltado, se volvió para encontrar al administrador Lorlen en el vano de la puerta.

—¿Tan pronto? —exclamó.

Lorlen asintió, dibujando con los labios una sonrisa perpleja.

—No me explico cómo pueden estar ahí. Para llegar a nosotros han tenido que evitar dos controles de la Guardia de Puertas y entrar en el Círculo Interno... a menos que sean vagabundos que se nos escaparon en la Purga.

—¿Cuántos son?

—Unos doscientos —contestó Lorlen—. Según nuestros guardias, todos afirman saber dónde está la chica desaparecida.

La idea de tener tantos ladrones y mendigos amontonados junto a las puertas hizo que Dannyl se llevara una mano a la frente y refunfuñara.

—Exactamente —dijo Lorlen—. ¿Qué va a hacer ahora?

Dannyl se apoyó en la mesa y lo meditó. No había pasado más de una hora desde que los primeros mensajeros empezaron a repartir copias del anuncio. La gente que había a las puertas era solo la avanzadilla de la horda de informadores que, sin duda, estaba por venir.

—Necesitamos algún lugar para interrogarlos —caviló en voz alta.

—Dentro del Gremio, no —replicó Lorlen—, o la gente empezará a inventarse historias solo para echar un vistazo por aquí.

—En algún lugar de la ciudad, entonces.

Lorlen hizo tamborilear los dedos contra el marco de la puerta.

—La Guardia tiene varias dependencias en la ciudad. Me encargaré de que preparen una de ellas para nuestro uso.

Dannyl asintió.

—¿Podría pedir también que se quedaran algunos guardias para mantener el orden?

—Estoy seguro de que no tendrán ganas de marcharse —afirmó el administrador.

—Veré si puedo encontrar voluntarios para entrevistar a los informadores.

—Parece que lo tiene usted todo bajo control —dijo Lorlen, dando un paso atrás desde el umbral.

Dannyl sonrió e inclinó la cabeza.

—Gracias, administrador.

—Si necesita alguna otra cosa, envíeme un mensajero. —Lorlen saludó con la cabeza y se marchó.

Dannyl cruzó la habitación, recogió los instrumentos que había utilizado para bosquejar el cartel y los metió en su estuche de madera. Salió al pasillo y caminó a buen paso hacia sus aposentos, pero se detuvo cuando un aprendiz salió de un aula cercana en dirección a la escalera.

—¡En, tú! —lo llamó Dannyl. El joven paró en seco y dio media vuelta. Cruzó la mirada con Dannyl y luego la bajó al suelo al hacer una reverencia. Dannyl fue casi corriendo hacia él y le puso el estuche en las manos—. Lleva esto a la Biblioteca de los Magos y dile a lord Jullen que lo recogeré más tarde.

—Sí, lord Dannyl —respondió el aprendiz, y casi se le cayó la caja cuando se inclinó de nuevo. Dio media vuelta y se marchó a toda prisa.

Dannyl continuó hasta el final del pasillo y empezó a bajar la escalera. En el recibidor de entrada había varios magos, todos ellos contemplando la verja exterior desde los portones de la universidad. Larkin, un joven alquimista recién graduado, miró a Dannyl, que ya llegaba al rellano.

—¿Estos son sus confidentes, lord Dannyl? —preguntó con una sonrisa taimada.

—Cazadores de recompensas —replicó Dannyl en tono seco.

—No irá a meterlos aquí, ¿verdad? —interrumpió una voz hosca.

Dannyl, reconociendo el tono ácido del rector de la universidad, se giró hacia el mago.

—¿Le gustaría que lo hiciera, rector Jerrick? —preguntó.

—¡En absoluto!

Dannyl oyó cómo Larkin se carcajeaba por lo bajo detrás de él y resistió la tentación de sonreír. Jerrick no cambiaría nunca. Seguía siendo el mismo viejo amargado y negativo de los tiempos en que Dannyl era un aprendiz.

—Voy a enviarlos a una dependencia de la Guardia —informó al anciano rector.

Se volvió, pasó entre los otros magos que pululaban por el vestíbulo y empezó a bajar los peldaños.

—¡Buena suerte! —le deseó Larkin desde arriba.

Dannyl contestó levantando una mano. Enfrente de él había una oscura multitud de cuerpos que se movían sin rumbo junto a los barrotes ornamentados de las Puertas del Gremio. Dannyl puso mala cara y buscó una mente conocida.

¡Rothen!

¿Sí?

Mira esto. Dannyl envió una imagen mental de la escena. Sintió la alarma del otro mago, que rápidamente se transformó en diversión al comprender quién era aquella gente.

¡Ya tienes informadores! ¿Qué vas a hacer con ellos?

Decirles que vengan más tarde, replicó Dannyl, *y que no daremos dinero a nadie hasta que tengamos a la chica.*

Y pasó a explicarle, con toda la rapidez y claridad que permitía la comunicación mental, que el administrador Lorlen estaba buscando un lugar en la ciudad para entrevistar a los «informadores».

¿Quieres que vuelva y te ayude?

No podría mantenerte alejado ni aunque lo intentara.

Dannyl sintió el regocijo del otro mago y notó que la presencia de Rothen se desvanecía.

Al acercarse más a la puerta, Dannyl vio que la gente se apretaba contra los

barrotes y se empujaban unos a otros. Todos empezaron a llamarlo al mismo tiempo, formando un desconcertante clamor. Los guardias miraron a Dannyl con una mezcla de alivio y curiosidad.

Se detuvo aproximadamente a diez pasos de las puertas. Irguió la espalda para aprovechar todo el efecto de su altura, se cruzó de brazos y esperó. El ruido fue menguando poco a poco. Cuando la multitud se hubo tranquilizado, Dannyl hizo que el aire que lo rodeaba amplificara su voz.

—¿Cuántos de vosotros habéis venido con información relativa a la chica que buscamos?

Le respondió un coro de voces. Dannyl asintió y levantó una mano para volver a silenciarlos.

—El Gremio aprecia vuestra ayuda en este asunto. Tendréis la oportunidad de hablar con nosotros uno por uno. Estamos haciendo que preparen una dependencia de la Guardia a ese efecto. Haremos pública la situación de esa dependencia dentro de una hora, colgando carteles aquí y en las puertas de la ciudad. Mientras tanto, regresad a vuestras casas, por favor.

Se oyeron algunas quejas al fondo de la muchedumbre. Dannyl levantó la barbilla y añadió a su voz un matiz de advertencia.

—No se entregará ninguna recompensa hasta que la chica esté, sana y salva, bajo nuestra protección. Solo entonces se pagará a los informadores, y únicamente a quienes nos proporcionen datos útiles. No os acerquéis a la chica por vuestra cuenta. Puede ser peli...

—¡Está aquí! —chilló una voz.

Aunque intentó controlarse, la esperanza llenó a Dannyl de emoción. Observó un movimiento entre la multitud y la gente gruñó al paso de alguien que avanzaba entre ellos a empujones.

—Dejadla pasar —ordenó.

El gentío se abrió y una anciana arrugada llegó hasta la puerta. Metió un brazo huesudo entre los barrotes y gesticuló para que Dannyl se acercara. Con la otra mano llevaba cogida a una niña delgada, vestida con ropa sucia y raída.

—¡Es esta! —dijo la mujer, mirándolo con sus ojos enormes.

Dannyl inspeccionó a la chica atentamente. Un cabello mal cortado rodeaba su cara delgada y de mejillas hundidas. La muchacha estaba escuálida, y de su figura desmañada colgaba una ropa que le venía grande. Cuando Dannyl posó la mirada en ella, la niña se echó a llorar.

En aquel momento lo asaltaron las dudas, al caer en que no recordaba la cara que Rothen había proyectado en el Salón Gremial.

¿Rothen?

¿Sí?

Dannyl envió al mago una imagen de la chica.

No es ella.

Dannyl suspiró, aliviado.

—No es la que buscamos —anunció, negando con la cabeza.

Dio media vuelta.

—¡Yep! —protestó la mujer. Dannyl se giró de nuevo y se topó con una mirada de odio. La aguantó sin flaquear y la anciana no tardó en mirar al suelo e intentar persuadirlo—: ¿Está seguro, milord? No la ha podido ver de cerca.

El mar de caras lo contempló expectante, y Dannyl comprendió que aquella gente necesitaba algún tipo de prueba visible. Si no los convencía de que era imposible engañarlo, seguirían trayéndole chicas jóvenes con la esperanza de llevarse la recompensa... y no podía pedir a Rothen que identificara a todas las que le llevaran.

Se acercó despacio a la puerta. La chica había dejado de llorar, pero se puso pálida de terror al ver llegar a Dannyl.

Dannyl le tendió una mano y sonrió. La niña tuvo miedo e intentó escabullirse, pero la anciana le agarró el brazo y lo introdujo entre los barrotes de la puerta.

Dannyl tomó su mano y exploró mentalmente a la chica. De inmediato, sintió en ella un pozo de poder durmiente. La sorpresa le hizo vacilar un momento antes de soltar la mano y dar un paso atrás.

—No es la que buscamos —repitió.

Los informadores empezaron a gritar de nuevo, pero esta vez había menos prisa y exigencia en el barullo. Retrocedió un poco y levantó los brazos. La gente dio un paso atrás.

—¡Marchaos! —gritó Dannyl—. Volved esta tarde.

Giró bruscamente sobre sí mismo para que el revoloteo de la túnica tuviese un efecto teatral y se alejó con paso firme. La muchedumbre lanzó una grave exclamación de asombro. Dannyl, sonriendo, alargó sus zancadas.

Pero la sonrisa se esfumó al recordar el poder que había notado en la pequeña mendiga. No era especialmente fuerte. Si la chica proviniera de alguna Casa, era poco probable que la hubieran enviado al Gremio para adiestrarla. A su familia le habría convenido más entregarla en matrimonio para reforzar el linaje mágico de su Casa. Sin embargo, de haber sido un segundo o tercer hijo varón, habrían estado encantados. Incluso un mago débil confería algo de prestigio a su apellido.

Dannyl caminó hacia la universidad con aire abatido. Que la única persona de las barriadas que había examinado tuviera potencial mágico era una simple coincidencia. Tal vez su madre fuera alguna prostituta que había concebido a la hija de un mago. Dannyl no se llevaba a engaño sobre las costumbres de sus iguales.

Entonces recordó las palabras de lord Solend: «Si esa joven es nata, cabe esperar que su poder supere al de la mayoría de los aprendices y, posiblemente, incluso al de

la mayoría de los magos». La chica que estaban buscando tal vez lo igualara en fuerza. Incluso podría superarlo...

Dannyl se estremeció. De repente no era tan difícil imaginar la existencia de ladrones y asesinos esgrimiendo en secreto unos poderes que solo los magos del Gremio deberían poseer. Era una idea inquietante, y supo que ya no iba a sentirse tan completamente invulnerable la próxima vez que explorase las barriadas.

El aire del ático era deliciosamente cálido. La luz del final de la tarde entraba por dos ventanucos y dibujaba sendos cuadrados brillantes en las paredes. El olor a lana de reber competía con el del humo por el dominio de la habitación. Aquí y allá había grupitos de niños sentados y envueltos en mantas, hablando en voz baja.

Sonea los observó desde el rincón donde se había instalado. Cuando se abrió la trampilla del desván, miró hacia allí ilusionada, pero el chico que subió a la estancia no era Cery. Los otros niños recibieron con alegría al recién llegado.

—¿Os habéis enterado? —dijo él, sentándose en un montón de mantas—. Los magos dicen que darán una recompensa al que les diga dónde está la chica esa.

—¡Una recompensa!

—¿En serio?

—¿De cuánto?

El chico abrió mucho los ojos.

—De cien oros.

Se extendió un murmullo emocionado. Los niños rodearon al recién llegado, formando un círculo de caras ansiosas. Unos pocos lanzaron miradas pensativas en dirección a Sonea.

La joven se obligó a mirarlos con cara inexpresiva. Habían estado dedicándole miradas curiosas desde que llegó. Aquel desván era un refugio para niños sin hogar. Estaba en la zona donde las barriadas lindaban con los mercados, y los ventanucos dejaban ver el Puerto. Ella era demasiado mayor para que la admitieran allí, pero Cery conocía al propietario —un amable mercader retirado llamado Norin— y le había prometido devolverle el favor más adelante.

—Los magos tienen muchas ganas de atrapar a esa chica, ¿verdad? —dijo una de las niñas.

—Solo quieren tener magia ellos, nadie más —replicó un niño achaparrado.

—Habrà un montón de gente buscándola —dijo el recién llegado, asintiendo con aires de sabiduría—. Es muchísimo dinero.

—Dinero de sangre, Ral —respondió la niña, arrugando la nariz.

—¿Y qué? —replicó Ral—. A alguna gente le da igual. Quieren el dinero y punto.

—Bueno, pues yo no la entregaría —dijo ella—. Odio a los magos. Hace años quemaron a mi primo.

—¿En serio? —preguntó otra chica, con los ojos brillantes de curiosidad.

—En serio —confirmó la primera chica—. Fue durante la Purga. Pero la verdad es que Gilen se la estaba jugando. Yo creo que se lo pescó él solito. Un mago de esos le dio con su magia. Le quemó todo un lado de la cara. Ahora tiene una cicatriz grandota y roja.

Sonea tuvo un escalofrío. Lo quemaron. El recuerdo de un cuerpo calcinado se apoderó de su mente. Apartó la mirada de los niños. El desván ya no le parecía tan acogedor. Quería levantarse y marcharse de allí, pero Cery había insistido en que se quedara quieta y no llamara la atención.

—Una vez mi tío intentó robar a un mago —dijo una chica que llevaba el pelo largo y enmarañado.

—Tu tío era tonto —murmuró un chico a su lado.

Ella frunció el ceño y lanzó una patada contra su espinilla, que él esquivó con facilidad.

—No sabía que era un mago —explicó la chica—. Llevaba una capa enorme por encima de la túnica.

El chico resopló, y la chica levantó el puño.

—¿Decías? —preguntó él con inocencia.

—Intentó rajar su bolsa —continuó la chica—, pero el mago le había puesto un hechizo para enterarse si la tocaba alguien. Bueno, pues se giró a toda pastilla, le dio con su magia y le rompió los brazos.

—¿Los dos brazos? —preguntó uno de los niños más pequeños.

Ella asintió.

—Y sin tocarlo. Lo único que hizo fue levantar los brazos así... —Alzó sus manos con las palmas hacia delante—. Y la magia pegó a mi tío como si le hubieran tirado una pared a la cara. Él lo contaba así.

—¡Yep! —El niño suspiró.

La habitación quedó unos minutos en silencio, y luego se elevó otra voz:

—A mi hermana la mataron por culpa de los magos.

Todas las caras se volvieron hacia un niño muy delgado que se sentaba con las piernas cruzadas al borde del corro.

—Estábamos rodeados de gente —dijo—. Los magos empezaron a soltar sus luces en la calle por detrás de nosotros y todo el mundo echó a correr. A mamá se le cayó mi hermanita, pero no pudo pararse porque había muchísima gente corriendo. Papá volvió y la encontró. Yo oí las maldiciones que les echaba, diciendo que ellos tenían la culpa de que hubiera muerto. Que la habían matado los magos. —Entrecerró los ojos y miró al suelo con rabia—. Los odio.

En el círculo hubo varias cabezas que asintieron. Se hizo un silencio pensativo, y luego la primera chica carraspeó con petulancia.

—Ya lo veis —dijo—. ¿Vosotros ayudarías a los magos? Yo no. Esa chica les dio

una buena lección, ya lo creo que sí. A lo mejor la próxima vez puede pegar a más magos.

Los niños sonrieron de oreja a oreja y asintieron mirándose entre ellos. Sonea dejó escapar un suspiro, más tranquila. Oyó el crujido de la trampilla al abrirse y sonrió al ver a Cery subiendo al desván. Se acercó y se sentó junto a ella, con expresión animada.

—Alguien nos ha traicionado —murmuró—. Están a punto de registrar la casa. Sígueme.

A Sonea se le heló el corazón. Lo miró fijamente y se percató de que sus ojos no sonreían. Cery volvió a ponerse de pie, y ella se apresuró a imitarlo. Algunos chicos giraron la cabeza cuando pasaron, pero Sonea evitó cruzar la mirada con ellos.

Notó crecer el interés a su alrededor mientras Cery se detenía para abrir las puertas de un enorme armario que había en el fondo de la habitación.

—Aquí hay una puerta secreta que da a los pasadizos —murmuró, metiendo una mano en el armario. Dio unos tirones suaves a algo y entonces frunció el ceño y tiró más fuerte—. Está atrancado desde la otra parte. —Masculló una maldición.

—¿Estamos atrapados?

Cery volvió la mirada hacia la habitación. Ahora casi todos los niños los estaban mirando. Cerró la puerta del armario y fue hacia una de las ventanas.

—Ya no tiene sentido que finjamos. ¿Qué tal trepas ahora?

—Hace ya bastante tiempo... —Sonea miró hacia arriba.

Las ventanas estaban en el tejado de la casa, que bajaba en pendiente casi hasta la calle.

—Ayúdame a subir.

Sonea hizo estribo con las manos y el peso de Cery le provocó una mueca. Cery trepó a sus hombros y la hizo tambalearse. Se apoyó en una viga del techo para mantener el equilibrio, sacó un cuchillo de su abrigo y empezó a forzar la ventana.

Llegó el ruido de un portazo, en algún lugar bajo el desván, y luego el sonido amortiguado de una discusión a viva voz. Se abrió la trampilla y Sonea montó en pánico, pero solo era Yalia, la sobrina de Norin.

La mujer abarcó de un solo vistazo a los niños, a Sonea y a Cery en equilibrio sobre sus hombros.

—¿Qué pasa con la puerta? —preguntó.

—Bloqueada —dijo Cery.

Yalia torció el gesto y luego miró a los niños.

—Han venido los magos —dijo—. Van a registrar la casa.

Los niños empezaron a hacer preguntas. Por encima de Sonea, Cery murmuró una pintoresca maldición. Estuvo a punto de caer al suelo, pero lo evitó cambiando bruscamente el peso del cuerpo.

—¡Yep! Eres malísima como escalera, Sonea.

De pronto, el peso de Cery abandonó los hombros de Sonea. Le dio un golpe involuntario en el pecho con la bota, y ella ahogó la réplica cortante que le venía a los labios mientras se agachaba para esquivar las patadas de Cery.

—No nos harán daño —estaba diciendo Yalia a los niños—. No se atreverían. Se darán cuenta enseguida de que todos sois demasiado pequeños. Les interesa más...

—¡Yep! ¡Sonea! —Llegó un susurro áspero desde arriba. Ella levantó la mirada y vio que Cery ya había pasado las piernas por el marco de la ventana y estaba colgando del tejado con las manos extendidas hacia ella—. ¡Venga!

Sonea alzó los brazos y agarró las manos de su amigo. Cery tiró de ella con una fuerza sorprendente y la izó hasta que la joven pudo agarrarse al alféizar. Se quedó colgando un instante y luego empezó a desplazarse por el marco hasta que estuvo agarrada a la parte más elevada. Levantó las piernas, apoyó la punta de un pie en una esquina del antepecho y por fin se halló en el exterior.

Se quedó tumbada sobre las frías tejas, jadeando de cansancio. El aire gélido empezó a calarle enseguida la ropa. Levantó la cabeza y divisó un mar de tejados. El sol estaba bajo en el cielo.

Cery estiró un brazo con la intención de cerrar la ventana, pero de pronto se quedó inmóvil. Oyeron cómo se abría la trampilla del desván, y luego el murmullo sobrecogido y temeroso de los niños. Sonea asomó la cabeza y echó un rápido vistazo al interior.

Junto a la trampilla abierta había un hombre vestido con túnica roja que revisaba furioso la habitación. Tenía el pelo claro y peinado hacia atrás, muy pegado al cuero cabelludo. Había una pequeña cicatriz roja en su sien. Sonea apretó el cuerpo contra las tejas, con el corazón acelerado. Aquel mago le sonaba de algo, pero no pensaba arriesgarse a mirar otra vez.

Llegó a sus oídos la voz del hombre.

—¿Dónde está? —exigió saber.

—¿Dónde está quién? —replicó Yalia.

—La chica. Me han informado de que estaba aquí. ¿Dónde la has escondido?

—Yo no he escondido a nadie —intervino la voz de un anciano.

Debía de ser Norin, supuso Sonea.

—¿Y qué es este lugar? ¿Qué hacen aquí todos estos mendigos?

—Les dejo que se queden. No tienen ningún otro lugar adonde ir durante el invierno.

—¿La chica ha estado aquí?

—Yo nunca les pregunto cómo se llaman. Si esa chica que busca usted estaba entre ellos, no lo sabía.

—Creo que mientes, viejo. —El tono de voz del mago se hizo más tétrico.

Se elevaron los lamentos y algunos niños rompieron a llorar. Cery agarró la manga de Sonea y le dio un tirón.

—Le digo la verdad —insistió el viejo mercader—. Nunca tengo ni idea de quiénes son, pero estos niños siempre...

—¿Sabes cuál es el castigo por ocultar a enemigos del Gremio, viejo? —le espetó el mago—. Si no me enseñas dónde has escondido a la chica, haré que derriben tu casa piedra a piedra y...

—Sonea —susurró Cery.

Ella se volvió para mirarlo. Cery la apremió con un gesto para que lo siguiera y empezó a desplazarse poco a poco por el tejado. Sonea se obligó a mover los brazos y las piernas para ir tras él.

No se atrevía a dejarse resbalar demasiado deprisa, temiendo que la oyera el mago. Fue bajando lentamente hacia el borde del tejado. Al llegar, giró la cabeza y vio que Cery había desaparecido. Captó un movimiento fugaz y distinguió unas manos agarradas al canalón que tenía por debajo.

—Sonea —susurró Cery—. Tienes que bajar aquí conmigo.

Dobló las piernas lentamente y resbaló hasta que estuvo tumbada a lo largo del canalón. Miró por encima del borde y vio a Cery colgando dos pisos por encima del suelo. El chico señaló con la cabeza una casa de una sola planta que estaba cerca de la del mercader.

—Vamos a ir ahí —le dijo—. Fíjate bien, Sonea, y haz lo mismo que yo.

Cery se aferró a una tubería que bajaba por la fachada, desde el canalón hasta el suelo. La tubería emitió un alarmante crujido al recibir todo su peso, pero Cery descendió con rapidez apoyando los pies en las abrazaderas que sujetaban la tubería a la pared. Al llegar a la altura del otro tejado extendió una pierna hasta él, y luego miró arriba e indicó a Sonea que bajara hasta allí.

Sonea respiró hondo, agarró el canalón y dejó que su cuerpo rodara sobre el borde del tejado. Las manos le dolieron al quedarse colgando sobre el vacío, y estiró un brazo para agarrar la tubería. Bajó por ella tan rápidamente como pudo y pasó al tejado de la otra casa.

Cery sonrió.

—¿Ves qué fácil?

Ella se frotó los dedos, que se habían puesto rojos por el filo de las abrazaderas, y se encogió de hombros.

—Sí y no.

—Venga, alejémonos de aquí.

Cruzaron el tejado con cautela, soportando el viento frío e intenso. Llegaron hasta la casa colindante y treparon a su tejado. Desde allí, bajaron por otra tubería de desagüe hasta el estrecho callejón que había entre los edificios.

Cery se llevó un dedo a los labios y empezó a recorrer el callejón. Se detuvo a medio camino y, después de mirar atrás para confirmar que no había nadie más, levantó una pequeña reja que había en una pared. Se tumbó en el suelo boca abajo y serpenteó rápidamente para entrar en el hueco. Sonea lo siguió.

Se detuvieron a descansar un momento en la oscuridad. Los ojos de Sonea se fueron adaptando lentamente hasta que distinguió las paredes de ladrillo de un estrecho pasadizo. Cery contemplaba fijamente la oscuridad, con la cabeza vuelta hacia la casa de Norin.

—Pobre Norin —susurró Sonea—. ¿Qué va a pasarle?

—No lo sé, pero sonaba bastante mal.

A Sonea le remordió la conciencia.

—Y todo por mi culpa.

Él se giró y la miró sin pestañear.

—No —gruñó—. La culpa es de los magos... y del que nos ha traicionado, sea quien sea. —Volvió a fruncir el ceño mirando el pasadizo—. Ojalá pudiera volver y averiguar quién ha sido, pero tengo que llevarte a algún lugar seguro.

Sonea estudió a su compañero y vio en sus rasgos una tenacidad que hasta entonces nunca le había notado. De no ser por él, la habrían capturado días atrás, y probablemente estaría muerta.

Le necesitaba, pero ¿qué tendría que sacrificar Cery para ayudarla? Ya había pedido varios favores por ella, y también se había cobrado los que le debían, y ahora se estaba arriesgando a sufrir el rechazo de los ladrones por utilizar sus túneles.

Si los magos la encontraban, ¿qué le ocurriría él? Si estaban dispuestos a tirar abajo la casa de Norin solo por sospechar que la estaba ocultando, ¿de qué serían capaces con Cery? «¿Sabes cuál es el castigo por ocultar a enemigos del Gremio, viejo?» Sonea tuvo un escalofrío y agarró el brazo de su amigo.

—Hazme una promesa, Cery.

Él se giró hacia ella, con los ojos muy abiertos.

—¿Una promesa?

Sonea asintió.

—Prométeme que, si alguna vez nos atrapan, fingirás que no me conoces. —Cery abrió la boca para protestar, pero ella no dejó que hablara—. Y si te ven ayudarme, echa a correr. No te dejes atrapar tú también.

Él negó con la cabeza.

—Sonea, yo nunca...

—Dime que lo harás. Yo... no podría soportar que te mataran por mi culpa.

Cery puso los ojos como platos y a continuación apoyó una mano en el hombro de Sonea y sonrió.

—No te atraparán —dijo—. Y si lo hicieran, yo te rescataría. Eso sí que te lo

prometo.

6. Encuentros clandestinos

El letrero que había en la casa de bol rezaba: EL CUCHILLO AUDAZ. El nombre no era muy halagüeño, pero bastaba una rápida mirada a su interior para constatar que era un establecimiento muy pacífico. Los parroquianos, al contrario que en las casas de bol que había visitado Dannyl antes, estaban calmados y hablaban en voz baja.

El mago empujó la puerta y pasó adentro. Unos pocos clientes miraron en su dirección, pero la mayoría no le hizo caso. Aquello también supuso un cambio agradable. Pero Dannyl no estaba tranquilo del todo. ¿Por qué aquel lugar era tan distinto de los demás?

Antes de aquel día nunca había entrado en una casa de bol ni había deseado hacerlo, pero las instrucciones del guardia que había enviado a buscar a los ladrones eran muy específicas: ir a una casa de bol, decir al propietario con quién quería hablar y pagar lo estipulado cuando apareciera un guía. Al parecer, esa era la forma correcta de hacerlo.

Obviamente no podía entrar en una casa de bol vestido con túnica y esperar la clase de cooperación que necesitaba, por lo que había desobedecido a sus iguales y se había puesto las ropas sencillas de un mercader.

Había elegido su disfraz con meticulosidad. Por muy humilde que fuera su vestimenta, sabía que su altura inusual, su evidente salud y su habla cultivada seguirían delatándolo. Había inventado la historia de una inversión desafortunada y un endeudamiento atroz. No había nadie dispuesto a prestarle dinero. Los ladrones eran su último recurso. Cualquier mercader que se hallara en esa situación estaría igual de pez en la materia que Dannyl, aunque también muchísimo más asustado.

Respiró hondo y cruzó la estancia hasta la barra. El tabernero era un hombre delgado con los pómulos prominentes y una expresión severa en el rostro. Su pelo moreno tenía mechones grises. Contempló a Dannyl con hostilidad.

—¿Qué va a ser?

—Una copa.

El hombre sacó una jarra de madera y la llenó de uno de los toneles que tenía tras la barra. Dannyl sacó de su monedero una moneda de cobre y otra de plata. Mantuvo oculta la de plata y dejó caer la de cobre en la mano extendida del hombre.

—Andarás buscando un cuchillo, ¿no? —preguntó el tabernero en voz baja. Dannyl miró sorprendido al hombre, que le dirigió una sonrisa lúgubre—. ¿Para qué otra cosa ibas a venir al Cuchillo Audaz? ¿Habías hecho esto alguna vez?

Dannyl negó con la cabeza mientras pensaba con rapidez. Por el tono del hombre, daba la impresión de que prefería llevar la adquisición de ese «cuchillo» con cierta discreción. No existía ninguna ley contra la posesión de armas de filo, por lo que

«cuchillo» debía de ser la forma de llamar a un objeto ilegal... o a un servicio ilegal. No tenía ni idea de cuál podía ser, pero aquel hombre acababa de indicarle que esperaba hacer algún trato turbio, lo cual se le antojaba un buen principio.

—No quiero un cuchillo. —Dannyl dedicó una sonrisa nerviosa al hombre—. Quiero entrar en contacto con los ladrones.

El tabernero enarcó las cejas.

—¿Eh? —Miró a Dannyl de soslayo—. Hará falta un poquito de color para que les interese hablar, ¿sabes?

Dannyl abrió la mano para mostrar la moneda de plata y volvió a cerrarla cuando su interlocutor intentó cogerla. El hombre resopló y luego se volvió hacia un lado.

—¡Yep, Kollin!

Por la puerta que había tras la barra apareció un chico. Al ver a Dannyl, sus ojos vivos lo recorrieron de las botas al cabello.

—Lleva a este hombre al matadero.

Kollin hizo a Dannyl un gesto para que fuera con él. Dannyl entró detrás de la barra, pero el tabernero le cortó el paso y abrió una mano extendida.

—Hay una cuota. Plata.

Dannyl miró la mano frunciendo el ceño, dudoso.

—No te preocupes —dijo el hombre—. Si se enterasen de que me dedico a timar a los que buscan su ayuda, me despellejarían y colgarían la piel de las vigas para dar una lección a los demás.

Dannyl no estaba seguro de que no estuvieran estafándole, pero apretó la moneda de plata contra la palma del hombre, que por fin se hizo a un lado y permitió a Dannyl llegar hasta el umbral donde esperaba Kollin.

—Ven conmigo, pero no abras la boca —dijo el chico.

Entró en una minúscula cocina, abrió otra puerta y comprobó el callejón que había fuera antes de salir de la casa.

El chico anduvo con rapidez y llevó a Dannyl a través de un laberinto de callejones estrechos. Dejaron atrás portales de los que emanaba el olor del pan horneándose, o de guisos de carne y verduras, o el penetrante aroma del cuero engrasado. El guía se detuvo y señaló una bocacalle. El callejón rebosaba de barro y desperdicios, y terminaba sin salida a los veinte pasos.

—El matadero. Entra ahí —dijo el chico, indicándole el fondo del callejón.

Le dio la espalda y desapareció a toda prisa.

Dannyl examinó dubitativo el callejón mientras se adentraba en él. No había puertas. No había ventanas. No salió nadie a recibirlo. Cuando llegó a la pared del fondo, dio un suspiro. Sí que le habían estafado. Teniendo en cuenta el nombre de aquel lugar, como mínimo había esperado una emboscada.

Se encogió de hombros, dio media vuelta y encontró a tres hombres fornidos en la

entrada del callejón.

—¡Yep! ¿Buscabas a alguien?

—Sí. —Dannyl fue hacia ellos con paso decidido.

Los tres llevaban guantes y gruesos abrigolargos. El del centro tenía una cicatriz vertical en una mejilla que la cruzaba de arriba abajo. Le devolvieron la mirada con frialdad. «Los típicos matones», pensó Dannyl. Quizá sí fuera una emboscada.

Se detuvo a unos pasos de distancia y miró el fondo del callejón por encima del hombro, sonriendo.

—Así que esto es el matadero. Qué apropiado. ¿Ahora vais a escoltarme vosotros?

El matón del centro extendió un brazo.

—A cambio de un precio.

—Ya he pagado al hombre del Cuchillo Audaz.

El matón hizo un gesto de impaciencia.

—¿Quieres un cuchillo o no?

—No. —Dannyl suspiró—. Quiero hablar con los ladrones.

El hombre miró a sus compañeros, que sonreían enseñando todos los dientes.

—¿Con cuál?

—Con el que tenga la influencia más amplia entre ellos.

El matón del centro soltó una risita.

—Te refieres a Gorín. —Uno de sus compañeros reprimió una carcajada. Sin dejar de sonreír, el líder hizo un gesto a Dannyl para que lo siguiera—. Ven conmigo.

Los otros dos se apartaron. Dannyl siguió a su nuevo guía hasta el principio de una calle más ancha. Echó un vistazo atrás y comprobó que los otros dos estaban mirándolo, sin dejar de sonreír de oreja a oreja.

Siguieron por una serie de calles y callejuelas serpenteantes. Dannyl empezó a preguntarse si las partes traseras de todas las panaderías, curtidurías, casas de bol y sastrerías tenían el mismo aspecto. Entonces reconoció un letrero y paró en seco.

—Ya hemos pasado por aquí. ¿Por qué me haces andar en círculos?

El matón se volvió para observar a Dannyl y, a continuación, se acercó a una pared cercana. Se agachó, agarró el borde de una reja de ventilación y tiró de él. La reja se abrió hacia ellos. El matón señaló el hueco.

—Tú primero.

Dannyl se puso en cuclillas y miró al interior. No se veía nada. Resistió la tentación de crear un globo de luz y metió una pierna por el agujero, pero donde esperaba encontrar el suelo solo había vacío. Levantó la mirada hacia su guía.

—La calle queda más o menos a la altura del pecho —explicó el matón—. Venga.

Dannyl se agarró al borde del hueco mientras hacía pasar la pierna. Encontró una cornisa donde apoyarla, metió la otra pierna y la bajó hasta tocar el suelo con un pie.

Dio un paso atrás y sus hombros chocaron con una pared. El matón se coló en el pasadizo con la facilidad de quien está muy acostumbrado a hacerlo. Dannyl, incapaz de ver más que la silueta del hombre bajo aquella luz tenue, se mantuvo a distancia.

—Sígueme —dijo el hombre.

Empezó a caminar por el pasadizo y Dannyl lo siguió unos pasos por detrás, tocando las paredes de ambos lados con las manos. Avanzaron durante varios minutos, doblando numerosos recodos, hasta que cesaron los pasos delante de Dannyl. El mago oyó un golpeteo que procedía de algún lugar cercano.

—Te queda mucho camino por delante —dijo el matón—. ¿Estás seguro de esto? Si has cambiado de idea, puedo llevarte de vuelta.

—¿Por qué iba a cambiar de idea? —preguntó Dannyl.

—Porque a lo mejor quieres hacerlo, nada más.

Apareció una rendija de luz junto a ellos, que enseguida ganó amplitud. Se perfiló en ella la silueta de otro hombre. Dannyl, deslumbrado, no pudo distinguir su cara.

—Este va para Gorín —dijo el matón. Miró a Dannyl e hizo un gesto rápido antes de volver sobre sus pasos y esfumarse entre las sombras.

—Gorín, ¿eh? —dijo el otro hombre desde la puerta. La voz podía ser la de cualquiera entre los veinte y los sesenta años—. ¿Cómo te llamas?

—Larkin.

—¿A qué te dedicas?

—Vendo tapetes simba. —Los últimos años, los talleres de tapetes habían surgido como hongos por toda Imardin.

—Un mercado muy competitivo.

—¿A mí me lo cuentas?

El hombre gruñó.

—¿Por qué quieres hablar con Gorín?

—Eso es asunto de Gorín.

—Por supuesto. —El hombre se encogió de hombros y estiró un brazo para coger algo del interior de la habitación—. Ponte de espaldas. A partir de aquí, llevarás los ojos vendados.

Dannyl titubeó, pero acabó por girarse de mala gana. Ya se había esperado algo parecido. Un trozo de tela le cubrió los ojos y sintió cómo el hombre se lo ataba a la nuca. La débil luz del farol solo pudo revelarle el basto tejido de la venda.

—Sígueme, por favor.

Una vez más, Dannyl caminó con las manos sobre las paredes. Su nuevo guía se movía deprisa. Dannyl contó los pasos que iba dando mientras pensaba que, tan pronto como tuviera la ocasión, mediría qué distancia recorría normalmente con cada mil pasos.

De pronto notó contra el pecho el contacto de algo, posiblemente una mano, y

dejó de andar. Oyó una puerta abriéndose y lo empujaron hacia delante. Un olor a especias y flores le llenó los sentidos, y la blandura que sintió bajo las botas debía de ser una alfombra.

—Quédate aquí. No te quites la venda de los ojos.

La puerta se cerró.

Desde arriba llegaba el tenue sonido de voces y pasos, y Dannyl supuso que se hallaba bajo una de las casas de bol más ruidosas. Escuchó el alboroto y luego se puso a contar las veces que respiraba. Cuando se aburrió de hacerlo, levantó las manos hacia la venda. Oyó un suave golpe a sus espaldas, como el sonido de un talón desnudo pisando una alfombra. Se giró y agarró la venda para quitársela, pero se detuvo en seco cuando oyó que alguien giraba el picaporte. Irguió la espalda y se apresuró a soltar el tejido.

La puerta no se abrió. Dannyl esperó, concentrándose en el silencio de la habitación. Hubo algo que llamó su atención. Era más sutil que el débil sonido que había escuchado antes. Una presencia.

Flotaba por detrás de él. Inspiró profundamente, extendió los brazos y fingió buscar las paredes a tientas. Al volverse, la presencia se movió.

En aquella habitación había otra persona. Alguien que buscaba pasar desapercibido. La alfombra mitigaba sus pasos, y el ruido de la casa de bol tapaba cualquier sonido involuntario. Los ligeros olores corporales quedarían ocultos por el perfume a flores que impregnaba el aire. Si Dannyl sabía que no estaba solo, era solo gracias a los sentidos propios de un mago.

Se trataba de una prueba. Era improbable que estuvieran evaluando el sigilo de su acompañante. No, lo probaban a él. Querían averiguar si notaba algo. Averiguar si era un mago.

Proyectó sus sentidos y captó una segunda presencia tenue. Esta permanecía estática. Estiró los brazos y echó a andar hacia delante otra vez. La primera presencia daba vueltas rápidas a su alrededor, pero Dannyl hizo como si no estuviera. A los diez pasos dio con una pared. Puso las manos sobre la áspera superficie y empezó a desplazarse en dirección a la otra presencia. La primera se alejó un poco y, acto seguido, se lanzó hacia él. Notó un leve movimiento en el aire que rodeaba su cuello. Ignorándolo, siguió adelante.

Sus dedos encontraron el marco de la puerta, y luego una manga y un brazo. Alguien le quitó la venda de los ojos y Dannyl se encontró mirando a un anciano.

—Lamento que hayas tenido que esperar —dijo el hombre. Dannyl reconoció la voz de su guía. ¿Habría llegado a salir de la estancia? El guía, sin darle más explicaciones, abrió la puerta—. Si no te importa seguirme, por favor...

Dannyl contempló la habitación, ahora vacía, y salió al pasadizo.

Continuaron su recorrido a ritmo más relajado, mientras el farol oscilaba en la

mano del anciano. Las paredes estaban bien construidas. En cada esquina había una pequeña placa incrustada en los ladrillos, con extraños símbolos grabados. Era imposible saber qué hora era, pero ya hacía muchas horas que Dannyl había entrado en la primera casa de bol. Se sintió orgulloso de haber comprendido que dejarlo vendado en la habitación era una prueba. ¿Lo habrían llevado hasta los ladrones si hubiera demostrado ser un mago? Lo dudaba mucho.

Tal vez hubiera más pruebas; tendría que ir con cuidado. No sabía cuánto tiempo pasaría antes de hablar con Gorín. Mientras tanto, debía averiguar cuánto pudiera sobre las personas con quienes quería hacer tratos. Midió a su acompañante con la mirada.

—¿Qué es un «cuchillo»?

—Un asesino —gruñó el anciano.

Dannyl parpadeó y luego contuvo una sonrisa. Así pues, El Cuchillo Audaz era un nombre muy apropiado. ¿Cómo era posible que el propietario siguiera impune, si se anunciaba con tanto descaro? Se preocuparía de aquello más tarde. De momento, había cosas más útiles de que enterarse.

—¿Hay algún otro nombre alternativo que deba saber?

El anciano sonrió.

—Si alguien te manda un mensajero, o bien estás recibiendo una amenaza o bien alguien la está cumpliendo.

—Entiendo.

—Y un blinga es alguien que traiciona a los ladrones. No te interesa ser uno de esos. Tienen una vida muy corta.

—Lo tendré en cuenta.

—Si todo va bien, te llamarán «cliente». Depende de lo que andes buscando aquí.

—Se detuvo y dio media vuelta para contemplar a Dannyl—. Supongo que es hora de averiguarlo.

Dio unos golpes en la pared. No hubo más que silencio, hasta que los ladrillos se plegaron hacia dentro como una puerta de dos hojas. El hombre señaló la abertura con un brazo.

La habitación que había al otro lado era pequeña. Tenía una mesa encajada entre las paredes, que en la práctica impedía llegar hasta el hombre descomunal que se sentaba tras ella. Detrás de él había otra puerta doble entreabierta.

—Larkin el tapetero —dijo el hombre. Tenía una voz sorprendentemente profunda.

Dannyl inclinó la cabeza.

—¿Y usted es...?

El hombre sonrió.

—Gorín.

No había más sillas. Dannyl se acercó a la mesa. Gorín no era un hombre atractivo, pero su corpulencia era más de músculo que de grasa. Tenía el cabello espeso y rizado, y la mandíbula cubierta por una barba lanosa. Ciertamente hacía honor al animal del que provenía su nombre, la enorme bestia que tiraba de las bateas a contracorriente en el río Tarali. Dannyl se preguntó si todo aquello no sería una broma del matón, si la influencia de Gorín sería la más *amplia* entre los ladrones.

—¿Usted es quien dirige a los ladrones? —le preguntó Dannyl.

—A los ladrones no los dirige nadie —respondió Gorín con una sonrisa.

—Entonces ¿cómo sé que estoy hablando con la persona adecuada?

—¿Quieres hacer un trato? Lo harás conmigo. Si rompes el trato, te castigaré. Puedes considerarme alguien que está a medio camino entre un padre y un rey. Te ayudo, pero si me traicionas, te mataré. ¿Lo entiendes?

Dannyl apretó los labios.

—Yo tenía en mente un trato más equilibrado. ¿De padre a padre, quizá? No me atrevería a sugerir de rey a rey, aunque la verdad es que me gusta cómo suena.

Gorín sonrió de nuevo, pero su mirada permaneció impassible.

—¿Qué quieres, Larkin el tapetero?

—Quiero que me ayude a encontrar a una persona.

—Ah. —El ladrón asintió. Sacó un pequeño cuaderno, pluma y tintero—. ¿A quién?

—A una chica. Entre catorce y dieciséis años. Complexión ligera, pelo oscuro, delgada.

—¿Se te ha escapado o qué?

—Sí.

—¿Por?

—Hubo un malentendido.

Gorín asintió con la cabeza, comprensivo.

—¿Adonde crees que puede haber ido?

—A las barriadas.

—Si aún sigue viva, la encontraré. Si ha muerto, o si no la encontramos dentro de cierto tiempo que acordaremos después, ahí acaban tus obligaciones hacia mí. ¿Cómo se llama la chica?

—Todavía no sabemos su nombre.

—¿No sab...? —Gorín alzó la mirada y entrecerró los ojos—. ¿Sabemos?

Dannyl se permitió una sonrisa.

—Vais a tener que diseñar una prueba más efectiva.

Los ojos de Gorín se ensancharon levemente. Tragó saliva y a continuación se reclinó en su asiento.

—Conque esas tenemos, ¿eh?

—¿Qué pensabais hacerme si no hubiera aprobado el examen?

—Llevarte a algún lugar alejado. —Se pasó la lengua por los labios y se encogió de hombros—. Pero aquí estás. ¿Qué es lo que quieres?

—Como ya te he dicho, queremos que nos ayudéis a encontrar a la chica.

—¿Y si nos negamos?

Dannyl dejó que se apagara la sonrisa de su cara.

—Entonces morirá. La matarán sus propios poderes, que también destruirán parte de la ciudad... aunque no puedo decirte lo grande que será la parte, ya que ignoro cuánta fuerza tiene. —Se adelantó un paso, apoyó las dos manos en la mesa y miró al ladrón a los ojos—. Si nos ayudas, no tiene por qué ser un acuerdo sin beneficios... aunque debes entender que hay un límite a lo que podemos hacer en público.

Gorín contempló al mago, fijamente y en silencio. Luego dejó a un lado la pluma y el papel. Se apoyó en el respaldo y giró un poco la cabeza.

—¡Yep, Dagan! Trae una silla a nuestro visitante.

La habitación estaba oscura y llena de moho. Contra una pared había cajas de embalar apiladas, casi todas rotas. En las esquinas se habían formado charcos, y todo lo demás estaba recubierto por una gruesa capa de polvo.

—¿Aquí es donde tu padre escondía sus cosas? —preguntó Harrin.

Cery asintió.

—El viejo almacén de papá.

Quitó el polvo a una caja y se sentó.

—No hay cama —dijo Donia.

—Ya improvisaremos algo —replicó Harrin.

Se acercó a las cajas y empezó a hurgar en ellas.

Sonea se había quedado de pie en el rellano, abatida por tener que pasar la noche en un lugar tan frío e incómodo. Con un suspiro, se sentó en el escalón más bajo. Aquella noche ya se habían trasladado tres veces para esquivar a los cazarrecompensas. Se sentía como si llevara varios días sin pegar ojo. Cerró los párpados y se dejó llevar por la modorra. La conversación de Harrin y Donia se fue haciendo lejana, así como el sonido de pasos que llegaba por el pasadizo que tenía detrás.

«¿Pasos?»

Volvió a abrir los ojos, giró el cuello y vio una luz distante que se balanceaba entre la oscuridad.

—¡Yep! Viene alguien.

—¿Qué? —Harrin cruzó el almacén como una exhalación y escrutó el pasadizo. Escuchó durante un momento y luego ayudó a Sonea a levantarse y señaló el extremo opuesto de la habitación—. Ponte allí. Que no se te vea.

Mientras Sonea se alejaba de la puerta, Cery se incorporó para unirse a Harrin.

—Aquí nunca viene nadie. En el polvo de la escalera no había huellas.

—Entonces nos deben de haber seguido.

Cery fijó la vista en el pasadizo, maldiciendo. Se volvió hacia Sonea.

—Tápate la cara. A lo mejor buscan a otra persona.

—¿No nos vamos? —preguntó Donia.

Cery negó con la cabeza.

—Este sitio no tiene salida. Antes había un túnel, pero los ladrones lo cerraron hace años. Por eso no os había traído aquí antes.

Los pasos ya se oían mejor desde el interior del almacén. Harrin y Cery se alejaron de la puerta y esperaron. Sonea se puso la capucha de su capa y se acercó a Donia en el extremo opuesto de la habitación.

En el pasadizo aparecieron unas botas, seguidas de pantalones, camisas y caras cuando los recién llegados bajaron los últimos escalones. Cuatro chicos cruzaron el umbral. Miraron a Harrin y a Cery y después, al localizar a Sonea, intercambiaron miradas codiciosas.

—Búrril —dijo Harrin—. ¿Qué haces tú aquí?

Un joven fornido, de brazos musculosos, se acercó para encararse a Harrin con aire arrogante. Sonea tuvo un escalofrío. Era el mismo chico que la había acusado de espiarlos.

Mirando a los otros jóvenes, le sorprendió reconocer a uno de ellos. Recordaba a Evin, uno de los chicos más tranquilos de la banda de Harrin. Él le había enseñado a hacer trampas jugando a las fichas. Sin embargo, ahora en la mirada de Evin no se apreciaba ningún cariño; estaba haciendo rodar una pesada barra de hierro con una mano. Sonea se estremeció y apartó la mirada.

Los otros dos jóvenes llevaban toscos palos de madera. Seguramente habrían recogido aquellos garrotes improvisados de camino hacia allí. Sonea intentó hacer pronósticos. Cuatro contra cuatro. Le extrañaría que Donia supiera pelear, y también que alguna de ellas fuera rival para cualquiera de los aliados de Búrril. Sin embargo, tal vez entre las dos fueran capaces de reducir a uno de ellos. Se agachó y tomó un listón de madera que había formado parte de una caja de embalar.

—Hemos venido a por la chica —dijo Búrril.

—Así que te has vuelto un blinga, ¿eh, Búrril? —El desprecio oscurecía la voz de Harrin.

—Eso es lo que iba a decirte yo a ti —contestó Búrril—. Hace días que no se te ve el pelo. Y entonces oímos lo de la recompensa y de repente todo tiene sentido. Quieres quedarte el dinero para ti solo.

—No, Búrril —dijo Harrin en tono firme. Miró a los otros chicos—. Sonea es una amiga. Yo no vendo a mis amigos.

—No es amiga nuestra —replicó Búrril, mirando de reojo a sus compañeros.

Harrin se cruzó de brazos.

—Conque esto es lo que hay. Has tardado muy poco en cogerle el gusto a mandar. Ya sabes las reglas, Búrril. O estás conmigo o estás fuera. —Volvió a mirar a los aliados de Búrril—. Y lo mismo va por vosotros. ¿Queréis juntaros con este blinga?

Aunque no se movieron de donde estaban, los jóvenes lanzaron una mirada a Búrril, otra a Harrin y por último se miraron entre ellos. Sus expresiones eran cautas.

—Cien de oro —dijo Búrril sin levantar la voz—. ¿Vais a pasar de ese dinero solo por seguir a este idiota? Podríamos vivir como reyes.

Los semblantes de los chicos se endurecieron.

Harrin entornó los párpados.

—Sal de aquí, Búrril.

De repente apareció una navaja en la mano de Búrril. Señaló con ella a Sonea.

—No me marcharé sin la chica. Entrégamela.

—No.

—Entonces tendremos que cogerla nosotros.

Búrril dio un paso hacia Harrin. Mientras sus compañeros se desplegaban para rodearlo, Cery se situó junto a su amigo con la mirada de acero y las manos en los bolsillos.

—Venga, Harrin —musitó Búrril—. No tenemos por qué hacer esto. Deja que me la lleve. Nos partiremos el dinero, como en los viejos tiempos.

La cara de Harrin se retorció de rabia y desdén. De pronto ya se había lanzado a la carga, navaja en mano. Búrril esquivó la embestida y asestó una cuchillada. Sonea contuvo la respiración cuando el tajo alcanzó la manga de Harrin y dejó una línea de color rojo. Evin intentó un golpe con la barra de hierro, pero Harrin saltó fuera de su alcance.

Donia agarró el brazo de Sonea.

—Haz que paren, Sonea —la apremió con un susurro—. ¡Usa la magia! Sonea se quedó mirando a la chica.

—Pero... ¡no sé cómo hacerlo!

—Intenta algo. ¡Lo que sea!

Los otros dos chicos avanzaron en dirección a Cery, quien sacó dos dagas de sus bolsillos. Al verlas, los atacantes vacilaron.

Sonea se fijó en que las dagas tenían correas para sujetarlas firmemente a las palmas de las manos, de forma que Cery pudiera agarrar y empujar sin perder sus armas. No logró contener una sonrisa. Estaba claro que no había cambiado en absoluto.

Cuando el más grande de los dos arremetió, Cery le cogió la muñeca y tiró de ella, aprovechando su propio impulso para desequilibrarlo. El chico trastabilló y Cery

le retorció la muñeca y lo obligó a soltar el garrote, que cayó al suelo. Luego le retorció el brazo y lo impelió hacia arriba, y aturdió al atacante sacudiéndole en la cabeza con la empuñadura de su daga.

El chico tropezó y quedó de rodillas. Cery evitó el ataque de su compañero. Por detrás de él, Harrin esquivó un nuevo golpe de Búrril. Los cuatro luchadores se separaron un momento mientras Evin se escabullía del grupo en dirección a Sonea.

Sonea observó aliviada que Evin tenía las manos vacías. No sabía dónde había dejado la barra de hierro. Quizá la llevara escondida en el abrigo...

—¡Haz algo! —gimió Donia, apretando con más fuerza el brazo de Sonea.

Sonea miró el listón de madera que tenía en la mano y comprendió que sería inútil intentar repetir lo que había hecho en la plaza Norte. Ahora no había ningún escudo mágico que atravesar, y dudaba mucho que fuera a detener a Evin lanzándole el listón.

Tenía que intentar algo distinto. ¿Podría hacer que su trozo de madera golpeará con más fuerza? «¿Es posible? —Miró a Evin—. ¿Debería? ¿Y si le pasa algo horrible de verdad?»

—¡Hazlo! —susurró Donia, retrocediendo ante el avance de Evin.

Sonea respiró hondo y arrojó su listón de madera a Evin, poniendo toda su voluntad en que lo hiciera caer al suelo. El chico lo desvió a un lado sin inmutarse. Alargó un brazo hacia Sonea, pero Donia se interpuso entre ellos.

—¿Cómo puedes hacer algo así, Evin? —le preguntó—. Antes eras amigo nuestro. Os recuerdo jugando a las fichas, a Sonea y a ti. Esto es...

Evin agarró los hombros de Donia y la apartó de un empujón. Sonea se arrojó hacia delante y le dio un puñetazo en el abdomen con todas sus fuerzas. Evin resopló y dio un paso atrás, protegiéndose la cara ante los sucesivos golpes que estaba lanzando Sonea.

Un grito ahogado retumbó en el almacén. Sonea levantó la mirada hacia el adversario de Cery, que retrocedía agarrándose un brazo. Entonces algo le golpeó en el pecho y la hizo caer hacia atrás. Se retorció en el suelo, intentando rodar para alejarse de Evin, pero él se tendió encima de ella y usó su peso para impedir que Sonea se incorporara.

—¡Apártate de ella! —chilló Donia.

Donia estaba junto a Evin, con un listón de madera en las manos. Lo descargó contra la cabeza del atacante y le arrancó un grito de dolor. El joven rodó a un lado, y el segundo golpe de Donia lo alcanzó en una sien. Se quedó sin fuerzas en el suelo.

Donia amenazó con su arma al chico inconsciente, pero entonces se relajó y sonrió a Sonea. La ayudó a levantarse. Las dos se giraron hacia Búrril y Harrin, que seguían enzarzados. Cery no perdía de vista a los otros dos muchachos: uno se apretaba un costado y el otro jadeaba, apoyado en una pared, y se presionaba la

cabeza con una mano.

—¡Yep! —exclamó Donia—. ¡Me parece que van ganando!

Búrril se apartó de Harrin y la miró. Echó mano a un bolsillo e hizo un movimiento brusco. El aire que rodeaba la cabeza de Harrin se llenó de una neblina rosa.

Harrin gritó una palabrota mientras el polvo de pemeino empezaba a escocerle en los ojos. Pestañeó muy deprisa, retrocediendo para alejarse de Búrril.

Donia hizo ademán de lanzarse en ayuda de Harrin, pero Sonea la agarró del brazo para impedirselo.

Harrin esquivó una nueva embestida de Búrril, pero le faltó velocidad. Un grito de dolor y el repiqueteo de su navaja al caer sobre el suelo. Cery saltó hacia Búrril, que se volvió justo a tiempo para afrontar el ataque. Harrin se puso en cuclillas para buscar su navaja mientras seguía frotándose los ojos.

Búrril apartó a Cery de un empujón y metió una mano en el abrigo, hizo otro gesto brusco y, de nuevo, brotó de sus manos un reguero rojo. Cery tardó demasiado en agacharse. Su cara se retorció de dolor y trastabilló hacia atrás mientras Búrril avanzaba.

—¡Los va a matar! —sollozó Donia.

Sonea recogió otro listón de madera del suelo. Cerró un momento los ojos, intentando recordar lo que había hecho en la plaza Norte. Agarró su nueva arma con firmeza mientras hacía acopio de su rabia y su miedo. Se concentró en el listón y lo lanzó a Búrril con todas sus fuerzas.

El chico gruñó al recibir el impacto en su espalda, y se giró para mirarla con odio. Tuvo que levantar los dos brazos cuando Donia empezó a arrojarle todo lo que tenía a mano.

—Usa tu magia —insistió Donia mientras Sonea se ponía a su lado.

—Ya lo he intentado. No funciona.

—Vuelve a probar —jadeó Donia.

Búrril metió la mano en el bolsillo y sacó un bulto minúsculo. Al comprender qué era, la rabia inundó a Sonea. Se preparó para arrojar el listón que tenía en la mano, pero dudó.

Tal vez estuviera poniendo demasiado empeño en tirar las cosas con fuerza. La magia no era algo físico. Vio cómo Donia arrojaba una caja a Búrril. No había ninguna necesidad de que fuera ella quien lanzara los proyectiles...

Se centró en la caja y le dio un empujón mental, animándola a salir disparada hacia delante y dar a Búrril un fuerte golpe que lo dejara inconsciente.

Notó que algo se liberaba en su mente.

Un fogonazo de luz iluminó la estancia, y la caja fue pasto de las llamas. Búrril dio un grito al ver el fuego que rugía en su dirección y se lanzó a un lado para

evitarlo. La caja se estrelló contra el suelo y siguió arrastrándose hasta llegar a un charco, donde el agua empezó a evaporarse siseando.

El paquetito de polvo de pemeino cayó al suelo. Búrril miró fijamente a Sonea. Ella, sonriente, se agachó para coger otro listón, se incorporó y lo miró con ojos entornados.

La cara del chico perdió todo su color. No dedicó ni una sola mirada a sus aliados; saltó hacia la puerta y se marchó de allí a trompicones.

Sonea alcanzó a oír un ruidito a su espalda y se giró para encontrar a Evin de pie, consciente, a muy poca distancia de ellas. El chico retrocedió dos pasos y luego echó a correr hacia la puerta. Sus otros dos amigos, al ver marcharse a sus compañeros, se levantaron con dificultad y salieron tras ellos.

La risa de Harrin llenó la habitación mientras desaparecía el sonido de pasos. Se puso en pie, se tambaleó y caminó con dificultad hacia la puerta.

—¿Qué os pasa? —gritó—. ¿Pensabais que Sonea dejaría que os la llevarais así como así? —Se volvió para guiñar un ojo a Sonea, sonriente—. ¡Yep! ¡Bien hecho!

—Ha sido un final muy bueno —convino Cery.

Se frotó los ojos e hizo una mueca de dolor. Sacó del bolsillo un frasco pequeño y empezó a enjuagarse los ojos con su contenido. Donia se acercó a Harrin corriendo y le examinó las heridas.

—Esto hay que vendarlo. ¿Te han hecho daño, Cery?

—No. —Cery le pasó el frasco.

Donia se puso a lavar la cara de Harrin. Tenía la piel roja e irritada.

—Te va a doler durante varios días. ¿Crees que podrías curarlo, Sonea?

Sonea frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No lo sé. Esa madera no tenía que ponerse a arder. ¿Y si intento curar a Harrin y resulta que le pego fuego?

Donia miró a Sonea con los ojos como platos.

—Qué idea más horrible.

—Tienes que practicar —intervino Cery.

Sonea giró la cabeza para mirarlo.

—Para practicar me hace falta tiempo, y también un sitio donde no llame la atención.

Él sacó un trapo del abrigo y limpió sus dagas con él.

—Cuando corra la voz de lo que ha pasado, la gente tendrá demasiado miedo para intentar atraparte. Eso nos dejará un poco de cuerda.

—No es verdad —dijo Harrin—. Me juego lo que quieras a que Búrril y los otros no van a contar nada de todo esto. Y aunque lo hicieran, algunos pensarán que lo pueden hacer mejor.

Cery arrugó la frente y maldijo.

—Pues mejor que nos marchemos de aquí bien rápido —dijo Donia—. ¿Adónde vamos, Cery?

Él se rascó la cabeza y luego sonrió.

—¿Quién tiene dinero?

Harrin y Donia miraron a Sonea.

—No es mío —protestó ella—. Es de Jonna y Ranel.

—Seguro que no les importará que te lo gastes para salvar la vida —dijo Donia.

—Y si no lo hicieras pensarían que eres tonta —añadió Cery.

Sonea, con un suspiro, buscó dentro de su camisa hasta dar con la hebilla del monedero.

—Si alguna vez salimos de este lío, supongo que podré devolvérselo. —Miró a Cery—. Más vale que los encuentres pronto.

—Lo haré —le aseguró—. Cuando tú estés a salvo. De momento, me parece que tendríamos que separarnos. Volveremos a reunirnos dentro de una hora. Se me ha ocurrido un sitio donde creo que no te buscará nadie. Solo podremos quedarnos unas horas, pero así nos será posible pensar adónde vamos después.

7. Alianzas peligrosas

Rothen volvía a solas desde las caballerizas y redujo el paso al entrar en los jardines. El aire era frío pero no se le hacía incómodo, y le apetecía disfrutar de aquella calma después del ajetreo de la ciudad. Inspiró con fuerza y dejó escapar el aire con un suspiro.

Aunque había interrogado a muchísimos confidentes, pocos de ellos le habían dado alguna información valiosa. La mayoría había acudido con la esperanza de que cualquier pista, por irrelevante que fuera, pudiera llevar a la captura de la chica y valer la recompensa. Algunos solo habían aprovechado la ocasión para expresar sus quejas sobre el Gremio.

Sin embargo, otros dijeron haber visto a chicas solitarias que intentaban esconderse. Unas cuantas excursiones a las barriadas demostraron que no había escasez de granujillas callejeras ocultándose en rincones oscuros. Las conversaciones de Rothen con los otros magos que entrevistaban a los informadores revelaron muchas decepciones similares.

Todo sería mucho más fácil si en los carteles de la recompensa se hubiera incluido un retrato de la chica. Recordó con nostalgia a su fallecido mentor, lord Margen, que había intentado, sin éxito, descubrir alguna forma de transferir imágenes mentales al papel. Danyl había recogido el testigo, pero tampoco había hecho grandes progresos.

Se preguntó cómo le habría ido a Danyl. Sabía, por una conversación mental con su amigo, que el joven mago estaba vivo e ileso, y que regresaría al anochecer. No podían comentar el auténtico propósito de su visita a las barriadas, ya que siempre era posible que algún otro mago escuchara la conversación involuntariamente. De todos modos, Rothen había captado una esperanzadora satisfacción en los envíos de su amigo.

—... sabe... Rothen...

Al escuchar su nombre, Rothen levantó la mirada. El espeso follaje de los setos que había en el jardín le impedía ver quién había hablado, pero Rothen estaba seguro de reconocer aquella voz.

—... a estas cosas no se les puede meter prisa.

Esta otra era la voz del administrador Lorlen. Él y su interlocutor se movían hacia el lugar donde estaba Rothen. Supuso que pasarían junto a él, así que se internó en uno de los pequeños patios que salpicaban el jardín. Se sentó en un banco y escuchó con atención mientras el diálogo se iba haciendo más claro.

—Tomo nota de su solicitud, lord Fergun —dijo Lorlen con paciencia—. Es lo único que puedo hacer. Cuando la encontremos, se tratará el asunto de la forma usual.

De momento, lo único que me preocupa es su captura.

—Pero ¿tenemos que pasar por tanta... por tantas molestias? El primero en ser consciente de sus poderes no fue Rothen. ¡Fui yo! ¿Cómo va a defender su causa contra eso?

El administrador respondía con voz sosegada, pero sus pasos eran rápidos. Rothen sonrió para sí mismo mientras pasaban de largo.

—No es ninguna molestia, Fergun —replicó Lorlen con severidad—. Es la ley del Gremio. La ley dice que...

—«El primer mago que reconozca el potencial mágico en otro tiene derecho a reclamar su tutela» —recitó Fergun rápidamente—. Y el primero en notar los efectos de su poder fui yo, no Rothen.

—En cualquier caso, no podemos discutir el asunto hasta que demos con la chica...

Los magos ya se habían alejado de Rothen y sus voces, cada vez más tenues, se hicieron incomprensibles. Rothen se levantó del banco y empezó a pasear lentamente hacia el alojamiento de los magos.

Así que Fergun reclamaba la tutela de la chica. Al ofrecerse Rothen para instruir a la muchacha, no había pensado que algún otro mago fuera a querer aquel trabajo. Y mucho menos Fergun, que siempre había parecido sentir un gran desprecio por las clases bajas.

Sonrió para sí mismo. A Danyl no le iba a hacer ninguna gracia. Su amigo había albergado un profundo desagrado por Fergun desde los tiempos en que ambos eran aprendices. Cuando Danyl se enterara, pondría aún más empeño en ser él quien encontrara a la chica.

Habían pasado años desde la última vez que Cery había visitado una casa de baños, y nunca había visto el interior de las costosas salas privadas. Bien limpio, sin sentirse helado por primera vez en muchos días y envuelto en una gruesa toalla, estaba de un humor excelente mientras caminaba por detrás de la joven que le había traído la toalla hacia una habitación ventilada para secarse. Sonea estaba sentada en un tapete simba, con su delgado cuerpo enterrado bajo una pesada toalla y la cara brillante tras las atenciones de las chicas de la casa de baños. Verla tan relajada mejoró aún más el humor de Cery.

Sonrió de oreja a oreja.

—¡Yep! ¡Qué gustazo! Estoy seguro de que Jonna estaría encantada. —Sonea hizo un gesto de dolor al oírlo, y Cery se arrepintió al instante de sus palabras. Hizo una mueca de disculpa—. Lo siento, Sonea. No te lo tendría que haber recordado. — Se dejó caer a su lado sobre el tapete y apoyó la espalda en la pared—. Si no levantamos la voz, deberíamos poder hablar tranquilamente —añadió en un susurro.

Ella asintió.

—¿Y ahora, qué? No nos podemos quedar aquí.

—Ya lo sé. Lo he estado pensando. —Suspiró—. Las cosas están mal, Sonea. Habría sido fácil esconderte de los magos, pero desde que ofrecieron la recompensa se ha vuelto más complicado. Ahora no puedo fiarme de nadie. No puedo pedir que me devuelvan favores y... y se me han acabado los sitios donde ocultarte.

La cara de Sonea palideció.

—Entonces ¿qué vamos a hacer?

Cery vaciló. Después de la pelea se había dado cuenta de que solo le quedaba una opción. A Sonea no iba a gustarle. Ni a él tampoco, por cierto. Ojalá tuviera a alguien en quien confiar. Agitó la cabeza y se giró para enfrentarse a la mirada de Sonea.

—Creo que deberíamos pedir ayuda a los ladrones.

Sonea se sorprendió.

—¿Te has vuelto loco?

—Intentar esconderte por mi cuenta es lo que sería una locura. Tarde o temprano alguien te delataría.

—¿Y los ladrones, qué? ¿Por qué no van a traicionarme ellos?

—Porque tú tienes algo que ellos quieren. Sonea frunció el ceño y se le nubló el rostro.

—¿La magia?

—Exacto. Seguro que les encantaría tener a su propia maga. —Pasó los dedos por el tapete—. Si estás bajo su protección, nadie se atreverá a tocarte un pelo. Nadie se la juega con los ladrones, ni siquiera por cien monedas de oro.

Sonea cerró los ojos.

—Jonna y Ranel me dicen siempre que de los ladrones no se puede escapar. Que cuando te tienen, ya no te sueltan. Una vez has hecho un trato con ellos, aunque lo cumplas, nunca dejas de estar en deuda con ellos.

Cery negó con la cabeza.

—Ya sé que la gente cuenta historias muy feas. Las ha oído todo el mundo. Pero en realidad, si respetas sus normas, te tratan bien. Eso decía siempre mi padre.

—A tu padre lo mataron ellos.

—Porque fue un idiota. Les hizo la de blinga.

—¿Y si...? —Sonea suspiró y meneó la cabeza—. ¿Qué elección tengo? Si no lo hago, el Gremio me encontrará. Supongo que es mejor ser esclava de un ladrón que estar muerta.

Cery hizo una mueca.

—No va a ser así. Cuando hayas aprendido a usar tus poderes, serás importante y tendrás influencia. Te darán muchísima cuerda. No les quedará otro remedio. Al fin y al cabo, si decides que no quieres hacer una cosa, ¿cómo van a obligarte?

Ella lo miró, escrutando sus rasgos durante un tiempo insufriblemente largo.

—No estás nada seguro de esto, ¿verdad?

Cery se obligó a mirarla a los ojos.

—Estoy seguro de que es tu única opción. Estoy seguro de que te tratarán bien.

—¿Y luego?

—No sé lo que te pedirán que hagas a cambio.

Sonea asintió, se reclinó y pasó varios minutos mirando la pared de enfrente.

—Si crees que debo hacerlo, lo haré, Cery. Prefiero estar atrapada con los ladrones que rendirme al Gremio.

Mirando la cara pálida que tenía Sonea, Cery notó regresar aquella incomodidad que ya le era familiar, si bien esta vez era una sensación más parecida al remordimiento. Ella estaba asustada, pero se enfrentaría a los ladrones con su característica decisión inquebrantable. Y eso le hacía sentirse peor. Aunque no podía engañarse a sí mismo respecto a su capacidad para protegerla, llevarla con los ladrones se parecía demasiado a traicionarla. Y Cery no quería perderla de nuevo.

Pero no le quedaban opciones.

Se puso en pie y fue hasta la puerta.

—Voy a buscar a Harrin y a Donia —dijo—. ¿Te encuentras bien?

Sonea no alzó la mirada; se limitó a asentir.

La chica que repartía las toallas estaba en el pasillo, fuera de la habitación. Cery le preguntó por Harrin y Donia, y la chica señaló con la barbilla la puerta de la habitación contigua. Él se mordió el labio y llamó con los nudillos.

—Pasa —dijo Harrin desde dentro.

Harrin y Donia estaban sentados en sendos tapetes simba. Donia se estaba secando el pelo con una toalla.

—Se lo he dicho, y está de acuerdo.

Harrin frunció el ceño.

—Yo sigo sin verlo claro. ¿Por qué no la sacamos de la ciudad?

Cery se negó.

—No creo que llegáramos muy lejos. Puedes estar seguro de que a estas alturas los ladrones ya lo saben todo de ella. Habrán averiguado dónde ha estado y también dónde vivía. Sabrán qué pinta tiene, quiénes eran sus padres, dónde están sus tíos. No tardarán en enterarse por Búrril y sus amigos de que es...

—Si saben todo eso —interrumpió Donia—, ¿cómo es que no han venido a llevársela?

—Porque ellos no hacen las cosas así —respondió Cery—. Les gusta hacer tratos porque así tienen contenta a la gente que trabaja para ellos y luego no les dan problemas. Podrían haberse ofrecido a protegerla, pero no lo han hecho. Eso me hace pensar que no están seguros de que tenga magia. Si no vamos hasta ellos, harán que

uno de los suyos la delate a los magos. Por eso nunca podríamos sacarla de la ciudad.

Donia y Harrin se miraron entre sí.

—¿Qué opina ella? —preguntó Donia.

—Ha oído historias. Está asustada, pero sabe que no tiene más opciones.

Harrin se incorporó.

—¿Estás seguro de esto, Cery? —preguntó—. Pensaba que te tenía un brillo. Puede que no vuelvas a verla nunca.

Cery parpadeó, sorprendido, y notó que se ruborizaba.

—Y si la atraparan los magos, ¿crees que volvería a verla?

—No —contestó Harrin, dejando caer los hombros.

Cery empezó a andar.

—Yo iré con ella. Necesitará tener cerca a alguien conocido. Puedo ser útil.

Harrin agarró el brazo de Cery. Lo miró fijamente, buscando algo en sus ojos, y finalmente lo soltó.

—Entonces ya no te veremos demasiado por aquí, ¿verdad?

Cery negó con la cabeza. Sintió una punzada de remordimiento. Harrin acababa de sufrir la desertión de cuatro miembros de su banda, y no estaba seguro de poder confiar en los demás. Y ahora quien se marchaba era su mejor amigo.

—Me pasaré siempre que pueda. De todas formas, Gellin ya piensa que trabajo para los ladrones.

Harrin sonrió.

—Muy bien, pues. ¿Cuándo la llevarás?

—Esta noche.

Donia apoyó una mano en el brazo de Cery.

—Pero... ¿y si no la quieren?

Cery sonrió con tristeza.

—La querrán.

El pasillo del alojamiento de los magos estaba silencioso y vacío. Solamente resonaban los pasos de Dannyl, que se dirigían a la puerta de Yaldin. Llamó con los nudillos y esperó, escuchando las tenues voces que escapaban de la habitación. Una voz de mujer se alzó por encima de las demás.

—¿Que ha hecho *qué*?

La puerta se abrió un momento después. Ezrille, la esposa de Yaldin, le dedicó una sonrisa distraída y se apartó para dejar entrar a Dannyl en la habitación. Había varias butacas situadas alrededor de una mesa baja, dos de ellas ocupadas por Yaldin y Rothen.

—Ha ordenado a la Guardia que desahuciara al hombre de su casa —dijo Yaldin.

—¿Solo por dejar que unos niños durmieran en el desván? ¡Qué horrible! —

exclamó Ezrille, señalando una butaca a Dannyl.

Yaldin asintió.

—Buenas tardes, Dannyl. ¿Te apetece una taza de sumi?

—Buenas tardes —respondió Dannyl mientras se dejaba caer en la butaca—. Un poco de sumi está bien, muchas gracias. Ha sido un día larguísimo.

Rothen lo miró y arqueó las cejas, preguntando sin hablar. Dannyl respondió con una sonrisa y un encogimiento de hombros. Sabía que Rothen estaría impaciente por saber cómo le había ido con los ladrones, pero antes de explicárselo quería enterarse de lo que había enfurecido a Ezrille, que por lo general era una persona tranquila y comprensiva.

—¿Qué me he perdido?

—Ayer uno de nuestros buscadores siguió la pista que nos había dado un informador hasta una casa situada en la mejor zona de las barriadas —explicó Rothen—. El dueño dejaba que los niños sin hogar durmieran en su desván, y el informador insistía en que allí se escondía una chica más mayor. Nuestro colega afirma que la chica y su compañero escaparon justo antes de que llegara él, con la ayuda del propietario. Así que ha ordenado a la Guardia que los desahucie, al hombre y a su familia.

Dannyl torció el gesto.

—¿Nuestro colega? ¿Quién...? —Lanzó una mirada penetrante a Rothen—. No estaremos hablando por casualidad de cierto guerrero llamado Fergun, ¿verdad?

—Estamos.

Dannyl gruñó, pero dedicó una sonrisa a Ezrille mientras aceptaba una humeante taza de sumi.

—Gracias.

—¿Qué ocurrió al final? —preguntó Ezrille—. ¿Desahucieron a ese hombre?

—Lorlen revocó la orden, por supuesto —respondió Yaldin—. Pero Fergun ya había puesto la casa patas arriba... buscando escondites, según él.

Ezrille negó con la cabeza.

—No puedo creer que Fergun sea tan... tan...

—¿Vengativo? —rezongó Dannyl—. Me extraña que no decidiera interrogar al pobre hombre.

—No se atrevería —dijo Yaldin, desdeñoso.

—Ahora no —convino Dannyl.

Rothen suspiró y se recostó en su butaca.

—Hay más. Esta noche he escuchado por casualidad una cosa interesante: Fergun quiere la tutela de la chica.

Dannyl sintió cómo se le helaba la sangre.

—¿Fergun? —Ezrille torció el gesto—. No es un mago poderoso. Yo pensaba que

el Gremio prefería que los magos más débiles no tutelaran aprendices.

—Y así es —aseguró Yaldin—. Pero no hay ninguna regla que lo prohíba.

—¿Qué posibilidades tiene su solicitud?

—Dice que fue el primero en descubrir sus poderes porque sintió sus efectos antes que nadie —explicó Rothen.

—¿Y eso es buen argumento?

—Espero que no —murmuró Dannyl. Aquella noticia le perturbaba. Conocía bien a Fergun. Demasiado bien. En todo caso, ¿qué relación quería tener Fergun, que despreciaba a las clases bajas, con una chica de las barriadas?—. Quizá tenga pensado tomarse la revancha por la humillación que sufrió en la plaza Norte...

Rothen frunció el ceño.

—Venga, Dannyl...

—Hay que tener en cuenta esa posibilidad —insistió Dannyl.

—Fergun no va a complicarse tanto la existencia por un moretón de nada, aunque le haya herido el ego —dijo Rothen con firmeza—. Es solo que quiere ser él quien la capture... y no quiere que luego la gente se olvide de todo.

Dannyl apartó la mirada. Su viejo amigo nunca había comprendido que su antipatía por Fergun no era solo un rencor residual de sus días como aprendices. Dannyl sabía muy bien por propia experiencia cuánto podía obsesionarse Fergun con sus venganzas.

—Ya veo que tendremos una buena pelea —dijo Yaldin entre risas—. Esa pobre chica no tiene ni idea de cómo ha revolucionado al Gremio. No pasa a menudo que dos magos compitan por la tutela de un aprendiz.

Rothen bufó con suavidad.

—Estoy seguro de que eso es lo último que le preocupa. Después de lo que sucedió en la plaza Norte, probablemente crea que pretendemos matarla.

La sonrisa de Yaldin se marchitó.

—Por desgracia, no podremos convencerla de lo contrario hasta que la hayamos encontrado.

—Bueno, no estoy tan seguro de eso —dijo Dannyl en voz baja.

Rothen lo miró.

—¿Tienes alguna sugerencia, Dannyl?

—Supongo que mi nuevo amigo ladrón tiene sus propios métodos para distribuir información por las barriadas.

—¿Amigo? —Yaldin soltó una risita de incredulidad—. Ahora los estás llamando amigos a ellos.

—Socios —rectificó Dannyl con una sonrisa picara.

—Deduzco que has tenido éxito, ¿me equivoco? —Rothen levantó una ceja.

—Un poco. Solo es el principio. —Dannyl se encogió de hombros—. Por lo que

creo, he hablado con uno de sus líderes.

Ezrille tenía los ojos muy abiertos.

—¿Cómo era?

—Se llama Gorín.

—¿Gorín? —se sorprendió Yaldin—. Es un nombre raro.

—Parece que sus líderes siempre adoptan nombres de animales. Supongo que escogen un título acorde a su talla, porque este desde luego se parecía a un gorín. Era enorme y lanudo. Casi me ha extrañado que no tuviera cuernos.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Rothen, lleno de curiosidad.

—No me ha prometido nada. Le he explicado lo peligroso que es que ronde por ahí una maga que no está adiestrada para controlar sus poderes. Me ha parecido que le preocupaba más eso que lo que pudiera obtener del Gremio a cambio de encontrarla.

Yaldin arrugó la frente.

—Los magos superiores no van a estar de acuerdo en intercambiar favores con los ladrones.

Dannyl quitó importancia a aquello con un gesto.

—Desde luego que no. Se lo he explicado y lo ha entendido. Creo que aceptaría dinero.

—¿Dinero? —dudó Yaldin—. No sé...

—Ya estamos ofreciendo una recompensa, así que no veo ningún problema en que vaya a parar a un ladrón. Todos sabemos que, en todo caso, el dinero será para alguien de las barriadas; los magos superiores ya deben de suponer que esa persona será alguien de moral cuestionable.

Ezrille puso los ojos en blanco.

—Solo tú podrías conseguir que algo como eso suene perfectamente razonable, Dannyl.

Dannyl sonrió.

—Pues aún es mejor. Si presentamos este tema con cuidado, todo el mundo acabará dándose palmaditas en la espalda por haber convencido a los ladrones de que hagan un buen servicio a la ciudad.

Ezrille soltó una carcajada.

—Espero que a los ladrones no se les ocurra lo mismo, o se negarán a ayudarte.

—Bueno, de momento debe seguir siendo un secreto —dijo Dannyl—. No quiero liar las cosas aquí arriba hasta que sepa si Gorín tiene intención de ayudarnos o no. ¿Puedo confiar en que estaréis callados?

Miró a los demás. Ezrille asintió con entusiasmo. Rothen inclinó la cabeza una vez. Yaldin tenía cara de preocupación, pero se encogió de hombros.

—Muy bien. Pero ve con cuidado, Dannyl. Lo que arriesgas no es solo tu propio

pellejo.

—Lo sé. —Dannyl sonrió—. Lo sé.

Recorrer el Camino de los Ladrones a la luz de una lámpara era más rápido e interesante que andar tanteando en la oscuridad.

Las paredes de los pasadizos estaban construidas con una variedad de ladrillos que no parecía tener fin. Había símbolos tallados en las paredes y también señales en algunas intersecciones.

El guía se detuvo donde se cruzaban dos pasadizos y dejó la lámpara en el suelo. Sacó una venda negra de su abrigo.

—A partir de aquí, tenéis que seguir a ciegas.

Cery asintió y se quedó en silencio mientras el hombre le ataba una tira de tela delante de los ojos. El guía se situó detrás de Sonea y ella bajó los párpados mientras le apretaban aquel material áspero contra la cara. Notó una mano apoyándose en su hombro y luego otra la agarró por la muñeca y empezó a tirar de ella por el pasadizo.

Intentó memorizar los giros que iban dando, pero no tardó en perder la cuenta. Siguieron arrastrando los pies a oscuras. En ocasiones escuchaban algunos sonidos: voces, pasos, agua goteando y otros que no pudo identificar. La venda le picaba, pero no se atrevía a rascarse por si el guía pensaba que estaba intentando echar un vistazo furtivo.

Suspiró de alivio cuando el hombre se detuvo. Unos dedos le quitaron la venda de los ojos. Miró a Cery. Él le dedicó una sonrisa reconfortante.

El guía sacó un palo de madera de su abrigo y lo metió en un agujero de la pared. Al cabo de un momento, parte del muro giró hacia dentro y de allí salió un hombre fornido y musculoso.

—¿Sí?

—Ceryni y Sonea vienen a ver a Farén —informó el guía.

El hombre asintió, abrió más la puerta y saludó a Sonea y a Cery con un brusco movimiento de cabeza.

—Pasad.

Cery dudó un momento y luego se volvió hacia el guía.

—Yo he pedido ver a Ravi.

El hombre le dedicó una sonrisa torva.

—Pues Ravi debe de querer que hables con Farén.

Encogiéndose de hombros, Cery atravesó la puerta. Sonea, que caminaba tras él, se preguntó quién sería más peligroso: un ladrón con el nombre de un insecto venenoso de ocho patas o un ladrón que se hacía llamar como un roedor.

Entraron en una sala pequeña. Había otros dos hombres fornidos sentados en sillas a ambos lados, vigilándolos. El primero fue a cerrar la puerta del pasadizo; a

continuación les abrió otra en la pared opuesta y los invitó a pasar.

La siguiente habitación tenía faroles colgados en las paredes, que proyectaban cálidos círculos de luz amarilla en el techo. El suelo estaba cubierto por una gran alfombra con borlas de punta dorada. Al fondo de la sala, sentado a una mesa, había un hombre de piel oscura con ropa negra y ajustada. Unos impresionantes ojos de color amarillo claro los examinaron con atención.

Sonea le sostuvo la mirada. El ladrón era lonmariano, miembro de una orgullosa raza del desierto cuyas tierras estaban muy lejos, al norte de Kyralia. Era raro encontrar lonmarianos en Imardin, ya que a muy pocos de ellos les gustaba la vida fuera de su rígida cultura. En Lonmar el robo se consideraba un acto de gran maldad: creían que cuando alguien robaba algo, por pequeño que fuera, perdía una parte de su alma. Y sin embargo, ahora tenían delante a un ladrón de esas latitudes.

El hombre entrecerró los ojos. Sonea se dio cuenta de que lo estaba observando con descaro y bajó enseguida la mirada. Él apoyó la espalda en el respaldo, sonrió y la señaló con un largo dedo marrón.

—Acércate, chica. —Sonea avanzó hasta quedar enfrente de la mesa—. Así que eres tú la que está buscando el Gremio, ¿eh?

—Sí.

—¿Sonea, te llamabas?

—Sí.

Farén apretó los labios.

—Esperaba algo más impresionante. —Con ademán de quitarle hierro al asunto, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa—. ¿Cómo sé si eres lo que dices ser?

Sonea miró hacia atrás por encima del hombro.

—Cery dijo que seguramente tú ya sabrías lo que soy, y que me habrías tenido vigilada.

—Conque eso dijo, ¿eh? —Farén rió por lo bajo y dejó que su mirada se deslizara hasta el amigo de Sonea—. Este pequeño Ceryni es listo, igual que su padre. Es cierto, te hemos tenido vigilada; en realidad a los dos, aunque a Cery durante más tiempo. Acércate, Cery.

Cery se puso al lado de Sonea.

—Ravi te manda recuerdos.

—¿De un roedor a otro? —La voz de Cery sufrió la traición de un leve temblor.

Farén mostró unos dientes blancos, pero su sonrisa se apagó enseguida y volvió a mirar a Sonea con aquellos ojos amarillos.

—Entonces ¿es verdad que puedes hacer magia?

Sonea tragó saliva para humedecerse la garganta.

—Sí.

—¿La has vuelto a usar después de la pequeña sorpresa que nos diste en la plaza Norte?

—Sí.

Aquello sorprendió a Farén. Se pasó las manos por el pelo. Le plateaban las sienes, pero su piel era suave y tersa. En los dedos llevaba varios anillos, casi todos con grandes gemas engarzadas. Sonea jamás había visto gemas tan grandes en manos de alguien de las barriadas... pero aquel hombre no era un losde cualquiera.

—Elegiste un mal momento para descubrir que tienes poderes, Sonea —dijo Farén—. Ahora los magos están ansiosos por encontrarte. Su búsqueda nos ha causado un sinfín de inconvenientes. Y sin duda, la recompensa te está causando otro sinfín de inconvenientes a ti. Ahora quieres que *nosotros* te escondamos de *ellos*. ¿No nos convendría mucho más entregarte y cobrar la recompensa? Fin de la búsqueda. Yo me vuelvo un poco más rico. Esos magos tan molestos se marchan...

Sonea volvió a mirar a Cery.

—También podríamos hacer un trato.

Farén se encogió de hombros.

—Podríamos. ¿Qué nos ofreces a cambio?

—Mi padre me dijo que le debías un... —empezó a decir Cery.

Los ojos amarillos saltaron veloces hacia Cery.

—Tu padre perdió todos sus derechos al traicionarnos —lo interrumpió Farén en tono cortante.

Cery inclinó la cabeza, y un momento después levantó la barbilla y miró a los ojos del ladrón.

—Mi padre me enseñó mucho —empezó a decir—. Tal vez...

Farén resopló, burlón, y movió una mano.

—Algún día puede que nos sirvas de algo, pequeño Ceryni, pero por el momento no tienes los amigos que tenía tu padre... y este favor que me pides es muy grande. ¿Sabías que la pena por ocultar a un mago rebelde del Gremio es la muerte? No hay nada que guste menos al rey que tener un mago moviéndose por ahí a hurtadillas y haciendo cosas que él no ha ordenado. —Sus ojos volvieron a Sonea y le dedicó una sonrisa astuta—. Pero es una idea interesante. Una idea que me gusta mucho. —Juntó las manos—. ¿Para qué has usado tus poderes desde la Purga?

—Incendí una cosa.

Los ojos de Farén brillaron.

—¿De veras? ¿Has hecho alguna otra cosa?

—No.

—¿Por qué no me haces una demostración?

Ella se lo quedó mirando.

—¿Ahora mismo?

El ladrón señaló uno de los libros que tenía en la mesa.

—Intenta mover esto.

Sonea miró a Cery. Su amigo hizo un leve asentimiento de cabeza. Sonea se mordió el labio mientras se recordaba a sí misma que, desde el momento en que había aceptado pedir ayuda a los ladrones, se había resignado a usar la magia. Debía asumirlo, por muy incómodo que le resultara.

Farén se reclinó en su asiento.

—Venga.

Sonea respiró hondo, enfocó la vista en el libro y lo animó a moverse. No ocurrió nada.

Frunciendo el ceño, rememoró la plaza Norte y también la pelea con Búrril. Recordó que en ambas ocasiones había estado furiosa. Cerró los ojos y pensó en los magos. Le habían destrozado la vida. Era culpa de ellos que ahora estuviera vendiéndose a los ladrones a cambio de protección. Notó que se le acumulaba la rabia, abrió los ojos y proyectó su resentimiento en el libro.

El aire crujió y la sala se iluminó con un estallido de luz. Farén retrocedió a toda prisa soltando una maldición, mientras el libro empezaba a arder. Cogió un vaso rápidamente y lo vació encima del libro para extinguir el fuego.

—Lo siento —se apresuró a decir Sonea—. La otra vez tampoco hizo lo que yo quería. Yo...

Farén levantó una mano para silenciarla y sonrió.

—Creo que puedes tener algo que valga la pena proteger, joven Sonea.

8. Mensajes en la oscuridad

Rothen echó un vistazo al bullicioso Salón de Noche y comprendió que llegar temprano era un error. En lugar de tener un público al que dirigirse, varios grupos pequeños o personas sueltas habían estado haciéndole preguntas, con lo cual tuvo que dar las mismas respuestas una y otra vez.

—Empiezo a sonar como un aprendiz que repite fórmulas de memoria —murmuró irritado a Dannyl.

—A lo mejor deberías escribir un informe cada tarde con tus progresos y clavarlo en la puerta de tus aposentos.

—No creo que sirviera de nada. Seguro que pensarían que se les va a escapar algo si no me lo preguntan en persona. —Rothen negó con la cabeza y miró los corrillos de magos que conversaban—. Y por alguna razón, todos quieren que se lo cuente yo en persona. ¿Por qué a ti nunca te molestan?

—Por respeto a tu evidente antigüedad —respondió Dannyl.

Rothen miró de soslayo a su amigo.

—¿Evidente?

—Venga, toma un poco de vino para refrescar tus pobres y cansadas cuerdas vocales. —Dannyl hizo un gesto a un sirviente que llevaba una bandeja.

Rothen aceptó una copa y dio un sorbo, agradecido. De algún modo, se había convertido en el organizador extraoficial de la búsqueda de la chica. Todos, excepto Fergun y sus amigos, esperaban que Rothen les diera instrucciones. Aquello le había obligado a pasar menos tiempo buscando por sí mismo, y además tenía muchas interrupciones cada día, cuando la gente se comunicaba mentalmente con él para que identificara a las chicas que habían encontrado.

Rothen se estremeció al notar que una mano le tocaba el hombro. Al darse la vuelta, se encontró al administrador Lorlen de pie a su lado.

—Buenas tardes, lord Rothen, lord Dannyl —dijo Lorlen—. El Gran Lord desea hablar con ustedes.

Rothen miró al otro lado de la habitación; allí estaba el Gran Lord, sentado en su asiento favorito. El murmullo de voces se había ido transformando en un zumbido de interés a medida que los magos reparaban en su presencia. «Parece que me toca volver a repetirme», caviló Rothen mientras se aproximaba al líder del Gremio en compañía de Dannyl.

El Gran Lord levantó la mirada cuando estuvieron cerca, y los saludó con una inclinación de cabeza casi imperceptible. Tenía sus finos dedos curvados alrededor de una copa de vino.

—Siéntense, por favor. —Lorlen señaló dos butacas vacías—. Cuéntenos cómo

progresar la búsqueda.

Rothen tomó asiento.

—Hemos entrevistado a más de doscientos informadores. Casi ninguno nos ha proporcionado ninguna pista útil. Algunos habían encerrado a mendigas normales y corrientes, a pesar de nuestra advertencia de no acercarse a la chica. Otros fingían una decepción de lo más convincente cuando el supuesto escondite de la chica resultaba estar vacío. Por desgracia, no tengo nada más de que informar por el momento.

Lorlen asintió.

—Lord Fergun cree que la protege alguien.

Los labios de Dannyl se comprimieron en una fina línea, pero no dijo nada.

—¿Los ladrones? —sugirió Rothen.

Lorlen encogió los hombros.

—O un mago rebelde. La verdad es que aprendió a ocultar su presencia muy deprisa.

—¿Un rebelde? —Rothen miró a Akkarin, recordando que el Gran Lord había negado la existencia de magos rebeldes en las barriadas—. ¿Creéis, milord, que ahora tenemos razones para sospechar que haya alguno?

—He sentido que alguien utilizaba la magia —respondió Akkarin en voz baja—. No mucha, y no durante mucho tiempo. Creo que la chica experimenta por su cuenta, ya que a estas alturas cualquier profesor le habría enseñado a ocultar sus actividades.

Rothen miró fijamente al Gran Lord. Le parecía asombroso, e incluso perturbador, que Akkarin pudiera sentir unos acontecimientos mágicos tan tenues en la ciudad. Los oscuros ojos del hombre buscaron la mirada de Rothen, y este bajó rápidamente la vista hasta sus manos.

—Eso es... una noticia interesante —dijo.

—¿Podrías... podrías localizarla? —preguntó Dannyl.

Akkarin frunció los labios.

—Está usando la magia en descargas cortas, a veces de forma aislada y en ocasiones varias veces seguidas en una hora. Sabiendo que van a producirse, si os mantuvierais alerta también las sentiríais, pero aun así no os daría tiempo para encontrarla y capturarla a no ser que utilizara su poder durante más rato.

—Pero sí podemos acercarnos un poco cada vez que lo utilice —dijo Dannyl lentamente—. Podríamos dispersarnos por la ciudad y esperar. Cada vez que haga un experimento, podemos avanzar hacia ella hasta que conozcamos su situación.

El Gran Lord asintió.

—Está en la parte norte del Círculo Exterior.

—Entonces mañana empezaremos por allí. —Dannyl se dio golpecitos en los dedos de una mano con los de la otra—. Pero tendremos que evitar ponerla sobre aviso de nuestra estrategia cuando nos movamos. Si la protege alguien, es posible que

haya apostado vigías para andar a la mira de si aparece algún mago. —Levantó una ceja y miró al Gran Lord—. Tendríamos más posibilidades si nos disfrazáramos.

Las comisuras de la boca de Akkarin se curvaron hacia arriba.

—Unas capas bastarán para ocultar las túnicas.

Dannyl se apresuró a asentir.

—Por supuesto.

—Solamente tendrán una oportunidad —les advirtió Lorlen—. Si la chica descubre que pueden sentirla cuando usa la magia, huirá a un nuevo escondite después de cada experimento.

—Entonces debemos trabajar con rapidez... y cuantos más magos seamos, más deprisa podremos localizarla.

—Pediré más voluntarios.

—Gracias, administrador. —Dannyl inclinó la cabeza.

Lorlen sonrió y se recostó contra su respaldo.

—Confieso que nunca creí que me alegraría de que nuestra pequeña fugitiva empezara a usar sus poderes.

Rothen frunció el ceño. «Sí —pensó—, pero cada vez que lo hace, está un paso más cerca de perder el control sobre ellos por completo.»

El paquete pesaba, aunque era de reducido tamaño. Dio un satisfactorio golpe sordo cuando Cery lo dejó caer sobre la mesa. Farén lo cogió y le arrancó el envoltorio de papel para dejar a la vista una pequeña caja de madera. Al abrirla, unos diminutos discos de luz reflejada iluminaron al ladrón y la pared que tenía detrás. A Cery se le encogió el pecho cuando vio las monedas brillantes. Farén sacó una lámina de madera de la que sobresalían cuatro varillas. Los distintos agujeros de las monedas encajaban en las varillas: las de oro en la varilla redonda, las de plata en la cuadrada, las grandes de cobre en la triangular. La cuarta varilla, tallada para las monedas normales de cobre que Cery estaba más acostumbrado a ver, se quedó vacía. Cada vez que la pila de oro llegaba a diez monedas, Farén la traspasaba a un «gorro», un palito de madera con topes a los dos lados, y lo dejaba a un lado.

—Tengo otro trabajo para ti, Ceryni.

Cery obligó a su mirada a separarse de las riquezas extendidas ante él y se irguió; al comprender las palabras de Farén, frunció el ceño. ¿Cuántos «trabajos» más tendría que hacer antes de que le permitieran ver a Sonea? Desde que Farén la aceptó ya había pasado más de una semana. Cery se tragó su enfado y agachó la cabeza hacia el ladrón.

—¿En qué consiste?

Farén se reclinó, con los ojos amarillos brillantes de diversión.

—Este tal vez encaje mejor con tus talentos. Hay un par de matones que se están

dedicando a asaltar tiendas en Ladonorte... tiendas que pertenecen a hombres con los que tengo tratos. Quiero que averigües dónde viven esos dos tipos y que les entregues un mensaje, de forma que no les quepa ninguna duda de que los observe de cerca. ¿Puedes hacerlo?

Cery asintió.

—¿Qué pinta tienen?

—He mandado a un hombre a preguntar a los tenderos. Que te lo cuente él. Toma esto. —Entregó a Cery un trozo de papel pequeño y doblado—. Espera en la habitación de fuera.

Cery dio media vuelta y luego se quedó pensativo. Volvió a mirar a Farén y se preguntó si sería buen momento para preguntarle por Sonea.

—Pronto —dijo Farén—. Mañana, si todo va bien.

Cery asintió, caminó hacia la puerta con paso firme y la cruzó. Aunque los fornidos guardias lo miraron con recelo, Cery les dedicó una sonrisa. Nunca te enemistes con los lacayos de alguien, le había enseñado su padre. Es más, esfuézate por caerles de maravilla. Aquellos dos eran tan parecidos entre sí que debían de ser hermanos, aunque uno de ellos tenía una cicatriz en la mejilla que permitía distinguirlos sin problemas.

—Tengo que esperar aquí —les explicó. Señaló una silla—. ¿Está ocupada?

El de la cicatriz levantó los hombros. Cery se sentó a contemplar la habitación. Enseguida le llamó la atención una cinta de tela verde brillante que estaba colgada en una pared, con un incal bordado en oro en la punta.

—¡Yep! ¿Eso es lo que yo creo? —preguntó, incorporándose otra vez.

El hombre de la cicatriz sonrió de oreja a oreja.

—Exactamente.

—¿Una cinta de la silla de montar de Vientotrueno? —Jadeó—. ¿De dónde la has sacado?

—Tengo un primo que trabaja en las caballerizas de la Casa Arran —respondió el guardia—. Me la trajo él. —Se acercó a la cinta para acariciarla—. Ese caballo me hizo ganar veinte monedas de oro.

—Dicen que todos sus potros son buenos caballos de carreras.

—Nunca habrá otro como él.

—¿Viste la carrera?

—No. ¿Y tú?

Cery sonrió.

—Me colé sin que me vieran los amos de entrada, que no es cosa fácil de hacer. No sabía que iba a ser el gran día de Vientotrueno. Tuve suerte.

Al guardia se le empañaron los ojos mientras Cery describía la carrera.

Los interrumpió un golpe en la puerta. El guardia que no había hablado la abrió y

dejó pasar a un hombre alto y espigado con un abrigo largo negro, que tenía una expresión avinagrada.

—¿Ceryni?

Cery dio un paso hacia él. El hombre lo miró de arriba abajo, con las cejas arqueadas, y a continuación hizo un gesto para que Cery lo siguiera. Él saludó a los guardias con la cabeza y salió al pasillo.

—Tengo que ponerte al tanto —dijo el hombre mientras empezaban a andar.

Cery asintió.

—¿Qué pinta tienen los matones?

—Uno es de mi altura pero más pesado, y el otro es pequeño y flaco. Los dos tienen el pelo negro y corto... a mí me da que se lo cortaron ellos mismos. Al más grande le pasa algo en un ojo. Un tendero me ha dicho que lo tenía de un color raro y, según otro, tenía bizquera. Por lo demás, son unos losdes normales y corrientes.

—¿Armas?

—Navajas.

—¿Sabes dónde viven?

—No, pero un tendero los ha visto en una casa de bol esta noche. Vete para allá, y así luego los sigues. Seguro que dan rodeos antes de llegar a su casa, así que ándate con ojo.

—Claro. ¿Qué estilo llevan?

El hombre lo miró a los ojos, con expresión indescifrable.

—Duro. A los tenderos y a algunos familiares los apalearon a base de bien. Pero luego no se quedaron a jugar, ojo. Se largaron cuando tuvieron lo que buscaban.

—¿Qué se llevaron?

—Moneda, sobre todo. Algo de beber si lo veían por ahí. Ya casi hemos llegado.

Salieron de los pasadizos a una calle oscura. El guía apagó la lámpara y llevó a Cery a una vía más ancha, donde se detuvo a la sombra de un portal. El ruido de jarana que llegaba desde el otro lado de la calzada hizo que Cery se fijara en una casa de bol.

Su acompañante hizo un gesto rápido, formulando una pregunta silenciosa. Cery siguió la mirada del hombre y captó un movimiento en un callejón próximo.

—Siguen ahí dentro. Esperaremos.

Cery se apoyó en la puerta. Su compañero se quedó callado, mirando la casa de bol con atención. Empezó a caer la lluvia, golpeteando contra los tejados y formando charcos. Mientras esperaban, la luna se alzó sobre los edificios e inundó de luz la calle antes de llegar a las nubes grises y convertirse en un brillo fantasmal en el cielo.

Hombres y mujeres fueron dejando la casa de bol en grupos pequeños. El compañero de Cery se puso tenso al ver salir juntos a bastantes hombres, entre risas y tropezones ebrios. Cery observó el grupo y vio a dos hombres que se separaban de los

juerguistas discretamente. El vigía del callejón hizo otro gesto con las manos y el acompañante de Cery inclinó la cabeza.

—Son ellos.

Con un asentimiento, Cery avanzó bajo la lluvia. Siguió a los dos hombres calle abajo sin apartarse de las sombras. Uno de ellos iba claramente borracho; el otro esquivaba los charcos con aplomo. Mientras dejaba que le sacaran algo de ventaja, oyó cómo el borracho pinchaba a su amigo por haber bebido demasiado poco.

—No va pasar nada, Tullin —farfulló—. Somos mucho más listos que ellos.

—Cierra el pico, Nig.

La pareja inició un trayecto circular por las barriadas. Cada cierto tiempo, Tullin se detenía y miraba a su alrededor, pero nunca descubrió a Cery en las sombras. Finalmente, harto de la cháchara de su amigo, tomó una ruta directa que los llevó varios cientos de pasos por el interior de las barriadas y finalmente hasta una tienda abandonada.

Cuando los dos hubieron desaparecido en su interior, Cery se acercó con sigilo y examinó el edificio. En el suelo, junto a la entrada, había un letrero caído. Reconoció la forma de la palabra que significaba «raka». Se palpó el pecho, comprobando que seguía llevando el mensaje en el bolsillo.

Farén quería que la forma de entregarlo metiera el miedo en el cuerpo a los atracadores. Debía quedarles claro que los ladrones lo sabían todo sobre ellos: quiénes eran, dónde se escondían, qué habían hecho y con qué facilidad podían terminar muertos. Cery se mordió el labio, considerando sus opciones.

Podría pasarles la nota por debajo de la puerta, pero sería demasiado sencillo. No asustaría a los matones tanto como descubrir que alguien había entrado en su escondrijo. Tendría que esperar a que volvieran a salir y entonces colarse.

¿O no? Encontrar una nota en su madriguera cuando volvieran a casa los asustaría, pero no tanto como despertar y darse cuenta de que allí había entrado alguien mientras ellos dormían.

Cery analizó el escondrijo con una sonrisa en los labios. Formaba parte de una hilera de tiendas, y cada una compartía una pared con la siguiente. Por tanto, solo tendría entradas por delante y por detrás. Fue hasta el final de la calle y volvió por el callejón adonde daban todas las puertas traseras. Estaba lleno de cajas de embalar vacías y montones de basura. Fue contando las puertas, pero supo cuál era la tienda de los matones por los apestosos sacos de hojas de raka podridas que estaban apilados contra la fachada. Se puso en cuclillas y echó un vistazo por la cerradura de la puerta trasera.

En la sala que había al otro lado ardía una lámpara. Nig se encontraba tumbado en una cama que estaba a un lado, roncando con suavidad. Tullin daba vueltas por la habitación, frotándose la cara. Cuando le dio la luz de la lámpara, Cery distinguió su

ojo torcido y las profundas sombras que tenía debajo.

El grandullón llevaba algún tiempo sin dormir bien... tal vez le preocupara que los ladrones pudieran pasar a hacerle una visita. Pareció que Tullin le hubiera leído la mente, porque de repente se acercó a la puerta trasera dando zancadas. Cery se puso en tensión, listo para alejarse, pero Tullin no agarró la manecilla. Su mano se cerró sobre algo que había en el aire y lo fue siguiendo hacia arriba hasta perderse de vista. Un cordel, supuso Cery. No le hizo falta ver qué había colgando encima de la puerta para adivinar que Tullin había tendido una trampa para cualquier visitante inesperado.

Satisfecho, Tullin fue hacia la segunda cama. Se sacó una navaja del cinturón, la dejó en una mesita cercana y rellenó de aceite la lámpara. Echó un último vistazo a toda la habitación y se tumbó en la cama.

Cery reflexionó sobre la puerta. La raka llegaba a Imardin en forma de tallos con semillas, envueltas en sus propias hojas. Los tenderos arrancaban las semillas de los tallos y las tostaban. Las hojas y tallos solían desecharse por medio de una tolva que los depositaba en una cuba exterior, de donde los niños se lo llevaban todo para venderlo a las granjas cercanas a la ciudad.

Cery se desplazó a lo largo de la pared hasta dar con la portezuela exterior de la tolva. Estaba atrancada por dentro, pero solo con un cerrojo simple y fácil de abrir. Sacó de su abrigo un frasco diminuto y una fina caña hueca. Sorbió para que entrara un poco de aceite en la cañita y lo aplicó concienzudamente en el cerrojo y las bisagras de la gatera. Volvió a guardar el frasquito y la caña y sacó unas cuantas ganzúas y palanquetas, con las que empezó a manipular el cerrojo.

Era un trabajo lento, pero que dejaría tiempo de sobra para que Tullin cayese en un profundo sueño. Cuando la cerradura cedió, Cery abrió la portezuela con mucho cuidado y estudió el pequeño espacio que había dentro. Devolvió las ganzúas a su bolsillo y, de otro, extrajo una lámina de metal bruñido envuelta en un paño de tejido fino. Metió una mano en la tolva y usó el objeto para examinar la trampa que había preparado Tullin.

Al verla, poco le faltó para echarse a reír en voz alta. Había un rastrillo suspendido sobre la entrada. El extremo del mango estaba atado con cordel a una alcayata que habían clavado sobre el marco de la puerta. Los pinchos de hierro estaban apoyados contra una viga, posiblemente equilibrados en su sitio mediante un clavo. De los pinchos salía un cordel que llegaba a la manecilla de la puerta.

Demasiado fácil, caviló Cery. Buscó más trampas pero no encontró ninguna. Por fin retiró el brazo de la tolva, regresó a la puerta y volvió a sacar sus herramientas de engrasar. Una inspección rápida de la cerradura le reveló que alguien la había roto, seguramente los matones cuando entraron por primera vez en la tienda.

Sacó una cajita del abrigo, la abrió y escogió una fina cuchilla. En otro bolsillo llevaba una herramienta articulada, heredada de su padre. Enganchó la herramienta a

la cuchilla, la metió por el ojo de la cerradura y tanteó en busca de la manecilla de la puerta. Cuando la hubo hallado, recorrió su longitud hasta dar con la leve resistencia que oponía el cordel. Ejerció una presión firme sobre él.

Después volvió a la tolva y confirmó, usando el espejo, que ahora el cable pendía inofensivo de las vigas. Satisfecho, guardó con cuidado sus herramientas, envolvió sus botas con unos trapos y respiró profundamente para tranquilizarse. Abrió la puerta en silencio. Pasó al interior y contempló a los dos hombres que dormían.

Su padre siempre decía que la mejor forma de acercarse a alguien a escondidas era *no* intentar hacerlo a escondidas. Se concentró en los matones. Ambos estaban dormidos, y el borracho roncaba ligeramente. Cery cruzó la habitación y examinó la puerta delantera. Había una llave en la cerradura. Dio media vuelta y volvió a observar a los dos hombres.

La navaja de Tullin destellaba en la oscuridad. Sacando el mensaje de Farén. Cery se colocó al lado del atracador. Cogió la navaja y, con mucho cuidado, clavó el papel a la mesa con ella.

«Con eso bastará.» Esbozó una sonrisa lúgubre, volvió a la puerta y agarró la llave. Al girarla, la cerradura emitió un chasquido. Los párpados de Tullin se movieron, pero no se abrieron. Cery abrió la puerta, salió a la calle y la cerró de un portazo.

Se oyó un grito en el interior. Cery ya había corrido como alma que lleva el diablo hasta las sombras que había bajo el portal de la tienda contigua, y se giró para mirar. Al cabo de un momento se abrió la puerta de los matones y Tullin buscó en la penumbra, con su cara pálida bajo la amortiguada luz de la luna. Llegó de la casa una voz quejumbrosa, seguida de una exclamación de horror. Tullin hizo una mueca y regresó a la tienda.

Sonriendo, Cery se internó en la noche.

Sonea maldijo a Farén por lo bajo.

En la chimenea que tenía delante había un palo corto. Después de probar con varios objetos, había decidido que la madera era el material más seguro para sus experimentos con la magia. No era barata —los troncos se talaban en las montañas del norte y bajaban flotando por el río Tarali—, pero a pesar de ello era prescindible, y en la habitación había muchísima.

Observó dudosa el palo, y entonces miró toda la sala para recordarse a sí misma que toda su frustración valía la pena. Estaba rodeada de mesas de madera barnizada y sillas acolchadas. En las habitaciones contiguas había camas blandas, despensas repletas de comida y un generoso surtido de licores. Farén estaba tratándola como si fuera la distinguida huésped de una de las grandes Casas.

Pero ella se sentía como una prisionera. El escondrijo no tenía ventanas y era

completamente subterráneo. La única forma de acceder a él era usando el Camino, y estaba vigilado día y noche. Solo las personas de mayor confianza de Farén, sus «parientes», sabían de su existencia.

Sonea suspiró y relajó los hombros. A salvo de los magos y de los losdes más emprendedores, ahora se esforzaba por evadirse del aburrimiento. Había pasado seis días mirando las mismas paredes, y ya no la distraían ni siquiera los lujos de la habitación. Y aunque Farén se pasaba a verla de vez en cuando, allí había poco más que hacer aparte de experimentar con la magia.

Quizá esa fuera la intención de Farén. Miró de nuevo el palo y notó otra punzada de frustración. Había invocado sus poderes varias veces al día desde que llegó al escondite, pero nunca funcionaban de la forma que ella pretendía. Si quería quemar algo, se movía. Cuando le decía que se moviese, explotaba. Cuando lo animaba a romperse, ardía. El día que confesó sus fracasos a Farén, él se limitó a sonreír y decirle que siguiera practicando.

Con una mueca, Sonea volvió a centrarse en el palo. Respiró hondo y miró fijamente el trozo de madera. Entrecerró los ojos y lo forzó a rodar sobre las piedras de la chimenea.

No sucedió nada.

«Paciencia», se dijo. A menudo necesitaba varios intentos para que la magia funcionara. Enfocó toda su voluntad para formar una fuerza imaginaria y ordenó al palo que se moviera. Se quedó completamente quieto.

Suspirando, se acuclilló sobre sus talones. Todas las veces que la magia funcionaba, ella estaba enfadada, ya fuera por frustración o por el odio hacia el Gremio. Sí, podía forzar esas emociones pensando en algo que la pusiera furiosa, pero hacerlo era una tarea agotadora y deprimente.

Y sin embargo, recordó que los magos lo hacían a todas horas. ¿Guardarían una reserva de rabia y odio en su interior para tenerla disponible? La idea la asustó. ¿Qué clase de gente eran?

Mientras contemplaba el trozo de madera comprendió que tendría que hacerlo ella también. Debía acaparar su rabia, guardar su odio, almacenarlos para los momentos en que necesitara hacer magia. De lo contrario, fracasaría, y Farén la abandonaría para que cayese en manos del Gremio.

Se rodeó el cuerpo con los brazos, notando cómo la invadía una asfixiante desesperación. «Estoy atrapada —pensó—. Tengo dos opciones: o me convierto en una de ellos o dejo que me maten.»

Llegó a sus oídos un restallido leve, el sonido que haría un trozo de tela lanzado al aire y atrapado rápidamente al vuelo. Se sobresaltó y dio media vuelta.

Unas llamas de brillante color naranja bailaban por la superficie de una mesita que había entre dos sillas. Se apartó de un salto, con el corazón martilleando.

«¿Eso lo he hecho yo? —se preguntó—. ¡Pero si no estaba enfadada!»

El fuego empezó a crepitar mientras se multiplicaban las llamas. Sonea se acercó un poco, sin saber muy bien qué hacer. ¿Qué diría Farén cuando descubriera que su escondite había sido pasto de las llamas? Sonea resopló. Se irritaría, y sentiría cierta decepción, al saber que su mascota mágica había muerto.

El humo ascendía y se arremolinaba contra el techo. Sonea se aproximó cautelosa, gateando, y arrastró la mesa hacia delante agarrándola por una pata. El movimiento provocó una llamarada. Sonea se estremeció por el calor, pero levantó la mesa y la arrojó a la campana de la chimenea. La madera se asentó sobre la rejilla y continuó ardiendo.

Sonea suspiró mientras contemplaba la mesa consumiéndose por el fuego. Al menos, había descubierto algo nuevo. Las mesas no estallaban en llamas por sí solas. Al parecer, la desesperación era otro sentimiento capaz de despertar la magia.

«Furia, odio y desesperación —reflexionó—. Qué divertido es ser maga.»

—¿Has notado eso? —preguntó Rothen, con la voz tensa y emocionada.

Dannyl asintió.

—Sí. No ha sido como me esperaba. Siempre había pensado que notar la magia era como *sentir* alguien cantando. Eso se parecía más a un carraspeo.

—Un carraspeo de magia. —Rothen rió—. Una forma interesante de describirlo.

—Si no supieras cantar ni hablar, ¿no harías ruidos bruscos? Quizá la magia suena así cuando está descontrolada. —Dannyl parpadeó, se apartó de la ventana y se frotó los ojos—. Se nos ha hecho tarde, y yo me estoy poniendo demasiado abstracto para mi gusto. Deberíamos dormir un poco.

Rothen asintió, pero no se movió de la ventana. Miró al exterior, a las últimas luces que brillaban en la ciudad.

—Llevamos horas escuchando. No servirá de nada que sigamos haciéndolo más tiempo —dijo Dannyl a Rothen—. Ahora ya sabemos que podemos sentirla. Acuéstate un rato, Rothen. Mañana tendremos que estar despejados.

—Me parece increíble que esté tan cerca de nosotros y no hayamos sido capaces de encontrarla —murmuró Rothen—. ¿Qué habrá intentado hacer?

—Rothen —insistió Dannyl.

El mago más mayor suspiró y dio la espalda a la ventana. Compuso una sonrisa lánguida.

—De acuerdo. Intentaré dormir.

—Bien. —Dannyl, satisfecho, caminó hacia la puerta—. Nos veremos mañana.

—Buenas noches, Dannyl.

Dannyl quedó satisfecho con el último vistazo que dio antes de cerrar la puerta, ya que su amigo estaba andando hacia su dormitorio. Sabía que el interés de Rothen

por encontrar a la chica iba más allá del deber. Mientras recorría el pasillo, sonrió para sí mismo.

Años atrás, cuando Dannyl era un aprendiz, Fergun había hecho correr rumores sobre él en venganza por una broma. Dannyl no se esperaba que alguien fuera a tomar en serio a Fergun, pero cuando los profesores y aprendices empezaron a tratarlo de forma distinta, y se dio cuenta de que no podía hacer nada para recuperar su estima, perdió todo el respeto por sus colegas. Todo el entusiasmo que había sentido por las clases lo abandonó, y fue quedándose más y más rezagado.

Y entonces Rothen lo cogió por banda y, con un optimismo y una decisión que parecían inagotables, recuperó el interés de Dannyl por la magia y el aprendizaje. Por lo visto, el deseo de rescatar a jóvenes conflictivos era superior a él. Dannyl estaba convencido de que la determinación de su amigo era tan intensa como siempre, pero no pudo evitar preguntarse si Rothen estaba realmente preparado para educar a esa chica. Tenía que haber una gran diferencia entre un aprendiz hurraño y una chica de las barriadas que probablemente odiara a los magos.

Una cosa era segura: la vida iba a volverse muy interesante cuando la encontraran.

9. Un visitante indeseado

Un viento helado zarandeaba la lluvia, la dispersaba en ráfagas y daba tirones a los gruesos capotes de invierno. Cery se arrebujó con su abrigolargo y encogió el cuello para hundirlo entre los pliegues de la bufanda. Hizo una mueca cuando la lluvia lo abofeteó, y después, resuelto, se volvió de cara al viento.

Estando en la casa de bol con Harrin había sentido un calor muy seductor. El padre de Donia tenía el día generoso, pero ni siquiera el bol gratis podía tentar a Cery para quedarse allí... no cuando Farén por fin le había dado permiso para visitar a Sonea.

Un hombre alto lo apartó de un empujón para adelantarse, y Cery soltó un gruñido. Miró furioso la espalda del desconocido, que caminaba con paso firme. Cery supuso que sería un mercader, por la forma en que la lluvia brillaba en su capa nueva y sus botas. Murmuró un insulto y siguió andando con dificultad.

Al regresar de la tienda de los matones, Farén lo había interrogado sobre el trabajo de aquella noche. El ladrón había escuchado el informe de Cery sin elogiarlo ni criticarlo: se había limitado a asentir al final.

«Está comprobando si le soy útil —caviló Cery—. Quiere saber dónde están mis límites. ¿Qué será lo próximo que me pida?»

Levantó la mirada y contempló la calle. Había algunos losdes corriendo bajo la lluvia. Nada raro. Por delante, el mercader se había detenido y estaba de pie junto a un edificio, sin ningún motivo que fuera evidente para Cery.

Siguió avanzando y echó un vistazo al mercader mientras pasaba a su altura. Aquel extraño tenía los ojos cerrados y el ceño arrugado, como si estuviera concentrado en algo. Al doblar hacia otro callejón, Cery miró atrás justo a tiempo de ver que el hombre levantaba de golpe la cabeza para mirar luego fijamente la calzada.

«No —pensó Cery con los pelos de punta—. Está mirando debajo de la calzada.»

Siguió examinando al hombre, observando sus ropas de mercader. Los zapatos le resultaban familiares y extraños al mismo tiempo. A la tenue luz, brillaba un pequeño símbolo...

A Cery le dio un vuelco el corazón. Giró sobre sí mismo y echó a correr.

Rothen distinguió entre la lluvia la silueta de un hombre alto y vestido con capa, en la esquina opuesta a la que ocupaba él.

Estamos cerca, envió Danyl. La chica está en algún lugar debajo de estas casas. Solo tenemos que encontrar la forma de entrar, contestó Rothen.

Había sido un día largo y frustrante. En ocasiones la chica usaba la magia varias

veces seguidas y podían hacer progresos. Otras veces tenían que esperar varias horas y, cuando por fin hacía un intento, después volvía a detenerse.

No había tardado en comprender que la capa, aunque ocultaba su túnica, seguía destacando en las barriadas por su calidad.

También había pensado que si muchos hombres con capa merodeaban por la misma zona, llamarían la atención, así que a medida que los magos se acercaban a la chica, había ordenado a casi todos que se retirasen.

Lo sacó de sus pensamientos un sutil zumbido en su mente. Dannyl abandonó su posición y entró en una callejuela. Rothen contrastó la situación con los demás rastreadores y decidió que la chica tenía que estar debajo de la casa que había a la izquierda.

Creo que aquí hay una entrada a los pasadizos, envió Dannyl. *Una reja de ventilación en la pared, como las que hemos visto antes.*

No podemos acercarnos más sin mostrarnos como lo que somos, envió Rothen a todos los buscadores. *Ha llegado el momento. Makin y yo vigilaremos la entrada delantera. Kiano y Yaldin, no perdáis de vista la puerta de atrás. Pero antes de que hagamos nada, Dannyl y Jolen entrarán en el pasadizo, ya que seguramente intentará escapar por ahí.*

Esperó a que todos le hubieran confirmado que estaban en sus posiciones y dio a Dannyl y a Jolen la instrucción de entrar. Cuando Dannyl abrió la reja, empezó a enviar imágenes a todos.

Dannyl se coló por el hueco y se dejó caer al suelo del pasadizo. Creó un globo de luz y esperó a que bajara lord Jolen. Se separaron para internarse cada uno por un oscuro pasillo lateral.

Al cabo de unos cien pasos, Dannyl dejó de andar y envió su luz por delante. El globo recorrió unos cuantos pasos antes de llegar a un recodo.

Me parece que esto sigue por debajo de la calle. Voy a volver.

Un momento después, lord Jolen envió la imagen de una estrecha escalera descendente. Empezó a bajarla pero se detuvo cuando apareció alguien ante él. El hombre miró boquiabierto el globo de luz, dio media vuelta y huyó por un pasadizo lateral.

Nos han descubierto, envió Jolen.

Sigue adelante, respondió Rothen.

Dannyl había dejado de enviar imágenes para que Rothen pudiera seguir los avances de Jolen. Jolen llegó al pie de la escalera y acometió un estrecho pasadizo con paso firme. Al llegar a un recodo, el polvo, el ruido y una sensación de alarma abrumaron los sentidos de Rothen. Entonces llegó la confusión, cuando todos los magos empezaron a enviar preguntas al mismo tiempo.

Alguien ha derrumbado el pasadizo, respondió Jolen, enviando la imagen de un

montón de escombros. *Dannyl iba detrás de mí.*

Rothen sintió una punzada de inquietud.

¿Dannyl?

Solo hubo silencio, hasta que le llegó una tenue voz mental.

Enterrado. Espera... ya he salido. No me ha pasado nada. Tú sigue, Jolen. Está claro que querían evitar que pasáramos de aquí. Sigue adelante y encuéntrala.

Adelante, confirmó Rothen. Jolen dio la espalda al muro de escombros y se lanzó a la carrera por el túnel.

Sonó una campanilla. Sonea apartó la mirada de la chimenea y se puso de pie. Un tablero de la pared se deslizó a un lado y

Farén entró en la estancia. Con su ropa negra y sus llamativos ojos amarillos, era la viva imagen de un insecto peligroso. Sonrió y le entregó un paquete envuelto en tela y atado con un cordel.

—Esto es para ti.

Ella le dio la vuelta.

—¿Qué es?

—Ábrelo —la animó Farén, doblando sus largas extremidades sobre una de las sillas.

Sonea se sentó enfrente de él y desató el envoltorio. La tela se abrió para permitirle ver un viejo libro encuadernado en cuero. Muchas de sus páginas se habían soltado del lomo. Miró a Farén, dudosa.

—¿Un libro viejo?

—Mira el título —asintió él.

Sonea bajó la mirada y luego volvió a levantarla hacia los ojos del ladrón.

—No sé leer.

Farén parpadeó, sorprendido.

—Claro —dijo, meneando la cabeza—. Lo siento, tendría que haberlo pensado. Es un libro sobre magia. Mandé buscar en todas las casas de empeños y en las guaridas de los traperos. Parece ser que los magos queman todos sus libros viejos pero, según el tendero, este se lo vendió un sirviente indisciplinado y con iniciativa. Mira en el interior.

Sonea encontró un papel doblado debajo de la portada. Al cogerlo, se fijó de inmediato en lo grueso que era el pergamino. Una hoja de papel tan bien hecha podía costar más que la comida de una familia numerosa, o que una capa nueva. La desdobló, miró con atención las letras negras que se entrelazaban formando líneas perfectas que recorrían la página e inspiró de golpe al ver el cuño que había en una esquina. Un diamante dividido en forma de Y: el símbolo del Gremio.

—¿Qué es? —preguntó, casi sin voz.

—Un mensaje —respondió Farén—. Para ti.

—¿Para mí? —Sonea volvió a mirar al hombre. Él asintió—. ¿Cómo han podido hacérmelo llegar?

—No podían, pero se lo dieron a alguien que sabían que estaba en contacto con los ladrones, y él nos lo pasó.

Ella le ofreció el papel.

—¿Qué pone?

Farén se lo cogió de la mano.

—Dice: «A la joven dama con poderes mágicos. Dado que no podemos hablar con usted en persona, enviamos este mensaje por medio de los ladrones con la esperanza de que ellos puedan entregárselo. Queríamos garantizarle que no pretendemos hacerle daño alguno. Asimismo, le aseguramos que el día de la Purga no teníamos intención de hierla a usted ni tampoco al joven. Su muerte fue un trágico accidente. Nuestro único deseo es enseñarla a controlar su poder, y ofrecerle la oportunidad de unirse al Gremio. Es usted bienvenida entre nosotros». Y viene firmado: «Lord Rothen del Gremio de los Magos».

Sonea miró incrédula el mensaje. ¿El Gremio quería que ella, una chica de las barriadas, se *uniera* a ellos?

Decidió que tenía que ser un truco, un intento de sacarla de su escondite. Recordó al mago que había irrumpido en el refugio del desván, y cómo la había llamado enemiga del Gremio. No era consciente de que ella lo escuchaba. Probablemente lo que él había dicho era la verdad.

Farén dobló el pergamino y se lo guardó en un bolsillo. Al ver su sonrisa picara, el recelo se apoderó de Sonea. ¿Cómo podía saber si lo que Farén había dicho era de verdad lo que ponía en el mensaje?

Sin embargo, ¿por qué iba a inventárselo? Quería que ella trabajara para él, no que se marchara corriendo para unirse a los magos. A menos que fuera una prueba...

El ladrón alzó una ceja.

—¿Qué piensas, joven Sonea?

—No me creo lo que dicen.

—¿Por qué no?

—Porque nunca aceptarían a una losde.

Él frotó el brazo de su silla.

—¿Qué pasaría si descubrieras que de verdad te invitan a unirse a ellos? Mucha gente corriente sueña con hacerse mago. Es posible que al Gremio le interese redimirse a ojos del público.

Sonea negó con la cabeza.

—Es un truco. El error que cometieron fue abatir al losde equivocado, no matar a uno.

Farén asintió lentamente.

—Eso es lo que dicen casi todos los testigos. Bueno, rechazaremos la invitación del Gremio y nos dedicaremos a asuntos más importantes. —Señaló el libro que Sonea tenía en el regazo—. No sé si eso te servirá de algo. Tendré que buscar a alguien para que te lo lea. Tal vez sería mejor que aprendieras a leerlo tú misma.

—Mi tía me enseñó un poquito —le dijo Sonea, pasando páginas—. Pero fue hace mucho tiempo. —Alzó la vista—. ¿Podré ver a Jonna y a Ranel pronto? Estoy segura de que Jonna podría enseñarme a leer.

El ladrón rechazó la idea.

—No hasta que los magos paren de... —Frunció el ceño e inclinó la cabeza levemente a un lado.

Sonea entreoyó un leve zumbido.

—¿Qué ha sido eso?

Farén se incorporó.

—Espera aquí —dijo, y desapareció en la oscuridad que había tras el panel.

Sonea apartó el libro y fue hasta la chimenea. El tablero volvió a abrirse y Farén regresó a la sala.

—Rápido —dijo bruscamente—. Sígueme... y quédate callada.

Pasó junto a ella dando zancadas. Sonea lo observó durante un latido de corazón antes de seguirlo por la estancia.

Farén sacó un pequeño objeto de un bolsillo y lo pasó a un lado y a otro sobre el revestimiento de la pared. Sonea ya estaba bastante cerca para distinguir un nudo de la madera que estaba deslizándose a un lado hasta sobresalir medio dedo de longitud. Farén agarró la protuberancia y tiró de ella.

Un sector de la pared pivotó hacia dentro. Farén tomó del brazo a Sonea y la metió tras él en las sombras. Después de presionar el nudo para dejarlo otra vez alineado con el tablero, cerró la puerta.

Se quedaron en la oscuridad. Cuando los ojos se le fueron adaptando, distinguió cinco agujeros minúsculos repartidos en la puerta, a la altura de los hombros. Farén ya estaba acercando un ojo a uno de ellos.

—Hay formas más rápidas de salir de la sala —le dijo—, pero como teníamos tiempo, he pensado que nos convenía usar una puerta casi imposible de abrir. Mira.

Se apartó de la mirilla. Sonea parpadeó, deslumbrada por una llama que alumbró repentinamente la oscuridad. Farén levantó un farol diminuto y deslizó la tapa hasta que solo dejó un minúsculo rayo de luz en el pasadizo. Lo sostuvo para mostrarle varios cerrojos de metal y unos complicados engranajes que había en aquel lado de la puerta.

—¿Qué está pasando? —preguntó Sonea.

Los ojos amarillos de Farén brillaron en la luz tenue mientras pasaba los cerrojos.

—Solo te sigue buscando un puñado de magos. Ahora mis espías conocen su aspecto, sus nombres y sus movimientos. —Farén soltó una risita—. Hemos estado enviándoles informadores falsos, para mantenerlos ocupados.

»Hoy no han actuado como de costumbre. Han venido más de ellos a las barriadas y además llevaban capas por encima de las túnicas. Han tomado posiciones a lo largo y ancho de las calles, y parecían esperar algo. No sé qué será, pero se desplazaban una y otra vez a lugares diferentes. Cada vez que lo hacían, se acercaban más aquí. Y hace un momento Ceryni me ha dicho que pensaba que los magos te estaban rastreando. Dice que deben de ser capaces de notarlo cada vez que usas la magia. No me lo he creído hasta que...

Farén calló, y al momento desapareció la rendija de luz que daba el farol y la oscuridad volvió a llenar el pasadizo. Sonea lo oyó moverse hacia la pared. Se acercó ella también y puso un ojo contra uno de los agujeritos.

La entrada a la sala estaba abierta; desde su punto de vista, había un rectángulo de oscuridad. Al principio Sonea pensó que el escondrijo estaba vacío, pero de pronto una silueta entró en su campo de visión desde una de las habitaciones laterales, y su túnica verde se meció al detenerse.

—Mi gente ha conseguido pararlos derrumbando el túnel —susurró Farén—, pero ya había pasado uno. No te asustes. Esta puerta no puede atravesarla nadie. Es... —Cogió aire casi sin hacer ruido—. Interesante.

Sonea acercó un ojo al agujero y le dio un vuelco el corazón. Parecía que el mago la estaba mirando directamente.

—¿Podrá oírnos? —murmuró Farén—. He comprobado muchas veces estas paredes.

—A lo mejor es que ve la puerta —sugirió Sonea.

—No, tendría que examinar la pared muy de cerca. Y aunque se pusiera a buscar puertas, esta habitación tiene cinco salidas. ¿Por qué tendría que escoger esta?

El mago caminó hacia ellos y se detuvo. Miró fijamente la madera y luego cerró los ojos. Sonea notó que la embargaba una sensación que ya le era demasiado familiar. Cuando el mago volvió a abrir los ojos, sus arrugas de concentración habían desaparecido y miraba directamente a Farén.

—¿Cómo lo sabe? —susurró Farén—. ¿Ahora mismo estás haciendo magia?

—No —respondió Sonea, sorprendida por la confianza que transmitía su propia voz—. Yo puedo esconderme de él. Eres tú. Te está sintiendo a ti.

—¿A mí? —Farén apartó la cabeza del agujero y le dirigió una mirada intensa. Sonea se encogió de hombros.

—No me preguntes por qué.

—¿Puedes ocultarme? —La voz de Farén sonaba tensa—. ¿Puedes escondernos a los dos?

Sonea se retiró de la mirilla. ¿Podría hacerlo? No sería capaz de ocultar lo que detectaba el mago sin antes notarlo ella. Miró a Farén, y entonces *miró* a Farén. Era como si hubiera expandido sus sentidos —no, en realidad otro sentido distinto a la vista o al oído— y pudiera percibir que allí había una persona.

Farén pronunció una palabrota.

—¡Deja de hacer eso! —Jadeó. Algo raspó contra la pared. Farén se apartó—. Está intentando abrirla. Ya me temía que intentara echarla abajo. Eso nos dará algo de tiempo.

Abrió la tapa del farol e indicó a Sonea que lo siguiera. Apenas habían dado unos pasos cuando los sorprendió el sonido de un cerrojo deslizándose por la madera. Farén se dio la vuelta y maldijo. Levantó el farol para iluminar la pared.

Uno tras otro, los cerrojos estaban descorriéndose, al parecer por sí mismos. Sonea vio que los engranajes de la puerta empezaban a girar, y de pronto el pasaje quedó sumido en la oscuridad cuando la lámpara repicó contra el suelo.

—¡Corre! —susurró Farén—. ¡Ven conmigo!

Sonea extendió un brazo para tocar la pared y siguió el golpeteo de los zapatos de Farén contra el suelo. No había avanzado más de veinte pasos cuando la rebasó una cuña de luz, que proyectó su sombra en el suelo. Oyó tras ella el eco de unos pies con botas en el pasadizo.

De repente el túnel se llenó de una luz brillante, y la sombra de Sonea empezó a encogerse a toda velocidad. Notó una oleada de calor que avanzaba a la altura de su oreja y dio un respingo cuando una refulgente bola de luz la adelantó. La bola pasó también delante de Farén y emitió un destello que se transformó en una barrera resplandeciente.

Farén resbaló al detenerse y acabó encarado a su perseguidor, con la cara pálida bajo la luz blanca. Sonea llegó junto a él y también se volvió. Una persona con túnica se les acercaba con paso firme. Con el corazón a punto de salirse del pecho, Sonea dio unos pasos atrás hasta que pudo sentir la vibración y el calor emanando de la barrera que tenía a su espalda.

Farén inició un rugido que nació en el fondo de su garganta, cerró con fuerza los puños y empezó a desandar el pasadizo en dirección al mago. Sonea, sorprendida, no pudo más que mirarlo con asombro.

—¡Tú! —Farén señaló al mago—. ¿Quién te crees que eres? Esto son *mis* dominios. ¡Estás cometiendo allanamiento!

Su voz resonó en el túnel. El mago aflojó el paso y contempló al ladrón con cautela.

—La ley dice que podemos ir allá adonde debamos —replicó el mago.

—La ley también dice que no podéis hacer daño a la gente en su propiedad —contraatacó Farén—. Yo diría que estas dos semanas ya habéis hecho las dos en buen

grado.

El mago dejó de andar y levantó las manos en un gesto apaciguador.

—No pretendíamos matar a ese chico. Fue una equivocación. —El mago posó la mirada en Sonea y le provocó un escalofrío en la espalda—. Debemos explicarte muchas cosas. Hay que enseñarte a controlar tus poderes...

—¿Es que no lo entendéis? —susurró Farén—. Ella no quiere hacerse maga. No quiere tener nada que ver con vosotros. Limitaos a *dejarla en paz*.

—Eso no puedo hacerlo —contestó el mago, negando con la cabeza—. Tiene que venir con nosotros...

—¡No! —gritó Farén.

Los ojos del mago se enfriaron y helaron la sangre de Sonea.

—¡No lo hagas, Farén! —chilló—. ¡Te matará!

Farén, sin hacerle ningún caso, separó un poco las piernas y colocó las manos en las dos paredes laterales del pasadizo.

—Si la quieres —dijo con voz grave—, tendrás que pasar por encima de mí.

El mago vaciló un momento antes de dar un paso, girando las palmas de sus manos hacia Farén. Un fuerte tañido metálico llenó de sonido el túnel.

El mago extendió los brazos y desapareció.

Sonea observó perpleja el suelo que había pisado el mago. Ahora había un cuadrado oscuro.

Farén dejó caer los brazos, echó la cabeza hacia atrás y empezó a carcajearse. El corazón de Sonea seguía latiendo con fuerza, pero se acercó poco a poco a su lado. Vio que aquel recuadro de oscuridad era un gran agujero en el suelo.

—¿Qué... qué ha pasado?

Las carcajadas de Farén amainaron hasta quedar en una risita. Levantó un brazo e hizo girar un ladrillo de la pared. Metió la mano en el hueco, agarró algo y, con un gruñido de esfuerzo, tiró de ello. Una trampilla subió, rodando lentamente sobre sus goznes, y se encajó en el hueco con un chasquido. Farén dio unas patadas al polvo para esparcirlo por encima.

—Ha sido facilísimo —dijo, limpiándose las manos con un pañuelo. Sonrió a Sonea y ensayó una breve reverencia—. ¿Qué te ha parecido mi actuación?

En los labios de Sonea empezó a formarse una sonrisa.

—Casi me duermo.

—¡Ja! —Farén arqueó las cejas—. Pues tú sí que parecías convencida. «¡No lo hagas, Farén! ¡Te matará!» —dijo, poniendo voz de falsete. Se llevó una mano al corazón y sonrió—. Que te preocupe mi bienestar me conmueve tanto...

—Disfrútalo —dijo ella—. A lo mejor no dura mucho. ¿Adónde va esto? —preguntó, tocando la trampilla con la punta del pie.

Farén se encogió de hombros.

—Bueno, cae directamente a un foso lleno de estacas de hierro.

Sonea puso los ojos como platos.

—Entonces... ¿está muerto?

—Muy muerto. —Los ojos del ladrón destellaron.

Sonea contempló la trampilla. Seguro que no... pero si Farén decía... aunque quizá el mago hubiera conseguido...

De pronto se sintió enferma y helada. Nunca había pensado que un mago pudiera morir. Salir herido, tal vez, pero no morir. ¿Cómo reaccionaría el Gremio cuando se enterara de que uno de los suyos estaba muerto?

—Sonea. —Farén le puso una mano en el hombro—. No está muerto. La trampa lleva a una fosa séptica. Está pensada como ruta de escape. Saldrá por su propio pie y olerá peor que el río Tarali, pero seguirá vivo.

Sonea asintió, más calmada.

—Pero piensa lo que te habría hecho él a ti, Sonea. Puede que un día tengas que matar por tu libertad. —Farén levantó una ceja—. ¿Se te había ocurrido?

Sin esperar su respuesta, se giró y observó la barrera de luz y calor que seguía bloqueando el pasadizo. Agitó la cabeza y empezó a desandar el camino por el túnel hasta el escondite. Sonea saltó la trampilla con inquietud y lo siguió.

—No podemos volver —razonó en voz alta mientras caminaba—; es posible que los magos hayan dado con otra entrada. Tendremos que... —Se desvió hacia una pared para inspeccionarla—. Ah, aquí está.

Tocó algo en el muro.

Sonea dio un grito ahogado cuando el suelo bajo sus pies desapareció. Su costado topó con algo duro y al instante estaba resbalando por una superficie lisa e inclinada. El aire empezó a calentarse con rapidez y adquirió un olor claramente desagradable.

De pronto se vio flotando en el aire, y luego cayó a una oscuridad mojada. Le entró agua en los oídos y en la nariz, pero mantuvo la boca cerrada. Movié las piernas, encontró el fondo y se propulsó hacia la superficie. Abrió los ojos a tiempo de ver cómo Farén salía volando de un túnel y caía al agua dando un chapuzón. El ladrón se revolvió, impulsándose hasta la superficie con una maldición en los labios.

—¡Arrrg! —rugió. Se limpió los ojos y soltó otra palabrota—. ¡Me he confundido de trampilla!

Sonea se cruzó de brazos.

—Entonces ¿dónde ha terminado el mago?

Farén levantó la mirada y sus ojos amarillos se llenaron de una luz maligna.

—En el vertedero de la casa de fermentado que hay aquí cerca, calle arriba —dijo en voz baja—. Cuando salga de allí, apestará a pulpa fermentada de tigor durante una semana.

Sonea dio un bufido y se dirigió al borde de la poza.

—¿Y lo suyo es peor que esto?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez para un mago sí. Tengo entendido que odian esas cosas. —La siguió afuera de la poza y luego la miró de arriba abajo—. Supongo que te debo un baño y una muda de ropa limpia, ¿no?

—¿Porque te ha faltado poco para no poder protegerme? —Sonea también se encogió de hombros—. Tendrá que bastar, pero habrás de pensar en algo mejor por tirarme a una alcantarilla.

Farén sonrió de oreja a oreja.

—Veré qué puedo hacer.

10. Tomando partido

Aunque el aire helado hacía evidente la llegada del invierno y el cielo estaba cargado de nubes grises, el humor de Rothen mejoró al hallarse en el exterior. Era dialibre. Para la mayoría de los magos, el quinto y último día de la semana era tiempo de ocio. Los aprendices, o al menos parte de ellos, lo dedicaban al estudio, y los profesores podían aprovechar el tiempo para corregir ejercicios y preparar las lecciones.

Rothen solía dedicar una hora a pasear por los jardines, y luego volvía a sus aposentos para trabajar en sus clases. Sin embargo, aquella semana no tenía nada que preparar. Había sido designado coordinador oficial de la búsqueda, por lo que sus obligaciones docentes se habían transferido a otro mago.

Pasaba casi todo el tiempo organizando a los voluntarios. Era una tarea agotadora, tanto para él como para los voluntarios que seguían sus instrucciones. Habían pasado las tres últimas semanas buscando a la chica, incluidos los dialibres. Rothen sabía que algunos de ellos dejarían de ayudar si seguía exigiéndoles que le dedicaran su tiempo continuamente, por lo que había decidido suspender la búsqueda durante un día.

Dobló una esquina y divisó la Arena del Gremio. De una base circular se elevaban ocho agujas curvadas, que servían de marco a un poderoso escudo que protegía el exterior de las fuerzas que se desplegaban allí en las clases de magia de guerrero. Dentro había cuatro aprendices, pero aquel día no estaba teniendo lugar ninguna demostración espectacular de poder.

Lo que estaban haciendo los aprendices, distribuidos en parejas, era blandir sus espadas con movimientos diestros y sincronizados. A unos pasos de distancia se hallaba Fergun, espada en mano, observando atentamente a los aprendices.

Rothen los miró y tuvo que esforzarse para no censurar todo aquello. Seguramente el tiempo de los aprendices estaría mejor invertido con el estudio que aprendiendo aquella superflua arte marcial...

La esgrima no formaba parte del programa de estudios universitarios. Los aprendices que decidían aprender el arte lo hacían sacrificándole su tiempo libre. Era una afición, y Rothen sabía que era saludable que los jóvenes tuvieran algún interés aparte de la magia, algo que los sacara de sus habitaciones mal ventiladas.

Sin embargo, siempre había creído que las túnicas y las espadas no casaban bien. Un mago ya tenía demasiadas maneras de hacer daño a los demás. ¿Qué necesidad había de añadir otra que no implicara magia?

Había dos magos de pie en las gradas que rodeaban la Arena, observando con atención. Rothen distinguió al amigo de Fergun, lord Kerrin, y a lord Elben, un profesor de alquimia. Los dos provenían de la poderosa Casa Marón, igual que Fergun. Rothen sonrió por lo bajo. Se suponía que los aprendices y los magos debían

dejar atrás las alianzas y enemistades de las Casas al unirse al Gremio, pero muy pocos lo hacían.

Mientras Rothen miraba, Fergun ordenó a un aprendiz que se acercara a él. Maestro y aprendiz se saludaron antes de ponerse en guardia. Rothen contuvo el aliento cuando el aprendiz arremetió, haciendo brillar su espada en un envite confiado.

Fergun dio un paso adelante y su arma casi dejó de verse en medio de un borrón de movimiento. El aprendiz quedó inmóvil y bajó la cabeza para ver que el arma de Fergun le hacía presión contra el pecho.

—¿Le tienta unirse a las clases de lord Fergun? —preguntó a sus espaldas una voz conocida.

Rothen se giró.

—¿A mi edad, administrador? —Movié la cabeza en señal de negación—. Y aunque tuviera treinta años menos, no le vería el provecho.

—He oído que la esgrima agudiza los reflejos y enseña disciplina y concentración —dijo Lorlen—. Lord Fergun ha conseguido bastante apoyo para sus clases, y nos ha pedido que consideremos incluir la esgrima en los estudios de la universidad.

—Eso debe decidirlo lord Balkan, ¿no es así?

—En parte. El líder de guerreros debe plantear sus propuestas para someterlas al voto de los magos superiores. Pero él sigue siendo dueño de hacerlo, no hacerlo o cuándo hacerlo. —Lorlen hizo una pausa—. Me he enterado de que ha concedido un día de descanso a los buscadores.

Rothen asintió.

—Han estado trabajando mucho tiempo, a veces hasta bien entrada la noche.

—Han tenido ustedes cuatro semanas muy ajetreadas —convino Lorlen—. ¿Están haciendo progresos?

—No muchos —admitió Rothen—. Desde la semana pasada, ninguno. Cada vez que sentimos su magia, resulta que se ha desplazado a otro lugar.

—Como predijo Dannyl.

—Sí, pero hemos buscado repeticiones en sus movimientos. Si piensa volver a algunos de esos escondrijos, podríamos localizarlos del mismo modo que lo hicimos la primera vez, solo que empleando más tiempo.

—¿Qué me dice de ese hombre que la ayudó a escapar? ¿Cree que era uno de los ladrones?

Rothen levantó los hombros.

—Tal vez. Acusó a lord Jolen de invadir su territorio, lo cual sugiere que lo era, pero me cuesta creer que haya un ladrón lonmariano. Es posible que ese hombre fuera un mero protector y que su acusación fuera una excusa para atraer a Jolen hasta la trampa.

—Por tanto, ¿existe la posibilidad de que la chica no esté involucrada con los ladrones?

—Existe, sí, pero es escasa. Dudo mucho que tenga dinero para pagarse protectores. Los hombres que encontró Jolen en el túnel y las cómodas habitaciones donde estaba ella indican que quien la esté cuidando es una persona bien organizada y financiada.

—Malas noticias, en cualquier caso. —Lorlen suspiró y miró a los aprendices de la Arena—. El rey no está nada contento con este asunto, y no lo estará hasta que la tengamos bajo nuestro control.

—Ni yo tampoco.

Lorlen asintió. Hizo un mohín y luego volvió a dirigirse a Rothen.

—Hay otro asunto que debería discutir con usted.

—¿Sí?

Lorlen se quedó callado, como si estuviera midiendo las palabras que iba a pronunciar.

—Lord Fergun desea reclamar su tutela.

—Sí, lo sé.

Lorlen arqueó las cejas.

—Está usted inesperadamente bien informado, lord Rothen.

Rothen sonrió.

—Inesperadamente, sí. Me enteré por casualidad.

—¿Todavía pretende usted solicitar la tutela?

—Aún no lo he decidido. ¿Debería solicitarla?

Lorlen movió la cabeza.

—No veo la necesidad de discutir este asunto hasta que la encontremos. Pero ¿comprende que deberé convocar una Vista cuando la tengamos, si los dos siguen reclamándola?

—Lo entiendo. —Rothen titubeó—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto —respondió Lorlen.

—¿Fergun tiene un argumento sólido que sustente su reclamación?

—Es posible. Dice que, como experimentó las consecuencias de la magia de la chica, fue el primero en identificar sus poderes. Usted dijo haberla visto *después* de que usara los poderes, y supuso que había sido ella por su expresión, lo que significa que ni la vio ni la sintió mientras usaba los poderes. En este caso, la aplicación de la ley no es nada obvia y, por lo general, cuando hay que adaptar una ley para aplicarla a una situación, los votos acaban favoreciendo la interpretación más simple.

Rothen frunció el ceño.

—Ya veo.

Lorlen indicó a Rothen que lo siguiera y echó a andar hacia la Arena, con paso

lento y medurado.

—Fergun está decidido a ir a por todas —dijo en voz baja—, y tiene muchos apoyos. Pero usted también reuniría bastantes.

Rothen asintió y dejó escapar un suspiro.

—No es una decisión fácil. ¿Usted preferiría que no revolucionara el Gremio por enfrentarme a su solicitud? Le crearía menos problemas.

—¿Me pregunta qué preferiría yo? —Lorlen rió suavemente y miró a Rothen a los ojos—. A mí no me supondría menos problemas de otro modo. —Esbozó una sonrisa torcida e inclinó a un lado la cabeza—. Que tenga buenos días, lord Rothen.

—Buenos días —respondió Rothen.

Habían llegado a las gradas que rodeaban la Arena. Ahora los aprendices estaban practicando los movimientos por parejas. Rothen se quedó allí plantado y se entretuvo observando a Lorlen descender hacia los dos magos que supervisaban la lección. Había algo en la última mirada del administrador que le dio a entender que insinuaba algo más.

Los dos espectadores se sorprendieron al ver aparecer a Lorlen junto a ellos.

—Saludos, lord Kerrin, lord Elben.

—Administrador. —Los dos inclinaron la cabeza y, cuando un aprendiz dio un grito de sorpresa, enseguida volvieron a mirar hacia la Arena.

—Es un gran profesor —sentenció lord Elben, señalando la Arena—. Precisamente estábamos comentando que lord Fergun sería un excelente tutor para esa chica de las barriadas. Con unos pocos meses de orientación estricta, tendrá tanto refinamiento y disciplina como el mejor de nosotros.

—Lord Fergun es un hombre responsable —contestó Lorlen—. No puedo expresar ninguna buena razón en contra de que guíe la formación de un aprendiz.

«Pero hasta la fecha nunca había mostrado ningún interés», pensó Rothen. Giró sobre sus talones y retomó su paseo por los jardines.

La tutela no era un proceso común. Cada año se favorecía con ella a unos pocos aprendices, pero solo a aquellos que habían demostrado un talento o un poder excepcional. Por mucha fuerza o aptitud que resultara tener la chica de las barriadas, iba a necesitar ayuda y apoyo para adaptarse a la vida del Gremio. Si Rothen se convertía en su tutor, podría asegurarse de que recibía esa ayuda.

Dudaba mucho que los motivos por los que Fergun deseaba la tutela fueran los mismos. Si se podía confiar en las palabras de lord Elben, Fergun pretendía disciplinar a la rebelde vagabunda hasta transformarla en una aprendiz dócil y obediente. Si tenía éxito, obtendría cierta cantidad de elogios y admiración.

Sería interesante ver cómo pensaba lograrlo Fergun, ya que los poderes de la chica eran especialmente fuertes y él era débil. Si a la joven se le metía entre ceja y ceja desobedecerle, Fergun no iba a ser capaz de detenerla.

Esa era una de las razones por las que se desaconsejaba que los magos tutelaran a aprendices con poderes más fuertes que los suyos. Los magos débiles rara vez ejercían de tutores ya que, si reclamaban un aprendiz menos poderoso que ellos, solo conseguían llamar la atención sobre sus propias carencias... y sobre la flaqueza del aprendiz.

Pero la chica vagabunda era diferente. Nadie se preocuparía, si las limitaciones de Fergun ponían trabas a su entrenamiento. Por lo que respectaba a muchos, ya tenía suerte de recibir la más mínima instrucción.

Y si no tenía éxito, ¿quién culparía a Fergun? Siempre podía usar la excusa de sus orígenes... y nadie cuestionaría sus actos si desatendía el entrenamiento de la chica...

Rothen sacudió la cabeza. Estaba pensando como si fuera Danyll. Fergun estaba dispuesto a ayudar a la chica, lo cual ya era un gesto noble por sí mismo. Al contrario que Rothen, que ya había tutelado a dos aprendices, a Fergun aún le quedaba gloria por ganar. Y tampoco había nada malo en eso. Obviamente, Lorlen no pensaba que lo hubiera.

¿O tal vez sí? ¿Cuáles habían sido sus palabras exactas? «A mí no me supondría menos problemas de otro modo.»

Rothen rió entre dientes al comprender por fin lo que había querido decir Lorlen. Si estaba en lo cierto, Lorlen pensaba que aprobar la solicitud de Fergun le provocaría tantos problemas como la pelea por la tutela... y sin duda, esa pelea ya iba a darle un sinfín de quebraderos de cabeza.

Lo cual significaba que Lorlen había dado a Rothen una rara indicación de su apoyo.

Como de costumbre, los guardias de Sonea estuvieron callados durante todo el trayecto por los pasadizos. Dejando aparte las semanas que había pasado en el primer escondrijo, desde el día de la Purga no había dejado de moverse. La única y agradable diferencia era que ya no tenía miedo de ser descubierta mientras se desplazaba.

El guardia que iba en cabeza llegó a una puerta y llamó con los nudillos. En el vano apareció una cara oscura y conocida.

—Quedaos aquí y vigilad —ordenó Farén—. Entra, Sonea.

Pasó a la sala y su corazón se agitó al ver a la figura menos corpulenta que estaba de pie tras él.

—¡Cery!

Su amigo sonrió y le dio un abrazo breve.

—¿Cómo estás?

—Bien —dijo ella—. ¿Y tú?

—Contento de volver a verte. —Le examinó la cara—. Tienes mejor aspecto.

—No he tenido que enfrentarme a ningún mago en, hum, al menos unos cuantos

días —dijo, mirando de soslayo a Farén. El ladrón rió.

—Sí, parece que los hemos burlado.

La habitación era pequeña pero acogedora. En la chimenea ardía una generosa hoguera. Farén los llevó a unas sillas.

—¿Algún progreso, Sonea?

Ella torció el gesto.

—No, nada todavía. Lo intento una y otra vez, pero nunca hace lo que yo quiero.

—Se enfurruñó—. Aunque ahora, al menos, casi siempre hace *algo*. Antes lo tenía que intentar unas cuantas veces sin que pasara nada.

Farén se apoyó en el respaldo y sonrió.

—Eso es un progreso. ¿Los libros te han servido de algo?

—No los comprendo —dijo Sonea, negando con la cabeza.

—¿El escriba no habla claro?

—No, no es eso. Lee muy bien. Es solo que, bueno, hay demasiadas palabras raras y algunas cosas no tienen ningún sentido.

Farén asintió.

—Si tuvieras más tiempo para estudiarlas, a lo mejor les encontrarías el significado. Estoy buscándote más libros. —Apretó los labios y observó a los dos jóvenes—. Estoy investigando unos rumores. Desde hace años se dice que cierto ladrón ha entablado amistad con un hombre que sabe algo de magia. Siempre he pensado que era un invento para tenernos a raya a los demás, pero aun así estoy viendo qué hay de cierto en ello.

—¿Un mago? —preguntó Cery.

Farén se encogió de hombros.

—No lo sé. Me extrañaría. Lo más seguro es que no sea más que un tipo haciendo trucos que parecen magia. Pero si tuviera el menor conocimiento de la magia verdadera, nos podría ser útil. Os diré algo cuando sepa más. —Sonrió—. Esas son todas las noticias que tengo yo, pero creo que Cery trae más.

Cery asintió.

—Harrin y Donia han encontrado a tus tíos.

—¡Lo han conseguido! —Sonea se adelantó hasta el borde de la silla—. ¿Dónde están? ¿Están bien? ¿Han encontrado un buen sitio para quedarse? ¿Harrin les...? Cery agitó las manos.

—¡Yep! ¡De una en una!

Sonea, sonriente, se inclinó ansiosa hacia él.

—Lo siento. Dime qué sabes.

—Bueno —empezó él—, parece que no consiguieron habitación en el sitio donde vivíais antes, pero han encontrado una mejor a pocas calles de distancia. Ranel ha estado buscándote todos los días. Habían oído que los magos iban tras una chica, pero

no pensaban que pudieras ser tú.

»Jonna tenía unas cuantas cosas que decir cuando Harrin le explicó que te habías juntado con nosotros en la Purga —dijo entre risas—, pero entonces él les contó lo que habías hecho. Al principio no se lo creyeron. Les dijo que habíamos estado escondiéndote, y lo de la recompensa, y que ahora te protegían los ladrones. Harrin dice que no se pusieron tan furiosos como él pensaba... Al menos, no después de explicárselo todo.

—¿Le dieron algún mensaje para mí?

—Le pidieron que te dijera que te cuides, y que vigiles en quién confías.

—Eso último es cosa de Jonna. —Sonea sonrió con melancolía—. Es maravilloso saber que han encontrado un sitio... y que saben que no me escapé de ellos.

—Me parece que Harrin se temía que Jonna fuera a azotarlo por invitarte a que vinieras con nosotros durante la Purga. Dice que los dos se pasarán de vez en cuando por la posada para que les dé noticias tuyas. ¿Quieres mandarles algún mensaje?

—Solo que estoy bien y a salvo. —Miró a Farén—. ¿Los traerás para que nos veamos?

Farén meditó antes de responder.

—Sí, pero no será hasta que esté seguro de que no hay riesgo. Aunque dudo que pase, es posible que los magos sepan quiénes son y que intenten encontrarte por medio de ellos.

Sonea cogió aire bruscamente.

—¿Y si de verdad saben quiénes son y me amenazan con hacerles daño si no me entrego?

El ladrón sonrió.

—No creo que lo hagan. Al menos, no abiertamente. Si lo intentaran en secreto... —Bajó la cabeza mirando a Cery—. Ya lo solucionaríamos, Sonea. No te preocupes por esas cosas.

Cery ensayó una débil sonrisa. Sonea, sorprendida por el compañerismo implícito, observó a su amigo con atención. Tenía los hombros tensos y le aparecía una arruga en el entrecejo cada vez que miraba a Farén. No es que pensara que Cery fuera a relajarse en presencia de un ladrón, pero parecía estar un poco ansioso, demasiado.

Se volvió para dirigirse a Farén.

—¿Nos das un poco de tiempo para que Cery y yo hablemos? —pidió—. ¿Nosotros solos?

—Por supuesto. —Se levantó y se dirigió a la puerta, desde donde miró atrás—. Cery, tengo algo para ti cuando acabes. No es urgente. Tómate el tiempo que quieras. Mañana nos vemos, Sonea.

—Mañana —respondió ella con un asentimiento.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras el ladrón, Sonea se volvió hacia Cery.

—¿Aquí estoy a salvo? —preguntó en voz baja.

—De momento —dijo él.

—¿Y luego?

—Eso depende de tu magia —contestó, alzando los hombros.

A Sonea se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Y si nunca consigo hacer que funcione?

Él se inclinó hacia ella y le cogió una mano.

—Lo conseguirás. Lo único que necesitas es práctica. Si fuera tan fácil no existiría el Gremio, ¿a que no? Dicen que los aprendices se pasan allí cinco años antes de ser tan buenos como para que les llamen «lord lo que sea».

—¿Eso lo sabe Farén?

Cery asintió.

—Te dejaré tiempo.

—Entonces estoy a salvo.

—Sí —confirmó él con una sonrisa.

Sonea suspiró.

—¿Y qué me dices de ti?

—Yo estoy siéndoles útil.

Ella lo miró frente a frente.

—¿Siendo el esclavo de Farén?

Cery apartó la mirada.

—No tienes por qué estar aquí —dijo ella—. Yo estoy a salvo. Vete. Aléjate antes de que te enganchen del todo.

Cery se puso en pie mientras negaba con la cabeza, soltándole la mano.

—No, Sonea. Tú necesitas tener cerca a alguien conocido. A alguien en el que puedas confiar. No voy a dejarte sola con ellos.

—Pero no puedes convertirte en esclavo de Farén solo para que yo pueda hablar con un amigo. Vuelve con Harrin y Donia. Estoy segura de que Farén te dejará visitarme de vez en cuando.

Él caminó con tranquilidad hacia la puerta y luego se volvió hacia ella.

—Quiero hacerlo, Sonea. —Sus ojos brillaban—. Desde que tengo memoria, todo el mundo dice que trabajo para los ladrones. Esta es mi oportunidad de hacerlo real.

Sonea se lo quedó mirando. ¿De verdad era eso lo que quería? ¿Una persona tan buena como Cery elegiría convertirse en...? ¿En qué? ¿En un asesino avaricioso y despiadado? Apartó la mirada. Eso era lo que opinaba Jonna de los ladrones. Cery siempre había dicho que ayudaban y protegían a la gente en la misma medida con que se implicaban en el contrabando y los robos.

Ella no podía —no debía— prohibirle lo que siempre había querido hacer. Si el

trabajo resultaba ser peor de lo esperado, era lo bastante listo para dejarlo. Tragó saliva; de repente se le había hecho un nudo en la garganta.

—Si es lo que quieres... —le dijo—. Pero ten cuidado.

Cery hizo un gesto de indiferencia.

—Siempre lo tengo. La joven sonrió.

—Será estupendo que te puedas pasar por aquí a menudo.

La sonrisa de Cery abarcó toda su cara.

—Nada podría mantenerme alejado.

El burdel se hallaba en la parte más oscura y sucia de las barriadas. Al igual que en la mayoría de aquellos establecimientos, la planta baja era una casa de bol y las habitaciones de arriba estaban reservadas para las chicas más hermosas. Todas las demás transacciones tenían lugar en las caballerizas que había en la parte trasera del edificio.

Cery recordó las palabras de Farén mientras entraba en el local. «Él conoce casi todas las caras. Pero a ti no te reconocerá. Finge que eres nuevo en el negocio. Ofrécele un buen precio por lo que tenga. Tráeme la mercancía.»

Se le acercaron varias chicas mientras cruzaba la estancia. Todas tenían un aspecto pálido y cansado. A un lado de la sala ardía en el hogar un fuego enfermizo que apenas daba calor. Había un camarero encorvado detrás de la barra, dando conversación a dos clientes. Cery sonrió a las chicas, mirándolas a todas como si le costara decidirse, y luego, siguiendo las instrucciones, se acercó a una muchacha elynea rellenita que llevaba una pluma tatuada en el hombro.

—¿Quieres pasártelo bien? —le preguntó ella.

—A lo mejor después —respondió Cery—. He oído que tenéis una sala de reuniones.

Sorprendida, la joven se apresuró a asentir.

—Es cierto. Arriba. La última a la derecha. Yo te acompaño.

Lo cogió de la mano y lo guió hasta la escalera. Temblaba un poco y lo agarraba con poca fuerza. Volvió la vista mientras subía los escalones y descubrió que muchas de las chicas estaban mirándolo, con miedo en los ojos.

La inquietud le hizo mirar a su alrededor con cautela en el rellano superior antes de abordar el pasillo. La chica tatuada le soltó la mano y señaló las habitaciones del fondo.

—Es la última puerta.

Cery le puso una moneda en la mano y siguió andando. Abrió la puerta poco a poco y escrutó el interior. Era una habitación diminuta, dotada solo de una mesa pequeña y dos sillas. Cery entró y lo inspeccionó todo en un instante. Habían taladrado algunas mirillas en las paredes. Sospechaba que había una trampilla bajo el

gastado tapete simba del suelo. Un ventanuco ofrecía vistas a una pared, y poco más.

Abrió la ventana y examinó la pared de enfrente. Para el tipo de establecimiento que era, aquel burdel estaba demasiado tranquilo. Se abrió una puerta cerca de la habitación y se aproximaron unos pasos por el pasillo. Cery volvió a la mesa y compuso sus rasgos en una expresión desconfiada. Un hombre cruzó el umbral.

—¿Tú eres el desagüe? —preguntó con voz ronca.

Cery se mostró indiferente.

—Así me gano la vida.

Los ojos del hombre recorrieron toda la estancia. Su cara podría haber sido agradable si no fuera tan delgada, o si la luz que tenía en los ojos no fuera tan fría y salvaje.

—Tengo una cosa para vender —dijo.

Sacó las manos, que había tenido hundidas en los bolsillos. Una estaba vacía; la otra sostenía un brillante collar. Cery inspiró de golpe; no debía fingir sorpresa. Una pieza como aquella por fuerza debía de haber pertenecido a una persona muy rica... si es que era auténtica.

Cery alargó un brazo para coger el collar pero el hombre lo apartó con rapidez.

—Tengo que comprobar que no es falso —señaló Cery.

El hombre arrugó el ceño, con los ojos endurecidos de desconfianza. Presionó los labios y luego, de mala gana, extendió el collar sobre la mesa.

—Míralo —dijo—, pero no lo toques.

Cery suspiró y se inclinó para estudiar las gemas. No tenía ni la menor idea de cómo distinguir las gemas reales de las falsas, desventaja que tendría que remediar algún día, pero se había fijado en lo que hacían los dueños de las casas de empeños cuando examinaban joyas.

—Dale la vuelta —ordenó.

El hombre hizo girar el collar. Cery lo miró de cerca y distinguió un nombre grabado en el engaste.

—Levántalo para que la luz pase por las piedras.

Sosteniendo el collar con una mano, el hombre observó cómo Cery entornaba los ojos.

—¿Qué me dices?

—Me lo llevo por diez de plata.

El hombre bajó la mano.

—¡Pero si vale por lo menos cincuenta de oro!

Cery soltó un bufido.

—¿Quién va a darte cincuenta de oro en las barriadas?

El hombre movió un labio con nerviosismo.

—Veinte de oro —dijo.

—Cinco —propuso Cery.

—Diez.

Cery hizo una mueca.

—Siete.

—En la mesa.

Cery hurgó en el bolsillo del abrigo, contó las monedas con la punta de los dedos y sacó la mitad de ellas. Añadió otras, procedentes de los distintos lugares donde había ocultado el dinero de Farén, para construir seis montones de monedas, cada pila equivalente a un oro, y suspiró antes de sacarse de la bota una brillante moneda de oro.

—Suelta las gemas —dijo Cery.

El collar aterrizó en la mesa al lado del dinero. Mientras el hombre acercaba la mano a las monedas, Cery cogió el collar y se lo guardó en el abrigo. El tipo contempló la pequeña fortuna que tenía en las manos y sonrió, con los ojos iluminados de regocijo.

—Un buen trato, chico. Esto se te va a dar bien. —Salió de la habitación sin darle la espalda, dio media vuelta y se esfumó a toda prisa.

Cery avanzó hasta el umbral y vio al hombre llegando a otra puerta y cruzándola. Al salir al pasillo, oyó que una chica chillaba sorprendida.

—Ya no nos separaremos nunca —dijo la voz ronca.

Cery pasó junto a la habitación y echó un vistazo. La chica del tatuaje estaba sentada en un lado de la cama. Alzó la mirada hacia Cery, con los ojos muy abiertos por el miedo. El hombre estaba plantado junto a ella, mirando las monedas que llevaba en la mano. Cery siguió adelante y se encaminó a la planta baja.

Mientras bajaba a la casa de bol compuso una expresión huraña y decepcionada. Las chicas interpretaron su cara y lo dejaron en paz. Los clientes varones le echaron un vistazo, pero no lo llamaron ni se acercaron a él.

Fuera solo hacía un poco más de frío que dentro. Vista la falta de clientes en el burdel, sintió cierta pena por las rameritas mientras cruzaba la calle y se metía en la penumbra de un callejón.

—Pareces aburrido, pequeño Ceryni.

Cery se giró a un lado y a otro. Pasó un tiempo largo y desconcertante buscando antes de ver al hombre de piel oscura oculto entre las sombras. Incluso después de localizar a Farén, se inquietó al descubrir que solamente podía ver un par de ojos amarillos y el esporádico destello de los dientes.

—¿Tienes lo que te he mandado recoger?

—Sí. —Cery sacó el collar y lo sostuvo en la dirección aproximada de Farén.

Notó que unos dedos enguantados rozaban los suyos y a continuación el peso de la joya abandonó su mano.

—Ah, este es. —Farén suspiró y miró el burdel—. El trabajo de esta noche no se ha acabado, Cery. Quiero que hagas otra cosa.

—¿Sí?

—Quiero que vuelvas ahí y lo mates.

Cery notó que el frío hacía presa en su estómago, una sensación demasiado parecida a lo que imaginaba que dolería un cuchillo atravesándole las entrañas. Por un momento no pudo pensar, y luego su mente empezó a funcionar como un rayo. Era otra prueba. Farén solo quería saber hasta qué punto podía presionar a su nuevo hombre.

¿Qué debía hacer? No tenía ni idea de lo que ocurriría si se negaba. Y quería negarse. Desde luego. Comprender aquello supuso al mismo tiempo un alivio y una preocupación. Que no quisiera matar no significaba que no fuera capaz de hacerlo... Y aun así, cuando consideraba la opción de cruzar la calle y hundir su navaja en los órganos vitales de un hombre, no podía obligarse a dar ni un paso.

—¿Por qué? —Mientras lo decía supo que había fallado la primera prueba.

—Porque lo necesito muerto —replicó Farén.

—¿Por... por qué lo quieres muerto?

—¿Te hace falta que lo justifique?

Cery hizo acopio de valor. «A ver hasta dónde puedo llevar esto.»

—Sí.

Farén soltó un ruidito; aquello le había hecho gracia.

—Muy bien. El hombre con quien has cerrado el trato se llama Verran. Antes trabajaba para otro ladrón, pero a veces usaba lo que había aprendido en el trabajo para ganarse un poco de dinero por su cuenta. El ladrón lo consentía hasta hace algunas noches, cuando Verran decidió hacer una visita inesperada a cierta casa en particular. La casa pertenecía a un rico mercader que tenía un trato con el ladrón. Cuando Verran entró, en la casa estaban la hija del mercader y un puñado de criados. —Farén dejó de hablar y Cery percibió un siseo de rabia—. El ladrón me ha concedido el derecho de castigar a Verran. Aunque la chica hubiera sobrevivido, él sería hombre muerto. —Los ojos amarillos se posaron en Cery—. Por supuesto, te preguntas si me lo estoy inventando. Tienes que decidir si confías en mí o no.

Cery asintió y luego miró el burdel, al otro lado de la calle. Siempre que debía tomar una decisión sin estar seguro de la verdad, confiaba en su instinto. ¿Qué le estaba diciendo ahora?

Pensó en la mirada fría y salvaje que había en los ojos del hombre, y el miedo en los de la chica rellenita. Sí, ese tipo era capaz de cometer maldades. Entonces le vinieron a la mente las otras putas, la tensión que se respiraba, los pocos clientes. Los únicos dos hombres que había en el establecimiento habían estado hablando con el propietario. ¿Serían amigos de Verran? Ahí estaba pasando algo más.

¿Y Farén? Cery repasó todo lo que sabía de aquel hombre. Sospechaba que el ladrón podía ser despiadado si lo obligaban, pero por lo demás, Farén siempre había sido justo y honesto. Y su voz se había teñido de rabia al describir el crimen de Verran.

—Nunca he matado a nadie —confesó Cery.

—Lo sé.

—No sé si puedo.

—Lo harías si alguien amenazara a Sonea. ¿Tengo razón?

—Sí, pero esto es distinto.

—¿Lo es?

Cery miró al ladrón con los ojos casi cerrados. Farén suspiró.

—No, no me refería a eso. Yo no trabajo así. Te estoy examinando. Eso ya debes de saberlo. No tienes que matar a ese hombre. Lo importante es que aprendas a confiar en mí y que yo conozca tus límites.

El corazón de Cery dio un vuelco. Ya esperaba tener que enfrentarse a pruebas. Pero Farén le había encargado tantas tareas distintas que Cery había empezado a preguntarse qué estaba buscando el ladrón. ¿Tenía pensado algo para él? ¿Algo diferente?

Quizá Cery tuviera que volver a afrontar esa prueba, cuando fuera más mayor. Si se demostraba incapaz de matar o reacio a hacerlo, podría ponerse en peligro a sí mismo o a otros en momentos de necesidad. Y si esos otros incluían a Sonea...

De pronto la duda y la indecisión se esfumaron.

Farén miró de nuevo el burdel y suspiró.

—De verdad que quiero muerto a ese hombre. Lo haría yo mismo, solo que... No importa. Ya lo volveremos a localizar. —Dio media vuelta y recorrió unos cuantos pasos por el callejón antes de darse cuenta de que Cery no lo seguía. Se detuvo—. ¿Cery?

Cery metió las manos en el abrigo y volvió a sacarlas empuñando sus dagas. Los ojos de Farén se posaron en las armas durante una fracción de segundo, mientras captaban la tenue luz de las ventanas del burdel. Dio un paso atrás. Cery sonrió.

—Vuelvo enseguida.

11. Paso franco

Al cabo de media hora, el hedor a bol se hizo casi agradable. El aroma tenía una cualidad acogedora y cálida, la promesa de reconfortar a quien lo bebiera. Dannyl contempló la jarra que tenía delante.

Las historias sobre casas de fermentado poco higiénicas y sobre barriles de bol que tenían ravis ahogados flotando dentro lo habían vuelto reacio a probar aquel brebaje almibarado. Pero esa tarde lo acechaban recelos más sombríos. Si los losdes habían descubierto lo que era, ¿qué les impedía envenenar su bebida?

Probablemente sus miedos fueran infundados. Había vuelto a cambiar su túnica por los ropajes de mercader, procurando que su aspecto fuera algo desaseado. Los otros clientes lo habían medido con la mirada, que a grandes rasgos iba dirigida a la bolsa que llevaba sujeta a la cadera, y luego habían dejado de interesarse.

A pesar de ello, Dannyl no podía evitar la sensación de que cada hombre y mujer de la concurrida sala sabía quién y qué era. Formaban un grupo huraño, aburrido y apático. Habían entrado para resguardarse de la tormenta y ocupaban hasta el último rincón de la sala. En ocasiones los escuchaba maldecir el tiempo; otras veces maldecían al Gremio. Al principio le había divertido oírlos. Parecía que los losdes consideraban más seguro echar la culpa de sus problemas al Gremio que al rey.

Había un losde, un hombre con la cara llena de cicatrices, que no dejaba de mirarlo. Dannyl se incorporó en su asiento y movió los hombros para desentumecerlos, y luego recorrió la habitación con la mirada. Mientras el tipo se armaba de valor para encontrarse con el hombre que lo observaba, empezó a fijarse en que los guantes le apretaban demasiado. Dannyl tomó nota mental de la piel entre dorada y marrón del hombre y de su cara ancha antes de volver a centrarse en su bebida.

Había visto hombres y mujeres de todas las razas al visitar distintas casas de bol. Los más comunes eran los elyneos, de corta estatura, ya que su tierra natal colindaba con Kyralia. Los vindeanos eran más numerosos en las barriadas que en el resto de la ciudad, pues muchos de ellos viajaban al extranjero buscando trabajo. Los lanianos, artéticos y tribales, y los majestuosos lonmarianos eran más raros.

Aquel era el primer sachakano que Dannyl veía en años. Aunque Sachaka era vecina de Kyralia, la alta cordillera y el inmenso desierto que separaba las dos tierras desanimaba a quien pretendiera viajar de una a otra. Los pocos mercaderes que acometían la ruta regresaban contando historias de bárbaros que luchaban por su vida en el desierto y de una ciudad corrupta con poco que ofrecer en materia de negocios.

No siempre había sido así. Muchos siglos atrás, Sachaka era un gran imperio gobernado por sofisticados magos. La derrota en una guerra contra Kyralia y el recién

formado Gremio habían cambiado la situación.

Una mano tocó el hombro de Dannyl. Al volverse vio a un hombre moreno, de pie a su lado. El hombre negó con la cabeza y se alejó.

Suspirando, Dannyl se levantó de su asiento y esquivó a los parroquianos de camino a la puerta. Ya fuera, cruzó penosamente los charcos que ocupaban casi todo el callejón. Habían pasado tres semanas desde que rastrearán a la chica hasta el escondite subterráneo y aquel lonmariano engañara a lord Jolen. Desde entonces, Gorín había rechazado cuatro peticiones de Dannyl para que le concediera audiencia.

El administrador Lorlen se resistía a aceptar que los ladrones estaban protegiendo a la chica. Dannyl comprendía sus motivos. No había nada que trastornara más a un rey que la presencia de un mago rebelde en su reino. A los ladrones los toleraban: mantenían a raya la clandestinidad criminal y nunca suponían más amenaza que la pérdida de impuestos por culpa del contrabando. Aunque el rey lograra encontrarlos a todos y eliminarlos, sabía que su lugar lo ocuparían otros.

Pero el rey estaría dispuesto a arrasar todas las barriadas hasta sus cimientos —y más abajo— si supiera a ciencia cierta que había un mago rebelde en la ciudad.

Dannyl se preguntó si los ladrones se habrían percatado de aquello. Nunca había comentado esa posibilidad durante sus charlas con Gorín, ya que no quería parecer poco razonable ni amenazador. Pero sí había advertido al ladrón del peligro que suponía la chica.

Llegó al final del callejón y cruzó a toda prisa una calle más ancha hasta llegar al estrecho espacio entre dos edificios. A partir de allí, las barriadas se convertían en un laberinto. El viento avanzaba trémulo por cada callejuela estrecha, gimiendo como un niño hambriento. En ocasiones desaparecía por completo, y en una de aquellas pausas Dannyl escuchó un sonido de pasos por detrás de él. Se dio la vuelta.

El callejón estaba desierto. Encogiéndose de hombros, siguió adelante.

Aunque intentaba no obsesionarse, su imaginación se aferraba a la idea de que alguien lo estaba siguiendo. En el intervalo de tiempo que transcurría entre sus propios pasos, le parecía oír el crujido de otras botas, o, mirando atrás, a veces vislumbraba un indicio de movimiento en una esquina. A medida que se convencía, Dannyl iba sacándose de quicio a sí mismo. Dobló un recodo, manipuló con rapidez la cerradura de una puerta y se coló en un edificio.

Lo alivió comprobar que la sala interior estaba desocupada. Echó un vistazo por el ojo de la cerradura y resopló suavemente al constatar que el callejón seguía vacío. Pero entonces entró una figura en su campo visual.

Frunció el ceño al reconocer las cicatrices en la amplia cara del hombre. Los ojos del sachakano iban de un lado a otro, buscando algo. Dannyl captó un reflejo y, bajando la mirada, vio una navaja de aspecto peligroso en la mano enguantada del hombre.

Dannyl rió por lo bajo. «Tienes suerte de que te haya oído seguirme», pensó. Se le pasó por la cabeza tumbar al atracador y llevarlo a la dependencia de la Guardia más cercana, pero decidió no hacerlo. Se acercaba la noche y le apetecía mucho regresar a la calidez de sus aposentos.

El sachakano examinó el terreno y después volvió sobre sus pasos. Dannyl contó hasta cien, volvió a cruzar la puerta y siguió su camino. Por lo visto, su temor de que los losdes supieran lo que era no tenía fundamento. Ningún losde sería tan idiota como para atacar a un mago con una simple navaja.

Sonea estaba inclinada sobre un libro de buen tamaño cuando Cery entró en el escondrijo. Ella levantó la mirada y sonrió.

—¿Cómo va la magia? —preguntó.

La sonrisa se evaporó.

—Como siempre.

—¿El libro no te sirve de nada?

Ella negó con la cabeza.

—Llevo cinco semanas practicando, pero solamente he mejorado leyendo. Leer no me servirá para pagar la protección de Farén.

—A eso que haces no se le puede meter prisa —dijo él.

«Y menos si solamente puedes practicar una vez al día», añadió en silencio.

Desde que casi la capturaron, había habido un grupo de magos que se iba acercando con paciencia a cada escondite de Farén cada vez que Sonea utilizaba la magia, con lo que obligaban al ladrón a buscar nuevos lugares. Cery sabía que Farén estaba cobrándose favores por todas las barriadas. También sabía que para el ladrón Sonea valía todas las monedas y favores que gastara.

—¿Qué crees que te hace falta para que tu magia funcione? —preguntó.

Ella apoyó la barbilla en una mano.

—Necesito que alguien me lo enseñe. —Levantó una ceja—. ¿Farén ha dicho algo de esa persona que iba a investigar?

Cery meneó la cabeza.

—A mí, nada. He oído algo sin que lo sepa, pero no suena bien.

La joven suspiró.

—Y supongo que tú no conocerás a ningún mago amistoso que esté de acuerdo en revelar los secretos del Gremio a los ladrones, ¿verdad? A lo mejor me lo podrías secuestrar.

Cery rió, pero se detuvo cuando empezó a formarse una idea en su mente.

—¿Crees que...?

—¡Chist! —susurró Sonea—. ¡Escucha!

Cery se puso en pie de un salto al oír el débil repiqueteo que venía del suelo.

—¡La señal!

Cery fue de prisa hasta la ventana que daba a la calle y miró las sombras que había más abajo. En lugar del centinela, vio una figura desconocida caminando en la penumbra. Agarró la capa de Sonea del respaldo de una silla y se la arrojó.

—Métetela debajo de la camisa —le dijo—, y sígueme.

Levantó un cubo de agua que había junto a la mesa y lanzó su contenido a las pocas brasas que aún quedaban en la chimenea. La madera emitió un siseo y el vapor subió por el tiro. Quitó la rejilla, se agachó para colocarse dentro y empezó a escalar la chimenea, metiendo la punta de sus botas en las grietas entre los ladrillos bastos y calientes.

—Tiene que ser una broma —murmuró Sonea desde abajo.

—Venga —la apremió—. Nos vamos por los tejados.

Murmurando una maldición, ella empezó a subir.

El sol salió de detrás de unas nubes de tormenta y bañó los tejados con su luz dorada. Cery se desplazó a la sombra de una chimenea.

—Hay demasiada luz —dijo—. Seguro que nos verán. Creo que deberíamos quedarnos aquí hasta que oscurezca.

Sonea se acomodó a su lado.

—¿Estamos lo bastante lejos?

Él miró atrás, en dirección al escondite.

—Eso espero.

Sonea miró alrededor.

—Estamos en el Camino Alto, ¿verdad? Todos esos puentes de cuerda y madera... los apoyaderos. —Sonrió al ver asentir a Cery—. Me traen recuerdos.

Cery casi rió ante la mirada nostálgica que se le había puesto a Sonea.

—Parece que hace muchísimo tiempo.

—Lo hace. La mayoría de las veces no me puedo creer que de verdad hiciéramos algunas cosas que hicimos. —Sacudió la cabeza—. Ahora no tendría agallas.

Él se encogió de hombros.

—Solo éramos unos críos.

—Unos críos que se colaban en las casas y mangaban cosas. —Sonrió—. ¿Te acuerdas de la vez que nos metimos en la habitación de aquella mujer y resultó que tenía todas esas pelucas? Te hiciste un ovillo en el suelo y te las echamos todas por encima, y luego, cuando entró, te pusiste a gruñir...

Cery soltó una carcajada.

—Esa mujer sabía chillar, sí.

Los ojos de Sonea brillaron a la luz del sol poniente.

—Tuve una rascada de campeonato cuando Jonna comprendió que por las noches

me escapaba para ir con vosotros.

—Pero eso no te impidió seguir haciéndolo —le recordó Cery.

—No. Para entonces ya me habías enseñado a abrir cerraduras.

Cery la miró fijamente.

—¿Por qué dejaste de venir con nosotros, en realidad?

Sonea suspiró y se abrazó las rodillas.

—Las cosas cambiaron. La gente de Harrin empezó a tratarme distinto. Fue como si se hubieran acordado de que era una chica, y pensarán que iba con ellos por otras cosas. Dejó de ser divertido.

—Yo no te traté distinto... —Cery vaciló mientras se armaba de valor—. Pero también dejaste de venir conmigo.

Ella negó con la cabeza.

—No fue por ti, Cery. Creo que me acabé hartando. Tenía que crecer y parar de fingir. Jonna siempre me estaba diciendo que la honestidad era algo valioso y que robar estaba mal. Yo no pensaba que robar cuando no había más elección fuera malo, pero eso no era lo que hacíamos. Casi me alegré cuando nos mudamos a la ciudad, porque así ya no tendría que pensar en todo eso nunca más.

Cery asintió. Quizá había sido mejor que ella se marchara. Los chicos de la banda de Harrin no siempre habían sido amables con las jóvenes que se encontraban.

—¿Era mejor trabajar en la ciudad?

—Un poco. Te puedes llevar buenas rascadas si no vas con cuidado. Lo peor son los guardias, porque no hay nadie que les diga que paren de fastidiarte.

Se le nubló la expresión al intentar imaginársela rechazando a unos guardias demasiado interesados. ¿Existiría algún lugar seguro? MoviÓ la cabeza y deseó poder llevársela a un sitio donde no hubiera ningún guardia ni mago que los molestara.

—Hemos perdido el libro, ¿verdad? —dijo Sonea de repente.

Recordando el tomo que estaba en la mesa del escondite, Cery soltó una palabrota.

—De todas formas no servía para mucho.

No había remordimiento en su voz. Cery frunció el ceño. Tenía que haber alguna otra forma de que aprendiera magia. Se mordió un poco el labio mientras regresaba a su mente la idea que ella le había dado.

—Me gustaría sacarte de las barriadas —dijo—. Esta noche los magos van a estar por todas partes.

Sonea se preocupó.

—¿Sacarme de las barriadas?

—Sí —respondió él—. Estarás más a salvo en la ciudad.

—¡En la *ciudad*. ¿Seguro?

—¿Por qué no? —Sonrió—. Es el último lugar donde buscarían.

Sonea lo meditó y levantó los hombros.
—Pero ¿cómo llegaremos allí?
—Por el Camino Alto.
—El Camino Alto no va más allá de las puertas.
Cery puso cara de pícaro.
—No tenemos por qué cruzar las puertas. Vámonos.

La Muralla Exterior destacaba por encima de las barriadas. Tenía una altura de diez pasos largos y estaba en buen estado gracias a la Guardia Ciudadana, aunque habían pasado muchos siglos desde la última vez que Imardin sufrió la amenaza de una invasión. Por la parte exterior discurría una calzada, que mantenía apartados los edificios de las barriadas.

No muy lejos de esa calzada, Sonea y Cery bajaron de los tejados a un callejón. Cery la cogió del brazo, la llevó hasta unos montones de cajas y se metió entre ellos. El aire de aquel espacio despedía un olor algo ácido, una mezcla de madera verde y fruta pasada.

Cery se puso en cuclillas y dio unos golpecitos al suelo. Para sorpresa de Sonea, se produjo un sonido metálico y hueco. Los desechos del suelo se movieron y un disco de buen tamaño giró sobre unas bisagras hasta ponerse vertical. Apareció una cara ancha, enmarcada por un círculo de oscuridad. Alrededor de la cabeza fluía un hedor nauseabundo que venía de abajo.

—Hola, Tul —dijo Cery.

La cara del hombre vaciló hasta componer una sonrisa.

—¿Cómo te va, Cery?

Cery alegró el semblante.

—Bien. ¿Quieres pagar una deuda?

—Claro. —Los ojos del hombre relucieron—. ¿Buscas paso?

—Para dos —dijo Cery.

El hombre asintió antes de descender al aire fétido. Cery sonrió a Sonea y le señaló el agujero.

—Después de usted.

Ella metió una pierna en el hueco y encontró el primer peldaño de una escalera. Tomó una última bocanada de aire fresco y descendió poco a poco a la oscuridad lóbrega. En la penumbra sonaba el agua fluyendo, y el aire estaba cargado de humedad. Cuando sus ojos se adaptaron a la falta de luz, vio que estaba sobre una estrecha repisa, junto a un túnel subterráneo de aguas negras. El techo era tan bajo que tuvo que agacharse.

La gruesa cara del hombre con quien habían hablado pertenecía a un cuerpo igualmente amplio. Cery le dio las gracias y entregó al hombre algo que le hizo

sonreír.

Dejaron a Tul en su puesto y Cery la guió por el túnel en dirección a la ciudad. Unos cientos de pasos después empezaron a vislumbrar otra silueta y una escalera. Tal vez el hombre que había delante de ellos hubiera sido alto alguna vez, pero ahora tenía la espalda encorvada como si se hubiera adaptado para encajar en la curva del túnel. Levantó la vista y contempló su avance con unos ojos grandes y de pesados párpados.

El hombre se giró de pronto para mirar a sus espaldas. Llegaba un tenue repicar desde el fondo del túnel.

—Rápido —les dijo con voz rasposa.

Cery tomó el brazo de Sonea y la obligó a correr.

El hombre sacó un objeto de debajo de su abrigo y empezó a darle golpes con una vieja cuchara. En aquel lugar cerrado, el sonido resultó ensordecedor.

Se detuvo al llegar a la escalera de mano, y escucharon más repiques detrás de ellos. El jorobado gruñó y empezó a aletear con los brazos.

—¡Arriba! ¡Arriba! —gritó.

Cery trepó hasta la parte superior. Hubo un golpetazo metálico y entonces apareció un círculo de luz. Cery se aupó en él y desapareció. Mientras lo seguía, Sonea oyó un ruido lejano y grave en la cloaca. El jorobado salió detrás de ella y tiró de la escalera de mano hasta sacarla del hueco.

Sonea miró en todas direcciones. Estaban en una callejuela estrecha, ocultos por una densa oscuridad. Se giró hacia el túnel al oír de nuevo aquel ruido grave. El sonido fue ganando intensidad rápidamente hasta transformarse en un profundo rugido que, de pronto, se amortiguó cuando el jorobado cerró con cuidado la entrada del pasadizo. Un momento más tarde Sonea sintió una tenue vibración bajo los pies. Cery se acercó a ella para rozarle la oreja con los labios.

—Los ladrones llevan años usando estos túneles para pasar la Muralla Exterior —musitó—. Cuando la Guardia Ciudadana se enteró, empezaron a inundar los conductos. En realidad no es mala idea: así están limpios. Claro que los ladrones averiguaron a qué horas lo hacían y siguieron con sus negocios como siempre. Entonces fue cuando los guardias empezaron a inundarlos al azar.

Le indicó por gestos que se agachara junto a la tapa y luego la levantó con cautela. A unos pocos centímetros de su cara el agua pasaba en torrente y su fragor se extendió estrepitosamente por la calle. Cery se apresuró a cerrar de nuevo el acceso.

—Por eso tocan las campanas —susurró ella.

Cery asintió.

—Es un aviso.

Se volvió y entregó algo al jorobado antes de llevarla callejón abajo hasta un rincón oscuro, donde unos ladrillos que sobresalían de una pared les permitieron

trepar al techo de una casa. Estaba refrescando, por lo que Sonea extendió su capa para envolverse los hombros con ella.

—Esperaba que saliéramos un poco más cerca —murmuró Cery—, pero... —Se encogió de hombros—. Desde aquí hay buena vista, ¿eh?

Sonea estaba de acuerdo. Aunque el sol ya se había hundido en el horizonte, el cielo seguía brillando. Los últimos resquicios de la tormenta pendían sobre la Cuaderna Meridional, pero las nubes se batían en lenta retirada hacia el este. La ciudad se extendía por debajo de ella, bañada en una luz anaranjada.

—Hasta se ve un trozo del Palacio Real —señaló Cery.

Por encima de la alta Muralla Interior se veían las elevadas torres de Palacio y el cénit de una brillante cúpula.

—Ahí no he estado nunca —susurró Cery—. Pero un día iré.

Sonea rió.

—¿Tú? ¿Al Palacio Real?

—Es una promesa que me he hecho a mí mismo —le dijo—, que entraré al menos una vez en todos los grandes lugares de la ciudad.

—Y hasta ahora, ¿dónde has estado?

Cery señaló hacia los portones abiertos del Círculo Interno. Por el umbral se entreveían las paredes y tejados de las mansiones que había en el interior, iluminadas por el resplandor amarillo de las farolas callejeras.

—En un par de casas de las grandes.

Sonea soltó un bufido de incredulidad. Cuando hacía recados para Jonna y Ranel, en ocasiones había tenido que entrar en el Círculo Interno. Las calles estaban patrulladas por guardias que interrogaban a cualquiera que no vistiese caros ropajes o llevara puesto el uniforme de la servidumbre de alguna Casa. Los clientes le habían proporcionado una pequeña ficha que demostraba que tenía asuntos legítimos en la zona.

En cada visita había descubierto maravillas. Recordaba contemplar unas casas extraordinarias, de fantásticos colores y formas, algunas con terrazas y unas torres tan finas y delicadas que parecía que fueran a derrumbarse por su propio peso. Hasta los alojamientos del servicio eran lujosos.

Las casas más sencillas que tenían ahora alrededor le eran más familiares. En la Cuaderna Septentrional vivían los mercaderes y los miembros de linajes menores. Tenían pocos criados y recurrían a los artesanos para todo lo que estos no pudieran atender. En los dos años que habían trabajado allí, Jonna y Ranel habían conquistado un pequeño grupo de clientes habituales.

Sonea miró las cortinas pintadas que cubrían las ventanas a su alrededor. Algunas dejaban ver las sombras de personas. Suspiró mientras pensaba en los clientes que habían perdido sus tíos cuando los guardias los desahuciaron de la casa de queda.

—Y ahora, ¿adónde vamos?

Cery sonrió.

—Tú sígueme.

Continuaron su avance por los tejados. A diferencia de los residentes de las barriadas, los de la ciudad no siempre complacían a los ladrones colocando puentes o agarraderos. En varias ocasiones Cery y Sonea se vieron obligados a descender al suelo cuando llegaban a un callejón o a una calle más ancha. Las vías principales estaban patrulladas por guardias, así que tenían que esperar a que los hombres pasaran de largo antes de cruzarlas a toda prisa.

Al cabo de una hora se detuvieron a descansar, y luego siguieron cuando una fina tajada de luna asomó por el horizonte. Sonea siguió a Cery en silencio, concentrada en no tropezar bajo aquella luz débil. Cuando por fin volvieron a parar, la asoló una oleada de cansancio y se sentó, dejando escapar un gemido.

—Mejor que lleguemos pronto —dijo—. Estoy casi para el arrastre.

—Ya no queda mucho —le aseguró Cery—. Es ahí mismo.

La joven saltó una valla detrás de Cery y llegaron a un jardín amplio y cuidado. Los árboles eran altos y simétricos. Cery la guió por la sombra de una pared que no parecía tener fin.

—¿Dónde estamos?

—Espera y lo verás —replicó Cery.

Se le enredó algo en el pie y el tropezón la echó contra un árbol. Se quedó sorprendida por lo áspera que era la corteza. Miró hacia arriba y a su alrededor. Ante ella se alzaba un número inacabable de árboles, dispuestos como centinelas. En la oscuridad acechaba un bosque extraño y siniestro de brazos terminados en garras.

«¿Un bosque?» Sonea arrugó la frente y entonces un escalofrío hizo presa en ella. «En la Cuaderna Septentrional no hay jardines, y en toda Imardin solamente hay un bosque...»

Se le empezó a acelerar el corazón. Corrió para alcanzar a Cery y le agarró el brazo.

—¡Yep! Pero ¿qué estás haciendo? —exclamó, sofocada—. ¡Estamos en el Gremio!

Los dientes de Cery lanzaron un destello.

—Eso es.

Sonea se lo quedó mirando. Era una silueta en el bosque iluminado por la luna, y no podía verle la expresión. La invadió una sospecha pavorosa. Seguramente no habría... él nunca haría... Cery no. No, él nunca, nunca jamás, la entregaría a los magos.

Notó que Cery le apoyaba una mano en el hombro.

—No te preocupes, Sonea. Piénsalo un momento. ¿Dónde están los magos? En

las barriadas. En realidad estás más segura aquí que allí.

—Pero... ¿no hay guardias?

—Hay un puñado en las puertas, nada más.

—¿Patrullas?

—No.

—¿Alguna muralla mágica?

—No. —Rió sin hacer casi ruido—. Pensarán que la gente les tiene demasiado miedo para entrar sin permiso, digo yo.

—¿Cómo es que sabes que no hay muralla ni guardias?

Él soltó una risita.

—Ya he estado aquí.

Sonea cogió aire de golpe.

—¿Por qué?

—Cuando decidí que visitaría todos los lugares de la ciudad, entré aquí y cotilleé un poco. No podía creermelo lo fácil que era. No intenté meterme en ningún edificio, claro; solo miré a los magos por las ventanas.

Sonea observó fijamente su cara ensombrecida, sin poder creérselo.

—¿Has *espiado* al Gremio?

—Pues claro. Fue interesantísimo. Tienen unos sitios donde enseñan a los magos nuevos, y otros donde viven. La última vez vi a los sanadores trabajando. Eso sí que fue para verlo. Había un chico con la cara toda llena de cortes. Cuando el sanador lo tocó, desaparecieron todos. Impresionante. —Dejó de hablar y Sonea vio cómo giraba la cabeza hacia ella bajo la luz tenue—. ¿No decías que querías que alguien te enseñara a usar la magia? A lo mejor, si los miras a ellos, ves algo que te ayude a aprender.

—Pero... es el *Gremio*, Cery.

Él se encogió de hombros.

—No te habría traído aquí si pensara que es peligroso de verdad, ¿a que no?

Sonea negó con la cabeza. Se sentía fatal por haber dudado de él. Si hubiera pretendido entregarla, habría dejado que los magos la capturaran en el escondite. Pero Cery nunca la traicionaría. Aunque su explicación era de lo más increíble. «Si esto es una trampa, ya estoy perdida.»

Apartó la idea de su mente y se concentró en lo que Cery estaba proponiendo.

—¿De verdad crees que podremos hacerlo?

—Seguro.

—Esto es de locos, Cery.

Él se rió.

—Por lo menos ven y echa un vistazo. Llegaremos al camino y podrás ver por ti misma lo fácil que es. Si no quieres que lo intentemos, nos volveremos. Venga.

Tragándose su miedo, Sonea lo siguió entre los árboles. El bosque se aclaró un poco, y pudo ver las paredes. Cery no se apartó de las sombras mientras avanzaba con precaución, hasta que estuvieron a menos de veinte pasos de un sendero. Entonces echó a correr y se colocó detrás del tronco de un árbol enorme.

Sonea se apresuró a pegar la espalda contra otro árbol. Sus piernas parecían haberse quedado casi sin fuerzas, y se notaba aturdida y mareada. Cery esbozó una amplia sonrisa y señaló entre los árboles.

Ella miró el edificio que tenían delante y ahogó un grito.

12. El último lugar donde buscarían

Era tan alto que casi parecía tocar las estrellas.

En cada esquina tenía una torre. Entre una y otra, los blancos muros reflejaban con suavidad la luz de la luna. La parte frontal estaba recubierta de arcos, de extremo a extremo y unos encima de otros, que servían de soporte a los muros-cortina de piedra. Una amplia escalinata subía hasta los enormes portones, que estaban abiertos.

—Qué hermoso es... —Sonea suspiró.

Cery rió discretamente.

—Sí que lo es, ¿verdad? ¿Ves esas puertas? Son como cuatro veces más altas que un hombre.

—Tienen que pesar mucho. ¿Cómo las cerrarán?

—Supongo que con magia.

Sonea se puso tensa al ver aparecer una figura vestida con túnica azul en el umbral. El hombre se detuvo allí un momento y después bajó los escalones y se marchó hacia un edificio más pequeño que había a la derecha.

—No te preocupes. No pueden vernos —le aseguró Cery.

Sonea dejó marchar el aire que estaba reteniendo y se obligó a apartar la mirada de la silueta ya lejana.

—¿Qué hay dentro?

—Aulas. Eso es la universidad.

En la parte lateral del edificio había tres hileras de ventanas. Los árboles les bloqueaban casi por completo la visión de las dos filas inferiores, pero Sonea vio una cálida luz amarilla entre los huecos del follaje. A la izquierda del edificio había un gran jardín. Cery señaló la construcción que se levantaba al fondo del mismo.

—Ahí es donde viven los aprendices —explicó—. Al otro lado de la universidad hay otro edificio igualito que ese, que es donde viven los magos. Y allí —siguió diciendo mientras señalaba un edificio circular que había a unos cientos de pasos a su izquierda— es donde trabajan los sanadores.

—¿Y eso qué es? —preguntó Sonea, indicando un grupo de agujas curvadas que se alzaban de algún lugar en el interior del jardín.

Cery levantó los hombros y confesó:

—No lo sé. No lo he averiguado nunca. —Hizo un gesto hacia el camino que tenían delante—. Esto va hacia las casas de los sirvientes, allí abajo. —Se lo indicó señalando a la izquierda—. Y por allí, a la derecha, lleva hasta las caballerizas. Detrás de la universidad hay unas cuantas construcciones más, y también tienen otro jardín, delante del edificio de los magos. Ah, y subiendo un poco la colina hay más casas para magos.

—Cuántos edificios —dijo con un hilo de voz—. ¿Cuántos magos debe de haber?

—Aquí viven más de cien —le explicó Cery—. Hay otros que no. Algunos viven en la ciudad, otros en el campo y también hay muchísimos en otros países. Aquí también tienen como unos doscientos sirvientes. Hay doncellas, mozos de cuadra, cocineros, escribas, jardineros y hasta agricultores.

—¿Agricultores?

—Tienen campos de cultivo cerca de las casas del servicio.

Sonea frunció el ceño.

—¿Por qué no compran la comida y ya está?

—He oído decir que cultivan plantas de todos los tipos para hacer medicamentos con ellas.

—Ah. —Sonea miró a Cery, impresionada—. ¿Cómo has descubierto tantas cosas del Gremio?

Cery sonrió enseñando todos los dientes.

—Hice un montón de preguntas, sobre todo después de la última vez que vine a echar un vistazo.

—¿Por qué?

—Tenía curiosidad.

—¿Curiosidad? —se burló Sonea—. ¿Solo era curiosidad?

—Todo el mundo quiere saber a qué se dedican aquí. ¿Tú no?

Sonea dudó.

—Yo... a veces.

—Pues claro que quieres. Y tú tienes más razones que la mayoría. Bueno, ¿quieres espiar a unos cuantos magos?

Sonea miró los edificios.

—¿Cómo vamos a espiar dentro sin que nos vean?

—El jardín llega hasta la misma pared de los edificios —le dijo Cery—. Hay caminos que van de un lado a otro, y están rodeados de árboles y setos. Puedes andar entre los setos y no te ve nadie.

Sonea negó con la cabeza.

—A nadie más se le ocurriría hacer una locura como esta.

Él sonrió.

—Pero ya sabes que nunca corro riesgos a lo tonto.

Sonea se mordió el labio, todavía avergonzada de haber sospechado que Cery estaba traicionándola. Siempre había sido el chico más listo de la banda de Harrin. Si había alguna posibilidad de espiar al Gremio, él sabría cómo hacerlo.

Era consciente de que tendría que estar diciéndole que la llevara otra vez con Farén. Si los descubriera alguien... Pensarlo daba demasiado miedo. Cery la estaba mirando con emoción. «Sería una lástima no intentarlo —susurró una vocecilla desde

el fondo de su mente—, y a lo mejor veo algo que me ayude.»

—Muy bien. —Suspiró—. ¿Adónde vamos primero?

Cery sonrió y señaló el edificio de los sanadores.

—Nos meteremos en los jardines de ahí abajo, donde el camino está oscuro. Tú sígueme.

Regresó al bosque correteando y empezó a avanzar en zigzag entre los árboles. Unos cientos de pasos más tarde, regresó al sendero y se detuvo junto a un árbol.

—Ahora mismo los magos están muy ocupados entrenando —murmuró—. O bien se han ido a sus habitaciones. Tenemos hasta que acaben las clases nocturnas, y luego nos retiraremos para escondernos. De momento solo hemos de preocuparnos de los sirvientes. Métete la capa bajo la camisa. Lo único que va a hacer es molestarte.

Ella obedeció. Cery la cogió de la mano y la llevó hasta el camino. Sonea miró las ventanas de la universidad con aire dudoso.

—¿Y si miran afuera? Van a vernos.

—No te preocupes —dijo él—. Las salas están muy iluminadas, así que no ven nada de lo que hay fuera a no ser que se pongan justo al lado de la ventana, y están muy atareados haciendo esas cosas que hacen para mirar afuera.

La cogió por el brazo y tiró de ella hasta el otro lado del camino. Sonea contuvo la respiración y escrutó las ventanas que tenía encima, casi esperando ver a alguien asomado, pero en ninguna de ellas había ninguna forma humana. Cuando se metieron en las sombras del jardín, suspiró de alivio.

Cery se tumbó boca abajo en el suelo y culebreó para cruzar la base de un arbusto. Sonea fue tras él y terminó agachada bajo una densa red de hojas.

—Ha crecido un poco desde que vine la última vez —murmuró Cery—. Tendremos que ir a gatas.

Siguieron adelante apoyados en las manos y las rodillas, con Cery abriendo camino por un denso túnel de vegetación. Cada veinte pasos más o menos, tenían que apretarse contra el tronco de un árbol para poder avanzar. Después de gatear varios centenares de pasos, Cery se detuvo.

—Estamos delante del edificio de los sanadores —le dijo—. Ahora cruzaremos un camino y luego nos meteremos entre los árboles que hay contra la pared. Yo voy primero. Asegúrate de que no hay nadie en el camino y luego ven detrás.

Volvió a ponerse boca abajo, apartó las ramas del seto para salir y desapareció. Sonea se acercó por el hueco que había dejado y echó un vistazo al exterior. El seto bordeaba un camino. Alcanzó a ver el agujero por donde Cery se había introducido en el seto del otro lado.

Salió al camino, lo cruzó a toda prisa y se metió entre la hojarasca. Encontró a Cery sentado en el espacio que había detrás, con la espalda apoyada en el tronco de un gran árbol, de cara a una pared.

—¿Crees que podrías trepar por aquí? —preguntó Cery en voz baja, dando una palmadita a la pared—. Tienes que llegar al segundo piso. Ahí es donde dan las clases.

Sonea examinó la pared. Estaba hecha de grandes ladrillos de piedra. La argamasa que los unía era vieja y se estaba deshaciendo. Había dos cornisas que rodeaban el edificio y constituían la base de las ventanas. Cuando llegara a una de ellas, podría apoyarse en la cornisa para mirar al interior.

—Fácil —susurró.

Cery entrecerró los ojos y empezó a rebuscar en sus bolsillos. Sacó un frasco pequeño, lo abrió y empezó a embadurnarle la cara con una pasta oscura.

—Ya está. Ahora te pareces a Farén. —Sonrió, pero volvió a ponerse serio al momento—. Que los árboles no dejen de taparte. Si veo que viene alguien, ulularé como un muluk. Tú quédate en tu sitio y mantente quieta y silenciosa como nunca.

Con un asentimiento, Sonea se volvió hacia la pared y metió con cuidado la punta del pie en una grieta. Hurgó con los dedos en la argamasa desmenuzada y buscó el siguiente punto para apoyar el pie. No tardó en estar colgando de la pared, con los pies al nivel de la cabeza de Cery. Lo miró y vio que los dientes le brillaban al sonreír.

Sus músculos protestaron a medida que iba izándose, pero no se detuvo hasta haber alcanzado la segunda repisa. Paró un momento para recobrar el aliento y giró la cabeza hacia la ventana más próxima.

Tenía el tamaño de una puerta y estaba compuesta por cuatro grandes láminas de cristal. Deslizó poco a poco las manos por la repisa hasta que pudo ver la habitación que había al otro lado.

Dentro había un grupo de magos con túnicas grises, sentados, todos mirando con atención algo que estaba en el rincón opuesto de la sala. Sonea dudó si debía echarle un vistazo, temiendo que alguno levantara la vista y la viera, pero nadie miraba en su dirección. Con el corazón desbocado, avanzó centímetro a centímetro hasta que pudo ver lo que miraban con tanto interés.

En la esquina contraria había un hombre con la túnica de color verde oscuro. Sostenía un grabado de un brazo, con líneas de colores y palabras garabateadas encima. El mago estaba usando un palo corto de madera para señalar las distintas palabras.

Sonea notó que se emocionaba. La voz del mago llegaba un poco amortiguada por el cristal, pero podía distinguir sus palabras si ponía atención.

Mientras lo hacía, creció en ella una familiar frustración. La lección que impartía el mago estaba compuesta en buena parte por palabras y frases extrañas. Para ella tenía el mismo sentido que un idioma distinto. Estaba a punto de ceder al dolor de sus dedos y volver con Cery cuando el profesor se giró y dijo en voz alta:

—Que entre Jenia.

Los aprendices miraron la puerta abierta. Una mujer joven entró en la sala, acompañada de un anciano sirviente. La muchacha tenía el brazo vendado, apoyado en un cabestrillo que llevaba atado al cuello.

La mujer sonrió con descaro y se rió de algo que había dicho uno de los aprendices. Bastó una mirada severa del maestro para que la clase quedara en silencio.

—Jenia se ha roto el brazo esta tarde al caerse del caballo —les dijo.

Indicó a la joven que tomara asiento. Cuando empezó a deshacer los vendajes, a ella se le borró la sonrisa de la cara.

Quedó a la vista un brazo con magulladuras e hinchazón. El profesor escogió a dos aprendices de la clase. Los dos pasaron suavemente las manos por el brazo herido, dieron un paso atrás e hicieron su valoración. El profesor asintió, complacido.

—Bien. —Levantó la voz para que llegara a toda el aula—. Lo primero que haremos es detener el dolor.

A una señal del maestro, uno de los aprendices tomó la mano de la mujer. Cerró los ojos y la sala quedó un momento en silencio. Por los rasgos de la joven pasó una expresión de alivio. El aprendiz la soltó e inclinó la cabeza hacia el profesor.

—Siempre es mejor dejar que el cuerpo se cure solo —siguió diciendo el mago —, pero podemos repararlo hasta el punto en que los huesos se unen y se alivia la hinchazón.

El otro aprendiz recorrió lentamente el brazo de la mujer con la palma de su mano. Las magulladuras perdieron el color bajo su contacto. Cuando el joven se apartó, la joven esbozó una sonrisa y probó a mover los dedos.

El profesor le examinó el brazo y a continuación volvió a ponérselo en cabestrillo, acto que la mujer contempló con un desdén evidente. El mago le ordenó con mucha seriedad que no utilizara el brazo en las próximas dos semanas. Uno de los aprendices dijo algo y los demás rieron.

Sonea se apartó de la ventana. Acababa de presenciar los legendarios poderes sanadores de los magos, cosa que pocos losdes contemplaban alguna vez en sus vidas. Era tan asombroso como ella había imaginado.

Pero no había aprendido nada acerca de cómo se hacía.

«Esto debe de ser una clase para aprendices avanzados», razonó. Los aprendices más nuevos no sabrían cómo tratar una herida como aquella. Si encontraba una clase para aprendices noveles, podría ser capaz de comprenderla. Descendió. Cuando sus pies tocaron el suelo, Cery la agarró del brazo.

—¿Has visto cómo curaban a alguien? —susurró.

Sonea asintió.

Cery sonrió de oreja a oreja.

—Ya te he dicho que era fácil, ¿a que sí?

—Puede que para ti —dijo ella, frotándose las manos—. Yo estoy desentrenada.

Fueron al siguiente árbol y la joven obligó a sus dedos cansados a meterse entre los ladrillos para auparse de nuevo.

La siguiente aula estaba presidida por una mujer, que también vestía una túnica verde. Guardaba silencio y vigilaba a sus aprendices, inclinados sobre sus pupitres, escribiendo como locos en sus papeles y hojeando unos gastados libros con cubiertas de cuero. Sonea cedió al dolor de sus brazos y regresó al suelo.

—¿Y bien? —preguntó Cery.

—Poca cosa —respondió ella, negando con la cabeza.

En la siguiente ventana había un aula con aprendices mezclando líquidos, polvos y pastas en unos tarros pequeños. La siguiente reveló a un solo joven con túnica verde, dormido con la cabeza apoyada en las páginas abiertas de un libro.

—Las otras habitaciones no tienen luz —le dijo Cery cuando regresó a tierra de nuevo—. Me parece que aquí ya no hay nada nuevo que ver. —Se volvió para señalar la universidad—. Allí dan más clases.

Ella asintió.

—Vámonos.

Se escurrieron fuera del seto, cruzaron el sendero a la carrera y se metieron entre las hojas del lado opuesto. Después de recorrer medio jardín, Cery se detuvo para señalar un hueco en el seto.

Mirando entre las hojas, Sonea comprendió que habían llegado a los extraños mástiles que había visto antes alzándose por encima del jardín. Se curvaban hacia dentro, como si estuvieran haciéndose reverencias entre ellos, y se iban estrechando hasta formar una punta en la cúspide. Estaban repartidos a intervalos regulares alrededor de una losa circular de piedra que estaba incrustada en el suelo.

Sonea se estremeció. El aire estaba contaminado por una vibración que le era familiar. Inquieta, puso una mano en la espalda de Cery.

—Vámonos de aquí.

Cery asintió y, tras una última mirada a las altas agujas, se la llevó.

Atravesaron otros dos caminos antes de llegar a la pared de la universidad. Cery puso una mano en la piedra.

—Esta no vas a poder escalarla —susurró—. Pero hay muchas ventanas al nivel del suelo.

Sonea tocó la pared. La piedra estaba cubierta de riachuelos y ondas que recorrían la superficie hacia arriba y hacia abajo. No distinguió ninguna grieta ni tampoco vetas en la piedra. Parecía que hubieran construido el edificio entero a partir de un solo bloque de piedra.

Cery se situó detrás de un árbol y entrelazó las manos. Sonea se incorporó y

colocó un pie en el estribo. Aupándose, echó un vistazo por encima de la repisa al interior de la habitación.

Había un hombre vestido con una túnica de color violeta escribiendo en un tablero con un carboncillo. Llegó el sonido de su voz a los oídos de Sonea, pero no pudo entender lo que estaba diciendo. Los dibujos del tablón eran tan incomprensibles como la charla que daba el sanador. Con una punzada de decepción y frustración, hizo una señal a Cery para que la dejara bajar.

Se movieron con sigilo, sin separarse del edificio, hasta la siguiente ventana. La escena que había al otro lado era tan misteriosa como la primera. Los aprendices estaban tensos, sentados en sus asientos y con los ojos cerrados. Detrás de cada aprendiz sentado había otro de pie, con las palmas de las manos apoyadas en las sienes de su compañero. El maestro, un hombre de aspecto adusto con túnica roja, los contemplaba en silencio.

Sonea estaba a punto de bajarse cuando de repente el hombre habló.

—Ahora salid. —Tenía un tono sorprendentemente sereno para un hombre con el rostro tan severo. Los aprendices abrieron los ojos. Los que estaban de pie se frotaron sus propias sienes, entre muecas de dolor—. Como podéis ver, es imposible escudriñar en la mente de otra persona sin su consentimiento. Bueno, no es imposible del todo, como ha demostrado nuestro Gran Lord, pero está con mucho fuera del alcance de los magos comunes como vosotros y yo.

Sus ojos se desplazaron un breve instante a la ventana. Sonea se apresuró a agachar la cabeza. Cery la dejó bajar al suelo y ella se puso en cuclillas bajo la repisa de la ventana, apretando la espalda contra la pared e indicando por señas a Cery que hiciera lo mismo.

—¿Te han visto? —susurró Cery.

Sonea se llevó una mano al corazón, que le estaba palpitando a gran velocidad.

—No estoy segura.

¿Estaría el mago corriendo por la universidad en aquellos momentos, con la intención de registrar los jardines? ¿O estaría junto a la ventana, esperando a que salieran de debajo de la repisa?

Tragó saliva, con la boca reseca. Se volvió hacia Cery, dispuesta a sugerir que corrieran hacia el bosque, pero se contuvo. A su espalda, en el aula, el sonido amortiguado de la voz del profesor había regresado. Cerró los ojos y suspiró con alivio.

Cery se inclinó hacia delante y echó una mirada cautelosa a la ventana. Luego la miró a ella y se encogió de hombros.

—¿Seguimos?

Sonea respiró hondo antes de asentir. Se incorporaron, avanzaron junto al edificio y se situaron debajo de la siguiente ventana. Cery juntó las manos y aupó a Sonea.

Al mirar por la ventana, sus ojos se encontraron con destellos de movimiento. Miró la escena boquiabierta y sorprendida. Había unos pocos aprendices esquivando y lanzándose al suelo, haciendo lo posible por evitar un diminuto punto de luz que volaba por toda la habitación. De pie sobre una silla en un rincón, un mago de túnica roja seguía el recorrido de la mota con una mano extendida. Bramó a sus aprendices:

—¡Quedaos en el sitio! ¡Defended la posición!

Cuatro de los aprendices ya estaban quietos. Cuando la brillante mota se acercaba a ellos, salía despedida como si fuera un insecto despedido por un matamoscas. Poco a poco, los demás aprendices siguieron el ejemplo de los primeros, pero la chispa era muy rápida. Algunos de los jóvenes menos habilidosos tenían diminutas marcas rojas en los brazos y en la cara.

De repente la chispa se desvaneció. El profesor saltó de la silla y aterrizó con ligereza. Los aprendices se relajaron y empezaron a cruzar sonrisas. Sonea, temiendo que alguno echara un vistazo en su dirección, se dejó caer al suelo.

En la siguiente ventana observó a un mago de túnica violeta que estaba mostrando a su clase un experimento con líquidos de colores. En otra contempló a un grupo de aprendices que trabajaban con glóbulos de cristal fundido que flotaban en el aire, formando a partir de aquellas formas brillantes intrincadas esculturas que refulgían. Y en la siguiente aula escuchó a un hombre de aspecto amable, vestido con túnica roja, que daba una charla sobre la creación de fuego.

De pronto el tañido grave de una campana reverberó por todo el Gremio. El mago, sorprendido, levantó la mirada y los aprendices empezaron a levantarse de sus asientos. Sonea agachó la cabeza tras la ventana.

Cery la bajó hasta el suelo.

—Esa campana indica que se acaban las clases —dijo—. Ahora estaremos sin hacer ruido. Los magos van a salir de la universidad para ir a sus habitaciones.

Se acurrucaron cerca del tronco de un árbol. Durante unos minutos no se oyeron ruidos, y luego Sonea escuchó el sonido de unos pasos al otro lado del seto.

—... un día muy largo —estaba diciendo una mujer—. Estamos muy faltos de personal, ahora que se extiende este constipado invernal. Espero que la búsqueda termine pronto.

—Sí —se mostró de acuerdo otra mujer—. Pero el administrador ha sido razonable. Ha asignado casi todo el trabajo a los guerreros y los alquimistas.

—Cierto —admitió la primera—. Bueno, dime, ¿cómo está la esposa de lord Makin? Ya debe de pasar de los ocho meses...

Las voces de las magas se perdieron en la distancia y las reemplazó una risotada infantil.

—... te tenía engañado. ¡Casi te da una paliza, Kamo!

—Ha sido un simple truco —replicó un chico con un fuerte acento de Vin—. No

le volverá a funcionar.

—¡Ja! —terció otro chico—. ¡Si esta ya es la segunda vez!

Los muchachos se echaron a reír, pero Sonea oyó otros pasos que se acercaban por su izquierda. Los chicos se callaron.

—Lord Sarrin —murmuraron con respeto cuando los pasos llegaron donde estaban ellos.

Cuando se hubieron alejado un buen trecho, sus voces volvieron a elevarse para continuar pinchándose mutuamente. Se alejaron y Sonea dejó de oírlos.

Pasaron otros grupos de magos. Casi todos caminaban en silencio. La actividad del Gremio fue menguando hasta apagarse. Cuando por fin Cery metió la cabeza por el seto para comprobar si el camino estaba desierto, llevaban casi una hora escondidos.

—Vamos a volver al bosque —le dijo—. Ahora ya no quedan clases para que las veas.

Sonea lo siguió al otro lado del camino y por el siguiente seto. Cruzaron el jardín y correataron a través del primer sendero que habían atravesado, de vuelta al bosque. Cery se agachó sonriente bajo un árbol, con los ojos brillantes de emoción.

—Ha sido fácil, ¿verdad que sí?

Sonea miró el Gremio sobre su hombro y sintió que se le extendía una sonrisa en la cara.

—¡Sí!

—¿Lo ves? Piénsalo: mientras los magos están de caza allá fuera, en las barriadas, nosotros hemos estado fisgando en su territorio.

Los dos rieron bajito, y entonces Sonea respiró hondo y soltó un suspiro.

—Me alegro de que se haya acabado —admitió—. ¿Podemos volver ya?

Cery hizo un mohín.

—Ya que estamos aquí, me gustaría intentar otra cosa.

Sonea lo miró con recelo.

—¿Qué cosa?

En lugar de atender su pregunta, Cery se incorporó y caminó entre los árboles. Sonea vaciló un momento y salió corriendo tras él. La oscuridad creció a medida que se adentraban más en el bosque, y Sonea tropezó varias veces con raíces y ramas ocultas. Cery giró a la derecha y, al notar una superficie distinta bajo los pies, Sonea comprendió que volvían a atravesar el camino.

A partir de allí el terreno empezaba a ganar pendiente. Unos cientos de pasos más adelante cruzaron una vereda estrecha y la inclinación del terreno se acentuó. Cery señaló con el dedo.

—Mira.

Entre los troncos se veía un largo edificio de dos plantas.

—El dormitorio de los aprendices —dijo Cery—. Estamos en la parte trasera. Mira, se puede ver lo que hay dentro.

Una de las ventanas dejaba a la vista parte de una habitación. Contra una pared había una cama robusta y sin adornos, y en la otra se apoyaba una mesa estrecha con una silla. Colgaban dos túnicas marrones de unas perchas.

—No es muy lujoso.

Cery asintió.

—Son todas así.

—Pero esta gente es rica, ¿no?

—Me imagino que no les dejarán elegir sus cosas hasta que se hacen magos del todo.

—¿Cómo son los cuartos de los magos?

—Lujosos. —A Cery le brillaron los ojos—. ¿Quieres verlos?

Sonea asintió.

—Pues vamos.

Se internó pendiente arriba entre los árboles. Cuando volvieron a acercarse al borde del bosque, Sonea vio que detrás de la universidad había varios edificios y un amplio patio adoquinado. Una de aquellas estructuras se curvaba hacia abajo siguiendo el desnivel, como una larga e inmensa escalinata, brillando suavemente como si estuviera hecha solo con cristal fundido. Otra parecía un cuenco puesto boca abajo, liso y blanco. La zona entera estaba iluminada por dos hileras de faroles grandes y redondos, colocados en altos postes de hierro.

—¿Para qué son todos esos edificios? —preguntó Sonea.

Cery dejó de andar.

—No estoy seguro. Creo que el de cristal son las termas. ¿Los otros...? —Levantó los hombros—. No lo he podido averiguar.

Continuó a través del bosque. Cuando volvieron a tener el Gremio a la vista, ya habían pasado el patio y estaban más cerca del edificio de los magos. Cery se cruzó de brazos y torció el gesto.

—Todos tienen cortinas —dijo.

—Hum, a lo mejor si vamos por el lado podemos ver algo.

Cuando estuvieron de nuevo en los últimos árboles, a Sonea le dolían las piernas. Por la cara lateral el bosque crecía más cerca del edificio, pero solamente pudo vislumbrar algunos muebles por la ventana abierta que le señaló Cery. De pronto sintió más cansancio que curiosidad, y se dejó caer al suelo.

—No sé cómo voy a volver a las barriadas —gimió—. Las piernas no me sostendrán ni un paso más.

Cery sonrió mientras se acuclillaba a su lado.

—Sí que te has ablandado estos años.

La joven le dedicó una mirada fulminante. Él soltó una risita y volvió la mirada al Gremio.

—Quédate sentada y descansa un rato —le dijo, levantándose—. Quiero hacer una cosa. Será un momento.

Sonea frunció el ceño.

—¿Adónde vas?

—Más cerca. No te preocupes. Regreso enseguida. —Se volvió y desapareció entre las sombras.

Demasiado cansada para enfadarse, Sonea se quedó mirando el bosque. Se veía una cosa lisa y gris entre los troncos. Parpadeó, sorprendida, y se dio cuenta de que estaba sentada a no más de cuarenta pasos de un pequeño edificio de dos plantas.

Se incorporó y fue hacia la estructura, preguntándose por qué Cery no le habría enseñado ese edificio. A lo mejor no se había fijado en él. Estaba construido con una piedra distinta, más oscura que la de los otros edificios del Gremio, y resultaba casi invisible bajo la sombra de los árboles.

El edificio estaba rodeado por un seto, igual que la universidad. Unos pasos más adelante, Sonea notó la dura piedra de un camino adoquinado bajo sus pies. Las ventanas oscuras la invitaban a acercarse.

Miró atrás, preguntándose cuánto tardaría Cery en volver. Si no se entretenía demasiado, podía echar un vistazo por las ventanas del edificio y regresar antes que él.

Recorrió el camino sin hacer ruido, se metió detrás del seto y miró por la primera ventana. Era una habitación oscura y no pudo ver mucho. Algunos muebles, nada más. Pasó a la siguiente, y a la siguiente, pero la vista era la misma. Decepcionada, dio media vuelta para marcharse pero se quedó paralizada al oír pasos detrás de ella.

Se agachó para que la ocultara el seto y vio que alguien giraba por el lateral del edificio. Aunque distinguía poco más que una silueta, se percató de que el hombre no llevaba túnica. ¿Sería un criado?

El hombre fue hacia un lado de la casa y abrió una puerta. Sonea oyó cómo cerraba el pestillo después de entrar y sintió una oleada de alivio. Apoyó las manos para levantarse del suelo, pero se quedó como estaba al oír un tintineo en algún lugar cercano.

Miró en todas direcciones y observó una rejilla incrustada en la pared, a la altura del suelo. Se acercó a gatas y se inclinó para examinarla. El diminuto respiradero estaba lleno de polvo, pero a través de él se veía una escalera de caracol que bajaba hasta una puerta abierta.

El umbral llevaba a una habitación iluminada por el resplandor amarillo de una luz que no veía. Mientras miraba, apareció allí un hombre con el pelo largo y una pesada capa negra. Unos hombros le bloquearon la visión durante un momento

cuando otra persona empezó a bajar la escalera para ir a la habitación. Sonea pudo entrever los ropajes de un sirviente antes de perder de vista al recién llegado.

Escuchó una voz, pero no pudo distinguir las palabras. El hombre de la capa asintió.

—Está hecho —dijo, retirando el broche y quitándose la capa de los hombros.

A Sonea se le atascó el aliento en la garganta al ver lo que había debajo. Aquel hombre llevaba las ropas raídas de un mendigo. Y tenían salpicaduras de sangre.

El hombre bajó la mirada e hizo una mueca de disgusto al contemplar su propio aspecto.

—¿Has traído mi túnica?

El criado murmuró una respuesta. Sonea ahogó un grito de sorpresa y horror. Ese hombre era un mago.

Agarró la camisa ensangrentada y se la sacó por la cabeza, dejando ver que llevaba puesto un cinturón de cuero. De él colgaba la vaina de una larga daga.

También se quitó el cinturón, lo arrojó a una mesa junto con la camisa, y se acercó una gran jofaina y una toalla. Mojó la toalla en el agua y se limpió con rapidez las manchas rojas de su pecho desnudo. Cada vez que enjuagaba la toalla, el agua adquiría una tonalidad rosada más intensa.

Entonces pudo ver un brazo, que sostenía un fardo de tejido negro. El mago cogió la ropa y se perdió de vista.

Sonea irguió la espalda y se quedó en cuclillas. ¿Túnica negra? No había visto nunca a un mago con la túnica negra. Ningún mago de la Purga había vestido de negro. Debía de tener una posición única en el Gremio. Volvió a inclinarse y meditó sobre la ropa manchada de sangre. Tal vez fuera un asesino.

El mago volvió a entrar en su campo de visión. Ahora llevaba puesta la túnica negra, se había cepillado el pelo y se lo había atado en una coleta. Recogió el cinturón y quitó el cierre a la funda de la daga.

Sonea cogió aire de golpe. La empuñadura de la daga brillaba a la luz. Las gemas que llevaba engarzadas reflejaron destellos rojos y verdes. El mago se acercó la daga a los ojos para examinar de cerca el filo largo y curvado, y después lo limpió minuciosamente con la toalla. Miró al sirviente que Sonea no podía ver.

—La pelea me ha debilitado —dijo—. Necesito tu fuerza.

Escuchó un murmullo en respuesta. Ahora Sonea vio las piernas del sirviente, y luego apareció todo su cuerpo excepto la cabeza: el hombre acababa de arrodillarse y estaba extendiendo un brazo. El mago cogió la muñeca del sirviente.

La volvió hacia arriba y pasó la daga suavemente por la piel del hombre. Se acumuló la sangre y el mago presionó la palma de su mano en la herida como si pretendiera curarla.

Entonces empezó a aletear algo en las orejas de Sonea. Se incorporó y movió la

cabeza, pensando que le había entrado algún insecto en el oído, pero el zumbido no desapareció. Se quedó quieta y al momento notó que la abrumaba un estremecimiento al darse cuenta de que el ruido venía del interior de su cabeza.

La sensación se detuvo tan bruscamente como había empezado. Se inclinó hacia la rejilla y vio que el mago había soltado al criado. Estaba dando una vuelta completa lentamente, recorriendo las paredes con la mirada como si buscara algo.

—Qué raro —dijo—. Es casi como si...

«No busca nada en las paredes —pensó Sonea de pronto—. Busca algo que hay al otro lado.» La embargó el miedo. Se puso de pie, salió por el seto y se alejó de la casa.

«No corras —se dijo—. No hagas ningún ruido.» Contuvo el impulso de echar a correr hacia los árboles y se obligó a avanzar con cautela. Aligeró el paso cuando llegó al camino, aunque hacía una mueca cada vez que partía una ramita al pisar. El bosque parecía más oscuro que antes y sintió que la dominaba el pánico cuando se dio cuenta de que no tenía claro dónde había estado sentada cuando la dejó Cery.

—¿Sonea?

Casi dio un salto cuando salió una figura de entre las sombras. Al reconocer la cara de Cery, gimió aliviada. Su amigo llevaba algo grande y pesado en las manos.

—Mira —dijo, levantando el objeto.

—¿Qué es?

Cery sonrió.

—¡Libros!

—¿Libros?

—Libros de magia —explicó mientras la sonrisa se desvanecía—. ¿Dónde te habías metido? Acabo de volver y...

—Estaba allí. —Sonea señaló la casa y se estremeció. Ahora parecía más oscura, como una criatura que estuviera al acecho desde el borde de los jardines—. ¡Tenemos que irnos! ¡Ya!

—¡Has estado *ahí* —exclamó Cery—. Ahí es donde vive su líder, el Gran Lord.

Ella le agarró el brazo.

—¡Creo que un mago me ha oído!

Cery puso los ojos como platos. Miró por encima del hombro de Sonea, dio media vuelta y emprendió la retirada por el bosque, alejándose del edificio sumido en las sombras.

13. Una poderosa influencia

No había más de unos veinte magos reunidos en el Salón de Noche cuando entró Rothen. Vio que Dannyl no había llegado todavía y se dirigió a un grupo de butacas.

—La ventana estaba abierta. Quienquiera que fuese, entró por la ventana.

Rothen distinguió la angustia en aquella voz y se detuvo para buscar a quien había hablado. Cerca de él estaba Jerrick hablando con Yaldin. Le entró curiosidad por saber qué podía haber alterado tanto al rector de la universidad, y se acercó a los dos hombres.

—Saludos. —Rothen inclinó la cabeza educadamente—. Parece usted disgustado por algo, rector.

—Entre nuestros aprendices se esconde un hábil ladrón —explicó Yaldin—. Jerrick ha perdido unos cuantos libros valiosos.

—¿Un ladrón? —repitió Rothen, sorprendido—. ¿Qué libros faltan?

—*La sabiduría de los magos meridionales. Artes del archipiélago Minken y el Manual de la creación de fuego.*

Rothen frunció el ceño.

—Extraña combinación de libros.

—Libros caros —lamentó Jerrick—. Me costó veinte monedas de oro que me hicieran esas copias.

Rothen silbó suavemente.

—En ese caso, nuestro ladrón tiene ojo para lo valioso. —Adoptó una expresión pensativa—. Unos libros tan poco comunes deberían ser difíciles de ocultar. Son unos volúmenes de buen tamaño, si no recuerdo mal. Podría usted autorizar un registro en el alojamiento de los aprendices.

Jerrick hizo una mueca.

—Esperaba que se pudiera evitar eso.

—Quizá alguien los ha tomado prestados —sugirió Yaldin.

—He preguntado a todo el mundo —Jerrick suspiró, negando con la cabeza—. No los ha visto nadie.

—A mí no me ha preguntado —señaló Rothen. Jerrick levantó la mirada de repente y Rothen se apresuró a añadir, entre risas—: No, no me los he llevado yo. Pero puede que también haya pasado usted a otros por alto. Quizá podría preguntarlo en la próxima Reunión. Es tan solo dentro de dos días, y tal vez para entonces ya hayan aparecido los libros.

Jerrick puso cara de disgusto.

—Supongo que será mejor que haga eso en primer lugar.

Rothen vio con el rabillo del ojo que entraba en el Salón de Noche una figura alta

y conocida, y se disculpó. Fue al lado de Dannyl y llevó al mago aparte, a un rincón tranquilo de la sala.

—¿Ha habido suerte? —preguntó sin levantar la voz.

Dannyl se encogió de hombros.

—No, ni la más mínima, pero al menos esta vez no me ha seguido ningún extranjero con navaja. ¿Y tú?

Rothen abrió la boca para responder pero volvió a cerrarla cuando un sirviente se acercó para ofrecerles una bandeja llena de copas de vino. Estiró el brazo para coger una pero se quedó petrificado al ver aparecer la manga de una túnica negra acercándose a la bandeja desde detrás de Dannyl. Akkarin eligió una copa y rodeó a Dannyl para dirigirse a Rothen.

—¿Cómo está progresando la búsqueda, lord Rothen?

Los ojos de Dannyl se ensancharon mientras se giraba hacia el Gran Lord.

—Cuando más cerca estuvimos de atraparla fue hace dos semanas, Gran Lord —contestó Rothen—. Sus protectores emplearon un señuelo. Cuando nos dimos cuenta de que teníamos la chica que no era, la de verdad ya había escapado. Además, encontramos un libro de magia.

Al Gran Lord se le nubló el rostro.

—No son buenas noticias.

—Era un libro viejo y obsoleto —añadió Dannyl.

—Sin embargo, no podemos tolerar que esos libros estén fuera del Gremio —replicó Akkarin—. Debería bastar con un registro de las casas de empeños para saber si han llegado muchos más a la ciudad. Hablaré de ello con Lorlen, pero mientras tanto... —Miró a Dannyl—. ¿Has tenido algún éxito en restablecer el contacto con los ladrones?

La cara de Dannyl se puso blanca y luego se tiñó de rojo.

—No —respondió con voz ahogada—. Llevan semanas rechazando mis peticiones de audiencia.

Akkarin puso una sonrisa torva.

—Doy por hecho que intentarías hacerles ver los peligros que entraña tener a una maga sin adiestrar entre ellos...

Dannyl asintió.

—Sí, pero no pareció que se preocuparan.

—No tardarán en hacerlo. Sigue intentando reunirte con ellos. Si se niegan a verte en persona, mándales mensajes. Detalla los problemas con que se topará la chica a medida que su magia se vuelva incontrolable. Antes de que pase mucho tiempo comprenderán que dices la verdad. Mantenme informado de tus progresos.

Dannyl tragó saliva.

—Sí, Gran Lord.

Akkarin inclinó la cabeza ante ambos.

—Buenas tardes.

Se volvió y empezó a alejarse, dejando a los dos magos mirando su espalda boquiabiertos. Dannyl dejó escapar el aliento ruidosamente.

—¿Cómo lo ha sabido? —susurró.

Rothen se encogió de hombros.

—Se dice que Akkarin sabe más de los asuntos de la ciudad que el propio rey, aunque también puede ser que Yaldin se lo haya dicho a alguien.

Dannyl puso mala cara y su mirada cruzó el salón para posarse en el mago anciano.

—No es propio de Yaldin.

—No —coincidió Rothen. Sonrió y dio a Dannyl una palmadita en el hombro—. De todas formas, no parece que te hayas metido en líos. En realidad, parece que acabas de recibir un encargo personal del Gran Lord.

Sonea plegó el borde de una página y suspiró. ¿Por qué no podían los escritores del Gremio usar palabras normales y razonables? El de aquel libro parecía haber disfrutado organizando las frases de forma que no se parecieran en nada al habla normal. Ni siquiera Serin, el escriba de mediana edad que la estaba enseñando a leer, era capaz de explicarle muchos de los términos y oraciones.

Se frotó los ojos y reclinó la espalda. Había pasado varios días en el sótano de Serin. Era una estancia sorprendentemente cómoda, con una amplia chimenea y muebles resistentes, y sabía que le decepcionaría tener que abandonarla.

Después de que casi la capturaran, la noche en que Cery la había llevado al Gremio, Farén la había trasladado a la casa de Serin en la Cuaderna Septentrional. Había decidido que lo mejor sería que Sonea dejara de practicar la magia hasta que él pudiera conseguir unos escondites nuevos y mejor situados. Mientras tanto, le había dicho, ella pasaría el tiempo estudiando los libros que había traído Cery.

Volvió a mirar la página y suspiró. Tenía delante una palabra, una palabra desconocida, extraña y enervante, que se negaba a tener ningún sentido. Sonea la miró un tiempo, sabiendo que el significado de la frase entera orbitaba alrededor de esa exasperante palabra. Se frotó los ojos de nuevo, y entonces llamaron a la puerta y se sobresaltó.

Se levantó a mirar por la mirilla, sonrió y abrió.

—Buenas tardes —dijo Farén mientras pasaba sigiloso a la estancia. Le dio una botella—. Te he traído un regalito para darte ánimos.

Sonea descorchó la botella y olisqueó el contenido.

—¡Vino de pachi! —exclamó.

—Exacto.

Sonea fue hacia una cómoda y sacó dos tazas.

—No creo que sean las apropiadas para el vino de pachi —dijo—. Pero no tengo más... a no ser que quieras pedirle algo mejor a Serin.

—Servirán. —Farén acercó una silla a la mesa y se sentó. Aceptó una taza de licor verde, dio un sorbo, suspiró de satisfacción y se apoyó en el respaldo—. Claro que está más bueno con especias y templado.

—No sé qué decirte —respondió Sonea—. No lo había probado nunca.

Dio un sorbo y sonrió al llenársele la boca de un sabor dulce y fresco. A Farén le hizo gracia la expresión que puso.

—Ya pensaba que te gustaría. —Se desperezó y volvió a reclinarsse en la silla—. También tengo noticias para ti. Tus tíos están esperando un bebé.

Sonea lo miró, aturdida.

—¿De verdad?

—Pronto tendrás un primito —dijo el ladrón. Tomó otro trago y le dirigió una mirada especulativa—. Cery me ha dicho que tu madre murió cuando tú eras muy pequeña, y que tu padre salió de Kyralia poco después. —Hizo una pausa—. ¿Alguno de ellos mostró alguna señal de que llevaba la magia en la sangre?

Sonea movió la cabeza de un lado a otro.

—Que yo sepa, no.

Farén apretó los labios.

—Le pedí a Cery que fuera a preguntar a tu tía. Dice que nunca ha visto ningún talento mágico, ni en tus padres ni en tus abuelos.

—¿Es importante?

—A los magos les gusta trazar su linaje —le explicó—. Mi madre tenía magia en el suyo. Lo sé porque su hermano, mi tío, es un mago, igual que el hermano de mi abuelo... si es que sigue vivo.

—¿Tienes *magos* en la familia?

—Sí, pero no he conocido a ninguno de los dos, y posiblemente no lo haré nunca.

—Pero... —dudó Sonea—. ¿Cómo puede ser?

—Mi madre era hija de un rico comerciante lonmariano —respondió él—. Mi padre era un marinero kyraliano que trabajaba para un capitán que solía transportar mercancías para el padre de mi madre.

—¿Cómo se conocieron?

—Por casualidad al principio, y luego en secreto. Los lonmarianos, como sabes, no dejan que nadie vea a sus mujeres. No les hacen pruebas para ver si tienen magia, ya que el único lugar donde podrían aprender a usarla sería el Gremio, y en Lonmar se cree que es indecoroso que las mujeres se alejen de su hogar... e incluso que hablen con otros hombres que no sean de su familia.

Farén hizo un alto para tomar un sorbo de vino. Sonea lo miró, impaciente,

mientras tragaba. El ladrón sonrió brevemente.

—Cuando su padre averiguó que mi madre se había estado viendo con un marinero, mandó castigarla —siguió diciendo—. La azotaron y la recluyeron en una de sus torres. Mi padre abandonó el barco y se quedó en Lonmar para buscar alguna forma de liberarla. No tuvo que esperar mucho, ya que cuando la familia de ella descubrió que estaba embarazada, la repudió con deshonra.

—¿La repudió? ¿Lo normal no sería que le hubieran buscado un hogar al niño?

—No. —La expresión de Farén se oscureció—. Consideraban que estaba mancillada y era una vergüenza para la familia. Según su tradición, había que marcarla para que los otros hombres supieran el crimen que había cometido, y luego sería vendida en el mercado de esclavos. Tenía dos cicatrices muy largas en cada mejilla, y una que le bajaba por el centro de la frente.

—¡Qué horroroso! —exclamó Sonea. Farén se encogió de hombros.

—Sí, a nosotros nos parece horroroso. Sin embargo, los lonmariansos creen que son el pueblo más civilizado del mundo. —Tomó otro sorbo de vino—. Mi padre la compró, a ella y un pasaje para los dos hacia Imardin. Pero sus problemas no terminaron allí. Mi padre había provocado que el capitán del barco perdiera a un importante cliente, ya que la familia de mi madre no quería hacer negocios con él. Y ningún otro patrón de barco quería contratar a mi padre, así que se fueron empobreciendo. Construyeron una casa en las barriadas y mi padre aceptó un trabajo en un matadero de gorines. Yo nací poco después.

Se terminó la jarra. Mirándola, sonrió.

—¿Ves? —dijo—. Hasta un humilde ladrón puede tener magia en las venas.

—¿Un *humilde* ladrón? —repitió Sonea con sorna.

Farén nunca había estado tan hablador con ella. ¿Qué más podría contarle? Mientras servía más vino, hizo un gesto de impaciencia.

—Entonces ¿cómo es que el hijo de un matarife se convirtió en un líder de los ladrones?

Farén se llevó la taza a los labios.

—Mi padre murió en las batallas que hubo después de la primera Purga. Para poder alimentarnos, mi madre se hizo bailarina en una casa de putas. —Hizo una mueca—. La vida era difícil. Uno de sus clientes era un hombre influyente entre los ladrones. Le caí bien, y me adoptó como hijo propio. Al retirarse, yo ocupe su lugar y luego ascendí desde ese punto.

Sonea frunció los labios.

—¿Así que cualquiera puede hacerse ladrón? ¿Solamente hay que ser amigo de la persona adecuada?

—Hace falta algo más que ser una compañía agradable. —Sonrió—. ¿Estás haciendo planes para tu amigo, entonces?

Ella arrugó la frente, exagerando una expresión desconcertada.

—¿Amigo? No, estaba pensando en mí misma.

El ladrón echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas, y luego alzó su jarra hacia Sonea.

—Por Sonea, una mujer de pocas ambiciones. Primero maga, luego ladrona.

Apuraron las tazas al mismo tiempo, y entonces Farén miró la mesa. Estiró un brazo y le dio la vuelta al libro en su dirección.

—¿Lo vas entendiendo mejor?

La joven suspiró.

—Algunas cosas no las entiende ni Serin. Está escrito pensando en alguien que sabe más que yo. Necesito un libro para principiantes. —Miró directamente a Farén—. ¿Cery ha conseguido algo?

Él negó con la cabeza.

—Habría sido mejor que siguieras practicando. Eso habría distraído al Gremio. Durante esta semana han comprobado todas las casas de empeños, dentro y fuera de las murallas. Si había algún libro de magia en la ciudad, ahora ya no queda ninguno.

Sonea volvió a suspirar y se frotó las sienes.

—¿Qué hacen ahora?

—Siguen metiendo las narices por todas las barriadas —le contó Farén—. Esperan a que uses tu magia.

Sonea pensó en sus tíos, y en el bebé que esperaban. Hasta que los magos dejaran de buscarla, no podría verlos. ¡Cómo deseaba hablar con ellos! Bajó sus ojos al libro y sintió un impulso de frustración y rabia.

—¿Es que no van a dejarlo nunca?

La sobresaltó un sonoro estallido que despertó ecos en la estancia, seguido del ligero golpeteo provocado por algo desparramándose en el suelo. Sonea vio los pequeños fragmentos de un jarrón de cerámica blanca.

—Venga, Sonea —dijo Farén, moviendo un dedo delante de su cara—, no creo que esa sea forma de agradecer a Serin que... —Calló de repente, se dio una palmada en la frente y gimió—. Van a saber que estás en la ciudad. —Soltó una palabrota y a continuación puso cara de disgusto a Sonea—. Hay varias razones por las que te dije que no usaras la magia mientras estuvieras aquí, Sonea.

Ella se ruborizó.

—Lo siento, Farén, pero no quería hacerlo. —Se agachó y recogió un fragmento del jarrón—. Al principio no conseguía que pasara cuando quería, y ahora pasa cuando ni siquiera estoy pensando en ello.

La expresión de Farén se suavizó.

—Bueno, si no lo puedes evitar, no lo puedes evitar. —Movié una mano, se puso tenso y la miró fijamente.

—¿Qué? —preguntó Sonea.

El ladrón tragó saliva y miró hacia otro sitio.

—Nada. Solo... una cosa que se me ha ocurrido. Los magos no estarán tan cerca de nosotros como para averiguar tu posición, aunque seguramente mañana invadirán la Cuaderna Septentrional. No creo que haga falta moverte ya mismo... pero procura no volver a usar tu magia.

Sonea asintió.

—Lo intentaré.

—¿Larkin el mercader?

Dannyl se giró hacia un empleado de la casa de bol que estaba de pie junto a él. Asintió. El hombre hizo un movimiento rápido con la cabeza para indicar a Dannyl que lo siguiera.

Dannyl observó al hombre un momento, sin poder creer que por fin estuviera llegando a alguna parte, y a continuación se levantó de prisa del taburete. Mientras seguía al hombre entre la multitud, reflexionó sobre la carta que había enviado a Gorín. ¿Qué era lo que había convencido al ladrón para reunirse con él?

Fuera caía la nieve. El guía encogió los hombros y se ciñó el abrigo antes de echar a andar calle abajo a buen ritmo. Cuando llegaron a la entrada de un callejón cercano, salió de él un hombre con capa que se colocó delante de Dannyl, cerrándole el paso.

—Lord Dannyl. ¡Menuda sorpresa! ¿O debería decir «menudo disfraz»?

Fergun sonreía de oreja a oreja. Dannyl se quedó mirando al mago mientras su incredulidad se transformaba rápidamente en irritación. Recordó otros tiempos, muchos años atrás, en los que un Fergun más joven se había dedicado a martirizarlo y burlarse de él, y empezó a sentir punzadas de fastidio. Y entonces se enfadó consigo mismo. Al cuadrar los hombros, le produjo una pequeña satisfacción saber que le sacaba una cabeza al otro mago.

—¿Qué quieres, Fergun?

Las delicadas cejas de Fergun se enarcaron.

—Saber por qué está vagando por las barriadas en semejantes condiciones, *lord* Dannyl.

—¿Y esperas que te lo explique?

El guerrero levantó los hombros.

—Bueno, si no lo hace me está obligando a especular, ¿no es así? Estoy seguro de que a mis amigos les encantará ayudarme a adivinar sus motivos. —Se puso un dedo sobre los labios—. Hum, obviamente usted no desea que se sepa por qué está aquí. ¿Está ocultando algo escandaloso? ¿Se halla implicado en algo tan vergonzoso que ha de vestirse como un mendigo para evitar que lo descubran? ¡Ah! —Fergun abrió bien

los ojos—. ¿Está visitando los burdeles?

Dannyl miró por encima del hombro de Fergun. Como esperaba, el guía había desaparecido.

—Ah, ¿lo había elegido a él? —preguntó Fergun, mirando atrás—. Un poco demasiado bruto. Claro que tampoco tengo idea de cuáles son sus gustos específicos.

La furia inundó a Dannyl como agua helada. Habían pasado años desde la última vez que Fergun se le había encarado de aquella manera, pero el odio que le despertaban sus chanzas era tan intenso como siempre.

—Quítate de mi camino, Fergun.

Los ojos de Fergun refulgieron de placer.

—No, no —dijo, ahora sin ningún rastro de burla en la voz—. No hasta que me explique qué se propone.

«No sería complicado tumbar a Fergun», rumió Dannyl. Se esforzó por controlar su rabia.

—Fergun, no podrías tener la boca cerrada, ni tampoco sacarla de la cloaca, aunque te lo propusieras... y eso lo sabe todo el mundo. Nadie va a creerse ni una palabra de lo que digas. Ahora quítate de en medio antes de que me vea obligado a dar parte de tu conducta.

Los ojos del guerrero se volvieron de acero.

—Estoy convencido de que a los magos superiores les interesarán más las acciones de usted. Por lo que recuerdo, existen leyes más bien estrictas sobre en qué lugares deben vestir túnica los magos. ¿Saben ellos que usted está saltándose esa norma?

Dannyl sonrió.

—No es un hecho ignorado por completo.

La mirada fija de Fergun se quebró por un asomo de duda.

—¿Tiene usted permiso?

—Ellos... o debería decir *él*...me encargó que lo hiciera —respondió Dannyl. Dejó que se le desenfocara la mirada y luego sacudió la cabeza—. Nunca soy capaz de saber si está mirando o no. Tiene que enterarse de esto. Tendré que decírselo cuando regrese.

La cara de Fergun estaba notablemente pálida.

—¡No es necesario! Yo mismo hablaré con él. —Se hizo a un lado—. Vaya. Termine su trabajo.

Dio un paso atrás, giró sobre sus talones y se marchó apresurado. Dannyl, sonriente, vio desaparecer al guerrero entre la nevada que arreciaba. Dudaba mucho que Fergun fuera a decir ni una palabra al Gran Lord.

La satisfacción se deshizo al verse solo en una calle vacía. Buscó en las sombras donde había desaparecido el guía. Por supuesto, había aparecido Fergun justo cuando

por fin los ladrones habían accedido a encontrarse con él. Con un suspiro, Dannyl emprendió el regreso por la calle en dirección a la avenida Norte y al Gremio.

Unas veloces pisadas aplastaron la nieve recién caída por detrás de él. Se dio la vuelta y parpadeó, sorprendido por que fuese el guía quien venía por la calle. Se detuvo para dejar que el hombre lo alcanzara.

—¡Yep! ¿De qué iba todo eso? —preguntó el hombre.

—Uno de nuestros buscadores se ha metido donde no lo llamaban —dijo sonriendo—. Se podría decir que es un chismoso.

La sonrisa del hombre dejó ver unos dientes manchados.

—Ya te pillo. —Levantó un poco los hombros y luego hizo un gesto con la cabeza para indicar que Dannyl debía seguirlo.

Comprobó que Fergun no se había hecho el remolón para espiarlo y echó a andar de nuevo entre los copos de nieve.

—«Incrementemente la cantidad de poder gradualmente hasta que el calor derrita el cristal» —leyó Serin.

—¡Pero es que eso ni se parece a cómo funciona! —exclamó Sonea. Se levantó y paseó por la habitación—. Es más como un... como un odre lleno de agua con un agujero muy pequeño. Si aprietas el odre, sale un chorro de agua, pero no se puede dirigir ni hacer que...

Calló al oír que llamaban a la puerta. Serin se incorporó y dio un vistazo por la mirilla antes de abrir.

—Sonea —dijo Farén, despidiendo al escriba de la sala con un gesto—. Te traigo una visita.

Pasó a la estancia, sonriendo de oreja a oreja. Detrás de él había un hombre fornido con ojos somnolientos y una mujer bajita con una gruesa bufanda alrededor de la cabeza.

—¡Ranel! —gritó Sonea—. ¡Jonna!

Rodeó la mesa como una exhalación y dio un abrazo a su tía.

—Sonea. —A Jonna se le escapó un pequeño sollozo—. Nos tenías preocupadísimos. —Sostuvo a Sonea con los brazos extendidos y asintió en señal de aprobación—. Parece que estás bastante bien.

A la joven la divirtió que Jonna mirara a Farén con los ojos entrecerrados. El ladrón estaba apoyado en la pared opuesta, sonriente. Sonea fue hacia Ranel y lo abrazó. Su tío la miró de arriba a abajo.

—Harrin nos dijo que has estado haciendo magia.

Sonea hizo una mueca.

—Es verdad.

—Y los magos te están buscando.

—Sí. Farén me oculta de ellos.

—¿A cambio de qué? ¿De tu magia?

Sonea asintió.

—Eso es. Tampoco es que ahora mismo le esté sirviendo de mucho. No se me da muy bien.

Jonna resopló con suavidad.

—No puedes ser tan mala, o no te escondería. —Inspeccionó la habitación antes de asentir—. No está tan mal como creía.

Se sentó en una silla, se quitó la bufanda y suspiró profundamente. Sonea se acuclilló al lado de la silla.

—Me he enterado de que empezáis un negocio nuevo.

Su tía arrugó la frente.

—¿Un negocio nuevo?

—Fabricarme primos, me parece que es.

Las arrugas de Jonna se suavizaron y se dio unas palmaditas en la barriga.

—Vaya, entonces ya te has enterado. Sí, nuestra pequeña familia tendrá un miembro nuevo el verano que viene —dijo Jonna mirando ya a Ranel, que sonreía abiertamente.

Sonea no pudo mirarlos sin que la arrollaran el afecto y la añoranza. Se coló en su mente una sensación familiar y ahogó un grito. Se levantó y miró por todas partes, pero no vio nada que estuviese fuera de lugar.

—¿Qué pasa? —preguntó Farén.

—He hecho algo. —Se sonrojó al darse cuenta de que sus tíos la estaban mirando fijamente—. Bueno, he tenido la misma sensación que cuando lo hago.

El ladrón recorrió la habitación con la mirada y se encogió de hombros.

—Quizá has movido un poco de polvo detrás de las paredes.

Jonna parecía estar perpleja.

—¿De qué estás hablando?

—He hecho magia —explicó Sonea—. No tenía la menor intención. A veces pasa.

—¿Y no sabes lo que ha pasado? —La mano de Jonna apretó más su barriga.

—No —respondió Sonea, tragando saliva y apartando la mirada.

La alarma en los ojos de su tía la había entristecido, pero comprendía los motivos de Jonna para tener miedo. La idea de poder hacer daño por error a... «No —se dijo—. Ni lo pienses.» Inhaló profundamente y dejó que el aire saliera poco a poco.

—Farén, creo que deberías llevártelos. Por si acaso.

Él asintió. Jonna se puso de pie, con la cara tomada por la ansiedad. Se giró hacia Sonea y abrió la boca para hablar, pero negó con la cabeza y extendió los brazos. Sonea se abrazó fuerte a su tía antes de separarse.

—Ya nos veremos —les dijo—. Cuando se haya solucionado todo esto.

Ranel asintió.

—Cuídate.

—Lo haré —prometió ella.

Farén acompañó a la pareja afuera de la habitación. Sonea dio la espalda a la puerta y escuchó sus pasos, escalera arriba. Una mancha de color desconocida le llamó la atención en el suelo. La bufanda de su tía.

La recogió y salió corriendo por la puerta. Mientras subía los escalones, vio que sus tíos estaban con Farén en la cocina de Serin, sin apartar la mirada de algo que había allí. Al llegar vio qué era lo que los tenía tan abstraídos.

Antes el suelo estaba cubierto por grandes losas de piedra. Ahora era un revoltijo irregular de piedra y polvo. Lo más notable de la cocina había sido una gran mesa de madera, pero lo único que quedaba eran fragmentos retorcidos y astillados.

A Sonea se le secó la boca, y entonces se agitó su mente y de pronto la mesa estalló en llamas. Farén se giró hacia ella y pareció tener un debate interno antes de hablar.

—Como os estaba explicando —dijo—, probablemente solo sea que está atravesando una fase difícil. Sonea, vuelve abajo y prepárate la bolsa. Voy a llevar a casa a tus visitas y haré que venga alguien a apagar el fuego. Todo irá bien.

Asintiendo, Sonea dio la bufanda a su tía y corrió escalera abajo hasta el sótano.

14. Un aliado reticente

Mientras se paraba a descansar en un callejón, Rothen cerró los ojos e invocó una pizca de poder para quitarse el agotamiento.

Abrió los ojos y contempló la nieve que se amontonaba contra las fachadas laterales de los edificios. El clima suave que habían disfrutado las últimas semanas no era más que un recuerdo lejano, ahora que las ventiscas invernales habían llegado a Imardin. Se preparó para salir a la calle comprobando que su túnica estuviera bien tapada por la capa.

Empezó a notar que se formaba un zumbido en su nuca y se quedó quieto. Bajó los párpados y maldijo entre dientes al comprender lo lejos que se hallaba de la fuente. Frustrado, salió a la calle.

¿Dannyl?

La he oído. La tengo a unas pocas calles de distancia ahora mismo.

¿Se ha desplazado?

Sí.

Rothen arrugó la frente. Si había huido, ¿por qué seguía utilizando sus poderes?

¿Quién más está cerca de ahí?

Nosotros estamos a menos distancia, llamó lord Kerrin. *La chica no debe de estar a más de cien pasos de nosotros.*

Sarle y yo estamos más o menos a la misma distancia, envió lord Kiano.

Acercaos más, les dijo Rothen. *No os enfrentéis solos a ella.*

Rothen cruzó la calle y acometió un callejón a toda prisa. Al pasar por delante, un viejo mendigo ciego lo miró sin verlo.

¿Rothen?, llamó Dannyl. *Mira esto.*

En la mente de Rothen apareció la imagen de una casa envuelta en llamas anaranjadas, expulsando humo al cielo. Con la imagen llegó una sensación de sospecha y terror.

¿Tú crees que ha...?

Estaríamos viendo algo mucho más espectacular que eso, replicó Rothen.

Llegó al final del callejón y salió a una calle más ancha. Aceleró el paso al ver la casa en llamas. La gente ya se estaba congregando para curiosear, y el mago, a medida que se acercaba, vio salir a los ocupantes de los edificios vecinos, cargados con sus pertenencias.

Una sombra estirada se desprendió de la oscuridad que imperaba en otro callejón y se dirigió hacia él.

—Tiene que estar cerca —dijo Dannyl—. Si podemos...

Los dos se pusieron tensos cuando un zumbido más fuerte y breve golpeó sus

sentidos.

—Detrás de ese edificio —dijo Rothen, señalando.

Dannyl empezó a caminar hacia allí.

—Conozco la zona. Detrás de esa casa hay un callejón en el que desembocan otros dos.

Caminaron a buen paso hacia una zona oscura entre dos edificios. Rothen sintió una nueva y potente vibración cien pasos a la izquierda de la anterior, y subió el ritmo.

—Se mueve deprisa —murmuró Dannyl, iniciando una carrera ligera.

Rothen se apresuró para ponerse a su altura.

—Aquí falla algo —dijo jadeando—. Pasan semanas sin que escuchemos nada, y ahora esta semana todos los días... ¿por qué sigue usando los poderes?

—Quizá no pueda evitarlo.

—Entonces Akkarin tenía razón.

Rothen envió una llamada mental.

¿Kiano?

Se mueve hacia nosotros.

¿Kerrin?

Ha cruzado por delante de nosotros hace un momento, dirigiéndose al sur.

La tenemos rodeada, les dijo Rothen. Tened cuidado. Es posible que esté perdiendo el control de sus poderes. Kiano y Sarle, acercaos despacio. Kerrin y Fergun, manteneos a su derecha. Nosotros la abordaremos...

La he encontrado, envió Fergun.

Rothen frunció el ceño.

Fergun, ¿dónde estás?

Hubo una pausa.

Ella está en los túneles que tengo debajo. La veo por una rendija de la pared.

Quédate ahí, ordenó Rothen. No te aproximes a ella en solitario.

Un momento más tarde Rothen sintió otra vibración, y luego varias más. Sintió la alarma de los otros magos y corrió más deprisa.

¿Fergun? ¿Qué ocurre?

Me ha visto.

No te acerques a ella, le advirtió Rothen.

El zumbido de la magia cesó de repente. Dannyl y Rothen se miraron, y a continuación siguieron corriendo. Al llegar a un cruce, vieron a Fergun de pie en uno de los callejones, mirando por una rejilla de una pared cercana.

—Ha desaparecido —les dijo.

Dannyl llegó deprisa a la rejilla, la abrió y miró al interior del pasadizo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Rothen.

—Estaba esperando a que llegara Kerrin cuando he oído ruidos que provenían de esa rejilla —contestó Fergun. Dannyl se incorporó.

—Así que te has metido tú solo y la has asustado.

Fergun miró al mago más alto con los ojos entrecerrados.

—No. He permanecido aquí, como se me ha ordenado.

—¿Ella le ha visto mirándola y se ha asustado de usted? —preguntó Rothen—. ¿Es por eso que ha empezado a usar sus poderes?

—Sí. —Fergun se encogió de hombros—. Hasta que sus amigos la han dejado inconsciente y han huido.

—¿No los has seguido? —preguntó Dannyl.

Fergun enarcó las cejas.

—No. Me he quedado aquí, como se me ha ordenado —repitió.

Dannyl dijo algo entre dientes y se retiró callejón abajo. Cuando llegaron los demás magos, Rothen se adelantó para recibirlos. Les explicó lo sucedido y los envió junto con Fergun de vuelta al Gremio. Halló a Dannyl sentado en un portal, dando forma de bola a un puñado de nieve.

—Está perdiendo el control.

—Sí —aceptó Rothen—. Voy a tener que cancelar la búsqueda. Una cacería o un enfrentamiento probablemente darán al traste con el poco control que pueda tener.

—¿Qué hacemos, entonces?

Rothen dirigió a su amigo una mirada significativa.

—Negociar.

El olor a humo seguía denso y áspero en los pulmones de Cery. Recorrió el pasadizo a la carrera, esquivando casi sin verlas las siluetas de otros hombres que viajaban por el Camino. Se detuvo ante una puerta y permaneció quieto, recuperando el aliento.

El guardia que abrió la puerta inclinó la cabeza brevemente al reconocer a Cery. El joven subió impaciente la estrecha escalera de madera que vigilaba el hombre, abrió la trampilla que había al final y pasó a la habitación casi sin iluminar.

Observó rápidamente a los tres fornidos guardias que acechaban en las sombras, al hombre de piel oscura que estaba de pie junto a la ventana y a la persona que dormía en una butaca.

—¿Qué ha pasado?

Farén se volvió para mirarlo.

—Le hemos dado un medicamento para que duerma. Estaba preocupada por si podía causar más daños.

Cery fue hacia la butaca para examinar la cara de Sonea. Tenía un cardenal oscuro e hinchado en una sien. Su piel estaba pálida y su pelo impregnado de sudor. Cery observó que tenía chamuscado el dobladillo de la manga y llevaba una mano

vendada.

—El fuego se extiende —observó Farén.

Cery irguió la espalda y se acercó al ladrón, que estaba junto a la ventana. Tres casas ardían en la acera de enfrente, y las llamas, que se alzaban como un cabello anaranjado y revoltoso allí donde una vez había habido tejados, habían transformado sus ventanas en ojos brillantes. Por las ventanas de otra casa ya empezaba a salir humo.

—Ha dicho que estaba soñando... teniendo una pesadilla —le dijo Farén—. Al despertarse, había cosas ardiendo en su habitación. Demasiadas para poder apagarlas. Cuanto más se asustaba, más fuegos se iniciaban.

Él suspiró. Permanecieron callados durante mucho tiempo, hasta que Cery tomó una gran bocanada de aire y se giró para mirar al ladrón.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Para su sorpresa, Farén sonrió.

—Presentar a Sonea al amigo de un viejo conocido nuestro. —Señaló a uno de los hombres que esperaban en las sombras—. Jarin, llévala en brazos.

Un hombre voluminoso y musculado salió de la penumbra a la luz anaranjada que llegaba de los incendios. Se inclinó para levantar a Sonea, pero cuando agarró los hombros de la chica, ella pestañeó hasta abrir los ojos. Jarin retiró las manos y se alejó con rapidez.

—¿Cery? —murmuró ella.

Cery fue corriendo a su lado. Sonea parpadeó lentamente, esforzándose para enfocar la mirada.

—Hola —dijo él con una sonrisa.

Los ojos de la joven volvieron a cerrarse.

—No nos han seguido, Cery. Nos han dejado marchar. ¿A que es raro? —Abrió los párpados de nuevo y miró por encima del hombro—. ¿Farén?

—Estás despierta —observó Farén—. Deberías haber dormido por lo menos otras dos horas.

—No me siento despierta —dijo entre bostezos.

Cery soltó una risita.

—Tampoco tienes pinta de estar despierta del todo. Duérmete otra vez. Necesitas descansar. Vamos a llevarte a un lugar seguro.

Sonea asintió mientras cerraba los ojos, y su respiración volvió a adoptar el ritmo lento del sueño. Farén miró a Jarin y señaló a la chica inconsciente con la cabeza.

El hombretón la levantó en brazos de mala gana. Los ojos de Sonea se movieron bajo sus párpados, pero siguió durmiendo. Farén cogió una lámpara, fue hasta la trampilla, la abrió de un puntapié y empezó a bajar la escalera.

Recorrieron los pasadizos en silencio. Cery miraba la cara de Sonea y notaba que

el corazón le daba vuelcos. La vieja y conocida incomodidad se había transformado en la sensación más intensa que jamás había sentido. Lo mantenía despierto por las noches y lo atormentaba durante el día, hasta el punto de que le costaba recordar algún momento en que no se notara enfermo.

Se trataba, en buena parte, de temor por ella, aunque últimamente había empezado a temer estar a su alrededor. La magia se le había escapado entre los dedos. Todos los días, en ocasiones cada hora, algún objeto cercano a ella ardía en llamas o explotaba. Aquella mañana Sonea se lo había tomado a broma, diciendo que ya había cogido mucha práctica en extinguir fuegos y esquivar objetos voladores.

Cada vez que se le escapaba la magia, llegaban magos corriendo desde toda la ciudad. Cambiando de lugar constantemente y pasando más tiempo en los túneles que en los escondrijos de Farén. Sonea se sentía agotada y desdichada.

Cery apenas prestó atención al recorrido, sumido como estaba en sus pensamientos. En un momento dado descendieron unos escalones elevados, y a continuación pasaron por debajo de una enorme losa de piedra. Supo que estaban entrando en la Cuaderna Septentrional, ya que aquello era la base de la Muralla Exterior, y se preguntó quién sería el misterioso amigo de Farén.

Poco más adelante, Farén hizo un alto y ordenó al guardia que dejara a Sonea en el suelo. La joven despertó, y esta vez parecía más consciente de su entorno. Farén se quitó el abrigo y, con la ayuda de Jarin, metió los brazos de Sonea en las mangas y le puso la capucha.

—¿Crees que podrás andar? —le preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Lo intentaré.

—Si nos encontramos con alguien, procura que no te vean —le dijo.

Al principio necesitó que la ayudaran, pero al cabo de unos minutos había recuperado el sentido del equilibrio. Caminaron durante otra media hora, cruzándose cada vez con más gente en los pasadizos. Farén se detuvo delante de una puerta y llamó. El guardia que la abrió los dejó pasar a una sala pequeña, antes de llamar a una segunda puerta.

La abrió un hombre menudo y moreno, de nariz puntiaguda, que miró fijamente al ladrón.

—Farén —dijo—. ¿Qué te trae por aquí?

—Negocios —respondió Farén.

Cery frunció el ceño. La voz le resultaba conocida. Los ojos pequeños y brillantes del hombre se convirtieron en rendijas.

—Pasad, pues.

Farén cruzó el vano, se detuvo y señaló a sus guardias con el dedo.

—Quedaos aquí —dijo. Hizo un gesto a Cery y a Sonea—. Vosotros dos, venid

conmigo.

El hombre torció el morro.

—Yo no he... —Vaciló, se fijó bien en la cara de Cery y entonces sonrió—. Ah, si es el pequeño Ceryni. Así que te has quedado al golfillo del hijo de Torrin, ¿eh, Farén? No sabía si lo harías.

Cery sonrió al comprender quién era aquel hombre.

—Hola, Ravi.

—Pasad.

Cery entró en la habitación con Sonea detrás de él. Al observar toda la estancia, su mirada se encontró con la de un anciano sentado en una silla, a un lado, mesándose su larga barba blanca. Cery lo saludó educadamente con la cabeza, pero el hombre no le devolvió el saludo.

—¿Quién es esta? —preguntó Ravi, señalando a Sonea.

Farén le quitó la capucha de la cabeza. Sonea intentó enfocar en Ravi unas pupilas negras y dilatadas por los efectos de la medicina.

—Esta es Sonea —respondió Farén, componiendo una sonrisa que no transmitía ningún rastro de humor—. Sonea, te presento a Ravi.

—Hola —dijo Sonea con un hilo de voz.

Ravi dio un paso atrás, con la cara lívida.

—¿Esta es... *ella*? Pero...

—¿Cómo te atreves a traerla aquí?

Todos se volvieron hacia la voz. El anciano se había puesto de pie y estaba mirando con rabia a Farén. Sonea ahogó un pequeño grito y retrocedió a trompicones.

Farén le puso las manos en los hombros para que se tuviera en pie.

—No te preocupes, Sonea —dijo en voz baja y tranquilizadora—. No se atrevería a hacerte daño. Si lo hiciera, tendríamos que explicárselo todo al Gremio, y a él no le interesa que se enteren de que no está muerto, como creen ellos.

Cery giró la cabeza para contemplar al anciano, comprendiendo al instante por qué aquel desconocido no se había molestado en responder a su saludo.

—Verás, Sonea —continuó diciendo Farén con tono altivo—, él y tú tenéis mucho en común. A ambos os protegen los ladrones, ambos tenéis magia y ninguno de vosotros desea que lo encuentre el Gremio. Y ahora que has visto aquí a Senfel, no le va a quedar más remedio que enseñarte cómo se controla tu magia... porque si no lo hace, los magos podrían localizarte y tú podrías hablarles de él.

—¿Es un mago? —dijo en voz muy baja, mirando al anciano con los ojos abiertos como platos.

—Un ex mago —puntualizó Farén.

Para alivio de Cery, los ojos de Sonea se llenaron de esperanza y no de temor.

—¿Puedes ayudarme? —le preguntó.

Senfel se cruzó de brazos.

—No.

—¿No? —repitió ella suavemente.

El anciano arrugó el entrecejo y sus labios formaron un mohín despectivo.

—Drogarla no va a hacer más que empeorar las cosas, ladrón.

Sonea aspiró aire de golpe. Cery vio cómo regresaba el miedo a sus ojos y se colocó a su lado para agarrarle las manos.

—No pasa nada —susurró—. Solo era un medicamento para que durmieras.

—Sí, sí que pasa —dijo Senfel. Dirigió una mirada fría a Farén—. No puedo ayudarla.

—No te queda elección —replicó Farén.

Senfel sonrió.

—¿Ah, no? Pues entonces, ve al Gremio. Diles que estoy aquí. Prefiero que me encuentren a morir cuando pierda el control de sus poderes.

Notando que Sonea se tensaba, Cery se volvió hacia el anciano.

—Deja de asustarla —siseó.

Senfel lo miró fijamente y después sus ojos pasaron a Sonea. Ella le devolvió una mirada desafiante. La expresión del anciano se suavizó un poco.

—Ve con ellos —la apremió—. No van a matarte. Lo peor que puede pasarte es que ligen tus poderes para que no puedas usarlos. Mejor eso que morir, ¿no?

Ella siguió fulminándolo con la mirada. Senfel hizo un gesto de indiferencia, se irguió y fijó unos ojos duros como el acero en Farén.

—Hay por lo menos tres magos cerca. Me costaría bien poco llamarlos, y estoy seguro de que podría evitar que os marcharais durante el tiempo que les cueste dar con esta sala. ¿Sigues pretendiendo revelar mi presencia al Gremio?

Farén movió la mandíbula mientras aguantaba la mirada del mago. Negó con la cabeza.

—No.

—Marchaos... y cuando esté lúcida, repetidle lo que le he dicho. Si no pide ayuda al Gremio, morirá.

—Pues entonces ayúdala tú —dijo Cery.

El anciano negó con la cabeza.

—No puedo. Mis poderes son demasiado débiles, y la chica ya ha ido demasiado lejos. Ahora solamente el Gremio puede ayudarla.

El tabernero de la casa de bol arrastró un barril que había debajo de la mesa y lo subió a la barra con un gruñido de esfuerzo. Dirigió a Dannyl una mirada llena de significado mientras empezaba a llenar jarras y a repartirlas por la mesa. Se inclinó hacia delante, dejó bruscamente una jarra frente a Dannyl y entonces se cruzó de

brazos y esperó.

Distraído, Dannyl frunció el ceño al hombre y le entregó una moneda. La mirada del tabernero no vaciló. Dannyl miró la bebida y supo que no podía evitarlo más tiempo: tenía que beberse aquel mejunje.

Levantó la jarra y dio un sorbo de prueba, para parpadear enseguida de la sorpresa. Su boca se había llenado de un sabor dulce y complejo. El gusto le era conocido, y lo identificó al cabo de un momento. Salsa chebol, pero sin las especias.

Unos pocos sorbos más tarde notó cómo el estómago se le llenaba de calor. Alzó la copa hacia el tabernero y recibió un asentimiento de aprobación como respuesta. Sin embargo, el hombre no dejó de vigilarlo, y Dannyl no respiró tranquilo hasta que entró un joven en la casa de bol e inició una conversación.

—¿Cómo va el negocio, Kol?

El hombre levantó los hombros.

—Como siempre.

—¿Cuántos barriles vas a querer esta vez?

Dannyl escuchó a los dos hombres negociando. Cuando se pusieron de acuerdo en el precio, el recién llegado se dejó caer en una silla y suspiró.

—¿Dónde se ha metido ese tipo tan raro con el anillo brillante?

—¿El sachakano? —El tabernero se encogió de hombros—. Se lo cargaron hace unas semanas. Lo encontraron en el callejón.

—¿En serio?

—De verdad.

Dannyl bufó suavemente. «Un final apropiado», meditó.

—¿Te has enterado del incendio que hubo anoche? —preguntó el tabernero.

—Vivo cerca de allí. Arrasó una calle entera. Menos mal que no era verano. Podrían haberse quemado las barriadas enteras.

—Como si la gente de la ciudad fuera a preocuparse —añadió el tabernero—. El fuego no pasaría de la Muralla.

Una mano se posó en el hombro de Dannyl. El mago miró hacia arriba y reconoció al hombre flaco que los ladrones le habían asignado como guía. El individuo hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta.

Dannyl terminó su jarra de bol y la dejó en la mesa. Al levantarse, el propietario le dirigió un saludo amistoso. Dannyl se lo devolvió, sonriente, y siguió al guía hacia la puerta.

15. De una forma u otra...

Sonea observó el agua que se filtraba por una grieta alta que había en la pared, formaba una gotita, descendía por un gancho vacío para colgar fanales y saltaba hasta deshacerse contra el duro suelo. Miró de nuevo hacia arriba, donde ya empezaba a formarse una nueva gotita.

Farén había elegido cuidadosamente su último escondrijo. Era un viejo almacén subterráneo, con gruesas paredes y un banco de piedra en lugar de cama, que no contenía nada que fuera inflamable o valioso. Excepto ella misma.

La idea hizo que se extendiera una onda de miedo en su mente. Cerró los ojos y la apartó sin miramientos. No sabía cuánto tiempo había estado en aquella habitación. Podrían ser días, o tan solo horas. No tenía nada con que medir el tiempo.

Desde que llegó allí, no había notado su mente agitarse como había tomado por costumbre. La lista de emociones capaces de disparar sus poderes se había hecho tan larga que ya no llevaba la cuenta. Tumbada en el almacén, se había concentrado en estar calmada. Cada vez que un pensamiento perturbaba aquella calma, Sonea respiraba hondo y lo desechaba. Una cómoda indiferencia se había apoderado de ella. Tal vez estuviera causada por la bebida que le había dado Farén.

«Drogarla no va a hacer más que empeorar las cosas.» Se estremeció al recordar el extraño sueño que había tenido después del incendio. En él, había visitado a un mago en las barriadas. Pero aunque su mente había inventado a alguien que pudiera ayudarla, sus palabras no la habían reconfortado. Respirando profundamente, apartó el recuerdo.

Estaba claro que se había equivocado al pensar que debía guardar una reserva de rabia en su interior para invocarla cuando quisiera hacer magia. Ahora admiraba a los magos por el control de que hacían gala, pero saber que eran unos seres sin emociones no era ninguna razón para que le cayesen bien.

Alguien dio unos golpes suaves en la puerta, y luego empezó a abrirla. Sonea sofocó la sensación de alarma, se levantó y echó un vistazo por el resquicio que se ensanchaba. Al otro lado estaba Cery, haciendo una mueca por el esfuerzo de empujar la terca puerta metálica. Cuando la hubo abierto lo suficiente para entrar de lado, dejó de empujar y le indicó por signos que saliera.

—Hay que moverte otra vez.

—Pero si no he hecho nada.

—A lo mejor no te has dado cuenta.

Mientras pasaba por el hueco de la puerta, pensó en lo que podría significar aquello. ¿Tal vez la droga evitaba que notara cuándo se le escurría la magia de la mente? No había visto que nada explotara o se incendiara. ¿Seguían escapándose sus

poderes, aunque fuera de forma menos destructiva?

Barruntar aquellas cuestiones la llevó peligrosamente cerca de sentir emociones fuertes, así que apartó la idea de su mente. Siguió a Cery, concentrada en seguir tranquila. El joven empezó a subir unos peldaños oxidados que estaban clavados a una pared. Abrió una trampilla hacia arriba y salió, mientras la nieve recién caída entraba en el pasadizo.

Sonea, siguiéndolo de cerca, notó el aire helado en la cara cuando salió a la luz del día. Estaban en un callejón desierto. Cery sonrió divertido al verla sacudirse la nieve de la ropa.

—Llevas nieve en el pelo —dijo. Estiró un brazo para quitársela, ahogó un grito y retiró la mano deprisa—. ¡Au! Pero ¿qué...? —Volvió a acercar la mano e hizo una mueca—. Has hecho una barrera de esas, Sonea.

—No he hecho nada —respondió ella, aún convencida de que no había utilizado la magia.

Estiró un brazo y notó un estallido de dolor cuando su mano topó con una invisible muralla de resistencia. Captó un movimiento por encima del hombro de Cery y miró hacia allí. Acababa de entrar un hombre en el callejón y estaba andando hacia ella.

—Detrás de ti —advirtió a su amigo, pero Cery estaba mirando algo sobre la cabeza de ella.

—¡Mago! —susurró él, señalando.

Sonea miró hacia arriba y tomó aire bruscamente. En el techo que había encima de ellos había un hombre de pie, que no les quitaba ojo de encima. Lo que vio Sonea hizo que se olvidara de soltar el aire: el hombre saltó del edificio pero, en lugar de caer, empezó a flotar hacia el suelo.

El aire vibró mientras Cery daba golpes a la barrera.

—¡Corre! —gritó—. ¡Vete de aquí!

Sonea retrocedió para alejarse del mago que bajaba. Renunció a todo esfuerzo por mantenerse calmada y corrió a toda velocidad por el callejón. El sonido de unas botas aplastando la nieve detrás de ella le indicó que el mago flotante ya estaba en el suelo.

El callejón se cruzaba con otro por delante de Sonea. Después de la intersección había otra persona avanzando hacia ella con paso decidido. Casi gritando, se lanzó hacia delante con toda la fuerza que le dio el pánico. Se sintió triunfante al llegar a la intersección varios pasos por delante del segundo mago.

Resbaló hasta perder el impulso, saltó hacia la callejuela que tenía a la derecha...

... y tuvo que agarrarse a las esquinas para detenerse. Allí había otro hombre, con los brazos cruzados. Dio un respingo y se impulsó con los brazos para alejarse de él.

Miró en derredor y dio un salto hacia el único callejón que le quedaba, pero tuvo que detenerse de nuevo. A pocos pasos había un cuarto hombre, vigilando su última

ruta de escape.

Sonea maldijo y se dio la vuelta para ver lo que tenía detrás. El tercer hombre estaba mirándola fijamente, pero no se había movido. Se volvió de nuevo hacia el cuarto mago, que había empezado a andar hacia ella.

El corazón le latía enloquecido. Miró hacia arriba y pensó en las paredes. Estaban hechas del típico ladrillo basto, pero sabía que aunque tuviera tiempo para escalar, a los magos les costaría poco hacerla bajar. Un frío horripilante y profundo se apoderó de ella.

«Estoy atrapada. No hay salida.»

Miró a su espalda y notó una puñalada de miedo al ver que los dos primeros hombres se habían reunido con el tercero en la encrucijada, y una conocida agitación le atravesó la mente. Empezó a caer polvo y trozos de ladrillo cuando estalló parte de la pared que los hombres tenían encima. Los escombros rebotaron, inofensivos, en el aire que tenían sobre las cabezas.

Los magos miraron la pared y luego volvieron unos ojos calculadores hacia ella. A Sonea le dio miedo que pudieran pensar que los estaba atacando y se tomaran la revancha, por lo que retrocedió. Volvió a notar la agitación. Su pierna quedó envuelta por un calor abrasador. Vio que la nieve chisporroteaba y se convertía en un charco de agua a sus pies. Subió el vapor, llenando el callejón de una niebla cálida e impenetrable.

«¡No me ven!» Sintió una oleada de esperanza. «Puedo colarme por su lado.»

Dio media vuelta y echó a correr por el callejón. La sombra oscura de un hombre se movió para cerrarle el paso. Sonea vaciló un instante, y luego metió la mano en el abrigo. Sus dedos encontraron la fría empuñadura de su navaja. Esperó a que el mago extendiera los brazos para agarrarla y se agachó por debajo de sus manos para lanzarse contra él con todas sus fuerzas. El mago trastabilló hacia atrás, pero no cayó al suelo. Antes de que pudiera recobrar el equilibrio, la joven le clavó su arma afilada con fuerza en el muslo.

El filo se hundió profundamente en la pierna del mago con un sonido nauseabundo. El hombre gritó de sorpresa y dolor, provocando en Sonea una satisfacción cruel. Sacó el cuchillo de la herida y apartó al mago de un fuerte empujón. Mientras él caía contra la pared, gimiendo, ella se giró para salir corriendo.

Unos dedos le atraparon la muñeca. Gruñendo, se volvió y trató de retorcerse para quedar libre. El apretón se hizo más fuerte y empezó a dolerle, y sintió cómo se le resbalaba la navaja de la mano.

Una ráfaga de viento expulsó la neblina del callejón y reveló a los otros tres magos corriendo hacia ella. Notó crecer el pánico y empezó a forcejear sin ningún resultado, con los pies resbalando en el suelo húmedo. Su captor, con un gruñido de esfuerzo, tiró de su brazo hasta pasarla al otro lado y enviarla hacia los otros tres.

La invadió el terror cuando notó que unas manos le agarraban los brazos. Se retorció para intentar liberarse, pero la estaban reteniendo con fuerza. Unas manos la empujaron contra la pared y la inmovilizaron. Jadeante, se vio rodeada de magos, todos ellos mirándola con ojos relucientes.

—Es peleona —dijo uno de los hombres.

El herido soltó una breve carcajada compungida.

Sonea miró al mago que tenía más cerca y le sorprendió reconocerlo. Era el mago que la había visto durante la Purga. Ahora estaba mirándola atentamente a los ojos.

—No nos temas, Sonea —dijo—. No vamos a hacerte daño.

Un mago murmuró algo. El mago más viejo asintió y entonces los otros retiraron las manos con cautela.

La aprisionaba contra la pared una fuerza invisible. Incapaz de moverse, notó que la embargaba una gran desesperación, seguida de la familiar sensación de la magia agitándose fuera de su control. Los otros tres magos se echaron al suelo cuando estalló la pared que tenían detrás, rociando el callejón de ladrillos.

Por el hueco salió un hombre con delantal de panadero y la cara enrojecida de rabia. Vio a los cuatro magos y dudó, abriendo mucho los ojos. Un mago se volvió y le hizo un gesto brusco.

—Aléjate de aquí —ladró—. Y saca a todos de este edificio.

El hombre retrocedió y se perdió en la oscuridad de la casa.

—Sonea. —El mago más anciano la miraba con intensidad—. Escúchame. No vamos a hacerte daño. Vamos a...

Un calor ardiente se ciñó a su cara. Giró un poco la cabeza y vio que los ladrillos más cercanos estaban emitiendo un resplandor rojizo. Por la pared bajó un reguero de algún líquido. Oyó cómo uno de los magos profería una maldición.

—Sonea —dijo el mago más viejo, dejando que su voz se volviera adusta—. Deja de combatirnos. Terminarás haciéndote daño.

La pared que tenía detrás empezó a vibrar. Los magos extendieron los brazos a medida que el temblor se propagaba. Sonea ahogó un grito al notar que se formaban unas grietas en el suelo bajo sus pies y empezaban a expandirse.

—Respira más lentamente —la apremió el mago—. Procura calmarte.

Sonea cerró los ojos y a continuación negó con la cabeza. No servía de nada. La magia fluía desde ella como si fuera agua en una cañería rota. Notó que una mano le tocaba la frente y abrió los ojos.

El mago retiró la mano. Tenía las facciones en tensión. Dijo algo a los demás y luego la miró a los ojos.

—Puedo ayudarte, Sonea —dijo el mago—. Puedo enseñarte a detener todo esto, pero es imposible si no me lo permites. Ya sé que tienes motivos de sobra para temernos y desconfiar de nosotros, pero si no haces esto ahora, vas a hacerte daño a ti

misma y a mucha, mucha gente de la zona. ¿Lo comprendes?

Sonea lo miró. ¿Ayudarla? ¿Por qué quería ayudar?

«Pero si hubiera pretendido matarme —comprendió de repente—, ya lo habría hecho.»

La cara del hombre empezó a titilar, y Sonea se dio cuenta de que el aire que la rodeaba había empezado a ondularse por el calor. Le ardía la cara y contuvo un grito de dolor. El mago y sus compañeros parecían inmunes, pero tenían expresiones adustas.

Aunque una parte de ella se resistía a la idea, sabía que ocurriría algo malo si no hacía lo que aquellos magos querían. El mago más viejo frunció el ceño.

—Sonea —dijo con severidad—. No tenemos tiempo para explicártelo. Voy a intentar mostrártelo, pero no debes resistirte.

El mago levantó una mano y le tocó la frente. Cerró los ojos.

Al instante la joven fue consciente de que había una persona a las puertas de su mente. Supo en aquel mismo momento que se llamaba Rothen. Al contrario que las mentes que había sentido mientras la buscaban, esta podía *verla*.

Cerró los ojos y se concentró en la presencia del mago.

Escúchame. Has perdido el control de tus poderes casi por completo.

Aunque Sonea no había escuchado ninguna palabra, el significado estaba claro... y daba miedo. Comprendió al momento que el poder que tenía iba a matarla si no aprendía a controlarlo.

Busca esto dentro de tu mente.

Algo... un pensamiento inarticulado... una instrucción de búsqueda. Fue consciente de que existía un lugar en su interior que le era al mismo tiempo familiar y desconocido. Se fue volviendo más claro cuanto más se centraba en él. Una enorme y cegadora esfera de luz, flotando en la oscuridad.

Esto es tu poder. Se ha convertido en un gran almacén de energía, aunque estés utilizándola. Debes liberarla... pero de forma controlada.

¿Aquello que veía era su magia? Intentó alcanzarla. De inmediato, una luz blanca escapó de la esfera. La envolvió el dolor, y en algún lugar lejano oyó una voz que gritaba.

No intentes alcanzarla. O al menos, no hasta que te enseñe cómo hacerlo. Ahora mírame...

El mago atrajo su atención. Sonea lo siguió a otro lugar, y fue consciente de otra esfera de luz.

Observa.

Sonea miró cómo el mago ejercitaba su voluntad, extraía poder de la esfera, lo conformaba y lo dejaba marchar.

Ahora prueba tú.

Centrada en su propia luz, Sonea la obligó a liberar un poco de energía. La magia inundó su mente. Solamente tenía que pensar en lo que quería que hiciese para que desapareciera.

Eso es. Ahora hazlo otra vez, pero sigue extrayendo poder hasta que hayas usado todo el que tienes.

¿Todo?

No tengas miedo. Se supone que eres capaz de manejar esa cantidad, y el ejercicio que acabo de enseñarte lo utilizará de forma que no cause ningún daño.

Su pecho se hinchó al respirar profundamente y soltar el aire. Invocó su poder de nuevo y empezó a conformarlo y liberarlo una y otra vez. Después de empezar a hacerlo, parecía que la energía estuviera ansiosa por responder a su voluntad. La esfera comenzó a encogerse, decreciendo lentamente hasta que no fue más que una chispa flotando en la oscuridad.

Muy bien, ya está.

Abrió los ojos y parpadeó mientras contemplaba la destrucción que había a su alrededor. En veinte pasos a la redonda no quedaban paredes en pie, solamente escombros en llamas. Los magos la contemplaban con recelo.

La pared que tenía detrás ya no existía, pero la fuerza invisible seguía sosteniéndola en pie. Cuando la liberó, Sonea notó que le fallaban las piernas, temblorosas por el cansancio, y cayó de rodillas. Casi incapaz de mantener la espalda recta, frunció el ceño al mago más viejo.

Él sonrió y se inclinó para ponerle una mano en el hombro.

Por el momento estás a salvo, Sonea. Has utilizado toda tu energía. Ahora descansa. Hablaremos pronto.

Mientras el mago la cogía en brazos, Sonea se vio envuelta por una sensación de mareo, que desencadenó una negrura que ahogó todo pensamiento.

Jadeando por el esfuerzo y el dolor, Cery se desplomó sobre la pared derrumbada. El grito de Sonea todavía le resonaba en los oídos. Presionó las manos contra la cabeza y cerró los ojos.

—Sonea... —susurró.

Con un suspiro, apartó las manos y oyó demasiado tarde el sonido de pasos a su espalda. Vio que había regresado el hombre que le había cortado la retirada por el callejón, y ahora no le quitaba ojo de encima.

Cery no le hizo ningún caso. Sus ojos habían encontrado un color brillante entre todo el polvo y los cascotes. Se agachó y tocó el hilo de color rojo que goteaba por el borde de un ladrillo rojo. Sangre.

Los pasos se acercaron. Junto a la sangre apareció una bota... dos botas, con botones que tenían la forma del símbolo del Gremio. La furia recorrió a Cery, y con

un solo movimiento se levantó y lanzó un golpe, apuntando a la cara del hombre.

El mago atrapó el puño de Cery en el aire y lo retorció. Cery perdió el equilibrio, tropezó y cayó. Se dio un golpe en la cabeza contra la pared destrozada. Su visión se llenó de colores. Jadeando, se puso en pie a duras penas, apretándose la cabeza con las manos para intentar impedir que el mundo diera vueltas. El hombre soltó una risita.

—Estúpido losde —dijo.

Pasándose la mano por el pelo rubio y fino, el mago giró sobre sus talones y se marchó.

Segunda Parte

16. Presentaciones

Al final de la mañana, Rothen notó que el cansancio tiraba de sus párpados. Los cerró para invocar un poco de magia curativa que lo refrescara, y luego levantó su libro y se obligó a leer.

Antes de poder acabar la página, se descubrió mirando de nuevo a la chica que dormía. Estaba tumbada en un pequeño dormitorio que formaba parte de sus aposentos, sobre la cama que una vez había pertenecido a su hijo. Otros magos habían discutido su decisión de tener a la joven en el edificio de los magos. Rothen no compartía la preocupación de los demás, pero sí le echaba un vistazo de vez en cuando... solo por si acaso.

De madrugada había permitido que Yaldin lo relevara en la guardia para poder descansar un poco. Pero en lugar de dormir, se había quedado tumbado, despierto, pensando en ella. Había tanto que explicarle... Quería estar preparado para todas las preguntas y acusaciones que, sin duda, ella querría hacer. Había repetido una y otra vez las posibles conversaciones en su mente, y al final había renunciado al sueño para regresar a su lado.

La chica había pasado casi todo un día durmiendo. Normalmente el agotamiento mágico afectaba a los jóvenes de ese modo. En los dos meses que habían transcurrido desde la Purga, su pelo oscuro había crecido un poco, pero tenía la piel pálida y pegada a sus huesos faciales. Rothen recordó lo poco que le había costado cargar con ella y negó con la cabeza. El tiempo que la joven había pasado con los ladrones no había mejorado su salud. Suspirando, centró su atención en el libro.

Volvió a levantar la mirada después de haber logrado leer otra página. Unos ojos oscuros se encontraron con los suyos.

Los ojos se posaron en la túnica. La chica se convirtió en un frenesí de movimiento mientras luchaba contra las sábanas ajustadas a la cama. Cuando se liberó, miró consternada el camisón de algodón que llevaba puesto.

Rothen dejó el libro en la mesa y se puso de pie, controlándose para no hacer movimientos bruscos. Ella apretó la espalda contra la pared más lejana, con los ojos muy abiertos. El mago se alejó de la cama, abrió las puertas de un armario que había al otro extremo de la habitación y sacó una gruesa bata.

—Toma —dijo, extendiendo el brazo y ofreciéndosela—. Esto es para ti.

Sonea miró la bata como si fuera un animal salvaje.

—Cógela —insistió Rothen mientras daba unos pasos hacia ella—. Debes de tener frío.

Con el ceño arrugado, la joven se acercó un ápice y le arrancó la bata de las manos. Sin quitar ojo al mago, metió los brazos en la prenda y envolvió con ella su

delgado cuerpo, mientras retrocedía de nuevo hasta la pared.

—Me llamo Rothen —dijo el mago.

Ella siguió mirándolo sin decir nada.

—No tenemos intención de hacerte daño, Sonea —dijo él—. No tienes nada que temer.

Los ojos de la chica se estrecharon y su boca se convirtió en una fina línea tensa.

—No me crees. —Se encogió de hombros—. Yo tampoco lo haría, de estar en tu situación. ¿Recibiste nuestra carta, Sonea?

La chica frunció el ceño y luego en sus rasgos asomó una fugaz mueca de desprecio. Rothen controló el impulso de sonreír.

—Claro, eso tampoco te lo creerías, ¿verdad que no? Dime, ¿qué es lo que más te cuesta creer?

Sonea se cruzó de brazos, miró por la ventana y no respondió. El mago ignoró un ligero disgusto. Era de esperar que ofreciera resistencia, aunque fuese en la forma de aquel ridículo rechazo a responderle.

—Sonea, de verdad tenemos que hablar —dijo suavemente—. Hay un poder en tu interior que, te guste o no, debes aprender a controlar. Si no lo haces, te acabará matando. Sé que esto lo comprendes.

La chica arrugó el entrecejo, pero siguió mirando por la ventana en silencio. Rothen se permitió un suspiro.

—Sean cuales sean las razones de que no te caigamos bien, debes darte cuenta de que rechazar nuestra ayuda es una estupidez. Ayer no hicimos más que gastar la reserva de poder que tienes. Antes de que pase mucho tiempo, tus poderes volverán a ser fuertes y peligrosos. Medita sobre ello... —Hizo una pausa—. Pero no por mucho tiempo.

Se volvió hacia la puerta y agarró el picaporte.

—¿Qué tengo que hacer?

La voz de la chica sonaba aguda y débil. Rothen sintió la euforia del triunfo, pero controló su expresión rápidamente. Dio media vuelta y sintió una gran tristeza al ver el miedo en los ojos de Sonea.

—Tienes que aprender a confiar en mí —le dijo.

Aquel mago, Rothen, había regresado a su silla. El corazón de Sonea seguía acelerado, pero ya no tanto. La bata la hacía sentirse menos vulnerable. Sabía que no supondría ninguna protección contra la magia, pero al menos tapaba aquella cosa ridícula con que la habían vestido.

La habitación donde se hallaba no era muy grande. Había un armario alto en un extremo, la cama ocupaba el otro por completo y en el centro había una mesa pequeña. Todo el mobiliario estaba hecho de madera pulida y cara. En la mesa había

algunos peines pequeños y material de escritura labrado en plata. En la pared, junto a la mesa, había un espejo, y la pared de detrás del mago estaba adornada con un cuadro.

—El control es una habilidad complicada —le dijo Rothen—. Para enseñártelo debo entrar en tu mente, pero no puedo hacerlo si te resistes.

El recuerdo de los aprendices del Gremio de pie en una habitación, presionando las manos sobre las sienes de sus compañeros sentados, afloró en la mente de Sonea. El profesor que los instruía había dicho lo mismo, a grandes rasgos. Sonea sintió una satisfacción incómoda por saber que aquel mago le decía la verdad. Ningún mago podía entrar en su mente sin invitación.

Entonces arrugó la frente, recordando la presencia que le había mostrado la fuente de su poder y la forma de usarla.

—Ya lo hiciste ayer.

Él negó con la cabeza.

—No. Te señalé tu propio poder, y luego te enseñé cómo se utilizaba con el mío. Son dos cosas bastante distintas. Para enseñarte a controlar tu poder, debo ir al lugar de tu interior donde reside ese poder, y para llegar allí debo meterme en tu mente.

Sonea apartó la mirada. ¿Dejaría que un mago entrara en su mente? ¿Qué iba a ver allí? ¿Todo, o solamente lo que ella le permitiera? ¿Tenía alguna otra opción?

—Habla conmigo —la instó el mago—. Hazme todas las preguntas que quieras. Si sabes más de mí, verás que soy digno de confianza. No tiene por qué caerte bien el Gremio entero, no tengo por qué caerte bien ni siquiera yo. Solo has de conocerme lo suficiente para saber que te enseñaré lo que debes aprender y que no haré nada que pueda dañarte.

Sonea examinó al mago. Era de mediana edad, o mayor. Aunque tenía el cabello oscuro salpicado de canas, sus ojos eran azules y vivos. Las arrugas en los bordes de los ojos y la boca le daban una expresión de buen humor. Tenía todo el aspecto de un hombre amable y paternal... pero ella no era tonta. Los embaucadores siempre se hacían pasar por personas honradas y amables. Si no se les daba bien, no se podían ganar la vida. Seguramente el Gremio se había encargado de que el primer mago que ella conociera fuese el más encantador.

Tenía que mirar más al fondo. Al concentrarse en sus ojos, el mago le sostuvo la mirada sin vacilar. Tanta confianza la perturbó. O bien estaba seguro de que no había nada censurable que encontrar, o bien creía poder engañarla para que lo pensara.

Fuera como fuese, Sonea decidió que no se lo iba a poner fácil.

—¿Por qué me tengo que creer nada de lo que me digas?

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a mentirte?

—Para conseguir lo que quieres. ¿Qué más razones puede haber?

—¿Y qué es lo que quiero?

La chica titubeó.

—Todavía no lo sé.

—Lo único que quiero es ayudarte, Sonea —dijo, con una voz que sonaba realmente preocupada.

—No te creo —le dijo.

—¿Por qué no?

—Porque eres un mago. Dicen que hacéis un juramento de proteger a la gente, pero yo os he visto matar.

Las arrugas que tenía el mago entre las cejas se hicieron más profundas, y asintió lentamente.

—Es cierto, lo has visto. Como te decíamos en la carta, aquel día no pretendíamos hacer daño a nadie, ni a ti ni al chico. —Suspiró—. Fue un error terrible. Si hubiera sabido lo que iba a ocurrir, nunca te habría señalado.

»Hay muchas formas diferentes de proyectar la magia, y la más común es el azote. El más débil de todos es el azote de paro, cuyo objetivo es paralizar, congelar los músculos de alguien para que no pueda moverse. Todos los magos que atacaron a ese joven estaban utilizando el azote de paro. ¿Recuerdas el color de los azotes?

Sonea negó con la cabeza.

—No estaba mirando. —«Estaba demasiado ocupada huyendo», pensó, pero no tenía ninguna intención de decirlo en voz alta.

Rothen frunció el ceño.

—Entonces tendrás que creerme si te digo que eran rojos. Los azotes de paro son rojos. Pero con tantos magos reaccionando, algunos de los azotes se juntaron y se combinaron, formando un azote de fuego más fuerte. Esos magos no tenían intención de hacer daño a nadie, solo de evitar que el chico se escapara. Te lo aseguro, nuestra equivocación nos ha provocado mucho malestar, y una rotunda desaprobación por parte del rey y de las Casas.

Sonea soltó un bufido.

—Como si les importara.

Las cejas del mago se elevaron.

—Claro que les importa. Admito que sus motivos están más relacionados con tener al Gremio bien atado que con la compasión por el chico o su familia, pero hemos tenido nuestro castigo por ese error.

—¿Qué castigo?

Rothen puso una sonrisa torcida.

—Cartas de protesta. Discursos públicos. Un aviso del rey. No parece gran cosa, pero en el mundo de la política las palabras son mucho más peligrosas que los palos, o que la magia.

Sonea movió la cabeza de un lado a otro.

—Vuestro trabajo es hacer magia. Se supone que es lo que mejor sabéis hacer. Puede que un mago se equivoque, pero no tantos como había allí.

Los hombros de Rothen se elevaron.

—¿Crees que nos pasamos el día preparándonos para cuando una pobre chica nos ataque con piedras dirigidas mágicamente? Nuestros guerreros se entrenan para las más sutiles maniobras y estrategias del combate, pero nada de lo que estudian en la Arena podría haberlos preparado para un ataque de su propia gente... de gente que consideraban inofensiva.

Sonea resopló, haciendo ruido. Inofensiva. Vio cómo Rothen apretaba los labios al oír el sonido. «Seguramente le doy asco», caviló. Para los magos, los de las barriadas eran sucios, feos y un engorro. ¿Tendría la más mínima idea de cuánto los odiaban a ellos los losdes?

—Pero ya habías hecho cosas casi igual de malas antes —le dijo—. He visto a gente con quemaduras que les hicieron los magos. Y también están los que caen aplastados cuando vosotros asustáis a la multitud y se echa a correr. Además, la mayoría muere de frío más tarde, en las barriadas. —Entrecerró los ojos—. Pero claro, a ti no te parecerá que eso sea culpa del Gremio, ¿verdad?

—En el pasado han ocurrido accidentes —admitió él—. Magos que ponían poco cuidado. Siempre que ha sido posible, la gente que salía herida la curaban nuestros sanadores y después era compensada. Y en cuanto a la Purga en sí... —Negó con la cabeza—. Muchos de nosotros pensamos que ya no es necesaria. ¿Sabes por qué se empezó a hacer?

Sonea abrió la boca para ofrecerle una réplica cortante, pero se detuvo. No le vendría mal saber cómo creía él que había empezado la Purga.

—Cuéntamelo tú.

La mirada de Rothen se perdió en el pasado.

—Hace más de treinta años, explotó una montaña muy lejos al norte. El cielo se llenó de hollín y bloqueó parte del calor que da el sol. El invierno siguiente fue tan largo y frío que no tuvimos un verano digno de ese nombre, y luego empezó el siguiente invierno. No hubo cosechas en toda Kyrallia, ni tampoco en Elyne, y el ganado murió. Cientos, quizá miles de granjeros vinieron a la ciudad con sus familias, pero no había trabajo ni alojamiento para todos ellos.

»La ciudad se llenó de gente hambrienta. El rey distribuyó alimentos y dispuso que lugares como el Estadio se utilizaran para refugiarlos. Mandó a casa a algunos granjeros, con bastante comida para que aguantasen hasta el siguiente verano. Sin embargo, no había suficiente para alimentar a todos.

«Explicamos a la gente que el próximo invierno no sería tan malo, pero muchos de ellos no nos creyeron. Algunos incluso pensaban que el mundo iba a congelarse

por completo y que todos moriríamos. Olvidaron todo rastro de decencia, y se aprovecharon de los demás creyendo que no quedaría nadie vivo para castigarlos. Se hizo peligroso caminar por las calles, hasta de día. Las bandas asaltaban las casas y la gente moría en sus camas. Fue una época terrible. —Meneó la cabeza—. No la olvidaré nunca.

»El rey envió a la Guardia para que expulsara a todas esas bandas de la ciudad. Cuando se hizo evidente que no podía llevarse a cabo sin derramar sangre, pidió ayuda al Gremio. El siguiente invierno también fue severo, y el rey vio que se empezaban a repetir unos problemas similares, así que decidió despejar otra vez las calles antes de que la situación se volviera peligrosa. Y así se ha hecho desde entonces. —Rothen suspiró.

»Hay muchos que opinan que la Purga debería haber terminado hace años, pero la gente no olvida, y las barriadas han multiplicado su tamaño desde aquel terrible invierno. Se teme lo que pueda ocurrir si no se despeja la ciudad cada invierno, sobre todo ahora que existen los ladrones. Tienen miedo de que los ladrones puedan aprovechar una situación así para apoderarse de la ciudad.

—¡Eso es ridículo! —exclamó Sonea.

La versión de la historia que le había dado Rothen era muy parcial, como había esperado, pero algunas razones que había ofrecido para la primera Purga le resultaban nuevas y extrañas. ¿Montañas que explotaban? No tenía sentido discutirlo. El mago se limitaría a señalar la ignorancia de Sonea sobre aquellos temas. Pero ella sabía algo que él desconocía.

—Fue por la Purga que empezaron los ladrones —le dijo—. ¿Piensas que solamente expulsabais a asaltadores y a bandas callejeras? Sacabais de la ciudad a todos esos granjeros hambrientos y a sus familias, y a otra gente como los mendigos o los traperos, que necesitaban estar en la ciudad para sobrevivir. Esa gente se unió para ayudarse entre ellos. Pudieron seguir adelante uniéndose a los sin ley, porque ya no veían razones para seguir las leyes del rey. Esos sin ley son los ladrones... y a los ladrones les trae sin cuidado la Purga porque pueden entrar y salir de la ciudad siempre que quieran.

Rothen asintió lentamente, con aire pensativo.

—Algo así sospechaba. —Se inclinó hacia delante—. Sonea, a mí me gusta la Purga tan poco como a ti, y no soy el único mago que opina lo mismo.

—Entonces ¿por qué vas *tú* a hacerla?

—Porque cuando el rey nos pide que hagamos algo, nuestro juramento nos obliga a obedecer.

Sonea resopló de nuevo.

—Y así podéis echar la culpa al rey por todo lo que hacéis.

—Todos somos súbditos del rey —le recordó el mago—. Debe quedar claro que

el Gremio obedece sus órdenes, porque la gente tiene que saber que no pretendemos gobernar Kyralia nosotros. —Se reclinó contra el respaldo—. Si somos los asesinos sin remordimientos por quienes nos tomas, Sonea, ¿por qué no hemos hecho eso? ¿Por qué los magos no dominamos todas las tierras?

Sonea se encogió de hombros.

—No lo sé, pero para los losdes no habría ninguna diferencia. ¿Cuándo habéis hecho nada bueno por nosotros?

Rothen afiló la mirada.

—Hay mucho que no veis.

—¿Como qué?

—Mantenemos el Puerto libre de cieno, por ejemplo. Si no fuera por nosotros, los barcos no podrían atracar en Imardin y los negocios se marcharían a otra parte.

—¿Y por qué es bueno eso para los losdes?

—Crea trabajo para los imardianos de todas las clases sociales. Los barcos nos traen marineros que gastan dinero en alojamiento, comida y bienes. Los trabajadores empaquetan y cargan los bienes. Los artesanos fabrican los bienes. —Escrutó los rasgos de la chica y meneó la cabeza—. Es posible que nuestro trabajo esté demasiado separado de tu propia vida para que puedas verle el valor. Si lo que quieres es vernos ayudar directamente a la gente, piensa en la obra de los sanadores. Trabajan mucho para...

—¿Los sanadores! —Sonea puso los ojos en blanco—. ¿Quién tiene dinero para pagar un sanador? ¡La tarifa es diez veces lo que gana un buen ladrón en toda su vida!

Rothen se quedó un momento en silencio.

—Por supuesto, tienes razón —dijo con voz queda—. Los sanadores son muy escasos... casi no dan abasto para atender a la cantidad de enfermos que vienen buscando ayuda. Las tarifas costosas están para evitar que la gente con afecciones menores abuse del tiempo de los sanadores, y se destinan a enseñar a gente sin magia la forma de usar medicamentos que puedan tratar esas afecciones menores. Esos médicos son los que tratan al resto de los ciudadanos de Imardin.

—A los losdes, no —replicó Sonea—. Lo que tenemos nosotros son curis, pero esos lo mismo te matan que te ponen bueno. Cuando vivía en la Cuaderna Meridional solamente oí hablar de unos pocos médicos, y costaban un gorro de oro.

Rothen miró por la ventana y suspiró.

—Sonea, si fuera capaz de resolver el problema de las clases sociales y la pobreza en la ciudad, lo haría sin dudarle un instante. Pero hay muy poco que nosotros podamos hacer, incluso siendo magos.

—¿Ah, no? Si de verdad no os gusta la Purga, negaos a ir. Decidle al rey que haréis todo lo demás que os diga, menos eso. Ya ha pasado antes.

Rothen frunció el ceño, claramente desconcertado.

—Hace mucho tiempo, cuando el rey Palen rechazó firmar la Alianza.

La joven reprimió una sonrisa ante la cara de sorpresa del mago.

—Pues convenced al rey para que construya buenas cloacas y cosas por el estilo en las barriadas. Si su bisabuelo lo pudo hacer para el resto de la ciudad, ¿por qué no tiene que hacerlo él para nosotros?

Rothen enarcó las cejas.

—¿No querríais que la gente de las barriadas se mudara al interior de la ciudad?

Sonea negó con la cabeza.

—Hay partes del Círculo Exterior que están bien. La ciudad no va a parar de crecer. A lo mejor el rey también tendría que levantar otra muralla.

—Las murallas están obsoletas. No tenemos enemigos. Pero todo lo demás es... interesante. —Le dedicó una mirada apreciativa—. ¿Y qué más dirías que hiciéramos?

—Salid a las barriadas y curad a la gente.

Rothen hizo una mueca.

—No somos bastantes.

—Unos pocos son mejores que ninguno. ¿Por qué ha de ser más importante el brazo roto del hijo de una Casa que el de un losde?

Entonces el mago sonrió, y de pronto Sonea albergó la preocupante sospecha de que las respuestas del mago eran solo una forma de divertirse. ¿A él qué le importaba, de todas formas? Solamente estaba intentando aparentar que la comprendía. Iba a necesitar más que eso si quería que confiase en él.

—No lo haréis nunca —gruñó—. No paras de decir que algunos de vosotros echaríais una mano si pudierais, pero la verdad es que si algún mago se preocupara, estaría ahí fuera. No hay ninguna ley que os lo impida, así que ¿por qué no va nadie? Ya te lo digo yo. Las barriadas huelen mal y son duras, y es mejor fingir que no existen. —Abarcó con un gesto la habitación y su lujoso mobiliario—. Todo el mundo sabe que el rey os paga muchísimo. Bueno, pues si todos lo sentís tanto por nosotros, deberíais dedicar algo de ese dinero a ayudar a la gente, pero no os da la gana. Preferís quedároslo todo.

El mago hizo un mohín, con la expresión pensativa. Sonea fue extrañamente consciente del silencio que reinaba en la habitación. Se dio cuenta de que se había dejado provocar por él, y apretó los dientes.

—Si la gente que conoces en las barriadas recibiera una importante suma de dinero —dijo él con lentitud—, ¿crees que lo dedicaría todo a ayudar a los demás?

—Sí —respondió Sonea.

Él levantó una ceja.

—Entonces ¿ninguno tendría la tentación de quedárselo?

Sonea se quedó callada un momento. Conocía a algunos que harían eso. Bueno, más que a algunos.

—Unos pocos, me imagino —admitió.

—Ah —dijo Rothen—. Pero no querrás que piense que todos los losdes son gente avariciosa, ¿verdad? Pues tampoco deberías creer tú que todos los magos son unos egoístas. Y sin duda me asegurarás que, por mucho que allí se viole la ley o se actúe con violencia, las personas que tú conoces son, en general, buena gente. Siendo así, no tiene sentido que ahora juzgues a todos los magos por los errores de unos pocos, ni por su alta cuna. La mayoría de nosotros, y esto te lo aseguro, nos esforzamos por ser personas decentes.

Frunciendo el ceño, Sonea apartó la mirada. Lo que decía Rothen tenía sentido, pero no la tranquilizaba en absoluto.

—Puede ser —respondió—, pero sigo sin ver a ningún mago ayudando a la gente en las barriadas.

Rothen asintió.

—Porque sabemos que los de las barriadas rechazarían nuestra ayuda.

Sonea vaciló. El mago estaba en lo cierto, pero si los losdes no querían la ayuda del Gremio era porque el Gremio les había dado a ellos razones para odiarlos.

—No rechazarían el dinero —señaló.

—Dando por hecho que tú no estás entre los que se lo guardarían, ¿qué harías si yo te diera cien piezas de oro para gastarlas a tu antojo?

—Compraría comida para la gente —contestó Sonea.

—Con cien oros podrías alimentar a unos cuantos durante muchas semanas, o a muchos durante unos días. Al cabo de ese tiempo, seguirían tan empobrecidos como antes. No habrías cambiado casi nada.

Sonea abrió la boca y volvió a cerrarla. No encontraba nada que replicar a eso. Tenía razón, y sin embargo no la tenía. Seguro que había algo malo en ni siquiera hacer el intento de ayudar.

Suspirando, bajó la mirada y torció el gesto al ver las ridículas vestiduras que llevaba. Sabía que cambiar de tema haría pensar al mago que había ganado la discusión, pero aun así dio un tirón al borde de la bata.

—¿Dónde está mi ropa?

Él se miró las manos.

—Ya no está. Te daré ropa nueva.

—Quiero la mía —le dijo.

—La he hecho quemar.

Sonea se lo quedó mirando, incrédula. Su capa, aunque estuviera sucia y quemada por algunos sitios, era de buena calidad... y se la había regalado Cery.

Alguien llamó a la puerta. Rothen se puso de pie.

—Ahora tengo que irme, Sonea —le dijo el mago—. Volveré dentro de una hora.

La joven vio cómo se alejaba y abría la puerta. Al otro lado pudo entrever otra sala llena de lujos. Después de que cerrara la puerta, Sonea esperó escuchar el sonido de una llave girando, y notó una punzada de esperanza cuando este no llegó.

Miró fijamente la puerta, concentrada. ¿La habría atrancado con magia? Se acercó un paso y entonces oyó el sonido amortiguado de unas voces que llegaban del otro lado del umbral.

No tenía sentido probar la puerta ahora, pero quizá más tarde...

El dolor le oprimía la cabeza sin piedad, pero pudo sentir que algo frío le goteaba por detrás de la oreja. Cery abrió los ojos y vio una cara borrosa entre la oscuridad. La cara de una mujer.

—¿Sonea?

—Hola. —No conocía aquella voz—. Ya era hora de que volvieras con nosotros.

Cery cerró los ojos con fuerza, y luego volvió a abrirlos. La cara se hizo más nítida. Un cabello negro y largo envolvía unos rasgos de hermoso exotismo. La piel de la mujer era oscura, pero no tan tiznada como la de Farén. Una nariz kyraliana, recta y familiar, añadía elegancia a aquella cara alargada. Era como si Sonea y Farén se hubieran fundido en una sola persona.

«Estoy soñando», pensó.

—No, no lo estás —respondió la mujer. Levantó la mirada hacia algo que estaba encima de su cabeza—. Debieron de darle bastante fuerte. ¿Quieres hablar ya con él?

—Por intentarlo que no sea.

La segunda voz era conocida. Cuando pudo ver a Farén, volvieron los recuerdos de Cery e intentó incorporarse. La oscuridad se disipó pero su cabeza se llenó de un dolor atroz. Notó unas manos en los hombros y, a regañadientes, permitió que volvieran a reclinarlo.

—Hola, Cery. Esta es Kaira.

—Se parece a ti pero en guapa.

Farén rió.

—Gracias. Kaira es hermana mía.

La mujer sonrió y salió de su campo visual. Cery oyó una puerta cerrándose a su derecha. Miró fijamente a Farén.

—¿Dónde está Sonea?

El ladrón se puso serio.

—La tienen los magos. Se la llevaron al Gremio.

Las palabras rebotaron una y otra vez en la mente de Cery. Notó que algo horrible le roía las entrañas. «¡Ya no está!» ¿Cómo podía haber pensado que podría protegerla? No, un momento. Se suponía que era *Farén* quien debía encargarse de

que ella estuviera a salvo. Se encendió una chispa de rabia. Tomó aliento para hablar...

«No. Tengo que encontrarla. He de recuperarla. Puede que necesite la ayuda de Farén.»

La rabia desapareció por completo. Cery miró al ladrón con el ceño arrugado.

—¿Qué ha pasado?

—Lo inevitable —respondió Farén con un suspiro—. La alcanzaron. —El ladrón movió la cabeza a un lado y a otro—. No sé qué podría haber hecho para detenerlos. Ya lo había intentado todo.

Cery asintió.

—Y ahora, ¿qué?

Los labios del ladrón se torcieron en una media sonrisa lúgubre.

—Yo no fui capaz de honrar mi parte del acuerdo. Por su parte, Sonea nunca tuvo la oportunidad de usar su magia para mí. Los dos lo intentamos con todas nuestras fuerzas pero fallamos. Por lo que a ti respecta... —La sonrisa de Farén se esfumó—. Me gustaría que te quedaras conmigo.

Cery miró fijamente al ladrón. ¿Cómo podía abandonar tan deprisa a Sonea?

—Eres libre de marcharte, si quieres —añadió el lonmariano.

—¿Qué pasa con Sonea?

El ladrón frunció el entrecejo.

—Está en el Gremio.

—No es un sitio tan difícil para colarse. Yo ya lo he hecho.

El ceño de Farén se arrugó más.

—Eso sería una estupidez. Seguro que la tienen muy bien vigilada.

—Los distraeremos.

—No haremos tal cosa. —Hubo un destello en los ojos de Farén. Se apartó unos pasos y luego volvió caminando junto a Cery—. Los ladrones nunca se han enfrentado al Gremio, y nunca lo harán. No somos tan idiotas como para pensar que venceríamos.

—No son tan listos. Créeme, yo...

—¡Que no! —lo interrumpió Farén. Respiró hondo y soltó el aire poco a poco—. No es tan fácil como tú crees, Cery. Descansa un poco. Cúrate. Piensa en lo que estás sugiriendo. Volveremos a hablar pronto.

El ladrón se perdió de vista. Cery oyó la puerta abrirse con un chasquido y luego cerrarse con firmeza. Trató de levantarse, pero su cabeza pareció a punto de explotarle de dolor. Con un suspiro, cerró los ojos y se quedó tumbado, resollando.

Podía intentar convencer a Farén para rescatar a Sonea, pero sabía que no tendría éxito. No. Si había que salvarla, tendría que hacerlo él solo

17. La determinación de Sonea

Sonea volvió a examinar la habitación. No era muy grande, pero sí lujosa. Era posible que se encontrara en cualquier casa del interior de la ciudad, pero lo dudaba mucho.

Se acercó a la ventana, corrió a un lado la mampara finamente decorada que la cubría, se quedó sin respiración y dio un paso atrás.

Los jardines del Gremio se extendían delante de ella. El edificio de la universidad se alzaba imponente a su derecha, y la casa del Gran Lord estaba, casi oculta detrás de los árboles, en el lado izquierdo. Sonea estaba en el segundo piso de la construcción que Cery había llamado «el edificio de los magos».

El Gremio era un hormiguero de magos. Mirara en la dirección que mirase, veía personas vestidas con túnica: en el jardín, en las ventanas o paseando por el camino rodeado de nieve que pasaba debajo de su ventana. Con un escalofrío, cerró la mampara y se apartó.

La invadió una sombría desolación. «Estoy atrapada. Nunca saldré de este sitio. No volveré a ver a Jonna ni a Ranel, ni a Cery, nunca más.»

Parpadeó varias veces cuando las lágrimas empezaron a nublarle la visión. Captó un movimiento con el rabillo del ojo y se volvió para verse reflejada en un brillante espejo ovalado. Contempló su cara de ojos enrojecidos. Su boca se torció en una mueca de desprecio.

«¿Me voy a rendir así de fácilmente? —preguntó a su reflejo—. ¿Voy a lloriquear como una chiquilla?»

«¡No!» El Gremio podía estar lleno de magos durante el día, pero ella lo había visto por la noche y sabía que era muy sencillo moverse por él sin que la detectaran. Si esperaba a la noche y conseguía escapar de la habitación, nada podría impedirle regresar a las barriadas.

Llegar al exterior sería la parte complicada, por supuesto. Probablemente los magos la tendrían encerrada. Sin embargo, el propio Rothen había admitido que los magos no estaban por encima de cometer errores. Se limitaría a esperar y mirar. Cuando llegara su oportunidad, estaría lista para aprovecharla.

Ahora la cara del espejo tenía los ojos secos y los rasgos tensos de resolución. Ya se sentía mejor, y fue hacia la mesita. Cogió un cepillo para el pelo y pasó una mano apreciativa por el mango de plata. Una cosa como aquella, si la negociaba en una casa de empeños, podía proporcionarle ropa nueva y mantenerla alimentada durante semanas.

¿Se le habría ocurrido a Rothen que ella pudiera robar todo aquello? Desde luego, los robos no le preocuparían demasiado si estaba seguro de que Sonea no podía escapar. Birlar objetos valiosos no le serviría de nada mientras estuviera atrapada en

el Gremio.

Volvió a mirar a su alrededor y pensó que aquella era una cárcel muy rara. Había esperado una celda fría, no lujos y comodidades.

Quizá de verdad pretendieran invitarla a unirse al Gremio.

Se miró en el espejo y trató de imaginarse vestida con una túnica. Se le puso la piel de gallina.

«No —pensó—. Jamás podría ser uno de ellos. Sería como traicionar a todo el mundo... a mis amigos, a toda la gente de las barriadas, a mí misma...»

Pero tenía que aprender a controlar sus poderes. El peligro en que se hallaba era auténtico, y posiblemente Rothen tuviera la intención real de enseñarle algunas cosas, aunque fuera solamente para evitar que destrozara la ciudad. Sin embargo, no tenía claro que fuera a enseñarle nada más. Se estremeció al recordar la frustración y los horrores que había pasado las últimas seis semanas. Los poderes ya la habían metido en bastantes líos. No sentiría ninguna decepción si no volvía a utilizarlos nunca.

¿Qué le ocurriría entonces? ¿El Gremio la dejaría regresar a las barriadas? Poco probable. Rothen afirmaba que el Gremio deseaba que se uniera a ellos. ¿Ella? ¿Una chica de las barriadas? Poco probable, también.

Pero ¿qué sentido tenía ofrecérselo? ¿Qué otra razón había? ¿Un soborno? Podían ofrecerse a enseñarle magia si ella hacía... ¿qué? ¿Qué podría querer el Gremio de ella?

La respuesta saltó a su mente y le hizo fruncir el ceño.

«Los ladrones.»

Si escapaba, ¿estaría Farén interesado aún en ocultarla? Sí, sobre todo si sus poderes ya no eran un peligro. Una vez entrara en su círculo de confianza, no sería complicado trabajar en contra del ladrón. Podría usar sus poderes mentales para mandar información al Gremio sobre los grupos criminales de la ciudad.

Resopló. Aunque ella estuviera dispuesta a colaborar con el Gremio, los ladrones lo averiguarían más pronto que tarde. No había ningún losde tan estúpido para hacer la de blinga a los ladrones. Aunque fuera capaz de protegerse con magia, no podría evitar que hicieran daño a sus amigos ni a su familia. Los ladrones no mostraban ninguna piedad hacia quien los contrariaba.

Pero ¿tendría elección? ¿Y si el Gremio amenazaba con matarla si no ponía de su parte? ¿Y si eran ellos quienes amenazaban con dañar a su familia y amigos? Cada vez más alarmada, se preguntó si el Gremio conocería la existencia de Jonna y Ranel.

Descartó la idea, preocupada todavía por que cualquier emoción intensa pudiera debilitar su retención de la magia. Negó con la cabeza y se apartó del espejo. En la mesita de noche había un libro. Sonea cruzó la habitación y lo cogió.

Hojeó algunas páginas y encontró que estaban cubiertas de ordenadas líneas de texto. Se fijó más y comprobó que entendía casi todas las palabras. Las lecciones que

le había dado Serin habían sido más beneficiosas de lo que había pensado.

El texto parecía tratar sobre barcos. Sonea leyó varias líneas y se dio cuenta de que la última palabra de cada dos líneas terminaba con el mismo sonido, igual que las canciones que interpretaban los cantantes callejeros en los mercados y las casas de bol.

Se quedó paralizada cuando alguien llamó a la puerta. Mientras se abría, Sonea devolvió rápidamente el libro a la mesa. Después miró y encontró a Rothen de pie en el vano, con un fardo envuelto en tela bajo el brazo.

—¿Sabes leer?

La joven consideró qué respuesta debía darle. ¿Tenía alguna razón para ocultar su habilidad? No se le ocurría ninguna, y sería agradable hacerle saber que no todos los losdes eran unos iletrados.

—Un poco —admitió.

El mago cerró la puerta y le señaló el libro.

—Enséñamelo —dijo—. Lee un poco en voz alta.

Sonea se notó algo dudosa, pero desechó aquella sensación. Volvió a levantar el libro, lo abrió y empezó a leer.

Al instante lamentó haberse metido en aquella situación. Bajo la atenta mirada del mago, le costaba concentrarse. La página que había elegido era más difícil que la primera, y notó que sus mejillas enrojecían al trastabillar con las palabras desconocidas.

—Es Mareena, no marinera.

Sonea cerró el libro y lo tiró encima de la cama, molesta por la interrupción. Con una sonrisa de disculpa, Rothen dejó caer el fardo a su lado.

—¿Cómo aprendiste a leer? —preguntó.

—Me enseñó mi tía.

—Y últimamente has practicado.

La chica miró hacia otro sitio.

—Siempre hay cosas que leer. Carteles, etiquetas, anuncios de recompensas...

El mago sonrió.

—Encontramos un libro sobre magia en una de las habitaciones donde estuviste. ¿Pudiste entender algo de él?

Un escalofrío de alerta le recorrió la espalda. Rothen no iba a creerla si negaba haber leído el libro, pero si lo admitía habría más preguntas, y tal vez ella revelara por descuido qué otros libros había leído. Si el mago sabía que faltaban los libros que había robado Cery, seguro que consideraba posible que Sonea se hubiera colado en el Gremio por la noche, y entonces se tomaría más en serio la tarea de mantenerla encerrada.

Evitando responder, Sonea señaló con la cabeza el fardo de tela que había en la

cama.

—¿Qué es eso?

Rothen la observó un momento antes de encogerse de hombros.

—Ropa.

Sonea echó un vistazo al fardo con aire dudoso.

—Te dejaré tiempo para que te cambies y luego haré entrar a mi sirviente con la comida —dijo, volviéndose hacia la puerta.

Sonea esperó a que el mago se marchara antes de deshacer el paquete. Para su alivio, no le había traído una túnica de maga. Lo que encontró fue un par de pantalones sencillos, una camiseta interior y una camisa de cuello cerrado: ropa muy similar a la que llevaba en las barriadas, pero hecha de tejidos suaves y caros.

Se quitó la bata y el camisón y se probó la ropa nueva. Aunque ahora se sentía tapada y decente, seguía notando su piel extrañamente desnuda. Se miró las manos y vio que tenía las uñas cortadas y limpias. Las olisqueó y distinguió un aroma a jabón.

Todo su cuerpo se estremeció de inquietud e indignación. Alguien la había limpiado mientras dormía. Se quedó mirando la puerta. ¿Rothen?

No, decidió; esa clase de tareas se dejarían en manos de los sirvientes. Sonea se pasó las manos por el pelo y descubrió que también estaba limpio.

Transcurrieron unos cuantos minutos más, y oyó una suave llamada desde la puerta. Sonea recordó que el mago iba a enviar a un sirviente y esperó a que entrara aquel desconocido. Volvieron a llamar a la puerta.

—¿Milady? —dijo una mujer; su voz llegaba amortiguada desde el otro lado—. ¿Puedo pasar?

Con gesto divertido, Sonea se sentó en la cama. Nadie la había llamado «milady» jamás.

—Si quieres —respondió.

Entró una mujer de unos treinta años. Llevaba un blusón sencillo y gris, y pantalones a juego, y traía una bandeja cubierta.

—Hola —dijo la mujer con una sonrisa nerviosa.

Sus ojos encontraron los de Sonea un breve instante y luego huyeron a la carrera.

Sonea miró a la sirviente mientras esta llevaba la bandeja a la mesa y la colocaba. La mano le tembló un poco cuando fue a levantar la tapa. Sonea frunció el ceño. ¿De qué tenía miedo la sirviente? No sería de una simple chica de las barriadas...

La mujer ajustó algunos objetos de la bandeja, se volvió e hizo una profunda reverencia a Sonea antes de retirarse con rapidez de la habitación.

Durante varios minutos, Sonea no hizo otra cosa aparte de mirar a la puerta. La mujer le había hecho una reverencia. Eso era... raro. Perturbador. No comprendía qué significaba.

Entonces, el olor del pan caliente y de algo tentadoramente especiado llamó su

atención hacia la bandeja. Un generoso cuenco de sopa y un plato de pasteles pequeños y dulces la reclamaban, y notó cómo le rugía el estómago.

Sonrió. Los magos iban a descubrir que no podían sobornarla para que traicionara a Farén, pero no hacía falta que se enteraran ya mismo. Si jugaba un poco con ellos, tal vez la siguieran tratando de aquella manera mucho tiempo.

Y no tenía ningún reparo en aprovecharse de ellos.

Sonea se deslizó hasta la habitación de invitados con todo el nerviosismo vigilante de un animal salvaje saliendo de una jaula. Sus ojos recorrieron todas las direcciones, entreteniéndose un poco en las puertas, antes de centrarse en Rothen.

—Esa de ahí da a un cuarto de baño pequeño —le dijo Rothen, señalando la puerta—. Mi dormitorio está por allí, y esa otra puerta da al pasillo principal del alojamiento de los magos.

Sonea contempló la puerta principal, y luego dio un vistazo a Rothen antes de acercarse a la biblioteca. Rothen sonrió, satisfecho de verla atraída por los libros.

—Coge cualquiera que te interese —la animó—. Yo te ayudaré a leerlos y te explicaré lo que no entiendas.

Ella volvió a mirarlo, arqueando las cejas, y se inclinó para ver más de cerca los libros. Alzó un dedo para tocar el lomo de un volumen, pero se quedó quieta cuando empezó a sonar el gong de la universidad.

—Eso es para indicar a los aprendices que es hora de volver a clase —aclaró Rothen.

Fue hacia una de las ventanas y le indicó mediante un gesto que mirara al exterior.

Sonea se acercó a la ventana contigua y miró. Al instante la cara se le puso tensa. Fijando los ojos en todas direcciones, miró a los magos y aprendices que regresaban a la universidad.

—¿Qué significan los colores?

—¿Colores? —preguntó Rothen, sin comprender.

—Las túnicas son de colores distintos.

—Ah. —El mago se apoyó en el alféizar y sonrió—. Antes tendría que hablarte de las disciplinas. Existen tres usos principales que pueden darse a la magia: sanación, alquimia y habilidades de guerrero. —Señaló un par de sanadores que paseaban lentamente en los jardines—. Los sanadores visten de verde. La sanación no comprende solo los métodos mágicos para curar heridas y enfermedades. También incluye el conocimiento de la medicina, lo que la convierte en una disciplina a la que se debe dedicar la vida entera.

Miró a Sonea y descubrió el interés en sus ojos.

—Los guerreros visten de rojo —le dijo—, y estudian estrategia y las formas en

que puede usarse la magia para el combate. Algunos también practican formas de lucha tradicionales y esgrima.

Hizo un gesto hacia su propia túnica.

—El púrpura representa la alquimia, que es todas las demás cosas que se pueden hacer con magia. Incluye química, matemáticas, arquitectura y otros muchos usos de la magia.

Sonea asintió lentamente.

—¿Y qué pasa con las túnicas marrones?

—Esos son aprendices —dijo, indicándole un par de jóvenes—. ¿Ves cómo las túnicas solo les llegan hasta medio muslo? —Sonea asintió—. No reciben la túnica completa hasta que se gradúan, momento en el que ya han elegido qué disciplina seguir.

—¿Y si quieren aprender más de una?

Rothen soltó una risita.

—No hay bastante tiempo para ello, así de simple.

—¿Cuánto tiempo se pasan estudiando?

—Eso depende de cuánto les cueste aprender las habilidades que se requieren. Por lo general, cinco años.

—Ese de ahí... —Sonea señaló—. Lleva el cinturón de otro color.

Rothen bajó la mirada para distinguir a lord Balkan pasando a zancadas, con su severo rostro contraído como si estuviera cavilando sobre un problema difícil.

—Vaya, sí que eres observadora. —Rothen sonrió aprobador—. El fajín es de color negro. Eso significa que ese hombre que estás mirando es el líder de su disciplina.

—El líder de guerreros. —Sonea miró la túnica de Rothen y entrecerró los ojos—. ¿Qué tipo de alquimia estudias tú?

—Química. También doy clases.

—¿Eso qué es?

Rothen guardó silencio, buscando la mejor forma de explicárselo en términos que comprendiera.

—Nosotros trabajamos con sustancias: líquidos, sólidos y gases. Los mezclamos entre sí, o los calentamos, o los sometemos a otras influencias y vemos qué ocurre.

Sonea frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Para ver si descubrimos alguna cosa útil —contestó Rothen con una sonrisa torcida.

La joven levantó las cejas.

—¿Qué cosas útiles has descubierto?

—¿Yo, o los químicos del Gremio?

—Tú.

El mago rió.

—¡No mucha cosa! Supongo que se podría decir que soy un alquimista fracasado, pero averiguándolo sí que descubrí una cosa importante.

—¿Cuál fue? —preguntó Sonea, con gesto curioso.

—Que soy muy buen profesor. —Rothen se apartó un poco de la ventana y dedicó su atención a la biblioteca—. Si me lo permites, podría ayudarte a mejorar tu habilidad lectora. ¿Estarías interesada en trabajarla esta tarde?

Sonea lo miró durante mucho tiempo con expresión cauta pero pensativa. Por fin dio un asentimiento brusco.

—¿Con cuál crees que debería probar?

Rothen fue a la estantería y recorrió los tomos con la mirada. Necesitaba algo que fuera fácil de leer, pero que captara su interés. Sacó un libro y lo hojeó.

La joven estaba más colaboradora de lo que había supuesto. Tenía una intensa curiosidad, y tanto su capacidad de leer como su interés en los libros de Rothen eran unas ventajas inesperadas. Ambas indicaban que podría adaptarse bien a una vida de estudio.

Asintió para sí mismo. Todo lo que tenía que hacer era convencerla de que el Gremio no era tan malo como ella pensaba.

Dannyl sonrió a su amigo. Desde que se habían reunido con Yaldin y su esposa para pasar la tarde, Rothen no había dejado de hablar. Dannyl nunca había visto a Rothen tan entusiasmado con un aprendiz potencial, aunque esperaba vagamente que su amigo hubiera puesto igual pasión en su propio entrenamiento.

—Eres un optimista redomado, Rothen. Casi ni la conoces y ya estás hablando como si fuera a ser la joya de la universidad.

Sonrió al ver en la expresión de su amigo que este se ponía a la defensiva.

—¿Ah, sí? —replicó Rothen—. Si no fuera optimista, ¿acaso habría tenido tantos éxitos con los aprendices durante todos estos años? Si los dejas por imposibles, no tienen motivos para intentarlo.

Dannyl asintió. Él no había sido precisamente el aprendiz más colaborador del mundo, y al principio se había resistido a los intentos de Rothen por apartar su mente de las riñas con Fergun y los otros aprendices. Por mucho que Dannyl intentara demostrar que Rothen se equivocaba, su maestro nunca se había rendido.

—¿Le has dicho que no pretendemos hacerle daño? —preguntó Ezrille.

—Le he explicado lo de la muerte del joven, y que queremos enseñarle a controlar sus poderes. Que se lo crea o no... —Se encogió de hombros.

—¿Le has dicho que se puede unir al Gremio?

Rothen puso una mueca.

—No he insistido con el tema. No le caemos demasiado bien. No es que nos haga responsables del estado de los pobres, pero opina que deberíamos hacer algo al respecto. —Arrugó el entrecejo—. Dice que nunca nos ha visto hacer nada bueno, lo que probablemente sea cierto. La mayoría del trabajo que hacemos para la ciudad no la afecta a ella ni a los demás losdes. Y además, está la Purga.

—Entonces no es de extrañar que no le guste el Gremio —dijo Ezrille—. Pero ¿cómo es ella?

Rothen meditó.

—Silenciosa, pero desafiante. Es evidente que está asustada, pero no creo que vayamos a ver ninguna lágrima. Estoy seguro de que comprende que debe aprender Control, así que no creo que de momento vaya a intentar escapar.

—¿Y después de que aprenda Control? —preguntó Yaldin.

—Esperemos que para entonces ya la hayamos convencido de que se una a nosotros.

—¿Y si rechaza la oferta?

Rothen inhaló profundamente y suspiró.

—No estoy seguro de lo que ocurrirá. No podemos obligar a nadie a que ingrese en el Gremio, pero por ley debemos impedir que existan magos fuera de él. Si se niega... —Hizo un gesto de pesar—. No tendremos más remedio que bloquear sus poderes.

Ezrille abrió un poco más los ojos.

—¿Bloquearlos? ¿Y eso es malo?

—No. Es... Bueno, sería traumático para la mayoría de los magos porque están acostumbrados a tener poder para invocar. En el caso de Sonea, tenemos a una persona que no está acostumbrada a blandir la magia, o al menos no de una forma provechosa. —Se encogió de hombros—. No los echará tanto de menos.

—¿Cuánto crees que te llevará enseñarle Control? —preguntó Yaldin—. No estoy tranquilo sabiendo que hay una maga descontrolada unas puertas más allá.

—Tardaré algún tiempo en ganarme su confianza —respondió Rothen—. Podría costarle varias semanas.

—¡No puede ser! —exclamó Yaldin—. Nunca cuesta más de dos semanas, ni para los aprendices más difíciles.

—Ella no es ninguna niña mimada y nerviosa de las Casas.

—Supongo que tienes razón. —Yaldin negó con la cabeza y suspiró—. Antes de que acabe esta semana ya estaré de los nervios.

Rothen sonrió y se llevó la copa a los labios.

—Ah, pero cuanto más tiempo le cueste, más tengo yo para convencerla de que se quede.

Sonea estaba sentada en la cama, escrutando los jardines por una rendija que dejaba la contraventana y jugando con una fina horquilla para el pelo. Fuera era de noche y había salido la luna. La nieve que bordeaba los senderos brillaba levemente con la suave luz.

Una hora antes había vuelto a sonar el gong. Mientras los magos y aprendices regresaban apresurados a sus alojamientos, ella había observado y esperado. Ahora todo estaba tranquilo salvo por algún que otro sirviente que pasaba a toda prisa, dejando atrás un rastro de aliento en el frío aire nocturno.

Se puso de pie, se aproximó con sigilo a la puerta y acercó la oreja. Aunque estuvo escuchando hasta que le hizo daño el cuello, no oyó ningún sonido procedente de la habitación que había al otro lado.

Miró el pomo. Era de madera suave y con lustre. Tenía incrustados algunos fragmentos de tono más oscuro, formando las líneas del símbolo gremial. Sonea recorrió el diseño con los dedos, maravillada ante la habilidad y el esfuerzo que se habían invertido en una mera manecilla.

Empezó a girar el pomo con lentitud y cautela. Solamente rotó un poco antes de que algo le bloqueara el movimiento. Tiró cuidadosamente de la puerta hacia dentro, pero el pestillo seguía trabado.

Sin inmutarse, Sonea empezó a girar el picaporte en el otro sentido. De nuevo, solamente se movió un poco antes de detenerse. Tiró de la puerta, pero esta permaneció en su sitio.

Se puso en cuclillas y levantó una mano para insertar la horquilla en la cerradura, pero no pudo. No había bocallave.

Sonea suspiró y se asentó sobre los talones. En ninguna de las ocasiones en que Rothen había salido de la habitación había oído girar ninguna llave, y ya se había fijado anteriormente en que la puerta no tenía pasadores por ningún lado. La puerta estaba cerrada con magia.

Tampoco es que hubiera *podido* ir a ningún sitio. Tenía que quedarse hasta que hubiera aprendido a controlar su magia.

Pero necesitaba poner a prueba sus ataduras. Si no buscaba formas de escapar, tal vez nunca encontrara ninguna.

Se incorporó para acercarse a la mesita de noche. Allí seguía el libro de canciones. Lo levantó y lo abrió por la primera página. Había algo escrito. Fue a la mesa y encendió la vela que le había dejado Rothen. «Para mi querido Rothen, en señal del nacimiento de nuestro hijo. Yilara.»

Sonea frunció los labios. Así que el mago estaba casado y tenía al menos un hijo. Se preguntó dónde estaría su familia. Teniendo en cuenta la edad de Rothen, posiblemente su hijo fuera un hombre adulto.

Parecía un tipo decente. Sonea siempre había considerado que juzgaba bien a las

personas, habilidad que había aprendido de su tía. Su instinto le daba a entender que Rothen era amable y tenía buenas intenciones. Pero eso no significaba que pudiera confiar en él, se recordó. Seguía siendo un mago, obligado a hacer todo lo que quisiera el Gremio.

Llegó una risa suave y aguda desde el exterior, y Sonea volvió a concentrarse en la ventana. Apartó la mampara y vio a una pareja caminando por el jardín, con las túnicas verdes que llevaban bajo las capas reflejando el brillo de una luz flotante. Por delante de ellos corrían dos niños que se tiraban bolas de nieve entre ellos.

Mientras pasaban, Sonea siguió a la mujer con la mirada. Nunca había visto a ninguna maga en la Purga. Se preguntó si serían ellas quienes decidían no ir o si se lo impediría alguna norma.

Apretó los labios. Jonna le había contado que a las hijas de familia rica no se les quitaba ojo de encima hasta que se casaban con el marido que les habían elegido sus padres. Las mujeres no tomaban ninguna decisión importante en las Casas.

En las barriadas nadie concertaba los matrimonios. Las mujeres intentaban encontrar un hombre que pudiera mantener a la familia, pero por lo general se casaban por amor. Aunque Jonna pensaba que era mejor así, Sonea era más cínica. Había observado que las mujeres solían pasar mucho por alto cuando estaban enamoradas pero, en algún momento, el amor tendía a desvanecerse. Era mejor casarse con un hombre que te gustara y en quien confiaras.

¿También llevarían a las magas en bandeja de plata? ¿Las disuadirían de unirse a los hombres en el gobierno del Gremio? Tenía que ser frustrante ser poderosa con la magia y, sin embargo, vivir absolutamente bajo el control de otros.

La familia se perdió de vista y Sonea empezó a retirarse de la ventana, pero cuando dio un último vistazo a los terrenos, detectó movimiento en una ventana de la universidad. Levantó la mirada y se encontró con una pulida cara ovalada.

Dedujo por el corte de las prendas que aquel desconocido era un mago. En la oscuridad y a tanta distancia no podía estar segura, pero habría jurado que la estaba mirando. Con un escalofrío subiéndole por la espalda, se apresuró a cerrar la mampara.

Cruzó la habitación con los nervios a flor de piel y sopló la vela para apagarla antes de tumbarse en la cama y acurrucarse bajo las mantas. Se notaba exhausta, cansada de pensar, cansada de pasar miedo. Cansada de estar cansada... Pero mirando al techo supo que no le iba a ser fácil dormir.

18. Lejos de las miradas curiosas

Se había posado una luz tenue y delicada sobre los árboles y edificios del Gremio. Cery torció el gesto. La última vez que había mirado, la oscuridad lo envolvía todo. Debía de haberse quedado dormido, pero ni siquiera recordaba haber cerrado los ojos. Se frotó la cara, miró alrededor y pensó en la larga noche que había pasado.

Había empezado en compañía de Farén. Recobrado y con el estómago lleno, había vuelto a preguntar si el ladrón le ayudaría a rescatar a Sonea. La negativa de Farén había sido firme.

—Si la hubiera capturado la Guardia, o hasta si estuviera prisionera en Palacio, ya la habría recuperado... y habría disfrutado demostrando que puedo hacerlo. —Farén había lanzado una breve sonrisa, si bien se le endureció la expresión—. Pero estamos hablando del Gremio, Cery. Lo que propones está fuera de mi alcance.

—No es verdad —había insistido Cery—. No apostan guardias ni tienen barreras mágicas. Lo que...

—No, Cery —había interrumpido Farén con los ojos brillantes—. No es cuestión de guardias ni de barreras. El Gremio nunca ha tenido suficientes motivos para mover el trasero y encargarse de nosotros. Si la secuestráramos en su propio terreno, podría darles una razón para intentarlo. Créeme, Cery, nadie quiere averiguar si somos capaces de eludirlos o no.

—¿A los ladrones les dan miedo?

—Sí. —La expresión de Farén había sido inusualmente grave—. Nos dan miedo. Y con razón.

—Podríamos hacer que pareciera que la rescata otra gente...

—El Gremio podría seguir creyendo que somos nosotros. Escúchame, Cery. Te conozco lo suficiente para suponer que vas a intentar rescatarla por tu cuenta. En vez de hacerlo, piensa esto: los otros te matarán si creen que eres una amenaza. Nos están vigilando de cerca.

Cery no había respondido a aquello.

—¿Quieres seguir trabajando para mí?

Cery había asentido.

—Bien. Tengo otro encargo para ti, si lo quieres.

El encargo de Farén había llevado a Cery al Puerto, tan lejos del Gremio como era posible. Tras cumplirlo, Cery había cruzado la ciudad, había escalado la pared del Gremio y se había instalado en el bosque para mirar.

Mientras menguaba la actividad y se oscurecía la noche, Cery había distinguido movimiento en una ventana de la universidad. Había aparecido una cara. Un rostro de

hombre, que observaba con atención el edificio de los magos.

El vigilante se quedó en su puesto durante media hora. Al final había aparecido una cara en una ventana del edificio de los magos, y el corazón de Cery había dado un vuelco. La reconoció incluso desde aquella distancia.

Sonea había pasado varios minutos mirando los jardines, y luego había descubierto a su espía. Al verlo, se había apartado con rapidez de su vista.

El vigilante se había esfumado poco después. Cery se había quedado allí toda la noche, pero no había visto ninguna otra actividad, ni de los magos ni de Sonea. Ahora que llegaba el alba, sabía que debía regresar con Farén. El ladrón no iba a estar de acuerdo con que Cery espicara, pero el joven ya había hecho planes. Admitir que Sonea estaba demasiado bien vigilada bastaría para aplacar al ladrón. Farén le había prohibido intentar un rescate, no recabar información, y ya debería suponer que Cery buscaría pruebas de que su amiga seguía con vida.

Cery se levantó y se desesperó. No iba a decirle a Farén lo que había averiguado haciendo guardia aquella noche, sin embargo. Aparte del vigilante misterioso, los magos no habían dispuesto ninguna guardia externa en sus edificios. Si Sonea estaba sola en aquella habitación, la esperanza no estaba perdida.

Sonriendo por primera vez en varios días, Cery empezó a cruzar el bosque en dirección a las barriadas.

Sonea se despertó sobresaltada y encontró a la sirvienta de Rothen mirándola.

—Discúlpeme, milady —se apresuró a decir la mujer—. Pero cuando he visto que la cama estaba vacía he pensado... ¿Por qué está durmiendo en el suelo?

Sonea se puso de pie y se desembarazó de las mantas.

—Es por la cama —dijo—. Se hunde muchísimo. Me da la impresión de que voy a caerme de ella.

—¿Se hunde? —La mujer parpadeó, sorprendida—. ¿Quiere decir que es demasiado blanda? —Se le iluminó la expresión—. Pero es porque usted seguramente no ha dormido nunca en un colchón de lana de reber. Mire.

Apartó las sábanas de la cama y dejó a la vista varias capas de colchón grueso y mullido. Agarró la mitad y las sacó de la cama.

—¿Cree que así le sería más cómodo? —preguntó, haciendo presión en las capas que quedaban.

Sonea dudó, y luego también apretó el colchón. La cama seguía siendo blanda, pero podía notar la base de madera que había debajo. Asintió.

—¡Maravilloso! —exclamó la sirvienta con voz aguda—. Bueno, le he traído agua para que se asee y... ¡Oh! Pero si ha dormido vestida. No importa. Le he traído ropa limpia. Cuando haya terminado, salga a la sala de invitados. Tomaremos unos pasteles y sumi para empezar el día.

Sonea observó entretenida cómo la mujer recogía los colchones y salía aparatosamente de la habitación. Cuando se hubo cerrado la puerta, se sentó en el borde de la cama y suspiró.

«Sigo aquí.»

Repasó la jornada anterior en su mente: las conversaciones con Rothen, su resolución de escapar, la gente que había visto de noche por la ventana. Con un suspiro, se levantó y examinó la pileta de agua, el jabón y la toalla que le había traído la sirvienta.

Encogió los hombros, se desnudó, se lavó y se cambió de ropa, y luego fue hacia la puerta. Vaciló antes de agarrar la manecilla. Seguro que Rothen la estaba esperando al otro lado. Sintió una leve punzada de preocupación, pero ningún miedo.

Era una maga. Eso tendría que asustarla más, pero él le había dicho que no iba a hacerle daño, y ella había elegido creerle... de momento.

Dejar que entrara en su mente, sin embargo, no iba a resultarle tan fácil. Sonea no tenía ni la menor idea de si podía hacerle daño de aquella manera. ¿Y si era capaz de cambiarle la forma de pensar, y hacer que amara el Gremio?

«¿Qué opción me queda?» Tendría que confiar en que el mago no pudiera, o no quisiera, trastear con su mente. Era un riesgo que tenía que asumir, y preocuparse por ello no iba a facilitárselo lo más mínimo.

Irguió la espalda y abrió la puerta. La sala de invitados parecía ser en la que Rothen pasaba la mayor parte del tiempo. Había un grupo de sillas en torno a una mesa baja en el centro de la habitación. Contra las paredes había estanterías y mesas más altas. Rothen estaba sentado en una de las sillas acolchadas, y sus ojos azules iban de un lado a otro de la página de un libro.

Levantó la mirada y sonrió.

—Buenos días, Sonea.

La sirvienta estaba de pie junto a una mesa lateral. Sonea escogió la silla que estaba enfrente de Rothen. La sirvienta colocó sendas copas delante del mago y la joven y llevó una bandeja a la mesa. Rothen dejó el libro en la mesa.

—Esta es Tania —dijo, desviando la mirada hacia la mujer—. Mi sirvienta.

—Es un honor conocerla, milady —respondió la mujer, inclinándose.

Sonea notó que se le calentaba la cara de la vergüenza, y apartó la mirada. Para su inmenso alivio, Tania regresó a la mesa de la comida.

Observando a la mujer, que disponía los pastelitos en una bandeja, Sonea se preguntó si debería sentirse halagada por tanta deferencia. Quizá esperaban que le cogiera el gusto, a eso y a los lujos, y se mostrara más dispuesta a cooperar.

La mujer levantó la vista, consciente de que Sonea la estaba estudiando, y compuso una sonrisa nerviosa.

—¿Has dormido bien, Sonea? —preguntó Rothen.

Sonea lo miró y encogió los hombros.

—Un poco.

—¿Te gustaría que siguiéramos hoy con tus clases de lectura?

Sonea miró el libro que había estado leyendo el mago y arrugó la frente al darse cuenta de que lo conocía. Él siguió su mirada.

—Ah, las *Anotaciones sobre el uso de la magia* de Fien. He pensado que debería saber lo que has estado leyendo. Es un viejo libro de historia, no un libro de texto, y puede que la información que contiene esté desfasada. Podrías...

Lo interrumpieron unos golpes en la puerta. Rothen se puso de pie, se acercó a la puerta principal y la entreabrió. Sonea sabía que el mago no tendría ningún problema en evitar que escapara, por lo que comprendió que el objetivo deliberado de Rothen era impedir que viera al visitante... ¿o estaría evitando que el visitante la viera a ella?

—¿Sí? Lord Fergun. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Deseo ver a la chica.

La voz era suave y cultivada. Sonea se sobresaltó cuando Tania le colocó una servilleta en el regazo. La sirvienta frunció el ceño mirando la espalda de Rothen antes de apartarse.

—Todavía es demasiado pronto —replicó Rothen—. Está...

Vaciló un momento, pasó al otro lado de la puerta y la cerró a sus espaldas. Desde el otro lado de la puerta llegó a Sonea el leve murmullo de dos voces que continuaban la discusión.

Sonea vio que Tania se acercaba de nuevo a la mesa, esta vez llevando una fuente de pastelitos dulces. Sonea eligió uno y probó un sorbo de la copa que tenía delante.

Su boca se llenó de un sabor amargo que le provocó una mueca. Tania arqueó las cejas y señaló con la cabeza la bebida que Sonea tenía en la mano.

—Apuesto a que eso significa que no le gusta el sumi —dijo—. ¿Qué le gustaría tomar?

—Raka —respondió Sonea.

El gesto de disculpa de la sirvienta pareció genuino.

—Aquí no tenemos raka, lo siento. ¿Puedo traerle un poco de zumo de pachi?

—No, gracias.

—¿Agua, entonces?

Sonea le lanzó una mirada de incredulidad. Tania sonrió.

—Aquí el agua es limpia. Mire, le traeré un poco. —Regresó a la mesa del fondo de la habitación, llenó un vaso de una jarra y se lo llevó a Sonea.

—Gracias —dijo la joven.

Levantó el vaso y se sorprendió de que el líquido fuera claro. No tenía ni la menor partícula flotando. Probó un sorbo y no distinguió ningún sabor aparte de una leve dulzura.

—¿Lo ve? —dijo Tania—. Ahora le arreglaré la habitación. Estaré allí unos minutos, pero si necesita cualquier cosa no dude en llamarme.

Sonea asintió y escuchó los pasos de la sirvienta mientras se alejaba. Sonrió al cerrarse la puerta del dormitorio. Cogió el vaso y se lo bebió entero, y después limpió rápidamente la parte de dentro con la servilleta. Se acercó con pasos ligeros a la puerta, puso el vaso contra la madera y pegó su oreja a la base.

—... tenerla aquí dentro. Es peligroso.

Esa voz era la del desconocido.

—No hasta que recupere las fuerzas —respondió Rothen—. Tan pronto como eso ocurra, puedo enseñarle cómo descargar su poder sin riesgo, igual que hicimos ayer. El edificio no corre ningún peligro.

Hubo una pausa.

—De todos modos, no hay razón para mantenerla aislada.

—Como ya le he dicho, se asusta con facilidad, y su confusión no es poca. Lo último que necesita es una multitud de magos diciéndole lo mismo de doce formas distintas.

—No hablo de una multitud, solo de mí mismo... y lo único que pretendo es conocerla. Le dejaré todo el aprendizaje a usted. Sin duda, eso no puede hacer ningún daño.

—Lo comprendo, pero tendremos tiempo para todo esto más adelante, cuando haya adquirido algo de confianza.

—No existe ninguna ley que diga que puedes tenerla apartada de mí, Rothen —replicó el desconocido, con un nuevo matiz de advertencia en su tono.

—No, pero creo que la mayoría comprenderá las razones de mi postura.

El desconocido suspiró.

—Me preocupa tanto su bienestar como a ti, Rothen, y he invertido el mismo tiempo y esfuerzo buscándola. Creo que muchos coincidirán en que me he ganado el derecho a tener voz en este asunto.

—Tendrás tu oportunidad de conocerla, Fergun —replicó Rothen.

—¿Cuándo?

—Cuando esté preparada.

—Y serás tú, y solo tú, quien decida el momento.

—Por ahora.

—Eso ya lo veremos.

El silencio siguió a esas palabras, y al momento la manecilla de la puerta empezó a girar. Sonea volvió a su asiento a la carrera y se extendió la servilleta en el regazo de nuevo. Cuando Rothen entró en la sala, su expresión pasó del enfado al buen humor.

—¿Quién era? —preguntó Sonea.

El mago levantó los hombros.

—Alguien que quería saber cómo te iba.

Sonea asintió y luego se estiró para alcanzar otro pastelito.

—¿Por qué Tania me hace reverencias y me llama milady?

—Ah. —Rothen se dejó caer en la silla y cogió la copa llena de líquido amargo que le había dejado Tania—. Todos los magos reciben el tratamiento de lord o lady. —Se encogió de hombros—. Ha sido así desde siempre.

—Pero yo no soy maga —señaló Sonea.

—Bueno, Tania es un poco precoz —dijo Rothen con una risita.

—Yo creo... —Sonea puso mala cara—. Yo creo que me tiene miedo.

Rothen frunció el ceño a Sonea por encima de su copa.

—Solamente la pones un poco nerviosa. Puede ser peligroso estar cerca de un mago que no ha aprendido Control. —Esbozó una sonrisa—. Parece que ella no es la única que se preocupa. Ya que conoces mejor que nadie los peligros, ya te imaginarás lo que opinan algunos magos de que estés viviendo en su mismo alojamiento. No eres la única que durmió mal anoche.

La mente de Sonea volvió al momento en que la capturaron los magos, a las paredes rotas y a los escombros que había vislumbrado antes de caer inconsciente, y al recordarlo se estremeció.

—¿Cuánto falta para que puedas enseñarme Control?

La expresión de Rothen se volvió seria.

—No lo sé —admitió—. Pero no te preocupes. Si tus poderes empiezan a manifestarse otra vez, podemos gastarlos como ya hicimos.

Ella asintió, pero al mirar el pastel que tenía en la mano notó que se le cerraba el estómago. De pronto tenía la boca demasiado seca para algo tan dulce. Tragó saliva y lo dejó a un lado.

La mañana había sido tenebrosa y poco clara, y a media tarde los nubarrones bajos ya amenazaban la ciudad. Todo estaba envuelto en sombras, como si la noche no tuviera paciencia para esperar a que acabara el día. En días como aquel, el tenue fulgor que emanaba de las paredes interiores de la universidad se apreciaba con más claridad.

Cuando llegaron al pasillo de la universidad, Dannyl apretó el paso y Rothen soltó un suspiro. Intentó mantener el ritmo pero terminó rindiéndose.

—Qué raro —dijo a la espalda de Dannyl—. Parece que te ha desaparecido la cojera.

Dannyl se volvió y parpadeó, sorprendido de que Rothen se hubiera quedado tan atrás. Cuando empezó a caminar más despacio, regresó la leve vacilación en sus pasos.

—Ah, ahí está —asintió Rothen—. ¿Por qué tienes tanta prisa, Dannyl?

—Quiero quitármelo de encima de una vez.

—Solo vamos a presentar nuestro informe —le dijo Rothen—. Probablemente me corresponderá hablar a mí, en buena parte.

—Yo soy el que envió el Gran Lord para encontrar a los ladrones —murmuró Dannyl—. Seré yo quien contestará todas las preguntas que plantee.

—Solo tiene unos años más que tú, Dannyl. Igual que Lorlen, y él no te da tanto miedo como para perder la razón.

Dannyl abrió la boca para protestar, volvió a cerrarla y movió la cabeza a los lados. Habían llegado al final del pasillo.

Rothen se acercó a la puerta de la habitación del administrador y sonrió al oír a Dannyl dando un profundo suspiro. Al llamar Rothen, la puerta se abrió hacia el interior de una sala grande y con pocos muebles. Al fondo había un globo de luz flotando sobre una mesa e iluminando la túnica azul oscuro del administrador.

Lorlen alzó la mirada y les hizo un gesto para que se acercaran con la pluma que tenía en la mano.

—Pasen, lord Rothen, lord Dannyl. Tomen asiento.

Rothen examinó toda la habitación. No había nadie vestido con túnica negra reclinado en ninguna butaca, ni acechando en ningún rincón oscuro. Dannyl dejó escapar un largo suspiro de alivio.

Lorlen sonrió mientras los dos magos ocupaban las sillas que había frente a su mesa. Se inclinó hacia delante y cogió las hojas que le ofrecía Rothen.

—Tenía ganas de leer sus informes. Estoy seguro de que el de lord Dannyl será fascinante. —Dannyl hizo una mueca, pero no dijo nada—. El Gran Lord les manda sus felicitaciones. —Los ojos de Lorlen pasaron de Rothen a Dannyl—. Y yo añado las mías.

—Entonces nosotros respondemos con nuestro agradecimiento —replicó Rothen.

Lorlen asintió y luego puso una sonrisa picara.

—Akkarin está particularmente satisfecho porque ya puede dormir sin interrupciones, ahora que los rudimentarios intentos de hacer magia ya no lo despiertan a todas horas.

Dannyl puso los ojos como platos y Rothen, viéndolo, sonrió.

—Supongo que tener unos sentidos tan afinados tiene sus pegas.

Intentó imaginar al Gran Lord dando vueltas de noche por sus aposentos, maldiciendo a aquella chica de las barriadas tan elusiva. La imagen no terminaba de encajar con la del solemne líder del Gremio. Frunció el ceño. ¿Cuánto interés iba a tomarse Akkarin en Sonea, ahora que la habían encontrado?

—Administrador, ¿cree usted que el Gran Lord querrá conocer a Sonea?

Lorlen negó con la cabeza.

—No. Su mayor preocupación era que no la encontráramos antes de que sus

poderes se volvieran destructivos... y que el rey había empezado a cuestionar nuestra capacidad para ocuparnos de los nuestros. —Sonrió a Rothen—. Creo que comprendo por qué me lo pregunta. Akkarin puede ser una persona bastante intimidante, especialmente con los aprendices más jóvenes, y Sonea será fácil de asustar.

—Eso me lleva a otro asunto —dijo Rothen, inclinándose hacia delante—. Tiene usted razón en que Sonea es muy fácil de asustar, y también se muestra muy suspicaz respecto a nosotros. Tardaré algún tiempo en vencer su miedo. Me gustaría tenerla aislada hasta que tenga un poco de confianza, y luego empezar a presentarle a la gente de uno en uno.

—Me parece razonable.

—Fergun quería verla esta mañana.

—Ah. —Lorlen asintió e hizo repiquetear los dedos contra la mesa—. Hum. Ya me imagino los argumentos que utilizará para salirse con la suya. Podría decretar que no se puede ir a verla hasta que esté preparada, pero no creo que Fergun se quede satisfecho hasta que yo especifique lo que significa «lista» y establezca una fecha límite. —Se levantó y empezó a caminar a un lado y a otro, detrás de su mesa.

»Las dos solicitudes de tutela también han complicado las cosas. La gente acepta que, como usted cuenta con gran experiencia a la hora de enseñar Control, debería ser quien enseñara esa parte a la chica. Pero si se excluye a Fergun del entrenamiento temprano de Sonea, la gente apoyará la tutela en manos de Fergun por compasión. —Hizo una pausa—. ¿Podrá ser Fergun una de esas personas a quienes la presente?

Rothen negó con la cabeza.

—Sonea es observadora, y capta enseguida los sentimientos de la gente. Fergun me guarda poco aprecio. Si debo convencerla de que somos personas amistosas y bienintencionadas, no me ayudará que vea conflictos entre cualesquiera de nosotros. Además, podría confundir la determinación de Fergun por verla con intenciones nocivas.

Lorlen contempló un momento al otro mago, y luego cruzó los brazos.

—Todos queremos que Sonea aprenda Control tan pronto como sea posible —dijo—. No creo que haya quejas y decido que no debe haber nada que la distraiga de ese objetivo. ¿Cuánto tiempo cree que le costará?

—No lo sé —confesó Rothen—. Ya he enseñado a aprendices que no tenían interés y se distraían enseguida, pero nunca he intentado enseñar Control a alguien que desconfía de los magos tanto como ella. Podría llevarme varias semanas.

Lorlen volvió a su silla.

—No puedo concederle tanto tiempo. Le daré dos semanas, tiempo suficiente para que decida quién podrá verla. Cuando hayan transcurrido, yo empezaré a visitarla cada pocos días para comprobar lo cerca que está de obtener un nivel aceptable de Control. —Calló un momento y dio unos golpecitos en la mesa con una

uña—. Si es posible, cuando llegue ese momento debería haberle presentado al menos a otro mago. Le diré a Fergun que podrá verla después de que aprenda Control, pero recuerde, Rothen, cuanto más se demore usted, más simpatías ganará él.

Rothen asintió.

—Lo comprendo.

—La gente esperará que la Vista tenga lugar durante la primera Reunión después de que haya aprendido Control.

—Si es que puedo convencerla de que se quede —añadió Rothen.

Lorlen frunció el ceño.

—¿Cree que rechazará unirse al Gremio?

—Es demasiado pronto para saberlo —contestó Rothen—. No podemos obligarla a prestar el juramento.

Reclinándose contra el respaldo, Lorlen miró a Rothen con expresión pensativa; unas arrugas sobre las cejas delataban su preocupación.

—¿La joven es consciente de cuál es la alternativa?

—Todavía no. Como estoy intentando ganarme su confianza, me ha parecido mejor dejar esa noticia para más adelante.

—Lo comprendo. Es posible que, si elige usted el momento adecuado, sirva para convencerla de que se quede. —Ensayó una sonrisa irónica—. Si se marcha, Fergun estará convencido de que usted la instó a marcharse solo para fastidiarle a él. En todo caso, le esperan a usted algunos combates difíciles, Rothen.

Dannyl frunció el ceño.

—Entonces ¿su reclamación tiene fuerza?

—Es difícil de decir. En la decisión final puede pesar bastante la fuerza del apoyo que reúna cada uno de ustedes. Pero no debería hablar de esto antes de la Vista. — Lorlen se incorporó y miró de Rothen a Dannyl—. No tengo más preguntas. ¿Alguno de ustedes quiere hablar de alguna otra cosa?

—No. —Rothen se puso de pie e inclinó la cabeza—. Gracias, administrador.

Ya en el pasillo, Rothen se dirigió a su compañero.

—No ha ido tan mal, ¿verdad?

Dannyl levantó los hombros.

—Él no estaba.

—No.

Otro mago salió al pasillo e inmediatamente Dannyl moderó sus zancadas, pasando a renquear en cada paso. Rothen negó con la cabeza.

—¡Estás fingiendo la cojera de verdad!

Dannyl puso una expresión de sufrimiento.

—El corte fue profundo, Rothen.

—No tan profundo como eso.

—Lady Vinara dijo que la rigidez no se pasaría en unos días.

—Eso dijo, ¿eh?

Dannyl enarcó las cejas.

—Y no te hace ningún daño que recuerde a la gente lo que tuvimos que pasar para capturar a esa chica.

Rothen rió por lo bajo.

—Te agradezco sobremanera el sacrificio que estás haciendo con tu dignidad.

Dannyl emitió un leve sonido de disgusto.

—Bueno, si Fergun puede pasearse una semana entera con una venda enorme en el cortecito que tenía en la sien, yo puedo tener mi cojera.

—Ya veo. —Rothen asintió lentamente—. Siendo así, todo perfecto.

Llegaron a las puertas traseras de la universidad y se detuvieron. Fuera, los copos de nieve saturaban el aire. Cruzando miradas recíprocas de consternación, se adentraron en el remolino de blancura y se alejaron deprisa.

19. Empiezan las lecciones

Una semana entera, en la que el tiempo no había hecho más que empeorar, había logrado sepultar los terrenos del Gremio bajo una gruesa capa de nieve. El césped, los jardines y los tejados se habían ocultado bajo una brillante manta blanca. Dannyl, bien resguardado del frío bajo la protección de su escudo mágico, podía admirar el espectáculo sin sufrir la incomodidad.

Los aprendices merodeaban junto a la entrada de la universidad. Mientras entraba en el edificio, tres de ellos pasaron corriendo junto a él, con las capas bien ceñidas a los hombros. Supuso que formarían parte de los admitidos en el solsticio de invierno. Pasaban varias semanas de entrenamiento antes de que los nuevos aprendices supieran cómo desviar el frío.

Subió la escalera para encontrar un pequeño grupo de aprendices esperando fuera del aula de alquimia donde daba sus clases Rothen. Gesticuló hasta que entraron por la puerta y empezó a seguirlos.

—Lord Dannyl.

Dannyl reconoció la voz y contuvo un gemido. Se volvió hacia Fergun, que recorría el pasillo en su dirección con lord Kerrin al lado.

Fergun se detuvo a unos pasos de Dannyl y echó un vistazo a la puerta del aula.

—¿El aula donde está entrando usted es la de Rothen?

—Sí —respondió Dannyl.

—¿Les está dando usted las clases?

—Sí.

—Ya veo. —Fergun se volvió, con Kerrin pisándole los talones. En un tono más bajo, aunque modulado para que Dannyl lo oyera, añadió—: Me sorprende que se lo permitan.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kerrin, con una voz que se hacía más débil a medida que se alejaban.

—¿No recuerdas todos los problemas en los que se metió cuando era aprendiz?

—¡Ah, eso! —Kerrin soltó una carcajada que levantó ecos en el pasillo—. Supongo que podría ser una mala influencia.

Rechinando los dientes, Dannyl se volvió y encontró a Rothen en el vano de la puerta.

—¡Rothen! —exclamó Dannyl—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba en la biblioteca. —La mirada de Rothen no se apartó de la espalda de Fergun—. Me sorprende lo mucho que estáis prolongando vuestra rencilla. ¿Es que nunca pensáis dejar atrás el pasado?

—Para él no es una rencilla —gruñó Dannyl—. Es deporte, y disfruta demasiado

para parar.

Rothen levantó las cejas.

—Bueno, si se comporta como un aprendiz vengativo, la gente considerará sus palabras en consecuencia. —Sonrió cuando tres aprendices llegaron corriendo por el pasillo y se escurrieron por la puerta del aula—. ¿Cómo van mis aprendices?

Dannyl hizo una mueca.

—No sé cómo puedes soportarlo, Rothen. No irás a abandonarme a su merced mucho tiempo, ¿verdad?

—No lo sé. Semanas. Tal vez meses.

Dannyl gimió.

—¿Crees que Sonea ya está preparada para empezar las lecciones de Control?

—No —dijo Rothen, acompañando la negativa con un gesto.

—Pero si ya ha pasado una semana.

—Solo ha pasado una semana. —Rothen suspiró—. Me extrañaría que confiara en nosotros aunque le diéramos seis meses para adaptarse. —Arrugó la frente—. No es que le caigamos mal como individuos, sino que no cree que el Gremio tenga buenas intenciones... y no lo creerá hasta que vea alguna prueba. No hay tiempo para eso. Cuando Lorlen venga de visita, esperará que hayamos iniciado ya las clases.

Dannyl agarró el brazo de su amigo.

—De momento, lo único que has de hacer en enseñarle Control, y para eso no hace falta que confíe en nadie más que en ti, Rothen. Eres simpático. Velas por sus intereses. —Vaciló—. Si no puedes decírselo, entonces *muéstraselo*.

Rothen empezó a poner cara pensativa y entonces, comprendiendo, abrió los ojos de par en par.

—¿Dejarle que vea mi mente?

—Sí. De esa forma *sabrás* que le estás diciendo la verdad.

—Es... no es necesario para enseñar Control, pero las circunstancias distan bastante de ser las habituales. —Rothen frunció el ceño—. Pero tendré que evitar que se entere de algunas cosas.

—Ocúltalas. —Dannyl sonrió—. Bueno, tengo un aula llena de tus aprendices esperándome, todos ellos ansiosos por probar las últimas bromas y travesuras torturamaestros conmigo. Olvídate de Lorlen; soy yo quien espera oír que has hecho tremendos avances, cuando nos veamos esta noche.

Rothen rió entre dientes.

—Sé razonable con ellos y ellos serán razonables contigo, Dannyl.

Mientras su amigo se giraba para marcharse, Dannyl soltó una carcajada corta y malhumorada. En algún lugar sobre sus cabezas, un mazo dio contra el gong de la universidad. Con un suspiro, Dannyl cuadró los hombros y entró en el aula.

Apoyada en el alféizar, Sonea vio cómo los últimos magos y aprendices se perdían rápidamente de vista. Sin embargo, no todos ellos habían respondido al gong de la universidad. Había dos personas de pie al otro lado de los jardines.

Una era una mujer con la túnica verde y un fajín negro: la líder de sanadores. «Entonces las mujeres sí que tienen alguna influencia en el Gremio», pensó.

El otro era un varón con túnica azul. Sonea repasó las explicaciones que le había dado Rothen sobre el código de colores, pero no recordaba que hubiese mencionado el azul. No era un color nada habitual, así que quizá también él fuera un mago influyente.

Rothen le había contado que los magos ocupaban puestos elevados cuando salían elegidos en votación por todos los miembros del Gremio. Aquel método de escoger a los líderes por acuerdo mayoritario era intrigante. Había esperado que fuese el mago más fuerte quien gobernara a los demás.

Según Rothen, los otros magos pasaban el tiempo enseñando, haciendo experimentos o trabajando en proyectos públicos. Eso último incluía tareas que iban de lo impresionante a lo ridículo. Le había sorprendido enterarse de que los magos habían dragado la bahía artificial donde estaba el Puerto, y le había divertido saber que un mago había pasado gran parte de su vida intentando hacer pegamentos cada vez más fuertes.

Tamborileando los dedos, volvió a mirar toda la habitación. Durante la última semana había tenido oportunidad de examinarlo todo, incluida la habitación donde dormía Rothen. Su meticuloso registro de todos los armarios, cofres y cajones le había revelado ropa y objetos cotidianos. Las pocas cerraduras presentes se habían rendido con facilidad a su habilidad para abrirlas, pero su única recompensa habían sido unos documentos antiguos.

Algo se movió en el límite de su visión y Sonea se volvió hacia la ventana. Los dos magos se habían separado, y el hombre de la túnica azul ahora caminaba por el borde del jardín hacia la residencia de dos pisos del Gran Lord.

Recordó la noche en que había curioseado en aquel edificio y se estremeció. Rothen no le había mencionado nada sobre magos asesinos, pero no era de extrañar. Estaba intentando convencerla de que el Gremio era amistoso y conveniente para ella. Si el mago de la túnica negra no era un asesino, ¿qué más podía ser?

El recuerdo de un hombre con la ropa ensangrentada le vino de golpe a la mente.

«Está hecho —había comentado el hombre—. ¿Has traído mi túnica?»

Casi dio un salto cuando la puerta se abrió con un chasquido a sus espaldas. Al girarse, exhaló mientras Rothen entraba en la habitación a zancadas, con la túnica arremolinada a su alrededor.

—Perdona que haya tardado tanto.

Era un mago, y aun así se estaba disculpando ante ella. Divertida, levantó los

hombros como respuesta.

—Te he traído unos libros de la biblioteca. —Irguió la espalda y la contempló con seriedad—. Pero he pensado que podríamos empezar a trabajar en unos ejercicios mentales. ¿Qué opinas?

—¿Ejercicios mentales? —Sonea frunció el entrecejo, y luego se quedó helada al comprender lo que sugería el mago. ¿Pensaba que confiaba en él después de una sola semana?

«¿Confío?»

La estaba mirando atentamente.

—Probablemente no empezaremos con las clases de Control —le dijo—. Pero deberías acostumbrarte a la comunicación mental antes de que iniciemos las lecciones.

Sonea pensó en la última semana, sopesando lo que había logrado saber de él.

Rothen había pasado casi todo el tiempo enseñándole a leer. Al principio Sonea había sospechado que encontraría algo en los libros que él pudiera usar como cebo o soborno. Casi la había decepcionado verse leyendo simples relatos de aventuras, con poquísimas referencias a la magia.

A diferencia de Serin, que se había afanado en evitar enfurecerla, Rothen no dudaba a la hora de corregirla cuando cometía errores. Podía ser bastante terco, pero Sonea había descubierto, para su sorpresa, que aquel mago no le daba ningún miedo. Hasta le habían entrado ganas de pincharlo un poco cuando se ponía demasiado serio.

Cuando Rothen no estaba instruyéndola, intentaba charlar. Sonea sabía que no le estaba poniendo las cosas nada fáciles con su rechazo a tratar una buena cantidad de temas. Aunque el mago siempre se mostraba dispuesto a responder a sus preguntas, no intentaba engañarla ni obligarla a que revelara nada sobre sí misma a cambio.

¿La comunicación mental sería igual? ¿Seguiría siendo capaz de ocultar partes de sí misma?

«La única forma de saberlo es intentarlo», se dijo. Tragó saliva y asintió con rapidez.

—¿Cómo se empieza?

Rothen estudió la expresión de la joven.

—Si no quieres, podemos esperar unos días más.

—No —respondió Sonea, moviendo la cabeza—. Ahora está bien.

Él asintió y le señaló las sillas.

—Siéntate. Tienes que estar cómoda.

Sonea ocupó una silla y miró cómo él apartaba la mesa baja y movía otra silla hacia delante, frente a la de ella. Estaría sentado muy cerca, comprendió consternada.

—Voy a pedirte que cierres los ojos —dijo el mago—, y luego te cogeré las manos. No es necesario que estemos en contacto cuando hablamos, pero ayuda a

enfocar la mente. ¿Estás lista?

Ella asintió.

—Cierra los ojos —pidió— y relájate. Respira lenta y profundamente. Escucha el sonido de tu propia respiración.

Sonea obedeció. Rothen dejó que pasara mucho tiempo en silencio. Al cabo de un rato, Sonea se dio cuenta de que los dos respiraban al mismo ritmo, y se preguntó si él habría adaptado su aliento al suyo.

—Imagínate que, cada vez que respiras, una parte de ti se relaja. Primero los dedos de los pies, luego los tobillos. Pantorrillas, rodillas, muslos... Descansa los dedos, las manos, los brazos, la espalda... Deja que caigan los hombros. Permite que la cabeza se suelte un poco hacia delante.

Aunque le parecieron unas instrucciones un tanto peculiares, Sonea hizo lo que él decía. A medida que la tensión abandonaba sus extremidades, fue siendo consciente de un cosquilleo en su estómago.

—Ahora voy a cogerte las manos —dijo el mago.

Las manos que envolvieron las suyas parecían mucho más grandes. Resistió el impulso de abrir los ojos para comprobarlo.

—Escucha. Piensa en lo que puedes oír.

Sonea fue repentinamente consciente de que la rodeaba un rumor constante de pequeños sonidos. Cada uno de ellos reclamaba su atención y le exigía que lo identificara: el ruido de los pasos en el exterior, las lejanas voces de magos y sirvientes que llegaban desde dentro y fuera del edificio...

—Ahora deja que se desvanezcan los sonidos de fuera de la sala. Olvídalos y concéntrate en los sonidos que hay dentro.

Dentro había más silencio. El único ruido era el de sus respiraciones, que ahora tenían distintos ritmos.

—Deja que esos sonidos también se desvanezcan. Ahora escucha los sonidos de tu propio cuerpo. Los lentos latidos del corazón...

Sonea frunció el ceño. Aparte de su respiración, no oía más sonidos dentro de su cuerpo.

—... el torrente de sangre que te recorre el cuerpo.

Se estaba concentrando mucho, pero no podía oír...

—... el sonido de tu estómago...

¿O sí? Había una cosa...

—... la vibración dentro de los oídos...

Entonces se dio cuenta de que los sonidos que describía Rothen no se oían: se *sentían*.

—... Y ahora escucha el sonido de tus pensamientos.

Por un momento Sonea se quedó perpleja ante aquella instrucción, y entonces

sintió una presencia a las puertas de su mente.

Hola, Sonea.

¿Rothen?

Exacto.

La presencia se hizo más tangible. La personalidad que podía notar le era sorprendentemente familiar. Era como reconocer una voz, una voz tan particular que nunca podría confundirse con ninguna otra.

Así que esto es la comunicación, meditó.

Si. Por medio de ella, podemos hablar entre nosotros desde distancias enormes.

Se dio cuenta de que no estaba escuchando palabras, sino sintiendo el significado de los pensamientos que él había proyectado hacia ella. Aparecían de repente en su mente, y se comprendían con tanta rapidez y exactitud que sabía, certera y exactamente, lo que él quería que supiera.

¡Es muchísimo más rápido que hablar!

Sí, y hay menos margen para malentendidos.

¿Podría hablar así con mi tía? Podría hacerle saber que sigo viva.

Sí y no. Solamente los magos pueden comunicarse mente a mente sin contacto físico. Podrías hablar con tu tía, pero tendrías que estar tocándola. No hay razón por la que no puedas mandar un mensaje ordinario a tu tía, de todas formas...

Lo cual les revelaría su situación, comprendió. Sonea notó que flaqueaba su entusiasmo por la comunicación mental. Debía tener cuidado.

Entonces... ¿los magos siempre hablan así?

Normalmente no.

¿Por qué?

Esta forma de comunicación tiene sus inconvenientes. Cuando alguien te envía pensamientos, sientes las emociones que llevan detrás. Por ejemplo, es fácil detectar cuándo alguien miente.

¿Y eso es malo?

Por sí mismo, no, pero imagínate que te has dado cuenta de que tu amigo se está quedando calvo. El notaría la diversión que hay tras tus pensamientos y, aun sin saber lo que te hace tanta gracia, sabría que es a costa suya. Ahora imagínate que no fuera un amigo dispuesto a perdonarte, sino alguien a quien respetaras y quisieras impresionar.

Ya veo por qué lo dices.

Bien. Veamos, para la siguiente parte de la lección quiero que imagines que tu mente es una habitación, un espacio con paredes, suelo y techo.

Al instante Sonea se vio de pie en el centro de una habitación. Tenía algo familiar, aunque no recordaba haber visto antes ninguna parecida. Estaba vacía, no tenía puertas ni ventanas y las paredes eran de madera desnuda.

¿Qué ves?

Las paredes son de madera y está vacía, respondió Sonea.

Ah, ya la veo. Esta habitación es la parte consciente de tu mente.

Entonces... ¿puedes ver dentro de mi mente?

No, acabas de proyectarme una imagen. Mira, volveré a enviártela.

Por la mente de la joven pasó la imagen de una habitación. Estaba poco definida y borrosa, sin ningún detalle distinguible.

Es... distinta, como confusa, dijo Sonea.

Ocurre porque ha transcurrido algún tiempo y mi recuerdo de ella se ha marchitado. La diferencia que notas viene de que mi mente ha rellenado los detalles que le faltaban a mi memoria, como el color y la textura. Bueno, tu habitación necesita una puerta.

Se materializó una puerta ante ella.

Ve a la puerta. ¿Te acuerdas del aspecto que tenía tu poder?

Sí, era una bola de luz brillante.

Es una forma muy habitual de visualizarlo. Quiero que pienses al mismo tiempo en ella cuando era potente y peligrosa, y después de que menguara. ¿Te acuerdas?

Sí...

Pues abre la puerta.

Después de hacerlo, Sonea se vio en el umbral que daba a la oscuridad. Ante ella pendía una esfera blanca de brillante resplandor. Era imposible juzgar su lejanía. Un momento le parecía que la bola flotaba casi al alcance de la mano, al siguiente estaba segura de que era de tamaño colosal y flotaba a una distancia inconcebible de ella.

¿Cómo es de grande, en comparación con lo que recuerdas?

No tan grande como cuando era peligrosa. Le mandó una imagen de la bola.

Bien. Crece más deprisa de lo que esperaba, pero aún tenemos tiempo antes de que tu magia empiece a aflorar sin que tú quieras. Cierra la puerta y regresa a la habitación.

La puerta se cerró y desapareció, y Sonea se vio de pie, de nuevo en el centro de la sala.

Quiero que imagines otra puerta. Esta vez es la puerta que da al exterior, así que hazla más grande.

En su habitación apareció una puerta doble, que reconoció como la entrada principal de la casa de queda donde había vivido antes de la Purga.

Cuando abras esas puertas, verás una casa. Debería tener un aspecto parecido a éste.

Por su mente pasó la imagen de una casa blanca, similar a los hogares de los mercaderes en la Cuaderna Occidental. Cuando empujó la puerta doble de su mente para abrirla, vio el edificio delante. Entre su habitación y aquella casa había una calle

estrecha.

Cruza hasta el edificio.

La casa tenía una puerta simple roja. La escena cambió y Sonea se halló delante de la puerta. Cuando tocó el pomo, la puerta se abrió hacia dentro y le permitió entrar en una gran habitación blanca.

Las paredes tenían cuadros colgados, y había un juego de butacas distribuidas ordenadamente en las esquinas de la sala. Le recordó un poco la sala de invitados de Rothen, pero más grandiosa. La sensación de su personalidad era intensa, como un perfume penetrante o el calor de la luz solar.

Bienvenida, Sonea. Estás en lo que podríamos llamar la antesala de mi mente. Aquí te puedo enseñar imágenes. Mira los cuadros.

Sonea fue hasta el cuadro más cercano. En él, se vio a sí misma vestida con túnica de maga, discutiendo acalorada con otros magos. Molesta, apartó la mirada.

Espera, Sonea. Mira el cuadro de al lado.

De mala gana, recorrió la pared. El siguiente cuadro la mostraba con una túnica verde, curando a un hombre que tenía la pierna herida. Se apresuró a darle la espalda.

¿Por qué te repele ese futuro?

No es quien yo soy.

Pero podría serlo, Sonea. ¿Ves ahora que te he dicho la verdad?

Mirando de nuevo los cuadros, comprendió de repente que sí le estaba diciendo la verdad. Ahí no podía mentirle. Le estaba mostrando unas posibilidades que eran reales. Era cierto que el Gremio quería que ella se uniera...

Entonces encontró una puerta negra que no había visto antes. Tan pronto como la miró, supo que estaba cerrada con llave y notó que volvían sus recelos. Tal vez no fuera capaz de mentir, pero quizá pudiera ocultar algunas verdades.

¡Me estás escondiendo cosas!, acusó al mago.

Sí, respondió él. Todos estamos capacitados para esconder las partes de nosotros que deseamos conservar en privado. De lo contrario, nadie dejaría que otra persona entrara en su mente jamás. Te enseñaré cómo se hace, ya que necesitas más privacidad que la mayoría de nosotros. Observa, y te permitiré vislumbrar lo que hay tras esa puerta.

La puerta se abrió hacia dentro. Por el hueco, Sonea vio una mujer tendida en una cama, con una palidez mortecina en la cara. Se extendió un sentimiento de intenso pesar. Sin avisar, la puerta volvió a cerrarse de sopetón.

Mi esposa.

¿Murió...?

Sí. ¿Comprendes ahora por qué oculto esa parte de mí?

Sí. Yo... lo lamento.

Fue hace mucho tiempo, y entiendo que necesites ver con tus propios ojos que

digo la verdad.

Sonea dio la espalda a la puerta negra. En la habitación se había colado una ráfaga de aire perfumado, con una mezcla de flores y algo acre y desagradable. Los cuadros de ella vestida con túnica se habían inflado hasta llenar las paredes, pero los colores estaban diluidos.

Hemos conseguido mucho. ¿Regresamos a tu mente?

Al momento la habitación empezó a moverse bajo sus pies, empujándola hacia la puerta roja. Dio un paso afuera y levantó la mirada. La fachada principal de su casa se alzaba ante ella. Era un edificio de madera sin adornos, algo desgastado por el uso pero aún recio, el típico de las mejores zonas de las barriadas. Cruzó la calle y regresó a la antesala de su propia mente. Las puertas se cerraron tras ella.

Ahora vuélvete y mira fuera.

Cuando volvió a abrir las puertas, se sorprendió de encontrar allí de pie a Rothen. Parecía algo más joven, y tal vez también más bajo.

—¿No me invitas a pasar? —preguntó, sonriente.

Sonea dio un paso atrás y le hizo un gesto de bienvenida. Cuando cruzó el umbral, la sensación de su presencia llenó la habitación. Miró a su alrededor, y de repente Sonea se dio cuenta de que ya no estaba vacía.

El sentimiento de culpa fue intenso al ver que, en una mesa cercana, había una caja. Era la que había abierto sin permiso. La tapa colgaba a un lado y los documentos que tenía en el interior se veían claramente.

Entonces vio que Cery estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, sosteniendo tres libros que conocía.

Y en otro rincón estaban Jonna y Ranel...

Sonea.

Se volvió para descubrir que Rothen se había tapado los ojos con las manos.

Guarda lo que no quieras que vea a puerta cerrada.

Sonea recorrió la habitación con la mirada y se concentró en apartar cuanto veía. Todo se deslizó hacia atrás, atravesó las paredes y desapareció.

¿Sonea?

La chica se giró y se dio cuenta de que Rothen había desaparecido.

¿Te he echado a ti también?

Sí. Vamos a intentarlo otra vez.

De nuevo abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar pasar a Rothen. Captó un movimiento con el rabillo del ojo y miró, pero, fuera lo que fuese que hubiera allí, ya había vuelto a hundirse en las paredes. Se dio la vuelta y descubrió que había aparecido otra habitación detrás de la puerta. En el extremo más alejado de aquella habitación había otra puerta y ahora Rothen estaba en ella.

Cruzó el umbral y cambió todo. Había dos habitaciones entre ellos, luego tres.

¡Basta!

Notó que el mago le soltaba las manos. Repentinamente consciente del mundo físico, Sonea abrió los ojos. Rothen estaba reclinado en su silla, poniendo una mueca de dolor y frotándose las sienes.

—¿Estás bien? —preguntó, inquieta—. ¿Qué ha pasado?

—Estoy bien. —Dejó caer la mano y sonrió a duras penas—. Me has echado de tu mente a patadas. Es una reacción natural, y se puede aprender a controlar. No te preocupes, estoy acostumbrado. He enseñado a muchos aprendices antes que a ti.

Ella asintió y se frotó las manos.

—¿Quieres que lo volvamos a intentar?

Rothen negó con la cabeza.

—Ahora no. Descansaremos y trabajaremos con la lectura. A lo mejor esta tarde probamos otra vez.

20. En manos del Gremio

Cery bostezó. Desde que se habían llevado a Sonea, el sueño se había vuelto esquivo. Se le escapaba cuando le era necesario y lo acechaba cuando no lo era. Ahora mismo necesitaba estar más despierto que nunca en su vida.

Un viento helado azotaba los árboles y los setos, llenando el aire de ruido y de alguna ramita u hoja de vez en cuando. El frío le había entrado en los músculos y le daba calambres. Con cuidado, cambió el peso de su cuerpo, se estiró y empezó a frotarse una pierna primero, y luego la otra.

Volvió a mirar a la ventana y decidió que si pensaba «asómate» con más fuerza, le explotaría la cabeza. Estaba claro que el talento de Sonea para sentir las mentes no se extendía a la detección de visitantes inesperados al otro lado de su ventana.

Observó las bolas de nieve que había hecho y volvió a dudar. Si lanzaba una a la ventana, tendría que impactar con el suficiente ruido para despertarla, pero no tanto como para atraer la atención de todos los demás. Ignoraba por completo si Sonea seguía en aquella habitación, y también si estaba sola.

Al llegar allí había una luz encendida, pero se había extinguido poco después. Las ventanas a la izquierda de la de Sonea estaban oscuras, pero las de la derecha seguían brillando. Miró con nerviosismo el edificio de la universidad, que se alzaba imponente a su izquierda. Ninguna ventana tenía luz. Desde la primera noche en que había visto a Sonea, Cery no había encontrado más rastros del misterioso observador.

Vio con el rabillo del ojo cómo se apagaba una luz. Miró de nuevo el edificio de los magos. La luz de las habitaciones contiguas a la de Sonea había desaparecido. Cery sonrió con tristeza y se dio un masaje en las entumecidas piernas. Solo un poco más...

Cuando apareció una cara pulida en la ventana, pensó, por un momento, que se había quedado dormido y estaba soñando. Miró, con el corazón retumbando, a Sonea echando un vistazo a los jardines y luego girando la cabeza hacia la universidad. Entonces se apartó de la ventana.

El cansancio se había esfumado por completo. Los dedos de Cery se cerraron alrededor de una bola de nieve. Sus piernas se resintieron mientras se arrastraba al otro lado del seto. Apuntó y, tan pronto como la bola se separó de su mano, volvió al seto.

A sus oídos llegó el más sordo de los ruidos cuando la bola impactó contra la ventana. El corazón le saltó triunfal en el pecho al aparecer de nuevo la cara de Sonea. Miró fijamente la salpicadura de escarcha en el cristal y empezó a escrutar el jardín.

Cery comprobó las otras ventanas y no vio a nadie más mirando. Reptó para salir

un poco del seto y llegó a tiempo de ver la cara de pasmo que se le quedó a Sonea al distinguirlo. Detrás de la sorpresa vino una amplia sonrisa.

Cery saludó y luego hizo una pregunta por señas. Ella le devolvió un «sí». No le habían hecho ningún daño. Dio un suspiro de alivio.

El código de señas que empleaban los ladrones se limitaba a los significados simples, como «¿listo?», «ya», «espera», «fuera de aquí» y los típicos «sí» y «no». No había ninguna señal para decir «Estoy a punto de rescatarte, ¿la ventana está cerrada con llave?». Se señaló a sí mismo, hizo movimientos de escalada, pasó a los gestos de abrir una ventana, la señaló, luego a sí mismo y terminó con la seña de «fuera de aquí».

Ella respondió con un «espera» y luego se señaló a sí misma, envió «fuera de aquí» y negó con la cabeza.

Cery frunció el ceño. Aunque Sonea conocía las señas de los ladrones mejor que casi nadie en las barriadas, nunca las había dominado tanto como él. Podría estar diciéndole que no la dejaban marcharse, o que no quería irse ahora mismo, o que Cery debería volver más tarde. Se rascó la cara y luego hizo las señas de «fuera de aquí» y «ahora».

Ella movió la cabeza de un lado a otro, y entonces le llamó la atención algo a su izquierda y abrió mucho los ojos. Se apartó un poco de la ventana y empezó a repetir la seña de «fuera de aquí» una y otra vez. Cery se agachó y retrocedió al interior del seto, esperando que el viento tapara el crujido de las hojas.

No escuchó ningún paso, y empezó a considerar qué podría haberla asustado, y entonces notó un aire cálido deslizándose por su piel y se le erizaron los pelos de la nuca.

—Sal —dijo una voz culta e incómodamente cercana—. Sé que estás ahí dentro.

Por entre el arbusto Cery distinguió los suaves pliegues de una túnica, a solo un brazo de distancia. Una mano empezó a remover las hojas. Cery se retorció para alejarse, saliendo del seto, y se apretó contra el edificio con el corazón desbocado. El mago se incorporó rápidamente. Sabiendo que estaba a la vista, Cery echó a correr junto a la fachada lateral del edificio, en dirección al bosque.

Algo le dio un trompazo en la espalda y lo tiró a la nieve. Lo mantuvo allí un peso que apretaba con tanta fuerza que apenas le permitía respirar y la nieve helada le quemaba en la cara. Oyó unos pasos que se acercaban y el pánico empezó a dominarlo.

«Calma. Tranquilízate —se dijo—. Nunca has oído decir que mataran a los intrusos... aunque tampoco has oído decir que encontraran intrusos...»

La aplastante presión remitió. Mientras se ponía a gatas, Cery notó que alguien le agarraba con fuerza el brazo. Lo puso en pie de un tirón y lo arrastró, a través del seto, hasta el camino.

Cery miró a su captor y tuvo un escalofrío cuando reconoció al mago. Los ojos de este se entrecerraron.

—Tu cara me suena... Ah, ya me acuerdo. El appestoso losde que intentó darme un golpe. —Miró por encima de su hombro a la ventana de Sonea y puso una sonrisita de suficiencia—. Conque Sonea tiene un admirador. Qué dulce.

Miró a Cery con aire pensativo y por sus ojos pasó un brillo fugaz.

—¿Qué voy a hacer contigo? Creo que normalmente los intrusos se interrogan y luego se escoltan al exterior del Gremio. Será mejor que vayamos empezando.

Cery forcejeó mientras el mago empezaba a tirar de él por el camino, en dirección a la universidad. La fina mano del mago era sorprendentemente fuerte.

—¡Suéltame! —exigió Cery.

El mago suspiró.

—Como sigas insistiendo en sacudirme el brazo así, me veré obligado a usar medios menos físicos para retenerte. Por favor, colabora. Estoy tan ansioso por que acabe todo este asunto como sin duda estarás tú.

—¿Adonde me llevas?

—Para empezar, a algún lugar resguardado de este viento ruidoso. —Llegaron al final del edificio de los magos y siguieron hacia la universidad.

—Lord Fergun.

El mago se detuvo y miró a su espalda. Se acercaban dos sombras con túnica. Cery notó una tensión repentina en la mano que lo retenía, pero no supo si debía sentir alivio o preocupación acerca de los recién llegados. Era evidente que a Fergun no le era grata su intromisión.

—Administrador —dijo Fergun—. Qué casualidad. Justamente iba a despertarlo a usted. He descubierto a un intruso. Parece que ha estado intentando contactar con la chica de las barriadas.

—Eso me han dicho. —El mago más alto lanzó una mirada a su acompañante.

—¿Lo interrogará usted? —La voz de Fergun sonaba esperanzada, pero apretó más fuerte el brazo de Cery.

—Sí —respondió el mago alto. Hizo un gesto distraído y, con una llamarada, se materializó sobre ellos una bola de luz.

Cery notó que lo invadía el calor y desaparecía el viento. A su alrededor aún veía doblarse a los árboles, pero los tres magos no se veían afectados.

Los colores brillaban en las tres túnicas bajo la fuerte luz. El mago alto vestía de azul, su compañero —un hombre más viejo —de color violeta, y el que había capturado a Cery iba de rojo. El mago alto contempló a Cery y sonrió levemente.

—¿Quieres hablar con Sonea, Cery?

Cery parpadeó, sorprendido, y al momento arrugó la frente. ¿Cómo podía saber su nombre aquel mago? Se lo debía de haber dicho Sonea. Si ella hubiera querido avisar

a Cery, les habría proporcionado otro nombre... a menos que se lo hubieran sacado con engaños, o que lo hubieran leído en su mente, o que...

¿Qué importaba? Lo habían cazado. Si tenían malas intenciones, ya estaba perdido de todos modos. Ya puestos, vería a Sonea.

Asintió. El mago alto miró a Fergun.

—Suéltelo.

Fergun le dio un apretón en el brazo antes de retirar sus dedos. El mago de la túnica azul hizo un gesto a Cery para que lo siguiera, y empezó a caminar hacia el edificio de los magos.

Las puertas se abrieron ante ellos. Muy consciente de los dos magos que iban tras él a modo de guardia, Cery siguió al mago alto por un corto tramo de escalones hasta el piso superior. Recorrieron un amplio pasillo hasta llegar a una de entre muchas puertas sin adornos. El mago más anciano dio un paso adelante para tocar la manecilla, y la puerta se abrió hacia dentro.

Era una habitación lujosa, con sillas acolchadas y muebles caros. En una de las sillas estaba sentada Sonea. Sonrió al ver a Cery.

—Adelante —dijo el mago de la túnica azul.

Con el corazón dándole tumbos, Cery entró en la habitación. La puerta se cerró y, al volverse hacia ella, se preguntó si acababa de meterse en una trampa.

—Cery —dijo Sonea con un hilo de voz—. Me alegro tanto de verte...

Él se giró de nuevo para estudiarla. Sonea volvió a sonreír, pero la sonrisa se esfumó enseguida.

—Siéntate, Cery. He pedido a Rothen que me deje hablar contigo. Le he dicho que ibas a seguir intentando rescatarme si no te explicaba por qué no puedo marcharme.

Sonea señaló un asiento. Cery se sentó a regañadientes.

—¿Por qué no puedes marcharte?

Ella suspiró.

—No sé si te lo puedo explicar para que le veas el sentido. —Se echó hacia atrás en su silla—. A los magos hay que enseñarles cómo se controla la magia, y eso solo te lo puede enseñar otro mago, porque se tiene que aprender de mente a mente. Si no aprenden a controlarlo, la magia funciona cada vez que el mago tiene alguna emoción. Esa magia toma formas sencillas y peligrosas, más y más fuertes cuando va creciendo. Al final... —Puso una mueca—. Yo... casi morí el día que me encontraron, Cery. Ellos me salvaron.

Cery se estremeció.

—Lo vi, Sonea. Los edificios... ya no están.

—Habría sido peor si no me hubieran encontrado. Habría muerto gente. Mucha gente.

Cery se miró las manos.

—Entonces no puedes volver a casa.

Ella soltó una risita, un sonido tan inesperado y alegre que se la quedó mirando, aturdido.

—No me pasará nada —dijo ella—. Cuando haya aprendido Control, ya no estaré en peligro. Estoy empezando a comprender cómo funcionan las cosas aquí. —Le guiñó un ojo—. ¿Y por dónde andas tú ahora?

Él sonrió.

—Por donde siempre. La mejor casa de bol de todas las barriadas.

Sonea asintió.

—¿Y tu... amigo? ¿Sigue dándote trabajo?

—Sí. —Cery negó con la cabeza—. Pero lo mismo deja de darme cuando se entere de lo que he hecho esta noche.

Mientras Sonea daba vueltas a aquello, entre sus cejas aparecieron las familiares arrugas de preocupación. Cery notó que algo le oprimía el corazón hasta hacer que le doliera. Apretando los puños, miró hacia una pared. Quería soltar toda la culpabilidad y el miedo que había sentido desde que la habían capturado, pero la idea de que pudiera haber gente escuchando le ahogó las palabras en la garganta.

Contempló el lujo que los rodeaba y se consoló pensando que al menos la estaban tratando bien. Sonea bostezó. Cery recordó que era tarde.

—Supongo que mejor me voy yendo. —Se puso de pie y se quedó quieto, reacio a abandonarla.

Ella sonrió, esta vez con tristeza.

—Dile a todo el mundo que estoy bien.

—Se lo diré.

No podía moverse. La sonrisa de la joven se marchitó un poco bajo la mirada de Cery, y entonces le hizo un gesto en dirección a la puerta.

—Estaré bien, Cery. Confía en mí. Ve.

De alguna manera, se obligó a caminar hasta la puerta y llamar con los nudillos. La madera se abrió hacia dentro. Los tres magos lo miraron fijamente cuando salió al pasillo.

—¿Acompaño a nuestro visitante hasta la puerta? —se ofreció Fergun.

—Sí, gracias —respondió el mago de la túnica azul.

Por encima de la cabeza de Fergun apareció un globo de luz. El mago miró con impaciencia a Cery, que vaciló mientras observaba al mago de la túnica azul.

—Gracias.

El mago respondió con un asentimiento. Cery dio media vuelta y anduvo hacia la escalera, con el mago rubio a su espalda.

Mientras bajaban, meditó las palabras de Sonea. Ahora sus señas tenían sentido.

Tenía que esperar hasta que supiera controlar su magia, pero cuando lo hiciera intentaría escapar. No había mucho que él pudiera hacer para ayudarla, excepto encargarse de que tuviera un lugar seguro al que volver.

—¿Eres el marido de Sonea?

Cery miró al mago, sorprendido.

—No.

—¿Su, hum... amante, entonces?

El joven notó que se ruborizaba. Apartó la mirada.

—No, solo un amigo.

—Ya veo. Ha sido un acto muy heroico venir aquí.

Decidiendo que no tenía por qué replicar a aquello, Cery salió del edificio de los magos, se adentró en el viento frío y viró hacia el jardín. Fergun dejó de andar.

—Espera. Permite que te lleve cruzando por la universidad. Así pasarás menos frío.

El corazón le dio un brinco. La universidad.

Siempre había querido ver aquel gran edificio por dentro. No volvería a tener una oportunidad como aquella después de que Sonea hubiera escapado. Se encogió de hombros como si le diera igual y echó a andar hacia la entrada trasera de la enorme construcción.

Se le fue acelerando el corazón mientras subían los escalones. Pasaron a una sala llena de escaleras minuciosamente decoradas. La luz del mago desapareció mientras seguían por una puerta lateral y por un ancho pasillo que parecía no tener final.

A ambos lados había puertas y más pasillos. Cery miró en todas direcciones, pero no pudo identificar la fuente de la luz. Era como si las mismas paredes brillaran.

—Sonea nos dio una buena sorpresa —dijo Fergun de repente, con una voz que rebotó en las paredes—. Nunca antes habíamos encontrado talento alguno en las clases bajas. Por lo general, se restringe a las Casas.

Fergun miró expectante al joven; era obvio que quería entablar conversación.

—Para ella también fue sorprendente —respondió Cery.

—Por aquí. —El mago guió a Cery por uno de los pasillos laterales—. ¿Alguna vez has oído hablar de otro losde que tenga magia?

—No.

Doblaron un recodo, entraron en una habitación pequeña por una puerta y luego cruzaron otra que daba a un pasillo ligeramente más ancho. A diferencia de los anteriores, las paredes de aquel pasillo estaban revestidas de madera, y había cuadros colgados a intervalos regulares.

—Este sitio es bastante laberíntico —dijo Fergun con un leve suspiro—. Ven, te llevaré por un atajo.

Se detuvo junto a un cuadro y metió una mano detrás de él. Una parte de la pared

se deslizó a un lado, dejando un rectángulo de oscuridad del tamaño de una puerta estrecha. Cery miró dudoso al mago.

—Siempre me han encantado los secretos —dijo Fergun, con los ojos brillantes—. ¿Te sorprende que nosotros también tengamos pasadizos subterráneos? Este lleva hasta el Círculo Interno; es un camino seco y sin viento. ¿Vamos?

Cery miró el umbral y luego al mago. ¿Pasadizos debajo del Gremio? Era demasiado raro. Dio un paso atrás y movió la cabeza de lado a lado.

—Ya he visto muchos pasadizos —dijo—, y el frío no me importa. Son más interesantes todas las cosas hermosas que hay en este edificio.

El mago cerró los ojos y asintió.

—Ya veo. —Enderezó la espalda antes de sonreír—. En fin, es bueno saber que no te importa el frío.

Algo empezó a empujar la espalda de Cery, acercándolo al rectángulo por la fuerza. El joven gritó y se agarró a los bordes del hueco, pero el impulso era demasiado fuerte y le resbalaron los dedos de la lustrosa madera. Mientras caía hacia delante, apenas pudo levantar las manos para protegerse la cara antes de darse de bruces contra una pared.

Aquella fuerza lo sostuvo con firmeza contra los ladrillos. No podía mover ni un dedo. El corazón parecía a punto de saltarle del pecho, y se maldijo por haber confiado en los magos. Oyó un chasquido a su espalda. La puerta secreta se había cerrado.

—Ya puedes gritar si quieres —dijo Fergun con una risita grave y desagradable—. Los demás no bajan aquí nunca, así que nadie se preocupará.

Cayó un trozo de tela sobre los ojos de Cery, y Fergun se lo ató firmemente a la nuca. Bajó las manos del joven hasta juntárselas en la espalda y se las ató con más tiras de tela. Mientras cedía la presión contra su espalda, una mano lo agarró por el cuello de la camisa y lo empujó hacia delante.

Cery trastabilló pasadizo abajo. Unos pocos pasos después llegó a una escalera abrupta. Tanteó con los pies para bajar, y luego las manos que lo guiaban le fueron dando empujones por una ruta que describía una curva suave.

La temperatura del aire descendió bruscamente. Tras algunos cientos de pasos, Fergun hizo un alto. A Cery se le revolvió el estómago al oír el sonido de una llave girando en una cerradura.

Le quitó la venda de los ojos. Cery estaba junto a la puerta de una habitación espaciosa y vacía. La tela que le sujetaba las muñecas se desató.

—Adentro.

Cery miró a Fergun. Sus manos ansiaban empuñar las navajas que llevaba, pero sabía que si intentaba luchar contra el mago solo conseguiría perderlas. O entraba por sí mismo en la habitación o Fergun lo empujaría.

Lento y aturdido, entró en la celda. La puerta se cerró de golpe, dejándolo de pie en la oscuridad. Oyó cómo giraba la llave, y luego el sonido amortiguado de unos pasos que se alejaban.

Suspirando, se puso en cuclillas. Farén se iba a cabrear muchísimo.

21. Una promesa de libertad

Mientras avanzaba con prisa por el pasillo del alojamiento de los magos, Rothen fue objeto de no pocas miradas de interrogación por parte de los magos con los que se cruzaba. A algunos los saludó con la cabeza, y sonrió a quienes conocía más, pero no redujo el paso. Llegó a la puerta de sus aposentos, agarró el pomo y ejerció su voluntad para que se abriera la cerradura.

Al abrirse la puerta empezó a oír dos voces en la sala de invitados.

—... mi padre era sirviente de lord Margen, el mentor de lord Rothen. Mi abuelo también trabajaba aquí.

—Entonces debes de conocer a mucha gente.

—A unos pocos —aceptó Tania—. Pero muchos lo han dejado por algún puesto en las Casas.

Las dos mujeres estaban sentadas, la una junto a la otra, en las sillas. Al ver al mago, Tania se incorporó de un salto, sofocada.

—No dejéis de hablar por mí —dijo Rothen, moviendo una mano.

Tania inclinó la cabeza.

—No he acabado el trabajo, milord —le dijo. Con la cara aún brillante, se metió a la carrera en el dormitorio de Rothen.

Sonea la miró, claramente divertida.

Me parece que ya no le doy miedo.

Rothen observó cómo su sirvienta reaparecía con un fardo de prendas y ropa de cama bajo el brazo.

No. Os lleváis bien, vosotras dos.

Tania se detuvo y miró fijamente a Rothen, antes de echar un vistazo especulativo a Sonea.

¿Puede saber cuándo estamos hablando de esta manera?, preguntó Sonea.

Ve cómo nos cambia la expresión. Con poco tiempo que pases en compañía de magos, ya sabes que es una señal clara de que está teniendo lugar una conversación silenciosa.

—Discúlpanos, Tania —dijo Rothen en voz alta.

Tania levantó las cejas, pero encogió levemente los hombros y dejó el fardo de ropa en una cesta.

—¿Eso será todo, lord Rothen?

—Sí, Tania, muchas gracias.

Rothen esperó a que la puerta se hubiera cerrado detrás de la sirvienta antes de sentarse junto a Sonea.

—Supongo que ya es hora de que te diga que no se considera de buena educación

comunicarse con la mente si hay gente delante, sobre todo si no tienen la capacidad de unirse. Es como susurrar a espaldas de alguien.

Sonea puso cara de preocupación.

—¿He ofendido a Tania?

—No. —La expresión de alivio que puso Sonea despertó una sonrisa a Rothen—. De todas formas, también debo advertirte que la comunicación mental no es tan privada como podrías imaginarte. Los otros magos pueden captar conversaciones mentales, sobre todo si están intentando escucharlas.

—Entonces ¿puede que alguien nos haya estado escuchando hace un momento?

El mago meneó la cabeza.

—Es posible, pero lo dudo. Inmiscuirse se considera una grosería y una falta de respeto... y además requiere concentración y esfuerzo. De lo contrario, las conversaciones de otra gente nos distraerían tanto que seguramente acabaríamos volviéndonos locos.

Sonea pensó en aquello.

—Si no oyes nada hasta que te pones a escuchar, ¿cómo lo sabes cuando alguien quiere hablar contigo?

—Cuanto más cerca estás de un mago, más fácil es oírlo —explicó Rothen—. Si estás en la misma habitación, por lo general puedes detectar los pensamientos que proyectan hacia ti. Si estás lejos, sin embargo, primero han de llamar tu atención.

»Si quisieras hablar conmigo —dijo Rothen, y se puso una mano en el pecho—, mientras estoy en la universidad, por ejemplo, tendrías que proyectar mi nombre con fuerza. Lo oirían otros magos, pero no responderían ni abrirían su mente para escuchar la conversación que tenga lugar. Cuando yo respondiera gritando tu nombre, sabrías que te he oído y podríamos empezar a hablar. Si los dos fuésemos muy hábiles y conociéramos bien la voz mental del otro, podríamos dificultar que nos oyeran otros, enfocando nuestros pensamientos al proyectarlos, pero hacer eso es casi imposible en distancias largas.

—¿Nadie ha roto esa regla nunca?

—Probablemente. —Rothen se encogió de hombros—. Por eso debes recordar que la comunicación mental no es privada. Aquí tenemos un dicho: los secretos, mejor voceados que dichos.

Sonea dio un suave soplando.

—Eso no tiene sentido.

—Si se toma al pie de la letra, no. —Rothen rió—. Pero aquí en el Gremio, los verbos «decir» y «escuchar» tienen otros significados. Aunque exista una norma general de cortesía, es increíble la cantidad de veces que la gente descubre que el secreto que tanto intentaban ocultar se ha vuelto la comidilla del Gremio. Nos olvidamos demasiado a menudo de que los magos no son los únicos que pueden

oírnos.

Los ojos de Sonea brillaron de interés.

—¿Ah, no?

—No todos los niños en los que se descubre potencial mágico terminan entrando en el Gremio —le explicó—. Si el niño es el hermano mayor, por ejemplo, puede tener más valor para su familia como heredero. En muchas tierras existen leyes que prohíben a los magos involucrarse en política. Por ejemplo, un mago no puede ser rey. Esa es la razón de que no sea una maniobra inteligente tener a un mago como cabeza de familia.

»La comunicación mental es una capacidad inherente al potencial mágico. A veces, aunque es raro que pase, un individuo que no se ha hecho mago descubre que se le ha desarrollado naturalmente la capacidad de comunicarse con la mente. A esa gente se le puede enseñar lectura de la verdad, que puede ser una habilidad de lo más útil.

—¿Lectura de la verdad?

Rothen asintió.

—No se puede practicar sobre alguien que se resista, por supuesto, así que solamente resulta de valor cuando alguien quiere enseñar a otra persona lo que ha visto u oído. En el Gremio tenemos una ley sobre las acusaciones. Si alguien acusa a un mago de falsedad o de cometer un delito, debe permitir que se le haga una lectura de la verdad o, de lo contrario, retirar su acusación.

—No me parece justo —dijo Sonea—. El que ha hecho algo malo es el mago.

—Sí, pero así evitamos que se nos acuse en falso. El acusado, sea mago o no, puede impedir fácilmente cualquier lectura de la verdad. —Dejó de hablar un momento—. Pero hay una excepción.

Sonea frunció el ceño.

—¿Sí?

Rothen se reclinó y entrelazó los dedos.

—Hace unos años trajeron al Gremio a un hombre acusado de cometer unos asesinatos particularmente malévolos. El Gran Lord, nuestro líder, le leyó la mente y confirmó que era culpable. Para superar los bloqueos de una mente que se resiste hace falta una gran habilidad. Akkarin es el único de nosotros que lo ha logrado, aunque he oído que los magos del pasado podían hacerlo. Es un hombre extraordinario.

Sonea se tomó tiempo para asimilar todo aquello.

—Pero ¿al asesino no le bastaría con poner sus secretos a puerta cerrada, como tú me enseñaste?

Rothen se encogió de hombros.

—Nadie está seguro de cómo lo hizo Akkarin, pero una vez consiguió entrar en la

mente del hombre, no pasaría mucho tiempo antes de que lo traicionaran sus pensamientos. —Hizo una pausa, y entonces miró fijamente a Sonea—. Tú ya sabes que hace falta un poco de práctica para guardar los secretos a puerta cerrada. Cuanto más preocupado estás de que se revelen, más difícil es ocultarlos.

Sonea abrió un poco más los ojos y luego apartó la mirada, con una expresión repentina de cautela.

A Rothen le bastó mirarla para adivinar qué estaba pensando. Cada vez que había entrado en su mente, los objetos y personas que la joven había querido ocultarle se deslizaban hasta hacerse visibles. Ella siempre se asustaba tanto que lo echaba a él de su mente.

Todos los aprendices reaccionaban de la misma forma que ella, en mayor o menor medida. Rothen nunca comentaba con ellos ningún secreto de los que vislumbraba. Las preocupaciones ocultas de sus jóvenes alumnos solían girar alrededor de los vicios personales y las costumbres físicas —y también algún escándalo político que otro—, por lo que eran fáciles de pasar por alto. Como Rothen no hablaba de ellas, el aprendiz ganaba confianza en que se respetaba su privacidad.

Pero el silencio no estaba dando ninguna confianza a Sonea, y se estaban quedando sin tiempo. Lorlen haría su primera visita a finales de semana, y esperaría que ya hubieran empezado con las lecciones de Control. Si quería aprender Control en algún momento, tenía que superar aquellos miedos.

—Sonea.

La joven lo miró a los ojos con reticencia.

—¿Sí?

—Creo que deberíamos hablar de tus lecciones.

Ella asintió. Rothen se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Por lo general nunca hablo de lo que un aprendiz me muestra en su mente. Eso facilita que confíen en mí, pero no está funcionando entre tú y yo. Sabes que he visto cosas que deseas mantener ocultas, y fingir que no es así no está siéndonos de ninguna ayuda.

Sonea clavó la mirada en la mesa, mientras los nudillos se le ponían blancos al agarrar con fuerza la silla.

—Para empezar —siguió diciendo el mago—, ya me esperaba que registraras mis habitaciones. Yo habría hecho lo mismo si estuviera en tu situación. No me molesta. Olvídalo.

Las mejillas de Sonea enrojecieron un poco, pero siguió callada.

—En segundo lugar, ni tus amigos ni tu familia corren ningún peligro por parte nuestra. —Ella levantó la mirada hacia sus ojos—. Te preocupa que amenacemos con herirlos si no colaboras. —El mago le sostuvo la mirada—. No vamos a hacerlo, Sonea. Amenazarlos sería violar la ley del reino.

Ella volvió a mirar hacia otro sitio, con la expresión endurecida.

—Ah, pero sigues preocupada. No tienes motivos para creer que respetemos la ley del rey —comprendió Rothen—. No tienes motivos para confiar en nosotros. Lo cual me lleva a tu tercer miedo: que yo descubra tus planes para huir.

La cara de Sonea perdió lentamente todo el color.

—No es necesario que lo planees —dijo él—. No te obligaremos a quedarte si tú no quieres. Cuando hayas aprendido Control, podrás marcharte o quedarte, como decidas. Para convertirse en mago hay un juramento que todos debemos pronunciar... un juramento que nos ata de por vida. No es un compromiso que deba tomarse sin desearlo.

Sonea lo miró fijamente, con la boca entreabierta.

—¿Me dejaréis marchar?

Rothen asintió, y eligió sus siguientes palabras con sumo cuidado. Era demasiado pronto para explicarle que el Gremio no la dejaría salir sin antes bloquearle los poderes, pero aun así necesitaba saber que perdería todas sus capacidades mágicas.

—Sí, pero debo advertirte: sin entrenamiento, no podrás usar tus poderes. Lo que hacías antes dejará de ser posible. No podrás usar la magia en absoluto. —Se quedó un momento callado—. No servirás de nada a los ladrones.

Para su sorpresa, aquello pareció tranquilizarla. A sus labios asomó el fantasma de una sonrisa.

—Por eso, no habrá problema.

Rothen escrutó sus rasgos.

—¿Estás segura de que quieres volver a las barriadas? No tendrás forma de defenderte.

Sonea levantó los hombros.

—No será diferente de como era antes. No me fue mal.

Rothen frunció el ceño, impresionado por la confianza que tenía y sin embargo asustado ante la idea de enviarla de vuelta a la pobreza.

—Sé que quieres reunirte con tu familia. Unirte al Gremio no significaría que tuvieras que abandonarlos, Sonea. Pueden venir a visitarte, o puedes ir tú.

Ella movió la cabeza.

—No.

Rothen hizo un mohín.

—¿Tienes miedo de asustarlos, de traicionar a todos los losdes por convertirte en lo que odian?

La mirada rápida y penetrante que le dirigió Sonea le reveló que se había acercado a la verdad más de lo que ella esperaba.

—¿Qué deberías hacer para seguir siendo aceptable a sus ojos?

Ella resopló.

—¡Como si el Gremio, o el rey, fueran a dejarme hacer lo que quisiera para complacer a los losdes!

—No voy a engañarte diciéndote que sería fácil —respondió Rothen—, pero es una posibilidad que deberías tener en cuenta. La magia no es un don habitual. Mucha gente entregaría gustosa todos sus bienes a cambio de tenerla. Piensa en lo que podrías aprender aquí. Piensa en cómo podrías usarlo para ayudar a los demás.

La mirada de Sonea vaciló por un momento, y acto seguido se le endureció la expresión.

—Solamente estoy aquí por el Control.

El mago asintió lentamente.

—Si eso es todo lo que quieres, entonces es todo lo que podemos darte. Para todos los de aquí será una gran sorpresa enterarse de que eliges regresar a las barriadas. Muchos no podrán entender cómo alguien que ha vivido toda su vida en la pobreza rechaza una oferta como esta. Yo te conozco lo bastante para saber que no te importan mucho las riquezas y los lujos. —Alzó los hombros y sonrió—. Y no seré el único que te admire por hacerlo. De todos modos, deberías saber que voy a intentar convencerte de que te unas a nosotros con todas mis fuerzas.

Por primera vez, que recordara Rothen, Sonea sonrió.

—Gracias por el aviso.

Complacido consigo mismo, Rothen se frotó las manos.

—Bueno, una cosa solucionada. ¿Empezamos con las lecciones?

La joven vaciló, y luego giró su silla para que estuviera encarada a la del mago. Divertido por la impaciencia de Sonea, Rothen cogió las manos que le ofrecía.

El mago cerró los ojos, redujo el ritmo de su respiración y buscó la presencia que lo guiaría hasta la mente de su aprendiz. Ahora Sonea tenía bastante práctica visualizando, y al instante Rothen se vio de pie ante un umbral abierto. Lo cruzó y entró en una sala que ya le era familiar. Sonea estaba en el centro.

El aire estaba impregnado de un sentimiento de decisión. Rothen esperó a que algo perturbara la escena como ocurría siempre, pero en la habitación no apareció ningún objeto indeseado. Sorprendido y satisfecho, inclinó la cabeza a la imagen de Sonea.

Muéstrame la puerta que da a tu poder.

Ella miró a un lado. Siguiendo su mirada, Rothen se halló delante de una puerta blanca.

Ahora ábrela y escucha con atención. Voy a enseñarte cómo controlar ese poder tuyo.

Cery se quedó de rodillas y siseó, frustrado.

Había revisado la habitación a fondo, conteniendo el aliento cada vez que notaba

a un farén de ocho patas escurrirse bajo sus manos. Había descubierto que las paredes estaban hechas de grandes ladrillos de piedra, y el suelo, de polvo apisonado. La puerta era una gruesa lámina de madera con grandes goznes de hierro.

Lo primero que había hecho al dejar de oír los pasos del mago fue sacar una ganzúa del abrigo, y lo segundo recorrer la habitación a tientas para dar con la puerta. Una vez localizada la cerradura, la había manipulado hasta oír cómo giraba el mecanismo, pero al tirar de la puerta no se había abierto.

Recordaba haber soltado una carcajada en aquel momento, cuando comprendió que no había sido el mago quien había pasado aquel cerrojo. Acababa de hacerlo él mismo.

Había vuelto a manipularla, solo para averiguar que la puerta seguía firmemente cerrada. Recordó que había oído cómo giraba una llave, así que había decidido que tenía que haber otra cerradura. Había buscado un segundo ojo.

Al no encontrarlo, decidió que el mecanismo que mantenía fija la puerta solo podía tener salida al exterior. Cogió su ganzúa y la insertó en la grieta que había entre la puerta y el marco. Pareció que se enganchara con algo.

Satisfecho de haber encontrado la cerradura al primer intento, había tirado de la ganzúa para sacarla, solo para descubrir que estaba atascada.

Se había doblado cuando Cery la había retorcido para poder extraerla. Le daba miedo romperla, así que había dejado la herramienta alojada en la grieta y había sacado otra. Esta la había introducido un poco por encima de la primera. Antes de tener ocasión de hurgar para encontrar lo que estuviera reteniendo a su primera ganzúa, la segunda ya estaba atrancada. Maldiciendo, Cery había tirado de ella con todas sus fuerzas, pero lo único que había conseguido fue doblarla.

Había buscado una tercera ganzúa en su abrigo, la había deslizado por el hueco entre el suelo y la puerta. Se había atascado nada más entrar. No importaba la fuerza con que tirara: la ganzúa se había quedado allí. Había intentado sacar las otras dos, sin ningún éxito.

Según iban transcurriendo las oscuras horas, Cery había hecho varios intentos de recobrar sus herramientas. No se le ocurría ningún dispositivo que pudiera agarrar y retener una ganzúa con tanta rapidez. Nada excepto, por supuesto, la magia.

Comenzó a tener calambres en las piernas por el frío, así que se incorporó. Empezó a darle vueltas la cabeza y puso una mano contra la pared para equilibrarse. Su estómago hacía ruido, diciéndole que hacía demasiado tiempo desde la última vez que había comido, pero la sed era peor. Ardía en deseos de tomar una jarra de bol, o un vaso de zumo de pachi, o incluso un poco de agua.

Volvió a preguntarse si lo habrían metido en aquella celda para dejarlo morir. Pero si el Gremio lo hubiera querido muerto, estaba seguro de que lo habrían solucionado antes de esconder su cuerpo en alguna parte. Eso le daba algo de

esperanza. Quería decir que posiblemente los planes de los magos dependieran de que él siguiera vivo... por ahora. Sin embargo, si esos planes fracasaban, podría terminar pasando mucha hambre.

Pensando en el otro mago, el de la túnica azul, Cery no recordó que hubiera ningún signo de engaño en su conducta. O bien el mago tenía una gran habilidad para inspirar confianza, o bien no había sabido nada del inminente cautiverio de Cery. Si lo segundo era cierto, todo aquello era una estratagema de Fergun.

Fuera o no una conspiración exclusiva del mago rubio, Cery solo veía dos posibles motivos para tenerlo encerrado: los ladrones o Sonea.

Si los magos pretendían utilizar a Cery para manipular a los ladrones, iban a llevarse una decepción. Farén no necesitaba a Cery ni se preocupaba por él *hasta tal punto*.

Podrían intentar torturarlo para sacarle información. Aunque prefería pensar que era capaz de resistirse a la persuasión, no iba a engañarse a sí mismo. No sabía si sería capaz de guardar silencio hasta que se enfrentara a una prueba como aquella.

Era posible que los magos pudieran leerle la mente de todos modos. Si lo hacían, descubrirían que sabía bien poco que se pudiera utilizar contra los ladrones. Cuando se dieran cuenta de eso, probablemente lo dejarían en la oscuridad para siempre.

Pero dudaba mucho que su objetivo fueran los ladrones. A aquellas alturas, ya lo habrían interrogado.

No, las únicas preguntas que le habían formulado eran sobre Sonea. Durante su trayecto a la universidad, Fergun le había preguntado qué clase de relación tenía con ella. Si los magos querían saber si Cery era importante para la joven, probablemente tenían intención de usarlo para chantajearla y que hiciera algo que no quería.

La idea de que podía haber empeorado la situación de su amiga lo atormentaba tanto como, y a veces más que, el miedo a que lo dejaran morir allí. Si no se hubiera dejado tentar para ver la universidad... Cuantas más vueltas le daba Cery, más se maldecía a sí mismo por su curiosidad.

Entre una respiración y la siguiente, oyó el sonido de unos pasos lejanos. Cuando fueron ganando intensidad, remitió su rabia y el corazón empezó a latirle más deprisa.

Los pasos cesaron al otro lado de la puerta. Hubo un débil chasquido metálico, seguido del leve golpeteo de sus ganzúas cayendo al suelo. Apareció una larga rendija de luz amarilla al abrirse la puerta.

Fergun entró de lado en la habitación, seguido por su luz. Deslumbrado y parpadeando, Cery vio que el mago lo contemplaba con ojos entrecerrados, y luego bajaba la mirada al suelo.

—Vaya, fíjate en esto —murmuró Fergun.

Se giró hacia un lado y soltó la bandeja y la botella que llevaba. En lugar de caer, descendieron lentamente hasta el suelo. Separó los dedos y las ganzúas se elevaron

obedientes hacia su mano.

El mago enarcó las cejas al examinarlas. Miró a Cery y sonrió.

—No pensarías que esto iba funcionar, ¿verdad? Ya me esperaba que tuvieras alguna experiencia en estos asuntos, así que tomé precauciones. —Sus ojos se posaron en la ropa de Cery—. ¿Tienes más cosas de estas escondidas en algún sitio?

Cery se tragó la negativa que ya le venía a los labios. Fergun no iba a creerle. El mago sonrió y extendió una mano.

—Dámelas.

Cery dudó. Si sacrificaba algunos de los objetos que llevaba escondidos entre la ropa, tal vez podría quedarse con algunas de sus posesiones más valiosas. Fergun dio un paso adelante.

—Venga, ¿de qué te sirven aquí? —Meneó los dedos—. Dámelas.

Lentamente, Cery metió la mano en el abrigo y sacó un puñado de sus posesiones menos útiles. Mirando con furia al mago, las dejó caer en la mano extendida.

Fergun contempló las ganzúas con expresión pensativa, y luego levantó la mirada para cruzarla con la de Cery.

—¿De verdad esperas hacerme creer que esto es todo lo que tienes?

Flexionó los dedos. Cery notó que algo invisible le empujaba el pecho, y retrocedió dando tumbos hasta chocar con la pared. Lo envolvió una fuerza que lo mantuvo apretado contra los ladrillos.

Fergun se acercó y examinó el abrigo de Cery. Rasgó el forro con un tirón brusco y dejó a la vista varios bolsillos ocultos. Los vació y luego pasó a prestar atención al resto de la ropa.

Cuando sacó las navajas de sus botas, Fergun soltó un pequeño gruñido de satisfacción, y luego un «ah» más satisfecho cuando encontró las dagas de Cery. Irguió la espalda y sacó una de las armas de su vaina. Examinó la parte más ancha del filo, donde había un burdo grabado del pequeño roedor que daba su nombre a Cery.

—Ceryni —dijo el mago.

Miró a Cery a los ojos.

Cery le aguantó la mirada, desafiante. Fergun soltó una risita y se alejó. Sacó una tela grande y cuadrada de su túnica, envolvió las herramientas y las armas y se dirigió hacia la puerta.

Comprendiendo que el mago iba a marcharse sin darle ninguna explicación, Cery se sobresaltó.

—¡Espera! ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me tienes aquí?

Fergun no le hizo ningún caso. Mientras la puerta se cerraba, se desvanecieron las ataduras mágicas y Cery se tambaleó hacia delante hasta caer de rodillas. Jadeando y furioso, se palpó el abrigo y lanzó maldiciones al confirmar que se había llevado casi todas sus herramientas. Lo que más lamentaba era la pérdida de sus dagas, pero unas

armas de ese tamaño eran difíciles de ocultar.

Se sentó sobre sus talones y dejó escapar un largo suspiro. Aún le quedaban algunos objetos. Podrían venirle bien. Lo único que necesitaba era que se le ocurriera algún plan.

22. Una oferta inesperada

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí. —Dannyl agarró los hombros de Rothen, le dio media vuelta y lo empujó afuera de sus aposentos—. Si no te dejas ver, lo único que consigues es dar fuerza a lo que andan diciendo los que apoyan a Fergun.

Rothen suspiró y caminó detrás de Dannyl por el pasillo.

—Tienes razón, por supuesto. Llevo dos semanas sin hablar casi con nadie, y tendría que pedir a Lorlen que retrasara su visita unos días. Espera... —Rothen levantó la mirada mientras la frente se le llenaba de arrugas—. ¿Qué andan diciendo los que apoyan a Fergun?

Dannyl sonrió con tristeza.

—Que la chica aprendió Control en unos días y que la tienes encerrada para que Fergun no pueda verla.

Rothen hizo un sonido grosero.

—Qué idiotez. Ya me gustaría verlos a ellos con los dolores de cabeza que he tenido yo esta última semana —dijo, haciendo una mueca—. Supongo que eso significa que no puedo retrasar mucho tiempo a Lorlen.

—No —coincidió Dannyl.

Llegaron a la entrada del alojamiento de los magos y se encaminaron al exterior. Aunque los aprendices derretían la nieve de los senderos y el adoquinado dos veces al día, el patio ya estaba cubierto de un fino polvo blanco. Crujió bajo sus botas mientras los magos cruzaban hasta los Siete Arcos.

Varias cabezas se giraron hacia ellos cuando entraron en el cálido Salón de Noche. Dannyl oyó un gemido grave procedente de su compañero mientras algunos magos se dirigían hacia ellos. Sarrin, el líder de alquimistas, fue el primero en llegar.

—Buenas noches, lord Rothen, lord Dannyl. ¿Cómo se encuentran?

—Bien, lord Sarrin —contestó Rothen.

—¿Algún progreso con la chica de las barriadas?

Rothen esperó a que se acercaran varios magos para escuchar su respuesta.

—Sonea lo está haciendo bien —les dijo—. Pasó bastante tiempo antes de que pudiera dejar de expulsarme de su mente. Como era de esperar, sospechaba bastante de nosotros.

—¿Cómo que lo hace bien? —murmuró un mago entre la multitud—. A pocos aprendices les cuesta dos semanas.

Dannyl sonrió mientras la expresión de Rothen se ensombrecía. Su amigo se volvió hacia el que había hablado.

—Debe recordar usted que no se trata de un aprendiz reacio enviado por unos

padres que lo tienen mimado. Hasta hace dos semanas, esa joven pensaba que pretendíamos matarla. Ha costado algún tiempo que me ganara su confianza.

—¿Cuándo empezó con los ejercicios de Control? —preguntó otro mago.

Rothen no contestó de inmediato.

—Hace dos días.

Los magos comenzaron a murmurar. Varios de ellos fruncieron el ceño e hicieron gestos negativos.

—En ese caso, yo diría que ha hecho usted unos progresos impresionantes, lord Rothen.

Dannyl giró la cabeza para ver a lady Vinara cruzando la multitud. Los magos se apartaron respetuosamente a un lado mientras se acercaba la líder de sanadores.

—¿Qué ha podido ver del poder de la chica?

Rothen sonrió.

—La primera vez que vi lo que albergaba en su interior no me lo podía creer. ¡Tiene una fuerza más que notable!

Los murmullos del público ganaron intensidad. Dannyl asintió para sí mismo. «Bien —pensó—. Si la chica es fuerte, la gente apoyará a Rothen para que sea su tutor.»

Un mago más mayor que estaba casi al principio de la multitud se encogió de hombros.

—Pero ya sabíamos que tenía que ser fuerte, o sus poderes no se habrían desarrollado por sí mismos.

Vinara sonrió.

—Por supuesto, la fuerza no es la prueba definitiva para un aprendiz. ¿Qué talentos ha demostrado?

Rothen apretó los labios.

—Su capacidad de visualización es buena. Eso la ayudará en la mayoría de las disciplinas. También tiene buena memoria. La considero una estudiante inteligente y atenta.

—¿Ha intentado utilizar sus poderes? —preguntó un mago con túnica roja.

—Desde que llegó aquí, no. Comprende muy bien el peligro.

Siguieron más preguntas. Dannyl echó un vistazo a la sala y percibió una cabeza de pelo rubio y liso dentro de un grupo de magos que se aproximaban. Se acercó, esperando el momento apropiado para susurrarle una advertencia.

Lord Dannyl.

Unos pocos magos del grupo parpadearon y miraron a Dannyl. Él reconoció la voz mental y buscó en la sala al administrador Lorlen, que estaba sentado en su butaca habitual. El mago de túnica azul señaló a Rothen e hizo un gesto para que se acercaran.

Sonriendo, Dannyl asintió y se inclinó hacia la oreja de Rothen.

—Creo que el administrador desea rescatarte.

Mientras Rothen se giraba para mirar al administrador, Dannyl vio que Fergun ya se estaba incorporando a la multitud. Una voz familiar se unió a la cháchara, y algunas caras se volvieron en la dirección del guerrero.

—Discúlpenme todos —dijo Rothen—. Debo hablar con el administrador Lorlen. —Inclinó la cabeza con cortesía y luego dio un codazo a Dannyl para que avanzara hacia Lorlen.

Dannyl miró atrás y cruzó la mirada un instante con la de Fergun. Los labios del guerrero dibujaban una sonrisa de satisfacción.

Cuando llegaron a la butaca de Lorlen, el administrador les indicó los asientos vecinos.

—Buenas noches, lord Rothen, lord Dannyl. Siéntense y díganme cómo está progresando Sonea.

Rothen se quedó de pie.

—Esperaba poder mantener una conversación privada con usted sobre ese tema, administrador.

Lorlen enarcó las cejas.

—Muy bien. ¿Quiere que hablemos en el Salón de Banquetes?

—Por favor.

El administrador se levantó y los acompañó hacia una puerta cercana. Mientras la cruzaban apareció un brillante globo de luz sobre su cabeza, que iluminó una enorme mesa que ocupaba casi toda la estancia. Lorlen tiró de una de las sillas colocadas alrededor de la mesa y se sentó.

—¿Cómo tiene la pierna, lord Dannyl?

Dannyl levantó la mirada, sorprendido.

—Mejor.

—Parece que su cojera ha regresado esta noche —observó Lorlen.

—Es el frío —respondió Dannyl.

—Ah, ya veo —asintió Lorlen, antes de dirigirse a Rothen—. ¿De qué quería que habláramos?

—Empecé los ejercicios de Control hace dos días —le dijo Rothen. Lorlen torció el gesto, pero permaneció en silencio mientras Rothen seguía hablando—: Usted quería comprobar sus progresos pasadas dos semanas, y me pidió que presentara otro mago a Sonea antes de eso. Al estar progresando poco, no he querido distraerla con extraños, pero creo que estará lista muy pronto. ¿Podría retrasar su visita unos días?

Lorlen miró fijamente a Rothen antes de asentir.

—Pero solo unos días.

—Gracias. Hay otro asunto, aun así. Es una posibilidad que tendremos que

empezar a considerar antes de lo esperado.

Las cejas de Lorlen se alzaron.

—¿Sí?

—Sonea no quiere unirse al Gremio. Le he... —Suspiró—. Para ganarme su confianza, le he dicho que si desea volver a las barriadas, podrá marcharse. Al fin y al cabo, no podemos obligarla a hacer el juramento.

—¿Le ha dicho que en ese caso le bloquearíamos los poderes?

—Todavía no —dijo Rothen, con expresión grave—. Pero no creo que vaya a importarle. La he avisado de que no podrá usar sus poderes en absoluto, y parecía satisfecha con la perspectiva. Creo que más bien prefiere librarse de ellos.

Lorlen asintió.

—No me sorprende. Solamente ha experimentado la magia como una fuerza incontrolable, destructiva. —Frunció los labios—. Quizá si le enseñara usted algunos trucos útiles, empezaría a gustarle más.

Rothen arrugó el entrecejo.

—No debería usar su poder hasta que tenga un dominio completo sobre él, y una vez posea Control esperará que la dejemos marchar.

—No conoce la diferencia entre una lección de Control y otra de magia —señaló Danyl—. Simplemente deja que la instrucción evolucione del Control al uso de la magia. Así también tendrás más tiempo para convencerla de que se quede.

—No mucho —puntualizó Lorlen—. No es necesario que Fergun sepa exactamente cuándo ha logrado el Control, pero no conseguirá usted engañarlo mucho tiempo. Podría tener una semana adicional, no más.

Rothen miró a Lorlen con expectación. El administrador suspiró y se pasó una mano por la frente.

—Muy bien. Pero asegúrese de que no se entera Fergun, o no dejará de darme la lata.

—Si se entera, diremos que estábamos probando su Control —dijo Danyl—. Al fin y al cabo, tiene una fuerza inusual. No querríamos que cometiera error alguno.

Lorlen dedicó una mirada apreciativa a Danyl. Parecía estar a punto de decir algo, pero se limitó a mover la cabeza y volverse hacia Rothen.

—¿Quería hablar de algo más?

—No, gracias, administrador —respondió Rothen.

—Entonces me organizaré para hacer una visita dentro de unos días. ¿Ha decidido usted qué mago va a presentarle en primer lugar?

Danyl parpadeó cuando Rothen le dirigió una mirada cargada de sentido.

—¿Yo?

—Sí —confirmó Rothen con una sonrisa—. Mañana por la tarde, creo.

Danyl separó los labios para protestar, pero volvió a cerrarlos al darse cuenta de

que Lorlen lo estaba mirando atentamente.

—Muy bien —dijo, desganado—. Pero asegúrate de esconder la cubertería.

Sonea se aburría.

Era demasiado pronto para dormir. Tania se había marchado con los platos sucios después de cenar, y Rothen había desaparecido un poco más tarde. Sonea ya había terminado el libro que le había llevado Rothen aquella mañana, y ahora daba vueltas por la sala, examinando los adornos y la biblioteca.

No encontró nada interesante ni que fuera capaz de comprender, así que se acercó a la ventana y miró afuera. Había luna nueva y los jardines estaban envueltos de oscuridad. No se movía nada.

Suspirando, decidió irse pronto a la cama. Cerró la contraventana y empezó a caminar hacia su dormitorio... pero se quedó petrificada cuando alguien llamó a la puerta principal.

La miró fijamente. Rothen nunca llamaba antes de entrar, y Tania daba unos golpes suaves y educados, no ese aporreo insistente. Ya habían llamado a la puerta otras veces, pero Rothen nunca había invitado a nadie a pasar.

Cuando el visitante llamó de nuevo, un frío fugaz le pellizcó la piel. Sonea cruzó la habitación con sigilo hasta la puerta.

—¿Quién es?

—Un amigo. —La respuesta llegó amortiguada.

—Rothen no está.

—No quiero hablar con Rothen. Quiero hablar contigo, Sonea.

Se quedó mirando la puerta mientras se le aceleraba el corazón.

—¿Por qué?

La respuesta fue apenas perceptible.

—Tengo que decirte una cosa importante, una cosa que él no quiere contarte.

¿Rothen le estaba ocultando algo? La inquietud y la emoción hicieron que su corazón latiera incluso más deprisa. Fuera quien fuese aquel desconocido, estaba dispuesto a desafiar a los magos por el bien de ella. Deseó poder ver a través de la puerta para saber quién era el visitante.

Pero ¿era buena idea saber algo perturbador de Rothen, ahora que necesitaba confiar en él?

—Sonea. Déjame entrar. El pasillo está vacío, pero no seguirá así mucho tiempo. Esta es la única oportunidad que tengo de hablar contigo.

—No puedo. La puerta está cerrada.

—Vuelve a intentarlo.

Sonea contempló el pomo. Aunque había intentado abrirlo varias veces durante los primeros días que pasó en aquellas habitaciones, siempre se le había resistido.

Estiró el brazo, giró la manecilla y ahogó un grito cuando la puerta se abrió sobre sus goznes.

Apareció una manga de color rojo, y luego la túnica entera de un mago. Retrocediendo, miró consternada al mago. Había esperado a un sirviente, o a un rescatador disfrazado de sirviente... Podría ser que aquel hombre se hubiera atrevido a ponerse una túnica para llegar hasta ella...

El hombre cerró la puerta con suavidad, irguió la espalda y la contempló.

—Hola, Sonea. Por fin nos conocemos. Yo soy lord Fergun.

—¿Eres un mago?

—Sí, pero no un mago como lord Rothen.

Se llevó una mano al pecho. Sonea puso cara pensativa.

—¿Eres un guerrero?

Fergun sonrió. Sonea se fijó en que era mucho más joven que Rothen, y bastante atractivo. Tenía el pelo muy claro y bien cepillado, y sus rasgos faciales eran tan delicados como fuertes. Sabía que lo había visto antes, pero no recordaba dónde.

—Lo soy —respondió el mago—. Pero esa no es la diferencia de la que hablo. —Colocó la mano sobre el corazón—. Yo estoy de tu lado.

—¿Y Rothen no?

—No, aunque no tiene malas intenciones —añadió—. Rothen es el tipo de hombre que piensa que sabe qué es mejor para todo el mundo, en particular para una joven como tú. Yo, por mi parte, te veo como una adulta que debería ser capaz de tomar sus propias decisiones. —Enarcó una ceja—. ¿Quieres escuchar lo que digo, o prefieres que te deje tranquila?

Aunque el corazón seguía latiéndole deprisa, asintió y señaló las sillas.

—Quédate —dijo—. Te escucharé.

Inclinando educadamente la cabeza, Fergun se deslizó hacia una silla. Sonea se sentó enfrente y lo miró, esperando.

—Antes que nada, ¿Rothen te ha dicho que puedes unirse al Gremio? —le preguntó.

—Sí.

—¿Y te ha contado qué debes hacer para convertirte en maga?

Ella levantó los hombros.

—Un poco. Hay un juramento, y muchos años entrenando.

—¿Sabes lo que debes jurar?

Sonea movió la cabeza en señal de negación.

—No, pero da igual. No quiero entrar en el Gremio.

El mago parpadeó.

—¿No quieres entrar en el Gremio? —repitió.

—No.

Fergun asintió con lentitud y se reclinó contra el respaldo. Pasó un tiempo sumido en un silencio pensativo, y luego volvió a mirarla.

—¿Puedo preguntarte por qué?

Sonea estudió a su interlocutor con cautela. Rothen le había dicho que muchos de los magos se sorprenderían cuando rechazara la oferta del Gremio.

—Quiero irme a casa —le dijo.

Él asintió de nuevo.

—¿Sabes que el Gremio no permite que existan magos fuera de su influencia?

—Sí —contestó ella—, eso lo sabe todo el mundo.

—Entonces sabes que no te dejarán salir de aquí sin más.

—No seré capaz de usar mis poderes, así que no supondré ninguna amenaza.

Él volvió a enarcar las cejas.

—¿Así que Rothen te ha contado que el Gremio te bloqueará los poderes?

Sonea frunció el ceño. ¿*Bloquearle* los poderes? El mago asintió poco a poco.

—No, ya me imaginaba que no. Solo te está contando parte de la verdad —dijo, inclinándose hacia delante—. Los magos superiores enjaularán tus poderes en tu interior para que no puedas alcanzarlos. Es... no es un procedimiento agradable, nada agradable, y la jaula seguirá ahí durante el resto de tu vida. Verás, aunque no sepas la forma de usar tus poderes, siempre es posible que aprendas a usarlos por ti misma, o que encuentres un mago rebelde que te enseñe, aunque eso es muy improbable. La ley obliga al Gremio a asegurarse de que no podrías usar la magia ni aunque tuvieras toda la ayuda necesaria.

Mientras Fergun hablaba, Sonea se iba quedando helada. Bajó la mirada a la mesa y repasó lo que le había dicho Rothen. ¿Habría compuesto sus frases de forma que la verdad fuera menos temible? Probablemente. Su sospecha creció al recordar que Rothen solamente le había revelado con la voz que la liberarían. No lo había visto en su mente ni había sabido que era cierto...

Miró al mago de túnica roja. ¿Cómo podía confiar en nada que dijera él? Pero por otra parte, no se le ocurría nada que pudiera ganar contándole mentiras, ya que sabría la verdad una vez hubiera aprendido Control.

—¿Por qué me lo estás contando?

El mago le dedicó una sonrisa torcida.

—Como te he dicho, estoy de tu lado. Tú necesitas conocer la verdad y... yo puedo ofrecerte una alternativa.

Sonea se puso recta.

—¿Qué alternativa?

El mago apretó los labios.

—No será fácil. ¿Rothen te ha hablado ya de la tutela? —Ella negó con la cabeza, y él puso los ojos en blanco—. ¡No te ha contado nada! Escucha. —Se inclinó hacia

delante y apoyó los codos en las rodillas—. La tutela permite a los magos controlar el entrenamiento de los aprendices. Rothen reclamó tu tutela desde el día de la Purga. Cuando me enteré, decidí presentar mi propia reclamación. Con ello, el Gremio está obligado a celebrar una Vista, una reunión, para decidir quién de nosotros será tu tutor. Tú me ayudas a ganar mi reclamación, y entonces...

—¿Por qué van a celebrar una Vista si no me voy a unir al Gremio? —interrumpió Sonea.

El mago levantó las manos en un gesto tranquilizador.

—Escúchame, Sonea. —Respiró profundamente antes de continuar—. Si rechazas unirme al Gremio, tus poderes serán bloqueados y te enviarán de vuelta a las barriadas. Sin embargo, si eliges quedarte y yo gano tu tutela, puedo ayudarte.

—¿Cómo? —preguntó Sonea con el ceño fruncido.

Fergun sonrió.

—Un día desaparecerás, así de sencillo. Puedes volver a las barriadas si lo deseas. Yo te enseñaré a hacer indetectable tu magia, y así no te bloquearán los poderes. Al principio te buscarán, pero si eres lista, esta vez no van a encontrarte.

Ella lo miró con incredulidad.

—Pero estarías violando las leyes del Gremio. Él asintió.

—Lo sé. —Por su cara desfilaron distintas emociones. Se levantó y caminó hacia la ventana—. No me gusta ver cómo obligan a la gente a ser lo que no quiere ser. Mira —repuso, volviéndose para cruzar la sala y enseñarle el brazo extendido. Tenía la piel de la palma llena de callos y cicatrices—. Esgrima. Soy un guerrero, como has notado con astucia. Es lo más cerca que puedo estar de lo que una vez quise ser. De niño, soñaba con ser espadachín. Cada día practicaba cuatro horas. Soñaba con aprender de los mejores maestros. —Suspiró y movió la cabeza a un lado y a otro.

«Entonces se descubrió mi potencial mágico. No era gran cosa, pero mis padres querían tener un mago en la familia. Traería gran prestigio a su Casa, dijeron.

»Así que me obligaron a unirme al Gremio. Yo era demasiado joven para negarme, demasiado indeciso para saber que la magia no era mi auténtica vocación. Mis poderes no son fuertes y, aunque he aprendido a utilizarlos bien, no disfruto con ellos. He mantenido mis habilidades en la lucha, aunque la mayoría de los magos desdeñan el combate honesto, cara a cara. Es lo más próximo que puedo tener a la vida que soñaba. —Levantó la mirada hacia ella, con los ojos brillantes.

»No voy a permitir que Rothen te haga lo mismo. Si no quieres entrar en el Gremio, yo te ayudaré a escapar. Pero debes confiar en mí. La política y las leyes gremiales son enrevesadas y confusas —afirmó, regresando junto a su silla—. ¿Quieres que te ayude?

Sonea volvió a mirar la mesa. Estaba impresionada por la historia del mago y por la pasión con que la había relatado, pero algunas partes de ella la incomodaban.

¿Valía la pena ser una fugitiva otra vez por conservar su magia?

Entonces pensó en lo que diría Cery. ¿Por qué debían monopolizar la magia las clases altas? Si al Gremio no le daba la gana de aceptar a nadie de clase baja, ¿por qué no debía esa clase tener sus propios magos?

—Sí —respondió, levantando la mirada hasta los ojos del hombre—. Pero tengo que pensar en ello. No te conozco. Quiero comprobar eso de la tutela antes de comprometerme a nada.

Él asintió.

—Lo comprendo. Piensa en ello, pero no tardes demasiado. Rothen ha logrado convencer al administrador Lorlen de que debe mantenerte aislada, sin duda para ocultarte la verdad, hasta que hayas aprendido Control. Corro un gran riesgo desafiando esa decisión. Procuraré volver a visitarte pronto, pero deberás tener tu respuesta. Tal vez no disponga de una tercera oportunidad.

—La tendré.

Fergun miró a la puerta y suspiró.

—Será mejor que me vaya. No te haría ningún bien que me encontraran aquí contigo.

Fue hacia la puerta, la entreabrió e inspeccionó el pasillo. Solo se detuvo un instante para dedicar a Sonea una última sonrisa triste antes de salir. La puerta se cerró con un chasquido.

Sola de nuevo, Sonea se quedó sentada mirando la mesa, con las palabras del mago rondándole la mente. No veía ninguna razón para que Fergun le contara mentiras, pero iba a comprobar cada una de sus afirmaciones: el bloqueo de poderes, la tutela y su historia de sueños rotos. Haciendo preguntas a Rothen con cuidado, podía engañarlo para que confirmara gran parte de lo que había dicho Fergun.

Pero no sería aquella noche. Estaba demasiado nerviosa por la visita que había tenido, para lograr aparentar calma si regresaba Rothen. Se puso de pie, entró en su dormitorio y cerró la puerta.

23. El amigo de Rothen

—Hoy no ha habido clase.

Rothen miró por encima del libro que estaba leyendo. Sonea estaba apoyada en el alféizar de la ventana, formando un pequeño círculo de niebla en el cristal con su aliento.

—No —respondió—. Es dialibre. El último día de la semana nunca hay clases.

—¿Y entonces qué hacéis?

—Eso depende del mago —dijo Rothen, encogiéndose de hombros—. Algunos van a las carreras, o se dedican al deporte o a sus aficiones. Otros visitan a sus familias.

—¿Y los aprendices?

—Lo mismo, aunque los alumnos más mayores suelen pasar el día estudiando.

—Y aun así, también tienen que despejar los caminos.

Los ojos de la joven estaban siguiendo el progreso de algo que pasaba bajo la ventana. Adivinando qué era, Rothen rió.

—Despejar los caminos es uno de los muchos quehaceres de los que se encargan durante su primer año de estudio. Pasado el año, solo se les imponen tareas como castigo.

Ella lo miró con las cejas levantadas.

—¿Castigo?

—Por travesuras infantiles, o por faltar al respeto a sus mayores —explicó Rothen—. Ya están crecidos para darles un bofetón.

Una comisura de la boca de Sonea, que volvía a mirar por la ventana, se crispó.

—Por eso está enfurruñado.

Notando que Sonea tamborileaba suavemente contra el marco de la mampara, Rothen suspiró. Sonea había aprendido muy deprisa durante dos días, dominando los ejercicios de Control más rápido que ningún otro aprendiz a quien él hubiera enseñado. Pero hoy le había fallado varias veces la concentración. Lo había ocultado bien, demostrando que había mejorado su disciplina mental, pero resultaba evidente que tenía la cabeza en otro sitio.

Al principio se había culpado a sí mismo. No había hablado a Sonea de la visita que iba a hacerles Danyl, pensando que la idea de conocer a un extraño la distraería de sus lecciones. Ella había notado que Rothen le ocultaba algo y por eso estaba recelosa.

Comprendiendo su error, el mago le había hablado de la visita.

—Ya me preguntaba cuándo iba a conocer a más de vosotros —había dicho Sonea.

—Si no quieres ninguna visita esta noche, puedo decirle que venga otro día —se había ofrecido Rothen.

Ella se había negado.

—No, me gustaría conocer a tu amigo.

Sorprendido y encantado con su reacción, Rothen había intentado seguir con el entrenamiento. Pero Sonea había seguido teniendo dificultades para poner atención en los ejercicios, y el mago había notado cómo crecían en ella la frustración y la impaciencia. En cada descanso que se habían tomado, ella había vuelto a la ventana para mirar hacia fuera.

Rothen volvió a mirarla y pensó en el tiempo que llevaba encerrada en sus aposentos. Era fácil olvidar que sus habitaciones eran una cárcel para ella. Debía de estar cansada de aquel entorno, y probablemente se aburría.

Lo cual hacía que fuera un momento oportuno para presentarle a Dannyl, decidió. El mago intimidaba con su estatura a quienes no lo conocían, pero su actitud amistosa nunca tardaba en tranquilizarlos. Esperaba que la joven se acostumbrara a la compañía de Dannyl antes de que llegara Lorlen.

¿Y después? Mirando los dedos que tamborileaban, sonrió. La sacaría de allí y le enseñaría el Gremio.

Una llamada a la puerta interrumpió sus pensamientos. Se incorporó y abrió la puerta principal. Fuera estaba Dannyl, con la expresión un poco tensa.

—Llegas pronto —comentó Rothen.

Los ojos de Dannyl se iluminaron.

—¿Quieres que vuelva más tarde?

—No, pasa —respondió Rothen.

Rothen vio por encima del hombro la cara que puso Sonea cuando Dannyl entró en la sala. La chica dedicó una mirada calculadora al mago.

—Dannyl, esta es Sonea —dijo.

—Es un honor conocerte —dijo Dannyl, inclinando la cabeza.

Sonea respondió con un asentimiento.

—Igualmente. —Estrechó un poco los ojos y le asomó una sonrisa a la cara—. Creo que ya nos conocemos de antes —añadió, bajando la mirada—. ¿Cómo tienes la pierna?

Dannyl se sorprendió, y luego torció la boca componiendo media sonrisa.

—Mejor, gracias.

Rothen, que ya tenía una mano tapándose la boca, intentó sin éxito contener una carcajada. Fingió que tosía e hizo un gesto hacia las sillas.

—Sentaos. Voy a preparar un poco de sumi.

Sonea dejó la ventana y se sentó enfrente de Dannyl. Los dos se miraron con cautela. Rothen fue a una mesa lateral y colocó los utensilios de preparar sumi en una

bandeja.

—¿Cómo van tus clases? —preguntó Dannyl.

—Creo que bien. ¿Y las tuyas?

—¿Las mías?

—Estás dando las clases de Rothen, ¿verdad?

—Ah. Sí. Es... una labor exigente. Nunca había enseñado, así que me siento casi como si tuviera más que aprender que los aprendices.

—¿A qué te dedicas normalmente?

—Hago experimentos. Sobre todo, proyectos pequeños. A veces ayudo en alguno más grande.

Rothen llevó la bandeja a la mesa y se sentó.

—Háblale de la imprenta de pensamiento —sugirió.

—Bueno, eso es solo una afición —dijo Dannyl, quitándole importancia con un gesto—. No le interesa a nadie.

—¿Qué es? —preguntó Sonea.

—Es una forma de transferir imágenes de la mente al papel.

La expresión de Sonea se llenó de interés.

—¿Eso puede hacerse?

Dannyl aceptó la taza de sumi que le ofrecía Rothen.

—No, aún no. Lo han intentado muchísimos magos a lo largo de los siglos, pero nadie ha podido encontrar una sustancia que retenga mucho tiempo la imagen. —Hizo una pausa para tomar un sorbo de la bebida caliente—. Yo he creado un papel especial con hojas de cepa anívopa, que aguanta la imagen durante unos días, pero los bordes se ponen borrosos y los colores empiezan a perder intensidad al cabo de unas dos horas. Lo ideal sería que la imagen fuera permanente.

—¿Para qué serviría?

Dannyl se encogió de hombros.

—Hacer identificaciones, para empezar. Por ejemplo, nos habría venido muy bien poder usar la imprenta cuando te estábamos buscando. El único que te había visto era Rothen. Si hubiéramos podido elaborar imágenes de ti, podríamos haberlas llevado encima para enseñarlas a la gente.

Sonea asintió lentamente.

—¿Cómo son las imágenes después de perder el color?

—Apagadas. Borrosas. Pero aún se puede ver lo que eran, en algunos casos.

—¿Puedo... puedo ver alguna?

—Desde luego —contestó Dannyl, sonriente—. Me traeré algunas aquí.

Los ojos de Sonea brillaron de curiosidad. Si Dannyl organizaba su experimento allí, meditó Rothen, Sonea podría verlo por sí misma. Miró a su alrededor y se imaginó llevando el revoltijo de viales y prensas de la sala de invitados de Dannyl a

la suya...

—Estoy seguro de que a Dannyl no le importará que vayamos a sus aposentos para hacer la demostración —dijo.

Los ojos de Dannyl se pusieron totalmente redondos.

—¿Ahora?

Rothen abrió la boca para tranquilizar a su amigo, pero dudó si debía hacerlo. Sonea tenía una mirada ansiosa. Rothen consideró a sus dos invitados.

Era evidente que Dannyl no la intimidaba en absoluto. De ellos dos, ella era la que menos preocupada estaba por la presencia del otro. Las habitaciones de Dannyl estaban en el piso inferior del alojamiento de los magos, por lo que no tendrían que ir muy lejos.

—No veo motivos para no hacerlo —respondió.

¿Estás seguro de que es buena idea?, envió Dannyl.

Los ojos de Sonea se posaron en él al instante. Rothen dejó pasar la pregunta y miró atentamente a Sonea.

—¿Te gustaría?

—Sí —respondió ella, y mirando a Dannyl añadió—: Si no te importa.

—Para nada —dijo Dannyl, echando un vistazo a Rothen—. Es que ...mis habitaciones están un poco desordenadas.

—¿Un poco? —Rothen levantó su taza para acabarse el sumi.

—¿No tienes ningún sirviente? —preguntó Sonea.

—Sí —contestó Dannyl—. Pero le he dicho que no toque nada de mis experimentos.

Rothen sonrió.

—¿Por qué no vas tú primero y nos preparas algún sitio donde podamos sentarnos?

Suspirando, Dannyl se levantó.

—Muy bien.

Rothen acompañó a su amigo a la puerta y salió un momento al pasillo. Dannyl no tardó ni un instante en volverse y mirarlo fijamente.

—¿Te has vuelto loco? ¿Y si os ve alguien? —susurró—. Si te ven sacándola de tu habitación, Fergun dirá que no tienes motivos para evitar que la visite.

—Pues le dejaré visitarla —replicó Rothen, levantando los hombros—. La única razón por la que la tenía aislada era evitar que viniera de visita en un momento en que cualquier mago desconocido podía asustarla. Pero si esta así de calmada y confiada contigo, no creo que se vaya a preocupar por Fergun.

—Muchas gracias —respondió Dannyl en tono seco.

—Porque tú tienes un aspecto más amenazador que él —explicó Rothen.

—¿Ah, sí?

—Y él tiene mucho más encanto —añadió Rothen con una sonrisa. Señaló la escalera—. Venga, baja. Cuando estés preparado, y el pasillo esté despejado, avísame. Pero no tardes mucho en limpiar, o los dos pensaremos que tienes algo que ocultar.

Su amigo se marchó y Rothen volvió a la habitación. Sonea estaba de pie junto a su silla, algo ruborizada. Volvió a sentarse mientras el mago recogía la mesa.

—No parece que le gusten las visitas —dijo, dudosa.

—Le gustan —le aseguró Rothen—. Lo que no le gusta son las sorpresas.

Recogió la bandeja, la llevó a la mesa lateral, sacó un papel de un cajón y escribió una nota rápida para Tania, haciéndole saber dónde estarían. Al terminar, oyó que Dannyl le llamaba.

Aquí ya hay un poco de espacio. Bajad.

Sonea se puso de pie y miró a Rothen esperanzada. Sonriendo, el mago fue hasta la puerta y la abrió. Los ojos de Sonea se movieron de un lado a otro al salir, recorriendo el amplio pasillo y sus numerosas puertas.

—¿Cuántos magos viven aquí? —preguntó la joven mientras emprendían el paso hacia la escalera.

—Más de ochenta —dijo Rothen—, con sus familias.

—Entonces ¿aquí hay personas que no son magos?

—Sí, pero solo las esposas e hijos de los magos. No se permiten más familiares.

—¿Por qué no?

Él soltó una risita.

—Si tuviéramos aquí a todos los familiares de todos los magos, tendríamos que meter el Círculo Interno entero en los terrenos del Gremio.

—Por supuesto —replicó Sonea, mordaz—. ¿Qué pasa cuando los niños crecen?

—Si tienen potencial mágico, por lo general entran en el Gremio. Si no, deben marcharse.

—¿Adonde van?

—A vivir con parientes en la ciudad.

—En el Círculo Interno.

—Sí.

Sonea pensó en aquello y luego miró a Rothen a los ojos.

—¿En la ciudad vive algún mago?

—Unos pocos. No está bien visto.

—¿Por qué?

Él le dedicó una sonrisa picara.

—Se supone que tenemos que controlarnos entre nosotros, ¿te acuerdas?, para asegurarnos de que ninguno se implica demasiado en política ni se mete en conspiraciones contra el rey. Es más difícil si muchos viven fuera del Gremio.

—Entonces ¿por qué a algunos se les permite?

Habían llegado al final del pasillo. Rothen empezó a bajar la escalera de caracol, seguido de Sonea.

—Por muchos motivos, según el individuo. Edad avanzada, enfermedades...

—¿Hay algún mago que haya decidido no unirse al Gremio? ¿Que haya aprendido Control pero no la forma de usar la magia?

Rothen negó con la cabeza.

—No. Los jóvenes que entran en el Gremio aún no tienen los poderes liberados. Después de liberarlos, aprenden Control. Recuerda: que tu poder se haya desarrollado por sí mismo es un caso único.

Sonea frunció el ceño.

—¿Alguien ha abandonado el Gremio alguna vez?

—No.

La joven pensó en aquello con la expresión abstraída. De abajo les llegó la voz de Dannyl, y también otra. Rothen aflojó el paso para que Sonea tuviera tiempo de asimilar la presencia de otro mago.

Entonces la chica se hizo a un lado, dando un respingo al ver a un mago que flotaba escalera arriba sin apoyar los pies más que en el aire. Rothen reconoció al mago y sonrió.

—Buenas tardes, lord Garrel.

—Buenas tardes —respondió el mago, enarcando las cejas al ver a Sonea.

Sonea miró al mago con los ojos como platos. Cuando los pies de Garrel llegaron al nivel del piso superior, el mago dio un paso hacia la superficie sólida del pasillo. Bajó la mirada una vez hacia Sonea con la expresión iluminada de interés, y luego se alejó.

—Levitación —dijo Rothen—. Impresiona, ¿verdad? Requiere bastante habilidad. La mitad de nosotros, más o menos, sabe llevarla a cabo.

—¿Tú sabes? —preguntó ella.

—Antes lo hacía a todas horas —le contó Rothen—, pero ahora estoy desentrenado. Dannyl sí que sabe.

—Ah, pero yo no soy tan fanfarrón como Garrel.

Rothen miró hacia abajo y vio a Dannyl esperando al pie de la escalera.

—Yo prefiero usar las piernas —dijo Rothen a Sonea—. Mi viejo tutor siempre decía que el ejercicio físico es tan necesario como el mental. Si descuidas el cuerpo...

—... también estás descuidando la mente. —Dannyl terminó la frase con un gruñido—. Su tutor era un hombre sabio y recto —dijo a Sonea cuando llegaron junto a él—. Lord Margen incluso era contrario al vino.

—Lo cual debe de ser el motivo por el que a ti nunca te cayó demasiado bien —observó Rothen, sonriente.

—¿Tutor? —repitió Sonea.

—Es una tradición que hay aquí —explicó Rothen—. Lord Margen eligió guiar mi formación cuando yo era aprendiz, igual que yo decidí guiar la de Dannyl.

Sonea se adaptó al paso de Rothen, que había empezado a andar hacia las habitaciones de Dannyl.

—¿Cómo lo guiaste?

Rothen se encogió de hombros.

—De muchas maneras. Sobre todo, lo que hice fue completar los huecos que había en sus conocimientos. Algunos existían por negligencia de algunos profesores, y otros por su propia vagancia o falta de interés. —Sonea lanzó un vistazo a Dannyl, que estaba sonriendo y asintiendo, pues estaba de acuerdo con las palabras de su amigo—. Además, al ayudarme en mi trabajo, Dannyl aprendió por experiencia propia más de lo que habría aprendido en las clases. La idea de la tutela es ayudar a que un aprendiz sobresalga.

—¿Todos los aprendices tienen tutores?

Rothen meneó la cabeza.

—No. No es lo normal. No todos los magos quieren responsabilizarse de la formación de un aprendiz, ni tienen tiempo para hacerlo. Solo tienen tutor los aprendices más prometedores.

Sonea enarcó las cejas.

—Entonces ¿por qué...? —Frunció el ceño y luego movió la cabeza en señal de negación.

Llegaron a la puerta de Dannyl, quien la tocó levemente. La madera giró hacia dentro y dejó salir al pasillo un leve olor a productos químicos.

—Bienvenidos —dijo Dannyl, haciéndolos pasar.

La sala de invitados tenía la misma extensión que la de Rothen, pero la mitad de esta estaba ocupada por bancos de trabajo.

Las superficies estaban abarrotadas de artilugios, y tenían cajas amontonadas debajo. Sin embargo, el trabajo de Dannyl estaba bien distribuido y organizado.

Sonea contempló la habitación, interesada a todas luces. Rothen había visto muchas veces los aposentos de Dannyl, pero seguía pareciéndole extraño encontrar un experimento de alquimia organizado en habitaciones pensadas para habitarlas. La universidad tenía el espacio limitado, por lo que los pocos magos que, como Dannyl, querían trabajar en algo que les interesaba, a menudo tenían que utilizar sus propias habitaciones.

Rothen suspiró.

—Es fácil comprender por qué Ezrille considera que buscarte esposa es una batalla perdida, Dannyl.

Como de costumbre, su amigo hizo una mueca.

—Soy demasiado joven para casarme.

—Tonterías —replicó Rothen—. Lo que pasa es que aquí no cabría.

Dannyl sonrió e hizo un gesto a Sonea. Ella se acercó a los bancos y escuchó mientras él le explicaba sus experimentos. Trajo algunas imágenes descoloridas y Sonea las examinó atentamente.

—Puede hacerse —concluyó el mago—. El único problema es evitar que la imagen termine desapareciendo.

—¿No podrías hacer que un pintor la copiara antes? —sugirió ella.

—Podría —dijo Dannyl, frunciendo el ceño—. Con eso evitaríamos el problema, supongo. Tendría que ser un buen pintor. Y rápido.

Sonea le devolvió las muestras y se aproximó a un mapa enmarcado que había en una pared cercana.

—No tienes ningún cuadro —comentó, mirando toda la habitación—. Son todo mapas.

—Sí —respondió Dannyl—. Colecciono mapas y planos antiguos.

Ella se acercó a otro de ellos.

—Esto es el Gremio.

Rothen se colocó a su lado. El mapa tenía una leyenda muy clara, escrita con la pulcra caligrafía del arquitecto más famoso del Gremio, lord Coren.

—Nosotros estamos aquí —señaló Dannyl—, en los alojamientos de los magos. —Movi6 el dedo hasta un rectángulo similar—. Eso son los alojamientos de los aprendices. Ahí viven todos los aprendices que vienen al Gremio a aprender, aunque tengan casa en la ciudad.

—¿Por qué?

—Para que podamos convertir sus vidas en un infierno —respondió Dannyl.

Sonea le dirigió una mirada muy directa, y luego resopló suavemente.

—Alejamos a los aprendices de la influencia de sus familias cuando vienen aquí —le explicó Rothen—. Tenemos que apartarlos de las pequeñas intrigas en que las Casas andan siempre enzarzadas.

—Tenemos muchísimos aprendices que nunca han tenido que levantarse de la cama antes de mediodía —añadió Dannyl—. Se llevan buenos sustos cuando se enteran de lo pronto que han de levantarse para ir a clase. Si vivieran en sus casas, no habría forma de conseguir que llegaran a tiempo a las aulas.

Dannyl señaló el edificio circular que había en el plano.

—Esto es el alojamiento de los sanadores. Algunos sanadores viven ahí, pero casi todas las habitaciones se reservan para tratar a enfermos y para las clases. —Su dedo pasó a un círculo más pequeño que había dentro del jardín—. Esa estructura es la Arena. La usan los guerreros como zona de prácticas. Tiene un escudo alrededor, sostenido por unos mástiles, que absorbe y contiene la magia de los que hay dentro y protege el exterior. Todos añadimos nuestro poder al escudo de vez en cuando para

mantenerlo fuerte.

Sonea miró con atención el plano, mientras el dedo de Dannyl pasaba al edificio curvo que había junto al alojamiento de los magos.

—Esto son las termas. Están construidas en el lugar donde antes había un riachuelo, que bajaba por la colina desde un manantial que hay arriba, en el bosque. Hemos canalizado el agua al interior del edificio, donde se puede meter en tinas y calentarla. Al lado está los Siete Arcos, que tiene salas donde pasar el tiempo libre.

—¿Qué son las residencias? —preguntó Sonea, llamando la atención de Dannyl hacia la leyenda de una flecha que señalaba fuera de la página.

—Son unas pocas casitas donde viven nuestros magos más ancianos —le explicó Dannyl—. Mira, puedes verlas en este otro mapa más viejo.

Fueron al otro lado de la habitación, donde había un mapa de la ciudad que amarilleaba. Dannyl señaló una hilera de cuadraditos.

—Ahí, al lado del viejo cementerio.

—En este mapa el Gremio solo tiene unos pocos edificios —comentó Sonea.

Dannyl sonrió.

—Este mapa tiene más de trescientos años. No sé si sabes mucha historia de Kyralia. ¿Has oído hablar de la guerra Sachakana? —Sonea asintió—. Pues después de la guerra Sachakana, en Imardin no quedaba mucho en pie. Cuando se reconstruyó la ciudad, las Casas más importantes aprovecharon la oportunidad para trazar un plano nuevo.

«Puedes ver que se construyó en círculos concéntricos. —Señaló el centro—. En primer lugar se levantó una muralla alrededor de los restos del antiguo Palacio Real, y después otra que rodeaba a ciudad. La Muralla Exterior se construyó unas décadas más tarde. A la ciudad vieja se le dio el nombre de Círculo Interno, y la zona más nueva se dividió en las cuatro cuadernas.

El dedo del mago rodeó el Gremio.

—A los magos se les otorgó la Cuaderna Oriental entera, en agradecimiento por expulsar a los invasores sachakanos. No fue una decisión tomada a la ligera —añadió—. Por aquel entonces, el Palacio y el Círculo Interno se abastecían del agua del manantial, y construir el Gremio alrededor del suministro significaba reducir la posibilidad de que alguien la envenenara, como había ocurrido durante la guerra.

Señaló el pequeño rectángulo que había dentro de los terrenos del Gremio.

—La primera estructura levantada fue el Salón Gremial —siguió diciendo Dannyl—. Lo construyeron con la piedra gris y dura que había en el terreno. Ahí vivían tanto los magos como los aprendices, y aún quedaba sitio para la enseñanza y para salas de reuniones. Los libros de historia cuentan que entre nuestros predecesores había llegado a imperar un espíritu de unidad. Al compartir sus conocimientos, se descubrieron nuevas formas de utilizar y conformar la magia. Antes de que pasara

mucho tiempo, el Gremio se había convertido en la escuela de magos más grande y poderosa del mundo conocido —dijo con una sonrisa.

»Y siguió creciendo. Cuando Lonmar, Elyne, Vin, Lan y Kyralia forjaron la Alianza, una parte del acuerdo fue que los magos de todas las tierras se formarían aquí. De pronto, el Salón Gremial se quedó pequeño, así que tuvieron que construir algunos edificios más.

Sonea frunció el ceño.

—¿Qué pasa con los magos de otras tierras cuando terminan su aprendizaje?

—Normalmente vuelven a su país de origen —le dijo Rothen—. A veces se quedan aquí.

—Entonces ¿cómo los tenéis controlados?

—Tenemos embajadores en cada país que registran las actividades de los magos extranjeros —dijo Dannyl—. Al igual que nosotros nos comprometemos a servir al rey y proteger Kyralia, ellos prestan juramento de servidumbre a sus gobernantes.

La atención de Sonea pasó a otro mapa de la región que estaba colgado cerca.

—No me parece muy inteligente enseñar a magos de otras tierras. ¿Y si invaden Kyralia?

Rothen sonrió.

—Si no los aceptáramos en el Gremio, fundarían uno propio, como ya hicieron en el pasado. No vamos a evitar una invasión entrenándolos o no, pero haciéndolo controlamos lo que aprenden. Les enseñamos lo mismo que a los nuestros, por lo que saben que no los estamos tratando injustamente.

—De todas formas, no se atreverían a atacarnos —añadió Dannyl—. Los kyralianos tenemos linajes mágicos muy poderosos. De nosotros salen más magos que de ninguna otra raza, y también más fuertes.

—Los vindeanos y los lanianos son los más débiles —dijo Rothen—, razón por la que no es muy habitual verlos aquí. Nos llegan más aprendices de Lonmar y Elyne, pero sus poderes pocas veces impresionan.

—Los sachakanos solían ser magos poderosos —añadió Dannyl, mirando el mapa—, pero eso se acabó con la guerra.

—Y nos convirtió en la nación más poderosa de toda la zona —terminó Rothen.

Sonea cerró un poco los ojos.

—¿Por qué no invade otros países el rey?

—Se firmó la Alianza para evitar eso —dijo Rothen—. Como bien me recordaste la primera vez que hablamos, el rey Palen rechazó firmarla al principio. El Gremio le dio a entender que tal vez dejara de apartarse de la política si no lo hacía.

Los labios de Sonea se curvaron en una leve sonrisa.

—¿Qué impide que las otras tierras luchen entre ellas?

—Un trabajoso esfuerzo diplomático —dijo Rothen con un suspiro—, que no

siempre funciona. Desde la Alianza ha habido varios enfrentamientos menores. Para el Gremio siempre es una situación incómoda. Por lo general, las disputas son por las fronteras y...

Dejó de hablar al oír una tímida llamada a la puerta. Miró a Dannyl y comprendió, por la expresión de su amigo, que los dos estaban pensando lo mismo. ¿Fergun ya se había enterado de que Sonea había salido de su habitación?

—¿Esperas a alguien?

Dannyl negó con la cabeza y se acercó a la puerta. Al abrirla, Rothen escuchó la voz de Tania y dio un suspiro de alivio.

—Les he bajado la cena —dijo la sirvienta, entrando en la habitación.

Detrás de ella llegaron otros dos sirvientes, portando bandejas. Lo dejaron todo en la única mesa desocupada, hicieron una reverencia y se marcharon.

Dannyl hizo un sonido de aprobación mientras el aroma a comida llenaba la sala.

—No me había dado cuenta de que había pasado tanto tiempo —dijo.

Rothen contempló a Sonea.

—¿Tienes hambre?

Ella asintió, sin poder quitar ojo de encima a la comida. Rothen sonrió.

—Pues entonces creo que ya basta de historia por ahora. Cenemos.

24. Preguntas sin respuesta

Dannyl llegó al final del pasillo de la universidad y se detuvo al abrirse la puerta del despacho del administrador. Una figura ataviada con túnica azul salió por ella en dirección al recibidor de entrada.

—Administrador —llamó Dannyl.

Lorlen se detuvo y dio media vuelta. Sonrió al ver acercarse a Dannyl.

—Buenos días, lord Dannyl.

—Justamente venía a verlo. ¿Tiene un momento?

—Por supuesto, pero solo un momento.

—Gracias —dijo Dannyl, frotándose lentamente las manos—. Anoche recibí un mensaje del ladrón. Pregunta si conocemos el paradero de un hombre que acompañaba a Sonea cuando se escondía de nosotros. He pensado que podría ser el joven que intentó rescatarla.

Lorlen asintió.

—El Gran Lord ha recibido una consulta parecida.

Dannyl parpadeó, sorprendido.

—¿El ladrón contactó con él directamente?

—Sí. Akkarin ha asegurado a Gorín que se lo hará saber si encuentra al hombre.

—Yo enviaré la misma respuesta, entonces.

Los ojos de Lorlen se cerraron un poco.

—¿Es la primera vez que los ladrones establecen contacto con usted desde que capturaron a Sonea?

—Sí —respondió Dannyl con una sonrisa apesadumbrada—. Había dado por hecho que nunca volvería a saber de ellos. El mensaje me ha sorprendido bastante.

Lorlen levantó las cejas.

—Lo que nos sorprendió bastante a todos fue que usted se hubiera dedicado a hablar con ellos.

Dannyl notó que se sonrojaba.

—No a todos. El Gran Lord lo sabía, aunque no tengo ni la menor idea de cómo.

—Bueno, eso sí que no me sorprende —contestó Lorlen con una sonrisa—. Puede que Akkarin no aparente ningún interés, pero no piense que no presta atención. Sabe más sobre la gente, aquí y en la ciudad, que ninguna otra persona.

—Pero usted debe de saber más que él en lo relativo al Gremio.

Lorlen negó con la cabeza.

—Oh, siempre sabe más de lo que yo puedo averiguar. —Calló un momento—. Voy a reunirme ahora con él. ¿Quiere que le pregunte alguna cosa?

—No —se apresuró a responder Dannyl—. Tengo que irme yo también. Gracias

por su tiempo, administrador.

Lorlen inclinó la cabeza, se volvió y empezó a alejarse. Dannyl regresó por el pasillo y pronto se vio cruzando un grupo de aprendices y magos. Con las primeras clases del día a punto de empezar, el edificio bullía de actividad.

Volvió a pensar en el mensaje del ladrón. La carta llevaba implícito un matiz de acusación, como si Gorín sospechase que el Gremio era responsable de la desaparición de aquel hombre. Dannyl no creía que el ladrón fuera a acusar al Gremio de sus problemas con tanta facilidad como lo hacía el típico losde... o que se pusiera en contacto con el Gran Lord sin tener un buen motivo.

Por tanto, Gorín debía de creer que el Gremio era capaz de encontrarle a ese hombre. Dannyl rió por lo bajo al ocurrírsele lo irónico de aquella situación. Los ladrones habían ayudado al Gremio a encontrar a Sonea, y ahora querían un favor del mismo tipo a cambio. Se preguntó si la recompensa también sería tan cuantiosa.

Pero ¿por qué pensaba Gorín que el Gremio sabía dónde estaba el joven? Dannyl parpadeó al pensar la respuesta.

Sonea.

Si Gorín creía que Sonea conocía la situación de su amigo, ¿por qué no había hablado directamente con ella? ¿Pensaba que ella no iba a decírselo? Habían sido los ladrones quienes la habían vendido al Gremio, al fin y al cabo. Y su compañero podría tener buenas razones para desaparecer, además.

Dannyl se frotó la frente. Podía preguntar a Sonea si sabía qué estaba pasando, pero si no sabía que su amigo había desaparecido, quizá la noticia la perturbara. Podría sospechar que el Gremio era el causante de la desaparición. Y arruinar todo lo que Rothen había logrado.

Entre los aprendices que tenía delante apareció una cara conocida. Notó una pequeña punzada de terror, pero Fergun no levantó la mirada. El guerrero se cruzó con él, apresurado, y giró por un pasillo lateral.

Dannyl, sorprendido, detuvo sus pasos. ¿Qué podía absorber tan por completo a Fergun para que ni siquiera se fijara en su viejo enemigo? Dannyl retrocedió y echó un vistazo al pasillo lateral, donde vislumbró una túnica roja antes de que el guerrero doblara otro recodo.

Fergun llevaba algo en las manos. Dannyl paseó un momento junto a la entrada del pasillo, tentado de seguirlo. Cuando era aprendiz, habría aprovechado cualquier oportunidad para descubrir algún secretillo de Fergun.

Pero ya no era aprendiz, y Fergun había ganado esa guerra mucho tiempo atrás. Encogiéndose de hombros, volvió una vez más por el pasillo hacia el aula de Rothen. La clase empezaba en menos de cinco minutos, y no tenía tiempo para hacer de espía.

Los sentidos de Cery se habían agudizado después de pasar una semana en la

oscuridad. Sus orejas captaban el ajeteo de las patas de insectos, y sus dedos podían notar las ligeras rugosidades allí donde el óxido mordisqueaba la estaca metálica que había sacado del dobladillo de su abrigo.

Mientras apretaba el pulgar contra la punta afilada, notó que hervía de rabia. Su captor había regresado en dos ocasiones con comida y agua. Cada vez, Cery había intentado averiguar por qué estaba prisionero.

Todos sus esfuerzos por entablar conversación con Fergun habían fracasado. Había probado con zalamerías, con exigencias, incluso había suplicado una explicación, pero el mago había hecho caso omiso de cada palabra suya. «Eso no estuvo bien», refunfuñó Cery. Se suponía que los villanos tenían que revelar sus planes, ya fuera por error o en un arrebató de fruición.

Llegó a sus oídos el más leve golpeteo. Levantó la cabeza y luego se puso en pie de un salto cuando el sonido fue creciendo hasta definirse en pasos. Agarró la estaca con fuerza, se agachó tras la puerta y esperó.

Los pasos terminaron fuera de la puerta. Oyó cómo chasqueaba el pasador y tensó los músculos mientras la puerta empezaba a deslizarse hacia dentro. La luz inundó la habitación, iluminando el plato vacío que había dejado justo delante de la puerta. El mago dio un paso hacia allí, se detuvo y giró hacia el abrigo y los pantalones que Cery había dejado semiocultos bajo una manta en el rincón.

Cery saltó hacia delante y dirigió la estaca hacia la espalda de Fergun, apuntando al corazón.

La estaca golpeó contra algo duro y se le escurrió de los dedos. El mago empezó a girarse y algo arrolló el pecho de Cery, tirándolo hacia atrás. Oyó un crujido al golpear la pared, y un dolor atroz le recorrió el brazo. Se vino abajo hasta el suelo, acunándose el brazo y jadeando.

Desde detrás llegó un suspiro largo y exagerado.

—Eso ha sido una estupidez. Mira lo que me has obligado a hacer.

Fergun estaba de pie junto a él, cruzado de brazos. Cery, haciendo rechinar los dientes, miró furioso al mago.

—No es forma de agradecerme todas las molestias que me he tomado trayéndote mantas.

Fergun movió la cabeza a los lados y se puso en cuclillas.

Intentar alejarse de él solo sirvió a Cery para sufrir otra oleada de dolor. Cery ahogó un grito cuando Fergun le agarró la muñeca del brazo herido. Intentó retirarla, pero el movimiento supuso otra dolorosa punzada.

—Está roto —murmuró el mago.

Sus ojos parecían estar fijos en algo que había mucho más allá del suelo polvoriento. El dolor de Cery se calmó de repente, y por su brazo se extendió poco a poco el calor.

Cery comprendió que lo estaba sanando, y se obligó a no moverse. Estudió los rasgos de Fergun, fijándose en la afilada mandíbula y los finos labios. El pelo rubio, que normalmente llevaba peinado hacia atrás, ahora le tapaba las cejas.

Supo que recordaría aquella cara el resto de su vida. «Un día me cobraré la venganza —pensó—. Y como hayas hecho algo a Sonea, más vale que te prepares para una muerte lenta y dolorosa.»

El mago parpadeó y soltó el brazo de Cery. Se incorporó, hizo una mueca de dolor y se pasó una mano por la frente.

—No está curado del todo. No puedo desperdiciar todo mi poder contigo. Trátalo con delicadeza o se te volverá a separar el hueso. —Y, entrecerrando los ojos, añadió —: Si vuelves a intentar algo parecido, tendré que atarte... para evitar que te hagas daño, ya me entiendes.

Miró al suelo. El plato que llevaba se había roto y la comida estaba desperdigada. La botella estaba al lado, con una grieta cerca del corcho por donde perdía agua lentamente.

—Yo no la desperdiciaría, si fuera tú —dijo Fergun.

Se inclinó, recogió la estaca de Cery y salió de la habitación.

Cuando la puerta se cerró, Cery se tumbó boca arriba y gimió. ¿De verdad había esperado asesinar a un mago con una estaca? Poniendo mucho cuidado, se palpó el brazo con los dedos. Lo tenía un poco sensible, eso era todo.

En la oscuridad ganó fuerza el olor a pan recién hecho, y su estómago lanzó un gruñido en respuesta. Suspiró pensando en la comida que estaba por el suelo. Su única indicación sobre el paso del tiempo era el hambre, y había estimado que transcurrían dos días o más entre visita y visita del mago. Si no comía, se iría debilitando. Pensar en las cosas que se arrastrarían hacia la comida desde el rincón que utilizaba para sus otras funciones corporales era incluso peor. Empezó a avanzar a gatas, registrando con las manos el suelo polvoriento.

Sonea se quedó sin respiración cuando entró el mago de la túnica azul en la habitación. Alto, delgado, con el pelo negro atado a la nuca, podría haber sido el asesino que ella había visto en el sótano de la casa del Gran Lord. Pero entonces el hombre se volvió hacia ella y Sonea vio que no tenía los rasgos tan duros como los del hombre que recordaba.

—Este es el administrador Lorlen —le dijo Rothen.

Sonea inclinó la cabeza.

—Es un honor conocerte.

—Es un honor conocerte a ti, Sonea —respondió el hombre.

—Por favor, sentémonos —dijo Rothen, señalando las sillas con un gesto.

Mientras se acomodaban, Tania sirvió la bebida amarga que parecía gustar a todos

los magos. Sonea aceptó un vaso de agua y observó cómo el administrador tomaba unos sorbos de su copa. Sonrió, complacido, pero al mirarla se le apagó la expresión.

—A Rothen le preocupaba que fueras a asustarte si venía a hablar contigo cuando llegaste aquí —dijo—, así que debes disculparme por no presentarme antes. Como administrador del Gremio, querría ofrecerte nuestras disculpas formales por los problemas y la angustia que te hemos causado. ¿Ahora comprendes por qué debíamos encontrarte?

Sonea notó que se le enrojecían las mejillas.

—Sí.

—Me reconforta mucho saberlo —le dijo con una sonrisa—. Tengo algunas preguntas para ti; si tú tienes alguna que hacerme, por favor, no dudes en preguntar. ¿Tus lecciones de Control van bien?

Sonea lanzó una mirada a Rothen y recibió una inclinación de cabeza, animándola.

—Creo que estoy mejorando —contestó—. Las pruebas se me van haciendo más fáciles.

El administrador pensó en aquello, asintiendo con lentitud.

—Es un poco lo mismo que aprender a andar —dijo—. Al principio tienes que pensar en ello, pero cuando llevas un tiempo haciéndolo ya no has de prestarle ninguna atención.

—Solo que no andas en sueños —matizó ella.

—Normalmente no. —El administrador rió, y luego aguzó la mirada—. Rothen me ha contado que no deseas quedarte con nosotros. ¿Es cierto?

Sonea asintió.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Quiero irme a casa —dijo la joven.

El administrador se inclinó hacia delante.

—No vamos a impedirte que veas a tu familia ni a tus amigos. Podrías ir de visita los días libres.

Sonea negó con la cabeza.

—Ya lo sé, pero no quiero quedarme aquí.

Con un asentimiento, Lorlen se relajó contra su respaldo.

—Vamos a lamentar la pérdida de alguien con tanto potencial —le dijo—. ¿Estás segura de que quieres renunciar a tus poderes?

El corazón de Sonea saltó al recordar las palabras de Fergun.

—¿Renunciar a mis poderes? —repitió lentamente, mirando fijamente a Rothen—. No es así como lo describió Rothen.

—¿Qué es lo que te ha dicho? —preguntó Lorlen con las cejas levantadas.

—Que no podré usarlos porque no sabré cómo hacerlo.

—¿Crees que podrías aprender sola?

Ella guardó silencio un momento.

—¿Podría?

—No. —El administrador sonrió—. Lo que te ha dicho Rothen es cierto. Pero sabiendo que el éxito de tus lecciones dependía de que se mantuviera la confianza entre vosotros, ha preferido que sea yo quien te explique las leyes relativas a la despedida de magos del Gremio.

A medida que Sonea se iba dando cuenta de que el administrador estaba a punto de confirmar si Fergun le había contado la verdad, el corazón de Sonea se aceleraba.

—La ley estipula que todo hombre o mujer cuyos poderes estén activos debe unirse al Gremio o sufrir el bloqueo de sus poderes —le dijo—. El bloqueo no puede practicarse hasta que se establezca un Control pleno, pero una vez llevado a cabo, evita efectivamente que un mago utilice la magia en modo alguno.

En el silencio que siguió a aquella afirmación, los dos magos la miraron atentamente. Ella apartó la vista para evitar sus ojos.

Así que Rothen sí le había estado ocultando algo.

Sin embargo, comprendía por qué lo había hecho. Saber que los magos iban a interferir en su mente no habría facilitado que Sonea confiara en él.

Pero Fergun había tenido razón...

—¿Tienes alguna pregunta, Sonea? —preguntó Lorlen.

Ella titubeó, recordando otra cosa que había dicho Fergun.

—¿El bloqueo ese no será... incómodo?

—No notarás nada —dijo Lorlen, moviendo la cabeza—. Hay una sensación de resistencia si intentas practicar la magia, pero no es dolorosa. Como no estás acostumbrada a emplear la magia, dudo mucho que llegues a notar el bloqueo en absoluto.

Sonea asintió despacio.

El administrador la observó en silencio, y luego sonrió.

—No voy a intentar convencerte de que te quedes —dijo—. Solo deseo que sepas que aquí tienes un sitio si lo quieres. ¿Alguna otra pregunta?

Sonea negó con la cabeza.

—No. Gracias, administrador.

El hombre se puso de pie y su túnica emitió un susurro.

—Ahora debo regresar a mis obligaciones. Volveré a visitarte, Sonea. Quizá podamos tener una conversación más larga.

Ella asintió y vio cómo Rothen acompañaba al administrador a la puerta. Cuando se cerró, Rothen se volvió para observarla.

—Bueno, ¿qué te ha parecido Lorlen?

Ella meditó un momento.

—Parece buen tipo, pero es muy formal.

—Sí, puede serlo —dijo Rothen riendo.

Se metió en su dormitorio y volvió con una capa puesta. Sonea, sorprendida, lo vio regresar hacia ella con paso decidido. Llevaba otra capa plegada sobre el brazo.

—Levanta —dijo—. Quiero ver si te viene bien.

Sonea se puso de pie y se quedó quieta mientras el mago le pasaba la capa por los hombros. Llegaba casi al suelo.

—Es un poco larga. La llevaré a que te la acorten. De momento, tendrás que ir con cuidado de no tropezar.

—¿Es para mí?

—Sí. Para reemplazar la que tenías. —Sonrió—. Vas a necesitarla: fuera hace bastante frío.

Ella le dirigió una mirada intensa.

—¿Fuera?

—Sí —respondió el mago—. He pensado que podríamos dar un paseo. ¿Te gustaría?

Asintió mirando a un lado, ya que no quería que le viera la cara. La idea de ir al exterior la había llenado de una intensa nostalgia. Llevaba menos de tres semanas en aquellas habitaciones, pero se sentía como si hubieran pasado meses.

—Abajo nos espera Dannyl —dijo Rothen, caminando hacia la puerta.

—¿Ya?

Él asintió y le indicó por gestos que lo siguiera. Respirando hondo, Sonea se acercó a la puerta.

A diferencia de la vez anterior, el pasillo no estaba vacío. A unos pasos a su derecha había un par de magos, y por la izquierda andaba una mujer con un vestido normal, con dos niños a los lados. Todos se quedaron mirando a Sonea con expresión de sorpresa y curiosidad.

Rothen saludó al público con un movimiento de cabeza y echó a andar hacia la escalera. Tras él, Sonea resistió el impulso de mirar atrás. No apareció ningún mago flotando por el centro de la escalera mientras ellos descendían. Abajo sí les esperaba un mago alto y conocido.

—Buenas tardes, Sonea —dijo Dannyl con una sonrisa.

—Buenas tardes —respondió ella.

Volviéndose, Dannyl gesticuló teatralmente hacia un par de enormes portones que había al fondo del pasillo de la planta baja. Se abrieron lentamente, dejando entrar una ráfaga de aire frío.

Al otro lado estaba el patio que Sonea recordaba de cuando había estado explorando el Gremio con Cery. Entonces era de noche. Ahora lo iluminaba una tenue luz crepuscular, que daba un aspecto difuminado e irreal a todo.

Siguió a Rothen al otro lado de los portones y notó la dentellada del aire frío. Aunque empezó a tiritar, le resultó agradable. Estaba fuera...

El calor se extendió por toda su piel mientras notaba una vibración en el aire que la rodeaba. Sorprendida, miró a su alrededor, pero no vio nada que indicara cambio alguno. Rothen la estaba mirando.

—Un truco simple —dijo—. Es un escudo mágico que retiene el calor. Puedes entrar y salir de él. Prueba.

Retrocedió unos pasos hacia las puertas y notó el frío en la cara. Su aliento empezó a condensarse en el aire. Estiró un brazo y sintió que su mano volvía a entrar en calor.

Rothen le dedicó una sonrisa de ánimo y le hizo una seña. Sonea se encogió de hombros y regresó a su lado.

La parte trasera de la universidad se alzaba a su izquierda. Miró en todas direcciones e identificó la mayoría de los edificios que había visto en el plano de Dannyl. Una extraña estructura que había en el lado opuesto del patio atrajo su atención.

—¿Qué es eso?

Rothen siguió su mirada.

—Eso es la Cúpula —dijo—. Hace siglos, antes de que construyéramos la Arena, era ahí donde los guerreros hacían casi todo su entrenamiento. Por desgracia, los únicos que podían ver lo que ocurría eran quienes estaban dentro, así que los profesores tenían que ser bastante fuertes para protegerse de cualquier magia mal dirigida que pudieran desatar sus alumnos. Ya no la utilizamos.

Sonea contempló la estructura.

—Parece una pelota inmensa que se ha hundido en el suelo.

—Es lo que es.

—¿Cómo se entra?

—Por un pasadizo subterráneo. Hay una puerta parecida a un tapón gigante, que solo puede abrirse hacia dentro. Las paredes tienen tres pasos de grosor.

Se abrieron las puertas del alojamiento de los discípulos. Salieron tres chicos corriendo, envueltos en capas. Recorrieron todo el patio, dando palmadas a las farolas que había al borde del adoquinado. Cuando las tocaban, estas empezaban a brillar.

Una vez que estuvieron encendidas todas las farolas del patio, los tres chicos se dispersaron y corrieron en direcciones distintas. Uno avanzó en paralelo a la fachada del alojamiento de los aprendices, otro desapareció en los jardines al otro lado de la universidad y el tercero se lanzó a la carrera entre las termas y el alojamiento de los magos, por un largo camino que se curvaba y ascendía hacia el bosque.

Dannyl dirigió una mirada interrogativa a Rothen. Aunque los dos magos se pinchaban mutuamente como amigos, Sonea se había fijado en que Dannyl siempre

trataba con deferencia a su antiguo tutor.

—¿Hacia dónde?

Rothen señaló el bosque con la cabeza.

—Por aquí.

Sonea se mantuvo junto a Rothen mientras el mago cruzaba el adoquinado y emprendía el camino. El aprendiz, que ya había terminado de encender las farolas, regresaba a toda prisa a su edificio.

Pasaban por la fachada trasera del alojamiento de los magos cuando un movimiento en una ventana atrajo su atención. Miró hacia allí, vio a un mago de pelo rubio mirando y se sobresaltó al reconocerlo. El mago se retiró veloz hacia la oscuridad. Preocupada, devolvió su atención al camino. No sabía cuándo volvería a visitarla Fergun, pero cuando lo hiciera querría saber si pensaba aceptar su oferta. Tendría que tomar una decisión pronto.

Hasta su conversación con Lorlen no sabía si eran ciertas todas las afirmaciones que había hecho Fergun. Había buscado oportunidades de desviar sus charlas con Rothen hacia los juramentos y las tutelas, o hacia el propio Fergun, pero no había encontrado muchas. ¿Podía hacerle preguntas directas sin que recelara?

Rothen le había explicado lo que hacía un tutor, pero no había mencionado que él pretendía ser el suyo. No se sorprendería si Rothen hubiera decidido que no necesitaba saberlo a menos que decidiera quedarse.

Cuando dominara el Control, tenía dos opciones: volver a las barriadas con los poderes bloqueados o ayudar a Fergun a conseguir su tutela para poder regresar con sus poderes intactos.

Llegaron al bosque y Sonea contempló el laberinto de troncos. El plan de Fergun la inquietaba. Requería una buena dosis de engaño, y también de riesgo. Debería fingir que optaba por quedarse, seguramente mentir para garantizar que Fergun obtuviera su tutela, prestar un juramento que no tenía intención de cumplir, y luego romper dicho juramento —y la ley del rey— al dejar el Gremio.

¿Se había encariñado tanto con Rothen que la idea de mentirle se le hacía incómoda? «Es un mago —se recordó a sí misma—. Guarda lealtad al Gremio y al rey.» Aunque no creía que quisiera encerrarla para siempre, por ejemplo, lo haría si se lo ordenaban.

¿O lo que le preocupaba era la perspectiva de romper un juramento? Harrin y sus amigos engañaban y robaban a la gente a todas horas, pero consideraban que faltar a un juramento era un delito terrible. Evitaban a toda costa hacerlos, para poder mantener su prestigio ante los demás.

Claro que si no había más remedio que jurar algo, podían evitarse muchas situaciones embarazosas si las frases del juramento eran lo bastante vagas...

—Esta noche estás muy callada —dijo Rothen de pronto—. ¿No hay preguntas?

Sonea miró a Rothen y descubrió que él la observaba con afecto. Al ver su sonrisa, Sonea decidió que era el momento de arriesgarse a hacer algunas preguntas que no vinieran a cuento.

—Estaba pensando en el juramento que hacen los magos.

Para su alivio, sus cejas no bajaron recelosas, sino que se alzaron sorprendidas.

—En realidad hay dos. El Juramento de los Aprendices y el Juramento de los Magos. El primero lo pronuncian los aprendices al entrar en el Gremio; el segundo, el día de su graduación.

—¿Qué es lo que juran?

—Cuatro cosas. —Rothen levantó los dedos de su mano izquierda—. Los aprendices juran que nunca dañarán deliberadamente a ningún hombre o mujer si no es en defensa de las Tierras Aliadas. —Se dio un golpecito en el primer dedo, y luego en los otros mientras continuaba—: Que obedecerán las órdenes de Gremio, que obedecerán las leyes del rey y las de cualquier mago a menos que esas órdenes supongan violar una ley, y que nunca utilizarán la magia sin el permiso de un mago.

Sonea frunció el ceño.

—¿Por qué los aprendices no pueden usar la magia si no se lo dice un mago?

Rothen soltó una risita.

—Muchos aprendices se han hecho daño mientras experimentaban sin orientación. Pero los magos también deben tener cuidado. Todos los maestros saben que si le dicen a un aprendiz que «vaya a practicar», sin especificar exactamente lo que deben practicar, el aprendiz interpretará la orden como «vete a practicar lo que te apetezca». Recuerdo que una vez utilicé ese razonamiento para justificar que me había pasado un día entero pescando.

Dannyl soltó un bufido.

—Eso no es nada.

Mientras el mago más joven empezaba a contar sus propias hazañas de cuando era aprendiz, Sonea repasó mentalmente el Juramento de los Aprendices. No incluía nada que no se hubiera esperado. No sabía cuáles eran todas las reglas del Gremio. Quizá fuera el momento de preguntar a Rothen sobre ellas. Las dos últimas partes parecían estar añadidas con la única intención de tener a los aprendices a raya.

Si dejaba el Gremio sin que le hubieran bloqueado los poderes, estaría violando la segunda parte del juramento. Por extraño que pareciera, no había sentido ningún rechazo a quebrantar la ley, a menos que significara romper un juramento.

Cuando Dannyl terminó de contar su anécdota, Rothen continuó con su explicación.

—Las dos primeras partes del Juramento de los Magos son las mismas —dijo a Sonea—, pero la tercera se convierte en la promesa de servir al gobernante del país del mago, y la cuarta en una promesa de no utilizar jamás formas malignas de magia.

Sonea asintió. Si Fergun la dejaba escapar, estaría violando una ley y también el Juramento de los Magos.

—¿Cuál es el castigo para un mago que rompe ese juramento?

Rothen alzó los hombros.

—Depende de la forma de romperlo, de la tierra donde vive el mago y del juicio de su gobernante.

—¿Qué pasa si es kyraliano?

—El castigo más duro es la muerte, que se reserva para los asesinos. Por lo demás, el más severo es el exilio.

—Entonces... bloqueáis los poderes del mago y lo expulsáis.

—Sí. No lo aceptarán en ninguna de las Tierras Aliadas. Eso formaba parte del acuerdo.

La joven asintió. No podía preguntarle a qué se enfrentaría Fergun si la dejaba escapar con sus poderes intactos. Sin duda, una pregunta como esa despertaría las sospechas de Rothen.

Si aceptaba el plan de Fergun, tendría que esconderse bien o sufriría un castigo similar. El Gremio no le ofrecería otra oportunidad de unirse a ellos. No le quedaría más remedio que confiar en otro ladrón para que la escondiera otra vez... aunque estaba segura de que Farén estaría encantado de hacerlo si tenía los poderes sin bloquear y controlados.

¿Qué le pedirían que hiciera a cambio? Puso una mueca mientras consideraba la expectativa de pasar el resto de su vida escondiéndose y cumpliendo los encargos de un ladrón. Lo único que ella quería realmente era estar con su familia.

Mirando la nieve que cubría el terreno a ambos lados del camino, Sonea se sintió preocupada al imaginarse a sus tíos temblando de frío en algún cuartucho. Estarían pasando una época difícil. Tendrían pocos clientes. Con el bebé de Jonna creciendo y la pierna mala de Ranel aterida por el frío, ¿cómo estarían haciendo las entregas? Debería regresar para ayudarles, no dedicarse a hacer magia para un ladrón.

Pero si volvía con magia, seguro que Farén se encargaría de que sus tíos vivieran bien, y ella podría curar a la gente...

Aunque si colaboraba con Rothen, podría estar de vuelta con sus tíos en unas semanas. Los planes de Fergun podrían llevarle meses...

Era difícil decidirse.

Llena de frustración, deseó como muchas otras veces no haber descubierto nunca sus poderes. Le habían arruinado la vida. Casi la habían matado. La habían obligado a agradecer a sus odiados magos que le salvaran la vida. Lo único que quería era librarse de ellos.

Rothen aflojó el ritmo. Sonea levantó la mirada y se dio cuenta de que el sendero terminaba en una calzada de losas un poco más adelante. Mientras iban hacia ella

empezaron a ver varias casas pequeñas y cuidadas.

—Eso son las residencias —dijo Rothen.

En los huecos que había entre algunos edificios se hallaban las estructuras ennegrecidas de unas pocas casas. Rothen no le explicó nada sobre ellas. Siguió adelante hasta el lugar donde la calzada terminaba en un gran círculo para que los carruajes pudieran dar la vuelta. Anduvo hasta un tronco caído que había junto al adoquinado y se sentó.

Mientras Dannyl doblaba sus largas piernas y se unía al mago más mayor, Sonea echó un vistazo al bosque. Entre los árboles distinguió una hilera de formas oscuras en la nieve, demasiado regulares para ser naturales.

—¿Qué son esas cosas?

Rothen miró hacia aquel lugar.

—Eso es el viejo cementerio. ¿Quieres que lo veamos?

Dannyl se giró de repente para clavar la mirada en su amigo.

—¿Ahora?

—Ya hemos llegado hasta aquí —dijo Rothen, poniéndose de pie—. No nos hará daño alejarnos un poco más.

—¿No podríamos volver por la mañana? —Dannyl miró con preocupación las formas lejanas.

Rothen levantó la mano y apareció de repente una diminuta mota de luz justo encima de su palma. Se expandió rápidamente hasta formar un globo de luz que ascendió hasta flotar por encima de sus cabezas.

—Supongo que no. —Dannyl suspiró.

La nieve crujió bajo sus botas mientras avanzaban en dirección al cementerio. La sombra de Sonea se extendía a un lado, pero pronto se le unió una segunda cuando se materializó otra esfera de luz encima de la cabeza de Dannyl.

—¿Te da miedo la oscuridad, Dannyl? —dijo Rothen por encima del hombro.

El mago más alto no contestó. Con una risita, Rothen superó un tronco caído y llegó al claro. En la penumbra se distinguían varias filas de piedras.

Rothen se acercó y envió su luz hacia delante para que flotara justo encima de una de aquellas piedras. La nieve se derritió enseguida, y reveló las marcas que había en la superficie. Mientras la luz volvía a elevarse, indicó a Sonea que se acercara.

En el borde de la losa había grabado un motivo decorativo, y se apreciaban unas marcas en el centro que podían haber sido palabras tiempo atrás.

—¿Puedes leerlo? —pidió Rothen.

Sonea pasó los dedos por los grabados.

—Lord Gamor —leyó—. Y hay un año... —Arrugó la frente—. No, me habré equivocado.

—Creo que dice veinticinco de Urdon.

—¿Esto tiene siete siglos?

—Los tiene, sin duda. Todas estas tumbas tienen como mínimo cinco siglos de antigüedad. Son un misterio.

Sonea contempló las hileras de losas.

—¿Por qué son un misterio?

—Aquí no se ha enterrado a ningún mago desde entonces, y tampoco se entierra a ninguno fuera del Gremio.

—¿Dónde se entierran?

—No se entierran.

Sonea se giró para mirarlo. Entre los árboles cercanos se oyó un tenue susurro y Dannyl se volvió hacia ellos bruscamente, con los ojos como platos. La joven notó que se le empezaba a erizar el pelo en la nuca.

—¿Por qué no? —preguntó. Rothen se adelantó y bajó la mirada hasta la tumba.

—Un mago de hace cuatro siglos describió la magia como su compañero constante. Puede ser una amiga servicial, decía, o una adversaria mortífera. —Se giró para mirar a Sonea, con los ojos ocultos por la sombra de sus cejas.

«Piensa en todo lo que has aprendido sobre la magia y su control. Tus poderes se desarrollaron de forma natural, pero la mayoría de nosotros necesitamos que nos libere la capacidad otro mago. Cuando se hace eso, nos vemos ligados por las exigencias de nuestros poderes para el resto de la vida. Debemos aprender a controlarlo, y debemos mantener ese control. Si no lo hacemos, nuestra magia terminará destruyéndonos. —Dejó de hablar un momento—. Nos ocurre a todos: cuando llega el momento de la muerte, se debilita nuestro dominio sobre el poder, y se libera la magia que nos queda. Literalmente, morimos de magia.

Sonea volvió a mirar la tumba. A pesar del escudo de calor que había levantado Rothen, notaba el frío en los huesos.

Había pensado que se libraría de la magia cuando hubiera aprendido Control, pero ahora sabía que nunca la abandonaría. Daba igual lo que hiciera, siempre estaría ahí. Un día, en alguna casa de las barriadas, simplemente dejaría de existir de una llamarada...

—Si morimos de muerte natural, no suele ser un problema —añadió Rothen—. Lo normal es que la intensidad de nuestra energía disminuya en los últimos años. Si la muerte no es natural... Hay un viejo dicho: solo un idiota, un mártir o un genio puede asesinar a un mago.

Mirando a Dannyl, Sonea entendió de pronto por qué estaba tan incómodo. No era la presencia de los muertos lo que lo inquietaba, sino recordar lo que iba a ocurrirle cuando muriera. Pero él había elegido aquella vida, pensó Sonea. Ella no.

Ni Fergun tampoco. Sus padres lo habían obligado a hacerse mago, y ahora se enfrentaba a ese final como los demás. Se preguntó cuántos magos entrarían en el

Gremio sin desearlo. Sorprendida por su recién descubierta comprensión, posó la mirada en la lápida.

—Entonces ¿por qué están aquí estas tumbas?

Rothen levantó los hombros.

—No tenemos ni idea. No deberían estar. Muchos de nuestros historiadores creen que estos magos drenaron todo su poder al saber que se les acababa la vida, y luego se aseguraron de morir en el punto de agotamiento apuñalándose o tomando veneno. Tenemos constancia de que eligieron a otros magos para que estuvieran presentes en el momento de su muerte. Tal vez el trabajo del acompañante era asegurarse de que morían en el momento apropiado. Basta con que quede un poco de poder para destruir un cuerpo, así que la coordinación debió de ser importante, sobre todo teniendo en cuenta que los magos de aquella época eran extraordinariamente poderosos.

—Eso no sabemos si es cierto —intervino Dannyl—. Puede que las historias sobre sus poderes se exageraran. Los héroes tienden a adquirir una fuerza improbable con el tiempo, cuando sus historias se repiten una y otra vez.

—Tenemos libros que fueron escritos mientras vivían —le recordó Rothen—. Incluso algunos diarios de los propios magos. ¿Por qué iban a exagerar sus capacidades?

—Claro, ¿por qué? —replicó Dannyl con sequedad.

Rothen dio media vuelta y empezó a guiarlos de regreso, sobre sus propias huellas en la nieve.

—Yo creo que esos primeros magos sí eran más poderosos —dijo Rothen—. Y que desde entonces nos hemos debilitado.

Dannyl negó con la cabeza y luego miró a Sonea.

—¿Tú qué crees?

Sonea se sorprendió por la pregunta.

—No lo sé. A lo mejor tenían alguna forma de hacerse más fuertes.

—No hay ninguna manera de aumentar la fuerza de un mago —refutó Dannyl—. Cada mago se queda con lo que tiene al nacer.

Llegaron a la calzada y siguieron adelante. La noche había caído por completo y las luces brillaban en las ventanas de las casas que tenían a ambos lados. Al pasar por una ruina quemada, Sonea tuvo un escalofrío. ¿Se había derrumbado al fallecer su ocupante?

Los magos recorrieron la calzada sin hablar. Llegaron al principio del sendero y Rothen envió su luz hacia delante para alumbrarlo. Durante aquel alto en la conversación, el cricrí de los insectos forestales parecía más intenso.

Cuando empezaron a ver el alojamiento de los magos, Sonea pensó en todos los que vivían allí, manteniendo su poder bajo control incluso mientras dormían. Tal vez

quienes trazaron los planos de la ciudad tenían otra razón para entregar a los magos una cuaderna entera para su uso.

—Creo que esta noche ya no necesito más ejercicio —dijo Rothen de repente—. Y se nos ha hecho la hora de cenar. ¿Nos acompañas, Danyl?

—Por supuesto —respondió el mago más joven—. Me encantaría.

25. Cambio de planes

El sol pendía por encima de las lejanas torres de Palacio como si fuera el enorme globo de luz de un mago, enviando largas franjas de luz anaranjada al interior de los jardines.

Mientras recorrían el sendero, Sonea seguía callada. Rumizando. Rothen sabía que su alumna había adivinado el objetivo de las excursiones que estaban haciendo, y se estaba endureciendo mentalmente para que nada de lo que viera pudiera tentarla para quedarse en el Gremio.

El mago sonrió. Por muy decidida que estuviera Sonea a rechazar todo cuanto veía, Rothen tenía intención de enseñarle tanto del Gremio como pudiese. Tenía que ver lo que estaba rechazando.

Sorprendido de que siguiera decidida a marcharse, Rothen se había descubierto meditando sobre su propia vida. Como todos los niños de las Casas, le habían hecho la prueba de capacidad mágica cuando tenía unos diez años. Recordó cuánto se habían emocionado sus padres al saber que habían descubierto potencial en él. Le dijeron que era un niño afortunado y especial. Desde aquel día, había ansiado unirse al Gremio.

Para Sonea, hacerse maga nunca había sido una posibilidad. La habían criado para que los viera como un enemigo al que culpar de todo y al que odiar. A tenor de su educación, no era difícil ver por qué consideraba que unirse al Gremio era traicionar a las personas con las que había crecido.

Pero no tenía por qué serlo. Si lograba convencerla de que en algún momento podría usar sus poderes para ayudar a su gente, tal vez decidiera quedarse.

Llegaron al final de la universidad y Rothen giró a la derecha. Mientras cruzaban los jardines que había al otro lado del edificio sonó el gong, indicando el final de las clases. Rothen, sabiendo que detrás de aquel sonido vendría un alboroto de aprendices corriendo hacia sus habitaciones, había elegido una ruta más larga pero más tranquila para llegar al alojamiento de los sanadores.

Tenía ganas de hacer esa excursión. La sanación era la habilidad más noble que tenían los magos, y también la única magia que Sonea parecía valorar. Rothen sabía que las artes del guerrero probablemente no la impresionarían, por lo que la había llevado a verlas en primer lugar. Sin embargo, habían inquietado a Sonea más de lo que había esperado. Aunque el profesor había explicado las reglas y las protecciones que empleaban, ella se había acobardado tan pronto como los luchadores iniciaron su batalla fingida.

El experimento de Dannyl con la imprenta mental había servido para demostrarle un uso de la alquimia, pero no pasaba de ser un divertimento. Si quería causar

impresión en Sonea, tenía que mostrarle algo que fuera más útil para la ciudad. Aún no había decidido lo que debía ser.

Rothen volvió a mirar a Sonea cuando se acercaban al alojamiento circular de los sanadores. Aunque su expresión era cauta, sus ojos refulgían de interés. El mago se detuvo ante la entrada.

—Este es el segundo edificio que se construyó para los sanadores —dijo a Sonea—. El primero era bastante lujoso. Por desgracia, nuestros predecesores tuvieron algunos problemas con unos pacientes adinerados que dieron por hecho que podían pagar la residencia permanente. Cuando se construyeron la universidad y los demás edificios del Gremio, el viejo alojamiento de sanadores se derrumbó para sustituirlo por este.

Aunque su aspecto exterior era atractivo, el edificio de los sanadores no era tan impresionante como la universidad. Rothen cruzó las puertas abiertas, guiando a Sonea hasta un recibidor pequeño y sin decorar. El aire estaba embebido de un olor fresco y medicinal.

Dos sanadores, un hombre de mediana edad y una mujer más joven, levantaron la mirada cuando entraron Rothen y Sonea. El hombre dudó al ver a Sonea y dio media vuelta, pero la mujer les dedicó una sonrisa y se acercó a recibirlos.

—Saludos, lord Rothen —dijo.

—Saludos, lady Indria —respondió él—. Esta es Sonea.

Sonea inclinó la cabeza.

—Es un honor conocerte.

—También es un honor conocerte, Sonea —dijo Indria, imitando su gesto.

—Indria nos hará un recorrido por el alojamiento de los sanadores —explicó Rothen.

La sanadora sonrió a Sonea.

—Espero que encuentres interesantes mis explicaciones —dijo. Miró a Rothen—. ¿Empezamos?

Rothen asintió.

—Por aquí, entonces.

Los llevó hasta una puerta doble, la abrió con su voluntad e hizo entrar a Rothen y a Sonea a un pasillo amplio que describía una curva. Pasaron junto a varias puertas abiertas, y Sonea aprovechó la oportunidad para echar un vistazo a las habitaciones que había al otro lado.

—La planta baja del edificio se utiliza para tratar y alojar a los pacientes —dijo Indria—. No vamos a obligar a los enfermos a subir y bajar escaleras, ¿verdad? —Sonrió a Sonea, que consiguió levantar los hombros con expresión divertida como respuesta.

»El piso de arriba tiene aulas para las clases y habitaciones para los sanadores que

viven aquí. La mayoría de nosotros vivimos en este edificio, no en el alojamiento de los magos. Así podemos responder rápidamente a cualquier emergencia. —Señaló a su izquierda—. Las habitaciones de los pacientes son las que tienen una buena vista a los jardines o al bosque. Las interiores —añadió, señalando a la derecha— son las salas de tratamiento. Venid, os enseñaré una de ellas.

Siguieron a la sanadora por una de las puertas abiertas, y Rothen observó a Sonea mientras ella examinaba la habitación. Era una estancia pequeña, ocupada solo por una cama, un armario y varias sillas de madera.

—Aquí hacemos curas menores y tratamientos sencillos —explicó Indria a Sonea. Abrió un armario y le enseñó varias hileras de botellas y cajas—. Los medicamentos que podemos preparar con rapidez o mezclar con antelación los guardamos al alcance de la mano. Arriba tenemos otras habitaciones donde hacemos los preparados más complejos.

Salieron de la habitación y siguieron a Indria hasta un pasillo que nacía junto a la sala de tratamiento. La sanadora señaló la puerta del fondo.

—Las estancias de sanación están en el centro del edificio —dijo—. Voy a ver si esa está vacía.

Recorrió de prisa el pasillo y miró por un panel de cristal que había en la puerta. Se volvió hacia ellos y asintió.

—Está libre —les dijo—. Venid.

Ya en el otro lado del pasillo, Rothen sonrió cuando Indria le sostuvo la puerta. La habitación a la que daba era más grande que la primera que habían visto. En el centro había una cama estrecha, y las paredes estaban repletas de armarios.

—Aquí es donde llevamos a cabo la sanación superior y la cirugía —les dijo Indria—. Durante el tratamiento no se permite la entrada a nadie excepto a los sanadores... y al paciente, por supuesto.

Los ojos de Sonea vagaron por la habitación. Se acercó a un hueco que había en la pared del fondo. Indria la siguió.

—Las salas donde preparamos las medicinas están justo encima de nosotros —dijo la sanadora, señalando hacia arriba dentro de la hornacina. Sonea se inclinó y miró hacia la habitación de arriba—. Tenemos sanadores especializados en preparar medicamentos. Los preparados recién hechos bajan por estas tolvas según los necesitamos.

Satisfecha su curiosidad, Sonea volvió junto a Rothen. Indria fue hasta un armario. Lo abrió y sacó una de las botellas.

—Aquí en el Gremio tenemos la mayor concentración de sabiduría médica de todo el mundo —dijo, sin esconder su orgullo—. No solo curamos a la gente con nuestro poder de sanación. Si así fuera, no podríamos hacer frente a la demanda de nuestros servicios. —Se encogió de hombros—. Tampoco es que podamos hacerle

frente, de todos modos. Simplemente, no somos suficientes sanadores.

Sacó una pequeña gasa blanca de un cajón. Se volvió hacia Sonea, dudó y miró a Rothen con expresión interrogativa.

Comprendiendo lo que iba a hacer, Rothen movió la cabeza indicando que no. Indria se mordió el labio, miró a Sonea y luego a los objetos que llevaba en las manos.

—Bueno, nos saltaremos esta parte del recorrido.

Sonea miró la botella, con los ojos incandescentes de curiosidad.

—¿Qué parte?

Indria giró la botella para enseñarle su etiqueta a Sonea.

—Esto es una crema anestésica —informó—. Normalmente pongo un poco a los visitantes en la palma de la mano para demostrarles la potencia de nuestra medicina.

—¿Anestésica? —preguntó Sonea, sin entender.

—Te duerme la piel, de forma que no puedes notar nada. El efecto se pasa después de una hora.

Sonea enarcó las cejas, y a continuación levantó los hombros y extendió una mano.

—La probaré.

Rothen contuvo la respiración mientras miraba sorprendido a Sonea. Aquello era extraordinario. ¿Dónde estaba su desconfianza con los magos? Miró complacido cómo Indria destapaba la botella y vertía un poco de pasta en el tejido cuadrado.

Indria miró a Sonea con expresión seria y preocupada.

—Al principio no notarás nada. Al cabo de un minuto, notarás la piel como si fuera gruesa de verdad. ¿Estás segura de que quieres probarlo?

Sonea asintió. Indria frotó la pasta por la palma de la mano de Sonea mientras sonreía.

—Ten cuidado de que no te entre en los ojos. No te dejaría ciega pero, créeme, tener los párpados entumecidos es una sensación realmente peculiar.

Sonea sonrió y se miró la mano. Indria, después de devolver la botella a su estante, dejó caer la tela en un cubo que había dentro de un armario. Se frotó las manos.

—Ahora vamos arriba y echemos un vistazo a las aulas.

Los llevó de vuelta al pasillo principal. Se cruzaron con varios sanadores y con unos pocos aprendices mientras recorrían el edificio. Algunos observaron a Sonea con curiosidad. Otros, para consternación de Rothen, fruncieron el ceño en señal de rechazo.

—¡Indria!

La sanadora se giró, con la túnica verde revoloteando por el movimiento brusco.

—¿Darlen?

—Aquí dentro.

La voz venía de una de las salas de tratamiento más cercanas. Indria llegó a la puerta con rapidez.

—¿Sí?

—Échame una mano, ¿quieres?

Indria se volvió y dirigió una amplia sonrisa a Rothen.

—Voy a preguntar si al paciente no le importa tener público —dijo en voz baja.

Se metió en la habitación y Rothen oyó varias voces que hablaban casi en susurros. Sonea miró a Rothen con expresión indescifrable y luego apartó la mirada.

Indria apareció por el umbral y les indicó que se acercaran.

—Pasad.

Rothen asintió.

—Concédeme un momento.

Mientras la sanadora se retiraba, Rothen escrutó los rasgos de Sonea.

—No sé lo que vas a ver ahí dentro, pero no creo que Indria nos invitara si fuese a ser espantoso. Pero si te molesta ver sangre, probablemente no deberíamos pasar.

Sonea pareció encontrar aquello divertido.

—No habrá problema.

Levantando los hombros, Rothen le indicó la puerta. Pasaron y vieron que aquella sala tenía la misma disposición que la que habían visitado antes. En la cama había un chico de unos ocho años. Tenía la cara blanca y los ojos rojos por haber llorado. La voz que había pedido ayuda pertenecía a un joven vestido con túnica verde, lord Darlen, que estaba retirando con suavidad un vendaje empapado de sangre de la mano del chico. Había una pareja joven en dos sillas de madera, observando el procedimiento con ansiedad.

—Quedaos aquí, por favor —les ordenó Indria, con una voz que de pronto se había vuelto severa.

Rothen retrocedió hasta una esquina, seguido de Sonea. Darlen les echó un vistazo antes de volver a prestar atención al chico.

—¿Aún te duele?

El niño negó con la cabeza.

Rothen examinó a la pareja. Aunque parecían haberse vestido a toda prisa, sus ropajes eran ostentosos. El hombre llevaba una capa larga a la moda, con la capucha ribeteada de pieles.

Sonea hizo un débil sonido a su lado. Rothen volvió a mirar la cama y vio que ya habían quitado la venda de la mano al chico. Tenía dos cortes profundos de lado a lado de su palma, y manaba sangre de las heridas.

Darlen arremangó al niño y le agarró el brazo con fuerza. El flujo de sangre cesó. Miró a los padres.

—¿Cómo ha ocurrido?

El hombre se sonrojó y bajó la mirada hasta el suelo.

—El chico estaba jugando con mi espada. Se lo tenía prohibido, pero... —Negó con la cabeza, con tristeza en el semblante.

—Hum —dijo Darlen, girándole un poco la mano—. Debería curar bien, pero le quedarán cicatrices para lucirlas el resto de su vida.

La mujer emitió un ruidito ahogado y se deshizo en lágrimas. Su marido le pasó un brazo por los hombros y miró expectante al sanador.

Darlen giró la cabeza en dirección a Indria. Ella asintió y fue hacia los estantes. Sacó de un cajón más trozos de tejido blanco, un cuenco y una botella grande de agua. Volvió junto a la cama y lavó la mano suavemente. Cuando estuvo limpia, el sanador puso su mano sobre la palma del chico con mucho cuidado y cerró los ojos.

Se hizo el silencio. Aunque la madre se sorbía la nariz de vez en cuando, todos los sonidos se oían amortiguados. El chico empezó a inquietarse, pero Indria se inclinó y le puso una mano en el hombro.

—Quédate quieto. No lo desconcentres.

—Pero es que pica —protestó.

—Se acabará enseguida.

Rothen captó un movimiento a su lado y vio que Sonea se estaba frotando su propia palma. Darlen inspiró profundamente y abrió los ojos. Miró la mano y le pasó los dedos por encima. Donde antes había heridas profundas, ahora unas finas líneas rojas cruzaban la palma del niño. Darlen sonrió a su paciente.

—Ya tienes la mano curada. Quiero que te pongas vendas todos los días. No la uses por lo menos durante dos semanas. No querrás echar a perder todo el trabajo que acabo de hacer, ¿verdad?

El chico meneó la cabeza. Levantó la mano y recorrió las cicatrices con un dedo de la otra mano. Darlen le dio una palmada en el hombro.

—Cuando pasen las dos semanas, haz ejercicios suaves. —Miró a los padres—. No deberían quedar secuelas permanentes. Con el tiempo podrá hacer todo lo que hacía antes, incluso blandir la espada de su padre. —Se inclinó y dio un puñetazo amistoso en el pecho del chico—. Pero no hasta que haya crecido.

El chico sonrió, enseñando todos los dientes. Darlen le ayudó a bajar de la cama, sonriendo mientras el niño corría hacia sus padres y se dejaba envolver por sus brazos.

El padre miró a Darlen, con los ojos brillantes, y abrió la boca para hablar. El sanador levantó una mano para acallarlo, y se volvió para lanzar una mirada a Indria.

La mujer hizo un gesto a Rothen y a Sonea para que la siguieran. Salieron enseguida de la habitación. Mientras empezaban a pasear pasillo abajo, Rothen oyó al padre dando las gracias.

—Parece fácil, ¿verdad? —dijo Indria con una mueca—. En realidad es difícilísimo.

—La sanación es la disciplina más difícil de todas —aclaró Rothen—. Requiere un control más preciso, y muchos años de práctica.

—Razón por la que no atrae a algunos jóvenes —resopló Indria—. Son demasiado perezosos.

—Yo he tenido muchos aprendices que distaban mucho de ser perezosos —replicó Rothen, socarrón.

Indria sonrió.

—Pero tú eres un maestro estupendo, Rothen. ¿Cómo podrían no ser los discípulos más aplicados de la universidad?

Rothen rió.

—Tendría que visitar a los sanadores más a menudo. Sois lo más gratificante.

—Hum —respondió ella—. Por lo general nunca te vemos por aquí a no ser que sea para refunfuñar por alguna indigestión, o por quemarte con tus tontos experimentos.

—No digas eso —dijo Rothen, poniéndose un dedo en los labios—. Después voy a llevar a Sonea a ver las salas de alquimia.

Indria dirigió una mirada compasiva a Sonea.

—Buena suerte. Intenta no quedarte dormida.

Rothen irguió la espalda y señaló la escalera.

—Continúa con tu recorrido, muchacha insolente —ordenó a la sanadora—. Te graduaste hace un año y ya crees que puedes hablar con descaro a tus mayores.

—Sí, milord.

Con una amplia sonrisa, Indria hizo una reverencia burlona y echó a andar por el pasillo.

Sonea desplazó a un lado una de las mamparas de las ventanas de Rothen y miró por el cristal la nieve que se arremolinaba. Se frotó la palma de la mano, distraída. Aunque había recobrado la sensibilidad unas horas antes, el recuerdo del entumecimiento seguía presente.

Había esperado que Rothen le mostrara a los curanderos trabajando, y también que a ella le costara resistirse al deseo de poder hacerlo ella misma. Con toda su determinación para que nada la afectara, ver cómo curaban a un niño ante sus ojos había despertado en ella unos sentimientos que no deseaba. Ya era consciente de que podría hacer cosas como aquella, pero no había sido hasta ese momento cuando comprendió de cuánto podría ser capaz.

Esa había sido la intención de Rothen, por supuesto. Suspirando, dio unos golpecitos en el borde de la mampara. Como esperaba, el mago estaba intentando

tentarla para que se quedara, mostrándole las cosas maravillosas que podía hacer con su magia.

Pero no podía haber esperado impresionarla con la exhibición de guerreros donde la había llevado el día anterior. Ver cómo unos aprendices se lanzaban magia mutuamente no iba a convencerla de quedarse.

Tal vez solo pretendiera enseñarle que las peleas eran inofensivas. Regidas por normas estrictas, eran más parecidas a juegos que a combates de verdad.

Al pensar aquello, ya no le costaba comprender por qué los magos habían reaccionado de aquella manera cuando los había «atacado» en la plaza Norte. Estaban demasiado habituados a los «escudos interiores» y a contar «toques». Debía de haberles sobrecogido presenciar lo que podía hacer la magia a una persona indefensa.

Volvió a suspirar. Lo siguiente sería, probablemente, un recorrido por las salas de alquimia. Contra su voluntad, sintió una punzada de curiosidad. De todas las disciplinas, la alquimia era la que menos comprendía.

Frunció el ceño cuando alguien llamó a la puerta. Tania les había dado las buenas noches horas atrás, y Rothen había salido hacía poco. Le dio un vuelco el corazón al pasarle un nombre por la mente.

«Fergun.»

El mago quería una respuesta, y ella aún no se había decidido. Cruzó la habitación a regañadientes, deseando que el visitante fuera otra persona.

—¿Quién es?

—Fergun. Déjame pasar, Sonea.

Respiró profundamente antes de agarrar la manecilla. Al momento, la puerta se abrió hacia dentro. El mago de túnica roja se deslizó con gracia al interior de la sala y cerró la puerta tras de sí.

—¿Cómo puedes abrirla? —preguntó la joven, mirando el pomo enfadada—. Pensaba que estaba atrancada.

Fergun sonrió.

—Y lo estaba, pero se abre si tocan el pomo a la vez alguien de dentro y alguien de fuera.

—¿Se supone que ha de ser así?

Fergun asintió.

—Es una medida de precaución. Podría ser que Rothen no estuviera presente para abrir la puerta en caso de emergencia. De esta forma, puede hacerlo otra persona si, por ejemplo, empezaras un incendio.

Sonea hizo una mueca.

—Con un poco de suerte, eso nunca volverá a ser problema —dijo, señalando las sillas—. Siéntate, Fergun.

El mago se movió con elegancia hacia las sillas y tomó asiento. Tan pronto como

Sonea se sentó enfrente de él, se inclinó hacia delante con avidez.

—Bueno, ¿tus lecciones de Control van bien?

—Sí... creo.

—Hum, dime qué has hecho hoy.

Ella sonrió con pesar.

—He tenido que levantar una caja del suelo. Ha sido difícil.

Fergun inspiró bruscamente, con los ojos muy abiertos, y Sonea notó que le saltaba el corazón al verlo.

—Lo que te está enseñando no es un ejercicio de Control. Te está mostrando cómo usar tu magia. Si hace eso, es que ya debes de tener Control.

Sonea sintió una oleada de emoción y esperanza.

—Me ha dicho que estaba *probando* mi Control.

Fergun negó con la cabeza, con el rostro serio.

—Toda magia es una prueba de Control. No te estaría enseñando a levantar objetos si tu Control no estuviera suficientemente asentado. Estás preparada, Sonea.

Sonea se reclinó contra el respaldo y notó que una sonrisa le tiraba de las comisuras de la boca. «¡Por fin! —pensó—. ¡Puedo irme a casa!»

El pensamiento vino seguido de inmediato por una pizca de lástima. Cuando se marchara, tal vez nunca volvería a ver a Rothen...

—Bien, ¿te has convencido de que lo que te dije era cierto? ¿De que Rothen te ha estado ocultando información?

La joven miró a Fergun y asintió.

—Estoy segura de casi todo. El administrador Lorlen me explicó lo del bloqueo de poder.

Fergun pareció sorprenderse.

—Lorlen en persona. Bien.

—Me dijo que no sería desagradable, y que luego nunca notaría nada.

—En caso de que funcione bien. El Gremio no ha tenido que hacer un bloqueo desde hace muchos, muchos años —dijo poniendo una mueca—. La última vez que lo hicieron, lo fastidieron un poco... pero no deberías preocuparte por eso. Tú acepta mi ayuda y no tendrás que correr ese riesgo. —Sonrió—. ¿Vamos a trabajar juntos?

Sonea vaciló. Su mente estaba surcada de dudas.

Al ver su expresión, Fergun preguntó:

—¿Has decidido quedarte, entonces?

—No.

—¿Sigues sin decidirte?

—No estoy segura de tu plan —admitió—. O al menos, no de algunas partes.

—¿Qué partes?

Sonea respiró hondo.

—Si me convierto en aprendiz, tendré que prestar un juramento que sé que voy a violar.

Él arrugó la frente.

—¿Y qué?

—Que no... no me gusta hacer eso.

Los ojos del guerrero se estrecharon un poco.

—¿Te preocupa romper un juramento? —lamentó—. Yo estoy dispuesto a violar la ley del rey por ti, Sonea. Seguro que podremos hacer que parezca que has huido por tu cuenta, pero existe la posibilidad de que descubran mi participación. Yo me ofrezco a correr ese riesgo por tu bien. —Se inclinó hacia delante—. Tú debes decidir si el rey tiene derecho a arrebatarte tu poder. Si no lo tiene, ¿qué valor posee el juramento?

Sonea asintió lentamente. Fergun tenía razón. Farén estaría de acuerdo, y también Cery. Las Casas llevaban demasiado tiempo guardándose la magia para ellas... y luego usándola contra los pobres en la Purga. Los losdes no le reprocharían haber roto el Juramento de los Aprendices. Y la opinión que contaba era la de ellos, no la del rey ni la de los magos.

Si regresaba a las barriadas sin que le encadenaran los poderes y aprendía magia por sí misma, también podría enseñar a otros. Podría iniciar su propio Gremio secreto.

Pero supondría confiar en Farén para que volviera a ocultarla del Gremio. Supondría no poder regresar con su familia. Supondría que en algún momento tal vez utilizara sus poderes para ayudar y curar a la gente... lo cual podría hacer que todos los riesgos valieran la pena.

Miró al mago que tenía sentado delante. ¿Fergun estaría tan dispuesto a dejarla marchar si supiera lo que estaba pensando? Frunció el ceño. Si se convertía en su aprendiz, tendría que dejarle entrar en su mente para las lecciones. El mago podría descubrir sus planes y, al no gustarle las consecuencias que acarrearía ayudarla, cambiar de opinión.

Buena parte de la propuesta la obligaba a depender de él. Y ella no lo conocía, no había mirado en su mente.

Si tan solo pudiera marcharse, no, escapar, sin su ayuda...

Sintió una repentina emoción. Tal vez pudiera. Ya había logrado el Control. Rothen desconocía que ella lo sabía. En algún momento tendría que admitirlo y, cuando lo hiciera, se volvería cauteloso por si ella intentaba escapar. El momento perfecto para intentarlo era ya mismo.

¿Y si no se le presentaba la oportunidad? ¿Y si fallaba?

Entonces aceptaría la oferta de Fergun. De momento, sin embargo, tenía que darle largas. Mirando a Fergun, suspiró y meneó la cabeza.

—No lo sé. Aunque tu plan funcione, seguiría teniendo al Gremio detrás de mí.

—No podrían encontrarte —le aseguró el mago—. Yo te enseñaré a esconder tus poderes. No les llegará ninguna pista que pueda llevarles a ti, y pasado un tiempo se rendirán. Tú no eres la única que acabó agotada con la última cacería, Sonea. No seguirán buscando para siempre.

—Hay algunas cosas que no sabes —dijo ella—. Si vuelvo a las barriadas con magia, los ladrones querrán que trabaje para ellos. No quiero ser su marioneta.

Fergun sonrió.

—Tendrás magia, Sonea. No podrán obligarte a hacer nada que no quieras.

Ella apartó la mirada y negó con la cabeza.

—Tengo familia, Fergun. A lo mejor los ladrones no pueden hacerme daño, pero se lo pueden hacer a otros. Yo... —Se frotó la cara y luego le dedicó una mirada de disculpa—. Necesito más tiempo para pensar.

La sonrisa del hombre se desvaneció.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Unas semanas, tal vez? —probó Sonea, encogiéndose de hombros.

—No dispongo de tanto tiempo —dijo él, con la expresión ensombrecida—. Tú no dispones de tanto tiempo.

—¿Por qué no? —preguntó Sonea, preocupada.

El mago se incorporó bruscamente, sacó un objeto de su túnica y lo dejó caer en la mesa delante de ella.

Sonea aspiró aire de golpe al reconocer aquella daga. Había visto muchas veces cómo la afilaban con cuidado y cariño.

Recordaba un día, muchos años atrás, en que el tosco dibujo de un roedor familiar había sido grabado en el filo.

—Veo que la reconoces. —Ahora Fergun estaba de pie a su lado, con los ojos centelleantes—. Tengo al dueño de este cuchillo encerrado en un cuartucho oscuro que nadie de aquí conoce. —Sus labios se estiraron en una fea sonrisa—. Y es mejor que no lo conozcan, porque podría preocuparles saber lo grandes que se pueden hacer algunos de estos roedores. —Se puso en cuclillas y apoyó las manos en los brazos de la silla de Sonea.

Ella se encogió, horrorizada por su mirada malévola.

—Haz lo que yo te diga y liberaré a tu amigo. Cáusame algún problema y lo dejaré ahí para siempre. —Sus ojos se entrecerraron—. ¿Comprendido?

Aturdida e incapaz de hablar, Sonea no pudo más que asentir.

—Escúchame atentamente —dijo él—. Voy a decirte lo que has de hacer. En primer lugar, dirás a Rothen que has decidido quedarte. Cuando lo hagas, él anunciará que has alcanzado el Control, para poder meterte en el Gremio antes de que puedas volver a cambiar de opinión. Dentro de una semana habrá Reunión, y después se

celebrará una Vista para decidir quién va a ser tu tutor.

»En esa Vista vas a decir a todo el mundo que, durante la Purga, yo te vi antes que Rothen. Les dirás que te miré después de que la piedra brillara al atravesar la barrera y antes de golpear.

»Cuando les digas eso, los magos superiores no tendrán más remedio que concederme tu tutela. Entrarás en el Gremio, pero te aseguro que no será por mucho tiempo. Una vez hayas hecho un pequeño encargo para mí, volverás al lugar que te corresponde. Tú conseguirás lo que quieres, y yo también. No pierdes nada por ayudarme, pero... —Recogió la daga y pasó un dedo por el filo—. Perderás a ese amiguito tuyo si no lo haces.

El mago sostuvo la mirada de Sonea mientras volvía a deslizar la daga dentro de su túnica.

—Que Rothen no se entere de esto. Soy el único que sabe dónde está ese pequeño Ceryni, y si no puedo llevarle comida le va a entrar mucha, mucha hambre.

Se incorporó, llegó a la puerta moviéndose con habilidad y la abrió una rendija. Giró la cabeza e hizo una mueca de desprecio a Sonea. El corazón de la chica dio un tumbo al recordar de pronto dónde había visto antes al mago. Era el mago que había dejado inconsciente durante la Purga.

—Espero enterarme de que Rothen ha proclamado su éxito mañana mismo. Después te veré a ti. —Dicho esto, se deslizó por la puerta y la cerró tras él.

Sonea escuchó cómo se alejaban con rapidez sus pasos suaves, y luego se apretó las manos contra los ojos. «Magos.» Susurró una maldición. «Nunca, nunca jamás volveré a confiar en ellos.»

Entonces pensó en Rothen y se le disipó la rabia. Aunque la había engañado para que no supiera que había logrado el Control, estaba segura de que tenía buena intención. Probablemente lo había ralentizado todo para concederle tiempo y que pudiera decidir si realmente quería marcharse. Si era así, el mago no había hecho nada que no habría hecho ella misma, de estar en su lugar... y estaba segura de que la ayudaría si ella se lo pedía.

Pero no podía pedírselo. Una impotencia abrasadora la invadió. Si no hacía lo que le había dicho Fergun, Cery moriría.

Se hizo un ovillo en su asiento y se abrazó las piernas. «Oh, Cery —pensó—. ¿Dónde estás? ¿No te dije que fueras con cuidado de que no te cogieran?»

Suspiró. ¿Por qué hacía eso Fergun? Pensó en la primera vez que había visto su mueca de desdén y tembló.

«Venganza.» Simple y mezquina venganza por la humillación de que lo hubiera dejado inconsciente una losde rebelde. Debía de haberle enfurecido que, en lugar de castigarla, la hubieran invitado a unirse al Gremio. Pero ¿por qué molestarse si ella no tenía intención de quedarse allí?

Pensó en las palabras de Fergun: «Una vez hayas hecho un pequeño encargo para mí, volverás al lugar que te corresponde». Haberse unido al Gremio y luego ser expulsada... Y tanto que iba a asegurarse de que Sonea recibía su castigo por golpearlo.

Iba a asegurarse de que nunca fuera capaz de cambiar de idea y regresar al Gremio.

26. Empieza el engaño

En el aire que quedaba entre las dos palmas de manos (una grande y envejecida, la otra delgada y con callos) dos motas de luz de colores danzaban como insectos diminutos. Cada luz daba vueltas alrededor de la otra, se lanzaba en picado y trazaba círculos en un juego complejo. La luz azul se lanzó de repente contra la amarilla. La amarilla se transformó en un anillo luminoso y, cuando la azul lo atravesó a toda velocidad, Rothen soltó una carcajada.

—¡Ya basta! —exclamó.

Las sombras dejaron de bailar a su alrededor cuando las dos motas se apagaron. Rothen miró la habitación oscura y se sorprendió de lo tarde que se había hecho. Ejerciendo su voluntad, creó un globo de luz e hizo que las mamparas se deslizasen hasta cubrir las ventanas.

—Aprendes rápido —dijo a Sonea—. Tu Control sobre tu poder está creciendo.

—Dominé el Control hace días —replicó ella—. No me lo has dicho.

Sorprendido, Rothen se volvió para observarla. Sonea le sostuvo la mirada con decisión. En su voz no había habido ningún rastro de duda. Lo había averiguado por sí misma de algún modo.

Se reclinó y consideró la situación. Si lo negaba, lo único que conseguiría sería que la joven se resintiera más al saber la verdad. Sería mejor explicarle sus razones para retrasar el momento.

Lo cual significaba que se había quedado sin tiempo. No tenía motivos para mantenerla allí ni un minuto más. En un día o dos se habría ido. Podía pedir a Lorlen que pospusiera el bloqueo, pero sabía, mirándola en aquel instante, que no podría hacerla cambiar de opinión en esos pocos días de más.

Asintió.

—Hace algunas sesiones, pensé que habías llegado a un punto en el que normalmente consideraría que el Control de un aprendiz era suficiente. En tu caso, me pareció que era especialmente importante probar tu Control sobre tu poder, ya que no vamos a estar cerca para ayudarte si falla algo. —En lugar de alivio, solo vio preocupación en la mirada de Sonea—. No es que piense que vaya a fallar nada —le aseguró—. Tu Control es...

—Voy a quedarme —dijo ella.

Rothen la miró fijamente un momento, demasiado impresionado para hablar.

—¿Vas a *quedarte*? —exclamó—. ¿Has cambiado de opinión?

Sonea asintió. Rothen se puso en pie de un salto.

—¡Eso es maravilloso!

Sonea lo miraba con los ojos muy abiertos. Rothen quería ponerla de pie y darle

un abrazo, pero sabía que solo conseguiría asustarla. Se conformó con dar unas zancadas hasta la vitrina que había al fondo de la habitación.

—¡Esto hay que celebrarlo! —dijo. Sacó una botella de vino de pachi y unas copas, y volvió con todo ello a las sillas.

Sonea miró, quieta y callada, cómo el mago sacaba el tapón de la botella y servía un poco de licor amarillo en las copas.

A Sonea le tembló la mano al coger la copa. Rothen se calmó, comprendiendo que debía de sentirse abrumada... y también un poco temerosa.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —preguntó mientras se sentaba. Ella se mordió suavemente el labio y luego miró hacia un lado.

—Quiero salvar la vida a alguien.

—¡Ah! —Rothen sonrió—. Entonces lo que más te ha impresionado han sido los sanadores.

—Sí —admitió Sonea. Tomó un sorbo y se le iluminó la cara de gozo—. ¡Vino de pachi!

—¿Ya lo habías probado?

—Un ladrón me regaló una botella una vez —contestó con una sonrisa.

—No me has contado mucho de los ladrones. No quería preguntarte por si pensabas que estaba intentando sonsacarte información.

—Tampoco averigüé demasiado sobre ellos —dijo Sonea, encogiéndose de hombros—. La mayor parte del tiempo me lo pasaba sola.

—Doy por hecho que querían que hicieras magia a cambio de su ayuda.

Sonea asintió.

—Pero al final nunca le di al ladrón lo que quería. —Apareció una arruga entre sus cejas—. Me pregunto si... ¿Pensará que he roto nuestro acuerdo por quedarme aquí?

—Él no logró ayudarte —señaló Rothen—. ¿Cómo va a esperar que tú cumplas tu parte del trato?

—Se esforzó mucho, y también se valió de muchos favores que le debían para esconderme.

Rothen meneó la cabeza.

—No te preocupes. Los ladrones no te molestarán. Fueron ellos quienes nos dijeron dónde encontrarte.

Aquello sorprendió a Sonea.

—¿Me traicionaron? —susurró.

La expresión de Rothen se ensombreció, perturbada por la furia que veía en los ojos de la joven.

—Eso me temo. No creo que quisieran hacerlo, pero estaba claro que tus poderes se estaban haciendo peligrosos.

Ella miró su copa y meditó un tiempo en silencio.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó de repente.

Rothen titubeó, al caer en que tendría que explicarle las solicitudes de tutela que pesaban sobre ella. La mera idea de que la pusieran bajo el cuidado de un mago que no conocía y en quien no confiaba podía bastar para que cambiase otra vez de opinión, pero debía advertirla de esa posibilidad.

—Hay algunas cuestiones que deben resolverse antes de que te tomemos juramento como aprendiz —le dijo—. Necesitas adquirir destreza en la lectura y la escritura, y hay que enseñarte a hacer cálculos básicos. También debes comprender las leyes y costumbres del Gremio. Antes que todo eso, debe tomarse una decisión sobre tu tutela.

—¿Tutela? —Sonea apoyó la espalda en la silla—. Dijiste que solo tenían tutores los aprendices muy dotados.

Rothen asintió.

—Yo supe desde el principio que necesitarías el apoyo de un tutor. Al ser la única aprendiz que no proviene de las Casas, puede que en ocasiones te encuentres en situaciones difíciles. Tener un mago dispuesto a ser tu tutor podría ayudarte a contrarrestar ese efecto, por lo que presenté una reclamación sobre ti.

»Pero no soy el único mago que aspira a ese honor. Hay otro, un mago más joven llamado Fergun. Cuando dos magos reclaman la tutela de un aprendiz, el Gremio debe celebrar una Vista para decidir qué reclamación se concede. Las reglas del Gremio establecen que en caso de que más de un mago solicite tutelar a un aprendiz, se concede el honor al que primero haya identificado el potencial mágico en ese aprendiz, por lo que normalmente se trata de una decisión fácil. —Hizo una mueca—. Pero esta vez no es así.

»No descubrimos tu magia mediante las pruebas normales. Algunos magos opinan que al ser yo el primero en verte, fui también quien antes reconoció tus poderes. Otros sostienen que Fergun, al ser golpeado por la piedra que lanzaste, fue el primero, ya que experimentó el efecto de tus poderes. —Rothen rió entre dientes—. Parece ser que el Gremio lleva meses discutiendo el tema. —Se detuvo para tomar otro sorbo de vino.

»La Vista se celebrará después de la próxima Reunión, que tendrá lugar dentro de una semana. Después de eso, continuarás tu aprendizaje conmigo o con Fergun.

Sonea arrugó la frente.

—Entonces ¿no dejáis que el aprendiz elija a su tutor?

—No —dijo Rothen, moviendo la cabeza.

—Pues será mejor que conozca a ese tal Fergun —dijo lentamente—. Debería saber cómo es.

Rothen la observó con atención, extrañado por que aceptara la situación con tanta

calma. Se dijo que debería estar satisfecho, pero no pudo evitar cierta decepción. Habría sido más gratificante que Sonea renegara ante la idea de verse apartada de su orientación y su compañía.

—Puedo ocuparme de que os reunáis, si lo deseas —respondió—. Él querrá conocerte. Igual que otros magos. Pero antes debería enseñarte algunas de las reglas y costumbres del Gremio.

Ella levantó la mirada, con el interés brillando en sus ojos. Rothen sonrió, reconfortado al ver que regresaba su curiosidad.

—Para empezar, está la costumbre de inclinarse.

La expresión de Sonea pasó de la alegría a la consternación. Rothen soltó una risita de comprensión.

—Sí. Inclinarse. Se supone que todo aquel que no sea mago, salvo la realeza, por supuesto, se inclina ante los magos.

—¿Por qué? —replicó Sonea, haciendo una mueca de disgusto.

—En señal de respeto. —Rothen levantó los hombros—. Por muy tonto que pueda parecer, algunos de nosotros se ofenden bastante si la gente no se inclina ante ellos.

Sonea entrecerró los ojos.

—¿Tú te ofendes?

—En general, no —contestó el mago—. Pero hay veces en que saltarse la inclinación tiene claras intenciones ofensivas.

Ella lo examinó cuidadosamente.

—¿Esperas que me incline ante ti de ahora en adelante?

—Sí y no. No lo espero en privado, pero deberías inclinarte cuando estemos fuera de estas habitaciones, aunque sea solo para hacerte a la costumbre. También deberías usar el tratamiento honorífico. A los magos se les habla de usted y se utiliza «lord» o «lady», excepto en el caso de los directores, administradores y el Gran Lord, a los que se llama por su cargo. Además, al Gran Lord hay que tratarlo de «vos».

Rothen sonrió al ver la expresión de Sonea.

—No esperaba que te pareciera bien. Puede que hayas crecido en la clase social más baja, pero tienes el orgullo de un rey. —Se inclinó hacia delante para añadir—: Un día, todos se inclinarán ante ti, Sonea. Eso te resultará aún más difícil de aceptar. La joven frunció el ceño, cogió su copa y se la bebió entera.

—Además —siguió diciendo Rothen—, también hay que explicarte las reglas del Gremio. Toma. —Le sirvió otra copa de vino—. Vamos a ver si estas te sientan un poco mejor.

Rothen se marchó inmediatamente después de cenar, sin duda con el objetivo de difundir la noticia. Mientras Tania empezaba a recoger la mesa, Sonea fue hacia una

ventana. Se detuvo para contemplar la mampara que la cubría y se dio cuenta por primera vez de que el complejo diseño que tenía estampado estaba compuesto de diminutos símbolos del Gremio.

Su tía había tenido un par de mamparas viejas y con manchas de moho. No encajaban con la ventana de su habitación en la casa de queda, pero Jonna las había apoyado contra el cristal de todos modos. Cuando los rayos del sol atravesaban el papel, era fácil no prestar atención a sus defectos.

En lugar de sentir el habitual retortijón de morriña por aquel recuerdo, notó una vaga nostalgia. Paseó la mirada por el lujoso trabajo de carpintería, por los libros y por los lustrosos muebles, y suspiró.

Echaría de menos las comodidades y la comida, pero a eso ya se había resignado. Dejar a Rothen no iba a ser tan sencillo, sin embargo. Le gustaba la compañía del mago: sus conversaciones, las clases y hablar de mente a mente.

«Me iba a ir de todas formas —se recordó por centésima vez—. Lo que pasa es que no había pensado en todo lo que he conseguido aquí.»

Saber que la obligarían a marcharse del Gremio le había hecho comprender lo que perdía. Fingir que quería quedarse iba a resultarle incluso demasiado fácil.

«Menos mal que eso no lo sabe Fergun —rumió—. Su venganza sería mucho más dulce.»

Fergun estaba arriesgándose mucho para vengarse de ella por haberlo humillado. Debía de estar muy furioso... o muy seguro de que podía salirse con la suya. En cualquier caso, el guerrero estaba dispuesto a invertir buenas dosis de esfuerzo para que la excluyeran del Gremio.

—¿Milady?

Sonea se volvió para encontrar a Tania detrás de ella. La sirvienta sonrió.

—Solo quería decirle que me alegro de que se quede —dijo—. Sería una lástima que se hubiera marchado.

Sonea notó que se acaloraba.

—Gracias, Tania.

La mujer juntó las manos.

—Da la impresión de que no lo tiene usted nada claro. Está haciendo lo que debe. El Gremio nunca admite a la gente pobre.

Les será positivo verla a usted haciendo todo lo que hacen ellos, y además igual de bien. Sonea notó una astilla helada recorriéndole la espalda. ¡Aquello no trataba solo de venganza!

El Gremio no tenía por qué invitarla a unirse a ellos. Podrían haberle bloqueado el poder y mandarla otra vez a las barriadas. Pero no lo habían hecho. Por primera vez en muchos siglos, los magos se habían planteado entrenar a alguien que no perteneciera a ninguna Casa.

Las palabras de Fergun resonaron en su mente: «Una vez hayas hecho un pequeño encargo para mí, volverás al lugar que te corresponde.» ¿Al lugar que le correspondía!

Había notado el desprecio en la voz del mago, pero no había comprendido el significado. Fergun no solo quería asegurarse de que ella no entraba en el Gremio. Quería asegurarse de que nunca jamás se concedería la oportunidad a ningún losde. Fuera cual fuese el «encargo» que Fergun tenía en mente para ella, demostraría que los losdes no eran dignos de confianza. El Gremio nunca volvería a plantearse invitar a un losde a entrar en sus filas.

Se agarró al alféizar, con el corazón latiendo de rabia. «¡Me están abriendo sus puertas, a mí, a una losde, pero yo voy a abandonar como si eso no significara nada!»

La acechó un familiar sentimiento de impotencia. No podía quedarse. La vida de Cery dependía de que se marchara.

—¿Milady?

Sonea parpadeó y miró a Tania. La sirvienta le apoyó ligeramente una mano en el brazo.

—Lo hará usted bien —le aseguró Tania—. Rothen dice que es muy fuerte, y que aprende rápido.

—¿Eso dice?

—Ya lo creo. —Tania se giró y recogió su cesta cargada de platos—. Bueno, por la mañana nos veremos. No se preocupe. Todo irá bien.

Sonea sonrió.

—Gracias, Tania.

La sirvienta le devolvió una amplia sonrisa.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Tania salió por la puerta, dejando sola a Sonea. Dejó escapar un suspiro y miró por la ventana. Fuera volvía a nevar y los copos blancos bailaban en la noche. «¿Dónde estás, Cery?»

Recordó la daga que le había enseñado Fergun y frunció el ceño. Era posible que se la hubiera encontrado, que no tuviera encerrado a su amigo...

Se apartó de la ventana y se dejó caer en una silla. Tenía tanto en qué pensar: Cery, Fergun, la Vista, la tutela. Aun con el aplomo que le había transmitido Tania, no iba a dormir demasiado en las semanas que estaban por venir.

Todos los tres días, Dannyl cenaba con Yaldin y su esposa. Ezrille había iniciado la costumbre años atrás, cuando, preocupada porque Dannyl no había encontrado esposa, empezó a inquietarse por que se volviera un solitario si tenía que acabar todos los días sin más compañía que la suya propia.

Mientras cedía su plato vacío al sirviente de Yaldin, Dannyl dio un pequeño suspiro de satisfacción. Dudaba mucho que se sumiera alguna vez en la melancolía que temía Ezrille, pero sin duda era mucho mejor cenar acompañado que solo.

—He oído rumores sobre ti, Dannyl —dijo Yaldin.

Dannyl puso cara larga y su satisfacción se evaporó. ¿Fergun ya había vuelto a hacer de las suyas?

—Vaya, ¿qué rumores?

—Que el administrador se ha quedado tan impresionado por tu negociación con los ladrones que está pensando en ti para un puesto de embajador.

Dannyl irguió la espalda y miró fijamente al viejo mago.

—¿En serio?

Yaldin asintió.

—¿Qué opinas? ¿Te atrae viajar?

—Yo... —Dannyl meneó la cabeza—. No lo había pensado nunca. ¿Yo? ¿Embajador?

—Sí. —Yaldin rió—. Ya no eres tan joven ni estúpido como fuiste una vez.

—Muchas gracias —replicó Dannyl en tono seco.

—Podría verte bien —dijo Ezrille. Sonrió y lo señaló con un dedo—. Incluso podrías volver con esposa.

Dannyl le dirigió una mirada venenosa.

—No empieces otra vez con eso, Ezrille.

La maga se encogió de hombros.

—Bueno, es que como está tan claro que en Kyrulia no hay ninguna mujer bastante buena para...

—Ezrille —dijo Dannyl con severidad—. La última joven que conocí me clavó un cuchillo. Ya sabes que estoy maldito en lo que se refiere a mujeres.

—Tonterías. Intentabas atraparla, no tener un romance con ella. ¿Cómo le va a Sonea, por cierto?

—Rothen dice que está progresando bien con las clases, aunque sigue decidida a marcharse. Ahora charla bastante con Tania.

—Me imagino que se sentirá más a gusto con los sirvientes que con nosotros —aventuró Yaldin—. No tienen una posición tan superior a ella como la nuestra.

Dannyl hizo una mueca. Hubo un tiempo en que no habría puesto pegamento a aquel comentario —es más, habría estado de acuerdo—, pero después de conversar con Sonea, le parecía injusto, hasta insultante.

—A Rothen no le gustaría oírte decir eso.

—No —se mostró de acuerdo Yaldin—, pero Rothen tiene una opinión que nadie comparte. El resto del Gremio opina que la clase social y la posición son muy importantes.

—¿Y ahora qué están diciendo?

Yaldin levantó los hombros.

—Ya no son solo apuestas amistosas sobre la reclamación de tutela. Mucha gente cuestiona la sensatez de permitir que se una al Gremio alguien con un pasado tan dudoso.

—¿Otra vez? ¿Qué dudas plantean ahora?

—¿Hará honor al juramento? —dijo Yaldin—. ¿Será una mala influencia para los demás aprendices? —Se inclinó hacia delante—. Tú la conoces. ¿Qué piensas de ella?

Dannyl se encogió de hombros y se limpió el azúcar de los dedos con una servilleta.

—Yo soy el último a quien deberías preguntar. Me apuñaló, ¿te acuerdas?

—No dejarás que lo olvidemos nunca —observó Ezrille—. Venga, seguro que sabes más que eso.

—Habla con brusquedad, pero no con tanta como me esperaba. No tiene las maneras a las que estamos acostumbrados. Nada de inclinarse, nada de «milord».

—Eso se lo enseñará Rothen cuando esté preparada —dijo Ezrille.

Yaldin resopló con suavidad.

—Mejor que se asegure de que guarde las formas antes de la Vista.

—Estáis olvidando los dos que la chica no quiere quedarse. ¿Para qué molestarse en enseñarle protocolo?

—Tal vez sería mejor para todo el mundo si se fuera, sí.

Ezrille lanzó una mirada de reproche a su marido.

—Yaldin —le regañó—. ¿Serías capaz de mandar a esa chica a la pobreza después de que haya conocido la abundancia que tenemos aquí? Sería una crueldad.

El anciano levantó los hombros.

—Por supuesto que no, pero ella quiere marcharse y todo será más sencillo si lo hace. Para empezar, no se celebrará la Vista, y además se olvidará todo ese asunto de admitir a gente de fuera de las Casas.

—Todos gastan saliva, discutiendo sobre ese tema —dijo Dannyl—. Sabemos bien que el rey la quiere aquí, bajo nuestro control.

—Pues no se pondrá muy contento si ella sigue firme en su intención de irse.

—No —aceptó Dannyl—. Pero no puede obligarla a prestar el juramento contra su voluntad.

Yaldin frunció el ceño, y luego miró la puerta al oír a alguien llamando. Movi6 una mano con indolencia y la puerta giró sobre sus goznes.

Entró Rothen, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Se queda!

—Bueno, todo resuelto —dijo Ezrille.

Yaldin asintió.

—No todo, Ezrille. Aún tenemos que preocuparnos de la Vista.

—¿La Vista? —Rothen descartó el tema con un gesto—. Dejémoslo para otro momento. Ahora mismo, solo quiero celebrarlo.

27. En algún lugar bajo la universidad

Acurrucada en una silla, Sonea bostezó y repasó el día que había tenido.

Por la mañana la había visitado el administrador Lorlen para preguntarle por su decisión y para explicarle, otra vez, los detalles sobre la tutela y la Vista. Sonea se había sentido culpable cuando el administrador le había expresado una satisfacción genuina por que fuera a quedarse, y durante el día había tenido que acostumbrarse a ese remordimiento.

Había tenido más visitas: primero Dannyl, luego la adusta e intimidante líder de sanadores y una pareja de ancianos que eran amigos de Rothen. Cada vez que alguien llamaba a la puerta, Sonea se ponía en alerta, esperando a Fergun, pero el guerrero no había aparecido.

Supuso que no vendría hasta que estuviera sola, y casi se alegró cuando, después de cenar, Rothen se marchó diciendo que volvería tarde y que no lo esperara despierta.

—Yo me quedo y charlamos, si quiere —se ofreció Tania.

Sonea le dedicó una sonrisa de gratitud.

—Gracias, Tania, pero creo que esta noche me gustaría estar sola.

La sirvienta asintió.

—Comprendo. —Se volvió hacia la mesa pero alguien llamó a la puerta—. ¿Quiere que mire quién es, milady?

Sonea asintió. Respiró hondo y observó cómo la sirvienta abría una rendija en la puerta.

—¿Esta aquí lady Sonea?

Al oír aquella voz, a Sonea se le revolvió el estómago de temor.

—Sí, lord Fergun —respondió Tania. Miró a Sonea con preocupación—. Le preguntaré si desea recibirlo.

—Deja que pase, Tania. —Su corazón había empezado a desbocarse, pero Sonea consiguió que le saliera la voz calmada.

La sirvienta se apartó de la puerta para dejar que entrara el mago de túnica roja. Inclínó su cabeza en dirección a Sonea y se llevó una mano al pecho.

—Me llamo Fergun. Supongo que lord Rothen le habrá hablado de mí.

Los ojos de Fergun se desviaron un instante hacia Tania y luego volvieron a clavarse en ella. Sonea asintió.

—Sí —dijo—, me ha hablado. ¿Quiere usted sentarse?

—Gracias —respondió él, ocupando una silla con movimientos elegantes.

Haz que se vaya la mujer.

Sonea tragó saliva y miró a Tania.

—¿Tienes que hacer alguna cosa más, Tania?

La sirvienta echó un vistazo a la mesa y a continuación negó con la cabeza.

—No, milady. Volveré más tarde a por los platos.

Se inclinó y salió de la habitación.

Cuando se cerró la puerta tras ella, la expresión amistosa de Fergun se evaporó.

—Rothen no ha anunciado que estabas lista hasta esta misma mañana. Te ha costado decírselo.

—Tenía que esperar al momento oportuno —replicó ella—, o habría quedado raro.

Fergun la miró fijamente, y luego descartó el asunto con un gesto.

—Ya está hecho. Bien, ahora, solo para estar seguro de que comprendes mis instrucciones, quiero que me las repitas.

Él fue asintiendo mientras Sonea recitaba todo lo que él le había dicho que hiciera.

—Bien. ¿Tienes alguna pregunta?

—Sí —dijo Sonea—. ¿Cómo sé que tienes a Cery de verdad? Solamente me has enseñado una daga.

Él sonrió.

—Tendrás que confiar en mí.

—¿Confiar en ti? —dijo, soltando un gran bufido y obligándose a mirar a los ojos al mago—. Quiero verlo. Si no, tal vez tenga que preguntar al administrador si el Gremio considera el chantaje como un crimen.

El labio superior de Fergun se curvó en una mueca despectiva.

—No estás en posición de hacer amenazas como esa.

—¿Ah, no? —Se puso de pie, caminó lentamente hasta la mesa alta y se sirvió un vaso de agua. Le temblaron las manos, y se alegró de estar dando la espalda a Fergun—. Los chantajes como este no tienen secretos para mí. Vivía con los ladrones, ¿te acuerdas? Tienes que dejar claro que puedes cumplir tu amenaza. Lo único que he visto es una daga. ¿Por qué voy a creer que tienes a su propietario?

Se volvió para mirarlo y le satisfizo ver que Fergun no le mantenía la mirada. El mago apretó los puños y luego asintió lentamente.

—Muy bien —dijo, poniéndose en pie—. Te llevaré a verlo.

Sonea se emocionó por aquel triunfo, pero se le pasó enseguida. No habría aceptado si no tuviera encerrado a Cery de verdad. También sabía que, cuando se negociaba la vida de alguien a cambio de algo, lo más difícil era evitar que el secuestrador matara a su prisionero tan pronto como conseguía lo que buscaba.

Fergun abrió la puerta y esperó a que ella pasara. Cuando Sonea salió al pasillo, dos magos se detuvieron y la miraron alarmados, y luego se tranquilizaron al ver que salía Fergun detrás de ella.

—¿Rothen le ha hablado de los edificios del Gremio, milady? —preguntó Fergun en tono animado, mientras iban hacia la escalera.

—Sí —respondió ella.

—Los construyeron hace unos cuatrocientos años —dijo él, sin hacerle caso—. El Gremio se había hecho demasiado grande...

«¡Por fin se acaba la semana!», pensó Dannyl exultante mientras salía del aula. Algunos aprendices no habían considerado la posibilidad de que Sonea pudiera entrar en el Gremio hasta aquel día. En toda la mañana no habían hablado de otra cosa, y él se había visto obligado a separar a dos de ellos, que estaban distraendo demasiado a los demás.

Suspirando, se puso los libros, el papel y el recado de escribir bajo el brazo y recorrió el pasillo de la universidad. Llegó a la escalera y se quedó helado, sin poder creerse lo que veía en el recibidor que tenía debajo.

Fergun y Sonea acababan de entrar en la universidad. El guerrero miró a un lado y al otro, y luego comprobó la escalera del otro lado. Dannyl dio un paso atrás para no quedar a la vista y escuchó los pasos de la pareja por debajo de él, que fueron menguando al entrar en el pasillo de la planta baja.

Dannyl bajó la escalera procurando que sus pasos fueran sigilosos al máximo. Cruzó el vestíbulo hasta la entrada del pasillo inferior y asomó un ojo por la esquina. Fergun y Sonea estaban a varios pasos de distancia, caminando con rapidez. Los vio girar por un pasadizo lateral.

Con el corazón latiendo ya más rápido, Dannyl tomó el pasillo. Anduvo más despacio al acercarse al pasadizo lateral, cayendo en la cuenta de que era el mismo por donde había visto meterse con prisas a Fergun unos días atrás. Arriesgó una mirada rápida.

El pasadizo estaba vacío. Empezó a recorrerlo, escuchando con atención. El débil sonido de la voz de Fergun lo llevó a una puerta que daba a los pasadizos interiores de la universidad. Dannyl la cruzó y persiguió la voz por algunos pasadizos más hasta que, de repente, la voz cesó.

El silencio le puso la piel de gallina. ¿Se habría dado cuenta Fergun de que alguien iba tras él? ¿Estaría esperando a que su perseguidor lo alcanzara?

Llegó a un recodo del pasillo y murmuró una maldición. Sin la voz de Fergun para guiarse, no podía saber si estaba a punto de toparse con el mago. Echó un vistazo cauteloso por la esquina y suspiró de alivio. Estaba vacío.

Empezó a avanzar, pero aflojó el paso al ver que aquello era un callejón sin salida. No lo era realmente, ya que en la universidad no había pasillos que no llevaran a ninguna parte. Una de las puertas daría a algún pasillo lateral que desembocaría en el corredor principal. Pero si Fergun hubiera ido por ahí, Dannyl habría oído la puerta cerrándose. Fergun no se había estado preocupando por el sigilo.

Pero tal vez habría empezado a preocuparse si se hubiera dado cuenta de que lo seguían.

Dannyl agarró la manecilla de la puerta que llevaba al pasadizo lateral y la giró. Las bisagras emitieron un chirrido espectacular al abrirse la puerta, como si quisieran confirmar a Dannyl que habría oído a Fergun abrirla. El mago pasó al otro lado y encontró el pasadizo lateral vacío.

Siguió explorando y vio que el corredor principal también estaba desierto. Perplejo, Dannyl volvió sobre sus pasos y probó otras puertas, pero no halló signo alguno de Sonea ni de Fergun.

Recorrió la universidad hacia el exterior con aire de preocupación y la cabeza rebotante de dudas. ¿Por qué había sacado Fergun a Sonea de los aposentos de Rothen? ¿Por qué la había llevado a los desiertos pasillos interiores de la universidad? ¿Cómo era posible que hubieran desaparecido?

Rothen.

Dannyl.

¿Dónde estás?

En el Salón de Noche.

Dannyl torció el gesto. Así que Fergun había esperado a que se marchara Rothen antes de ir a hablar a Sonea. Típico.

Quédate ahí. Voy a verte.

Arropándose los hombros con la manta, Cery escuchó el castañeteo de sus dientes. La temperatura de la habitación había descendido lentamente durante los últimos días y ahora hacía frío suficiente para congelar la humedad de las paredes. Allá arriba el viento estaba ensañándose con la ciudad.

El mago había empezado a traerle una vela con cada comida, pero solo le duraba unas pocas horas. Cuando volvía la oscuridad, Cery se echaba a dormir o paseaba por la habitación para calentarse, contando los pasos para no dar contra las paredes. Abrazaba la botella de agua contra el pecho para evitar que se congelara.

Le llamó la atención un sonido suave y dejó de andar, seguro de que había oído otros pasos además de los suyos. No había más que silencio. Suspirando, volvió a su paseo.

Ensayaba mentalmente innumerables conversaciones con el mago que lo había capturado. Tras su infructuoso intento de matar a Fergun, Cery había pasado muchas horas reflexionando sobre su situación. Escapar de la celda era imposible, y Cery no era rival para su captor. Su destino estaba, por completo, en manos del mago.

Sabía que su única posibilidad de escapar consistía en tragar bilis y ganarse la buena voluntad de Fergun. Parecía una tarea imposible, ya que el mago nunca se mostraba muy hablador y era evidente que despreciaba a Cery. «He de intentarlo por

el bien de Sonea», pensó.

Sonea. Cery negó con la cabeza, suspirando. Era posible que la hubieran obligado a decirle que necesitaba al Gremio para aprender a controlar sus poderes, pero Cery no pensaba que fuera el caso. No había estado tensa ni asustada, solo resignada. Ya había visto la forma en que sus poderes respondían a sus emociones, y lo peligrosos que se habían vuelto. No costaba creer que su magia habría terminado matándola.

Lo cual significaba que llevar a Sonea con los ladrones había sido la peor decisión que podía haber tomado. La había puesto en una situación que la obligaba a utilizar cada día la magia, estimulando el crecimiento de sus poderes, quizá provocando que perdiera mucho antes su control sobre ellos.

En algún momento habría llegado a aquel punto, sin importar lo que hubiera hecho Cery. Tarde o temprano, el Gremio la habría encontrado... o habría muerto.

Haciendo muecas en la oscuridad, Cery recordó la carta que habían enviado los magos, en la que afirmaban que no pretendían lastimar a Sonea y le ofrecían un puesto en sus filas. Sonea no se la había creído. Farén tampoco.

Pero un viejo conocido de Cery trabajaba como sirviente en el Gremio. Aquel hombre podría haberle confirmado la verdad, y Cery no le había preguntado.

«No quería saberlo. Quería que estuviéramos juntos. Sonea y yo, trabajando para los ladrones... o simplemente juntos...»

Sonea no estaba destinada a los ladrones, ni a él. Tenía magia. Le gustara a ella o no, debía estar junto a los magos.

Cery sintió una punzada de celos, pero la ignoró. En aquella oscuridad, había empezado a cuestionarse su odio por el Gremio. Tenía que aceptar que si los magos se habían tomado tantas molestias para salvarla —a ella y a mucha gente de las barriadas— de sus poderes, no podían ser tan indiferentes como pensaban los losdes.

Además, ¿qué mejor futuro podía imaginar para Sonea? Tendría riquezas, conocimiento y poder. ¿Cómo podía negarle todo eso?

No podía. No tenía nada que ofrecerle. Comprenderlo le dolió como un cardenal en el pecho después de recibir un buen golpe. Aunque el corazón de Cery había volado en el momento en que ella reapareció en su vida, Sonea nunca había expresado nada más que un cariño amistoso.

Oyó un tenue sonido y se detuvo. Escuchó en la lejanía unas débiles pero crecientes pisadas de zapatos contra la piedra. Los pasos se acercaron y Cery se echó hacia atrás para dejar que entrara el mago. A juzgar por el ritmo, Fergun llevaba prisa.

Los pasos no se detuvieron ante la puerta, sino que continuaron.

Cery se adelantó. ¿Era su captor, que simplemente había pasado por delante hacia otro destino? ¿*O era otra persona?* Corrió hasta la puerta y levantó un puño para empezar a aporrearla, pero se quedó plantado sin hacer nada, asolado por la duda. Si tenía razón, si Fergun estaba utilizándolo para chantajear a Sonea, ¿la pondría en

peligro si escapaba y daba al traste con los planes del mago?

Si Fergun había contado demasiado a Sonea, podría matarla para ocultar su crimen. Cery había oído muchas historias de secuestro y chantaje que habían acabado mal, y tembló al recordar algunos de esos finales desagradables.

Los pasos ya no se oían. Cery apoyó la cabeza en la puerta y lanzó una maldición. Era demasiado tarde. El desconocido se había ido.

Suspirando, decidió seguir intentando hacerse amigo de Fergun, aunque fuera solamente para enterarse de los planes del mago. De nuevo empezó a imaginar conversaciones. Cuando el sonido de pasos volvió a llegar a sus oídos, casi pensó que los estaba imaginando.

Pero cuando ganaron intensidad, supo que eran reales. Sus latidos empezaron a acelerarse al darse cuenta de que escuchaba dos grupos distintos de pasos. Los propietarios de ambos estaban delante de la puerta, y Cery escuchó la voz de Fergun, amortiguada por la madera.

—Para. Ya hemos llegado.

La cerradura dio un chasquido y la hoja se abrió. Fergun llevaba un globo de luz encima de la cabeza, que deslumbró a Cery. A pesar del brillo, reconoció la silueta de su otra visitante. El corazón le saltó.

—¡Sonea!

—¿Cery?

Sonea se llevó una mano a la cara y se arrancó una venda que le cubría los ojos. Parpadeó mirándolo, y luego sonrió y pasó al interior de la celda.

—¿Estás bien? ¿No estás enfermo? ¿Herido? —Los ojos de la joven recorrieron todo el cuerpo de su amigo, buscando señales de maltrato.

Cery negó con la cabeza.

—No. ¿Y tú?

—Estoy bien. —Sonea echó una mirada a Fergun, que los observaba con interés desde el pasillo—. ¿Fergun no te ha hecho daño?

Cery logró esbozar una sonrisa irónica.

—Solo cuando me lo he buscado.

Sonea arqueó las cejas. Se giró y miró a Fergun con los ojos entornados.

—Déjanos hablar un rato a solas.

Fergun vaciló un momento antes de encoger los hombros.

—Muy bien. Unos minutos, no más.

Hizo un gesto y la puerta se cerró, dejándolos en la oscuridad absoluta. Cery suspiró.

—Bueno, estamos atrapados los dos.

—A mí no me dejará aquí. Me necesita.

—¿Para qué?

—Es complicado. Quiere que acepte unirme al Gremio para luego obligarme a violar una ley y que me echen. Creo que es su forma de vengarse por la pedrada que le di durante la Purga... pero me parece que también es para convencer al Gremio de que no deben aceptar a los losdes. No tiene importancia. Si hago lo que él dice, te soltará. ¿Crees que lo hará?

Cery movió la cabeza, aunque sabía que Sonea no podía ver el gesto.

—No lo sé. No se ha puesto desagradable. Los ladrones habrían sido peores. — Dudó si seguir hablando—. No creo que sepa lo que se trae entre manos. Cuéntaselo a alguien.

—No —replicó ella—. Si hablo, Fergun se negará a decir dónde estás. Morirás de hambre.

—Tiene que haber alguien más que conozca estos pasadizos.

—Podrían tardar días en encontrarte, Cery. Para llegar aquí hemos andado mucho. Puede que estés incluso fuera del Gremio.

—A mí no me pareció tan lej...

—No tiene importancia, Cery. No pensaba quedarme aquí, así que tampoco tiene sentido arriesgar tu vida.

—¿No ibas a entrar en el Gremio?

—No.

Su corazón se aceleró.

—¿Por qué no?

—Por muchas razones. Para empezar, todo el mundo odia a los magos. Me sentiría como si estuviera traicionando a todos los que conozco si me uniera a ellos.

Cery sonrió. Era muy propio de Sonea ver las cosas de aquel modo. Respiró profundamente.

—Sonea, deberías quedarte. Has de aprender a usar tu magia.

—Pero todo el mundo me odiará.

—Eso no es cierto. La verdad es que a todo el mundo le encantaría ser un mago, si tuviera la menor oportunidad. Si rechazas a los magos, todos van a pensar que estás loca, o que eres tonta. Lo entenderían si te quedaras. No querrían que renunciaras a todo. —Tragó saliva y se obligó a mentir—. Yo no quiero que renuncies a todo.

Sonea se quedó callada un momento.

—¿No me odiarías?

—No.

—Yo sí lo haría.

—Tus conocidos no pensarían que está mal —le dijo Cery.

—Pero... me seguiría sintiendo como si me hubiera pasado al enemigo.

Cery suspiró.

—No seas tonta, Sonea. Si fueras maga, podrías ayudar a los demás. Podrías

hacer algo para que se acabaran las Purgas. La gente escucharía lo que le dijeras.

—Pero... mi sitio está con Jonna y Ranel. Ellos me necesitan.

—No es verdad. Les está yendo bien. Piensa en lo orgullosos que se sentirían. Su propia sobrina, en el Gremio.

Sonea dio una patada al suelo.

—Qué más da, Cery. No *puedo* quedarme. Fergun dijo que te mataría. No voy a abandonar a un amigo solo para poder hacer unos trucos de magia.

Un amigo. Cery dejó caer los hombros. Cerró los ojos y soltó un largo suspiro.

—Sonea. ¿Te acuerdas de la noche que vinimos a espiar al Gremio?

—Claro. —La sonrisa se le coló en la voz.

—Te dije que conocía a una persona, un sirviente del Gremio. Podría haber vuelto a hablar con ese hombre, y preguntarle los planes que tenía el Gremio para ti, pero no lo hice. ¿Sabes por qué?

—No. —Ahora su voz sonaba confundida.

—No quería descubrir que el Gremio de verdad quería ayudarte. Si pasaba eso, volverías, y yo no quería que te marcharas. No quería volver a perderte.

Sonea no dijo nada. Su silencio no transmitió nada a Cery. Tragó saliva, notando la boca seca.

—Aquí he tenido mucho tiempo para pensar —le dijo—. Yo... bueno, me he dicho que era mejor afrontarlo. Entre tú y yo no hay nada aparte de la amistad, así que no es justo que...

Sonea dio un suave respingo.

—Oh, Cery —murmuró—. ¡Nunca habías dicho nada!

El joven notó que le ardía la cara, y por una vez agradeció la oscuridad. Contuvo la respiración y esperó a que hablara ella, deseando que dijera algo para indicar que sentía lo mismo, o, tal vez, que lo tocara... El silencio se prolongó hasta hacerse insoportable.

—Bueno, no importa —dijo Cery—. Lo que importa es que tu sitio no está en las barriadas. Dejó de estar allí cuando descubriste tu magia. Ahora puede que tampoco encajes del todo aquí, pero tienes que probar.

—No —respondió ella con firmeza—. Tengo que sacarte de aquí. No sé durante cuánto tiempo tiene pensado Fergun usarte para chantajearme, pero no te puede tener aquí abajo para siempre. Voy a hacer que me traiga mensajes tuyos para saber que sigues con vida. Si no me los trae, dejaré de cooperar. ¿Te acuerdas de la historia de Hurin el carpintero?

—Pues claro.

—Haremos lo mismo que él. No sé cuánto tiempo pasará hasta que te suelte, pero yo...

Calló al oír el chasquido de la puerta abriéndose. La luz del mago le iluminó la

cara y Cery notó que le daba un vuelco el corazón.

—Ya has pasado bastante tiempo ahí dentro —espetó Fergun.

Sonea se giró de nuevo hacia Cery, le dio un rápido abrazo y se apartó. Cery tragó saliva otra vez. De algún modo, aquel breve contacto le dolía más que el silencio de antes.

—No te enfríes —dijo Sonea.

Retrocedió y pasó junto a Fergun hacia el pasadizo. Tan pronto como se cerró la puerta, Cery corrió hacia esta y apoyó la oreja contra la madera.

—Haz lo que te he dicho y volverás a verlo —decía Fergun—. De lo contrario...

—Lo sé, lo sé —respondió Sonea—. Pero tú recuerda lo que hacen los ladrones a quienes rompen sus promesas.

«Cuéntaselo», pensó Cery con una sonrisa triste.

Desde el momento en que Dannyl entró en el Salón de Noche, resultó evidente que estaba preocupado por algo. Rothen abandonó a un grupo de magos que estaban haciéndole preguntas y cruzó la estancia para saludar a su amigo.

—¿Qué ocurre?

—No puedo contártelo aquí —dijo Dannyl, mirando en todas direcciones.

—¿Vamos afuera? —sugirió Rothen.

Salieron del edificio, bajo la nevada. Los blancos copos revoloteaban a su alrededor, siseando al tocar el escudo de Rothen. Dannyl se acercó a la fuente.

—¿A que no sabes a quiénes he visto en la universidad hace un momento?

—¿A quiénes?

—A Fergun y a Sonea.

—¿Sonea? —Rothen notó una punzada de angustia, pero la desestimó—. Ahora tiene derecho a hablar con ella, Dannyl.

—A hablar con ella, sí, pero ¿también a sacarla de tus habitaciones?

Rothen se encogió de hombros.

—No lo prohíbe ninguna regla.

—¿Y no te preocupa?

—Sí, pero protestar no nos hará ningún bien, Dannyl. Es mejor que se vea a Fergun abusando de su permiso que a mí exigiendo cuentas de cada movimiento que hace. Dudo mucho que Sonea hubiera ido con él si no quisiera.

Dannyl frunció el ceño.

—¿No quieres saber adónde la ha llevado?

—¿Adónde?

Por la cara de Dannyl pasó una expresión afligida.

—No lo sé exactamente. Los he seguido por dentro de la universidad. Fergun la ha llevado por los pasillos interiores. Después los he perdido. Han desaparecido, sin

más.

—¿Se han volatilizado ante tus ojos?

—No. Se oía hablar a Fergun y luego todo ha quedado en silencio. Demasiado silencio. Tendría que haber oído pasos, o una puerta cerrándose. Algo.

Una vez más, Rothen descartó una sensación de intranquilidad.

—Hum, la verdad es que sí me gustaría saber adónde la ha llevado. ¿Qué podría querer enseñarle en la universidad? Se lo preguntaré mañana a Sonea.

—¿Y si no te lo cuenta?

Rothen miró el suelo nevado, meditando. Los pasillos interiores de la universidad llevaban a pequeñas habitaciones privadas. Casi todas estaban vacías, o cerradas con llave. Allí no había nada... excepto...

—No creo que le haya enseñado los pasadizos subterráneos —murmuró.

—¡Pues claro! —La mirada de Dannyl se iluminó, haciendo que Rothen se arrepintiera de sus palabras—. ¡Eso es!

—Es muy poco probable, Dannyl. Nadie sabe dónde están las entradas salvo...

Dannyl no estaba escuchando.

—¡Ahora tiene sentido! ¿Cómo no se me había ocurrido? —dijo, apretándose las manos contra las sienes.

—Bueno, mi ferviente consejo es que te mantengas apartado de esos pasadizos. La prohibición de usarlos se apoya en buenas razones. Son viejos e inseguros.

Dannyl arqueó las cejas.

—¿Qué me dices de los rumores sobre cierto miembro del Gremio que los usa constantemente?

Rothen se cruzó de brazos.

—Ese miembro puede hacer lo que desee, y estoy seguro de que es perfectamente capaz de sobrevivir a un derrumbamiento. También estoy convencido de que no le parecería bien que metieras las narices. ¿Qué dirías si te descubriese allí dentro?

La luz de la mirada de Dannyl vaciló al considerar aquello.

—Tendría que buscar el momento con mucho cuidado. Asegurarme de que él estuviera en otro sitio.

—Ni se te ocurra —le advirtió Rothen—. Te perderías.

Dannyl resopló.

—No puede ser peor que las barriadas, ¿verdad?

—¡No vas a entrar allí, Dannyl!

Pero Rothen sabía que, cuando despertaba la curiosidad de Dannyl, no había nada capaz de detenerla salvo la amenaza de expulsión. El Gremio no iba a desterrarlo por quebrantar una regla poco importante.

—Piénsalo bien, Dannyl. No querrás echar a perder la oportunidad de ser embajador, ¿verdad?

Dannyl se encogió de hombros.

—Si me salí con la mía después de negociar con los ladrones, dudo mucho que cotillear un poco debajo de la universidad vaya a granjearme la desaprobación general.

Rothen, derrotado, se volvió y miró el Salón de Noche.

—Puede que sea así, pero a veces lo importante es de quién es la desaprobación que te ganas.

28. Empieza la Vista

—No se preocupe, Sonea —susurró Tania mientras llegaban a la fachada principal de la universidad—. Todo irá bien. Los magos son solo una pandilla de viejos que preferirían estar en sus habitaciones bebiendo vino y no sentados en un salón lleno de corrientes de aire. Antes de que se dé cuenta, ya se habrá acabado todo.

Sonea no pudo reprimir una sonrisa ante la descripción del Gremio que había hecho Tania. Respiró profundamente y la siguió por la escalera del grandioso edificio. Mientras pasaban por los inmensos portones abiertos, contuvo el aliento.

Habían entrado en un salón abarrotado de escaleras. Todas estaban hechas de piedra y cristal emplomados, y parecían demasiado frágiles para soportar el peso de un hombre. Las escaleras trazaban espirales hacia arriba, hacia abajo y unas alrededor de otras, como si compusieran una elaborada joya.

—¡La otra parte de la universidad no es como esto! —exclamó Sonea.

Tania negó con la cabeza.

—La entrada de detrás es para los aprendices y los magos. Por aquí es por donde vienen los visitantes, así que tiene que ser impresionante.

La sirvienta siguió avanzando por la sala y tomó un pasillo corto. Al fondo, Sonea vio la parte inferior de otro par de enormes puertas. Cuando llegaron al final del pasillo, Sonea se quedó parada y miró sobrecogida a su alrededor.

Estaban en el umbral de una estancia gigantesca. Las paredes blancas se alzaban hasta un techo de paneles de cristal, que brillaban intensamente a la luz dorada del sol vespertino. Al nivel del tercer piso había una red de galerías que se entrecruzaban en la sala, tan delicadas que parecían estar flotando en el aire.

Delante de Sonea se alzaba un edificio. Un edificio *dentro* de un edificio. Sus paredes, grises y bastas, contrastaban teatralmente con el blanco liviano del recibidor. Tenía una hilera de ventanas estrechas distribuidas de lado a lado en la pared, como si fueran soldados.

—Esto es el Gran Salón —dijo Tania, abarcando la estancia con un gesto. Luego señaló el edificio—. Y eso es el Salón Gremial. Tiene más se siete siglos de antigüedad.

—¿Eso es el Salón Gremial? —Sonea movió la cabeza, incrédula—. Pensaba que lo habían sustituido.

—No —dijo Tania con una sonrisa—. Está bien construido y tiene valor histórico, así que habría sido una lástima echarlo abajo. Lo que hicieron fue quitarle las paredes interiores y convertirlo en un salón.

Sonea, impresionada, siguió a la sirvienta por el edificio. Había varios accesos más que salían del Gran Salón. Tania señaló un par de puertas que había en una

fachada lateral del Salón Gremial.

—Usted entrará por ahí. Ahora los magos están teniendo su Reunión. Cuando terminen, empezará la Vista.

El estómago de Sonea volvió a llenarse de mariposas. Ahí dentro había cien magos sentados, esperando para decidir el futuro de Sonea. Y ella estaba a punto de presentarse ante todos ellos... y engañarlos.

La abrumó una enfermiza oleada de inquietud. ¿Y si, pese a su cooperación, la solicitud de Fergun no triunfaba? En ese caso, ¿dejaría marchar a Cery de todos modos? Cery...

Negó con la cabeza mientras recordaba su titubeante confesión en aquella celda oscura. «No quería descubrir que el Gremio de verdad quería ayudarte. Si pasaba eso, volverías, y yo no quería que te marcharas. No quería volver a perderte.»

Cery la amaba. Al enterarse, la sorpresa la había dejado sin habla, pero luego había pensado en todas las ocasiones en que lo había descubierto observándola, en cómo titubeaba a veces al hablar con ella, y en la forma en que se comportaba Farén de vez en cuando, como si Cery fuera más que un amigo fiel, y entonces todo tuvo sentido.

¿Albergaba ella los mismos sentimientos? Desde que se encontraron, se había hecho la pregunta una y mil veces, pero no daba con una respuesta certera. No se sentía como si estuviera enamorada, pero tal vez el miedo que la asolaba al pensar en el peligro que corría Cery significara que sí lo estaba. ¿O se preocuparía tanto por cualquier persona a quien quisiera, ya como amigo o como algo más?

Si lo amara, ¿acaso el corazón no le habría saltado de gozo ante su confesión? ¿No estaría satisfecha de que hubiera intentado rescatarla, en lugar de arrepentida porque la estima que Cery le profesaba hubiera llevado a su captura? Lo cierto era que si de verdad lo amara, no tendría que hacerse esas preguntas. Dejó el asunto de lado, inspiró profundamente y soltó el aire lentamente. Tania le dio una palmadita en el hombro.

—Con un poco de suerte, ya no tardarán mucho, aunque nunca se sabe...

Retumbó un fuerte chasquido por todo el Salón, y entonces se abrieron las puertas que había señalado Tania. Salió un mago del edificio, y luego otro más. A medida que fueron apareciendo personas con túnicas, Sonea empezó a preguntarse por qué se marchaban tantos de ellos. ¿Habían cancelado la Vista?

—¿Adonde van?

—Solo se quedarán los que estén interesados en asistir a la Vista —dijo Tania.

Algunos magos abandonaron el Gran Salón, pero otros empezaron a reunirse en pequeños grupos. Algunos la miraron, con los ojos llenos de curiosidad. Perturbada, Sonea rehuyó sus miradas.

¿Sonea?

La joven dio un respingo, y luego miró hacia el Salón Gremial.

¿Rothen?

Ha sido una reunión corta, se ha acabado enseguida. Te llamarán pronto.

Sonea, que aún estaba mirando los portones del Salón Gremial, vio salir a una figura tétrica. El corazón le dio un vuelco al reconocerla. «¡El asesino!»

Se quedó plantada mirándolo, convencida de que era el hombre que había visto la noche que entró en el Gremio a espiar. Lucía la misma expresión sombría y pensativa que recordaba. Su túnica negra se zarandeaba de un lado a otro mientras cruzaba la estancia dando zancadas.

Algunos magos se giraron y lo saludaron inclinando la cabeza, con el mismo respeto cauteloso que había visto en Farén cuando trataba con algún asesino de los ladrones. El mago de la túnica negra inclinaba también la cabeza, pero no se detenía a hablar con nadie. Sonea sabía que terminaría llamando su atención si no dejaba de mirarlo, pero no podía apartar sus ojos de él. La mirada del mago se cruzó con la suya, se quedó trabada un momento y luego la abandonó. Se sobresaltó al notar una mano en el hombro.

—Ahí está lord Osen —dijo Tania, señalando las puertas del Salón Gremial—. Es el ayudante del administrador.

Un mago joven la estaba observando. Cuando sus miradas se encontraron, el mago le indicó por gestos que se acercara.

—Adelante —susurró Tania, dando otra palmadita en el hombro de Sonea—. Todo irá bien.

Sonea respiró hondo y se obligó a cruzar el Salón hacia la puerta. Cuando llegó hasta donde estaba el mago joven, este inclinó la cabeza con educación.

—Mis saludos, Sonea —dijo—. Bienvenida al Salón Gremial.

—Gracias, lord Osen. —Sonea esbozó una torpe reverencia.

Con una sonrisa, el mago le indicó que lo acompañara al Salón Gremial.

Al poner un pie dentro, un aroma a madera y barniz invadió sus sentidos. El Salón parecía más grande que visto desde fuera, y las paredes se alzaban hasta un techo muy elevado y sumido en la oscuridad. Bajo las vigas flotaban varios globos mágicos de luz, que conferían un brillo dorado a la estancia.

A ambos lados del edificio había hileras de asientos formando gradas que se extendían hasta el fondo del Salón. Sonea notó que se le secaba la boca al ver a tantos hombres y mujeres con túnicas contemplándola. Tragó saliva y apartó la mirada.

Osen se detuvo y le indicó que debía quedarse donde estaba, y luego subió hasta un conjunto de asientos elevados que había a la derecha. Sonea ya sabía que estaban reservados para los magos superiores. Rothen le había dibujado un esquema con la disposición de los asientos, para que pudiera memorizar los nombres y los títulos de los magos.

Levantó la mirada y descubrió que la fila superior estaba vacía. Rothen le había asegurado que el rey solo acudía a las ceremonias del Gremio en contadas ocasiones. Su asiento, el del centro, era más grande que los demás, y tenía el incal real bordado en el respaldo acolchado.

Debajo de esa silla había otra, aislada. Sonea sintió una leve decepción al encontrarla vacía, ya que había esperado poder echar un vistazo al Gran Lord.

El administrador Lorlen estaba sentado en el centro de la hilera intermedia. Los asientos que tenía a ambos lados estaban sin ocupar. Estaba hablando con Osen y con un hombre de cara larga, en el asiento inferior, que llevaba un fajín negro sobre la túnica roja. Sonea recordó que se trataba de lord Balkan, el líder de guerreros.

A la izquierda de Balkan se sentaba la adusta lady Vinara, líder de sanadores, que había visitado a Rothen después de que este anunciara que Sonea iba a quedarse. A la izquierda del guerrero había un hombre con una cara angulosa y una nariz prominente: lord Sarrin, líder de alquimistas. Los dos miraban a Lorlen con mucha atención.

La fila más baja de asientos estaba reservada a los principales, los magos que gestionaban y organizaban las clases de la universidad. Solamente había dos sillas ocupadas. Sonea frunció el ceño mientras se esforzaba por recordar el motivo, pero entonces posó la mirada en lord Balkan. Recordó que el guerrero ostentaba ambos cargos.

Osen irguió la espalda y descendió al suelo de nuevo. Los magos superiores se giraron para observar el salón. El administrador Lorlen se puso de pie para inspeccionar a los magos presentes.

—Vamos a dar comienzo a la Vista para decidir quién será el tutor de Sonea —declamó—. Que lord Rothen y lord Fergun, como aspirantes a ese puesto, se acerquen a la parte delantera, por favor.

Sonea escuchó la rozadura de botas contra el suelo y levantó la mirada hacia las hileras de magos. Una figura familiar estaba avanzando hacia la tarima. Rothen se quedó a unos pasos de Osen, miró a Sonea y le dedicó una sonrisa.

Ella sintió una inesperada punzada de cariño y empezó a devolverle el gesto, pero entonces recordó lo que estaba a punto de hacer y bajó los ojos al suelo. Iba a decepcionarle tantísimo...

El sonido de otros pies caminando se apoderó del Salón. Sonea vio que Fergun se había detenido a unos pasos de Rothen. También él le dedicó una sonrisa. Sonea controló un estremecimiento y decidió mirar al administrador.

—Tanto lord Rothen como lord Fergun han reclamado la tutela de Sonea —dijo Lorlen al público—. Ambos se consideran el primer mago que reconoció su potencial. Ahora debemos decidir cuál de las solicitudes honraremos. Dejo los trámites de esta Vista en manos de mi ayudante, lord Osen.

El joven que la había llevado a aquella estancia dio un paso adelante. Respirando profundamente, Sonea clavó la mirada en el suelo y trató de reunir el valor que necesitaba para lo que debía hacer.

—Lord Rothen. —Rothen se volvió para mirar a lord Osen—. Cuéntenos, por favor, los acontecimientos que lo llevaron a usted a reconocer en Sonea a una maga potencial.

Rothen asintió y se aclaró la garganta.

—El día en que reconocí los poderes de Sonea, el día de la Purga, estaba emparejado con lord Fergun. Habíamos llegado a la plaza Norte y estábamos ayudando con el escudo de barrera. Como de costumbre, un grupo de jóvenes empezaron a arrojarnos piedras.

»En ese momento yo estaba de cara a lord Fergun. El escudo estaba a unos tres pasos de nosotros, a mi izquierda. Vi con el rabillo del ojo un estallido de luz cerca del escudo, y al mismo tiempo noté que el escudo se tambaleaba. Alcancé a ver una piedra que volaba por el aire justo antes de que golpeará a lord Fergun en la sien y lo dejara inconsciente. —Rothen guardó silencio un momento, contemplando a Fergun.

«Sostuve a lord Fergun cuando empezó a caer. Después de dejarlo en el suelo, busqué a la persona que había lanzado la piedra. Fue entonces cuando vi a Sonea.

Osen dio un paso hacia Rothen.

—Entonces ¿esa fue la primera vez que vio usted a Sonea?

—Sí.

Osen se cruzó de brazos.

—¿En algún momento vio que Sonea utilizara la magia?

Rothen vaciló antes de responder.

—No, no lo vi —admitió de mala gana.

Entre los magos sentados a su derecha se inició un murmullo, pero se acalló tan pronto como lord Osen miró hacia allí.

—¿Cómo supo que había sido ella quien había lanzado la piedra que penetró en el escudo?

—Deduje la dirección de donde provenía la piedra y concluí que tenía que haber sido uno de dos jóvenes —explicó Rothen—. El que tenía más cerca, un chico, ni siquiera estaba prestando atención. Pero Sonea se miraba las manos con cara de sorpresa. Mientras la miraba, ella levantó la vista hacia mí y supe, por su expresión, que la piedra la había arrojado ella.

—¿Y cree usted que lord Fergun no pudo haber visto a Sonea antes de eso?

—No, lord Fergun no pudo ver a Sonea durante todo aquel día —contestó Rothen con brusquedad—, debido a la desafortunada naturaleza de su herida.

En el salón retumbaron algunas risitas y carraspeos. Lord Osen asintió, y luego se

apartó de Rothen para detenerse ante Fergun.

—Lord Fergun —dijo—. Por favor, nárrenos los acontecimientos de aquel día tal y como los recuerda usted.

Fergun inclinó la cabeza con elegancia.

—Yo estaba ayudando con la barrera de la plaza Norte, como ha descrito Rothen. Un grupo de jóvenes avanzó y empezó a tirarnos piedras. Me fijé en que había unos diez. Entre ellos había una chica joven. —Fergun lanzó una mirada a Sonea—. Pensé que actuaba de modo extraño, así que cuando giré la cabeza seguí observándola de reojo. Cuando ella lanzó la piedra no le di mayor importancia, por supuesto, hasta que fui testigo de un fogonazo de luz. Comprendí que debía de haber hecho algo que rompiese la barrera. —Fergun sonrió—. Aquello me sorprendió tanto que, en lugar de desviar la piedra, mi reacción instintiva fue mirarla para confirmar que, en efecto, había sido ella.

—Entonces usted comprendió que Sonea había empleado la magia después de que la piedra atravesara el escudo, pero antes de que le golpeará.

—Así es —respondió Fergun.

El Salón se llenó de voces que comentaban aquello. Los dientes de Rothen rechinaron, pero contuvo el impulso de mirar fijamente a Fergun. La historia del guerrero era una sarta de mentiras. Fergun nunca había mirado a Sonea. Rothen sí había desviado la mirada un instante hacia ella. La joven estaba de pie en silencio, entre las sombras, con los hombros caídos. El mago esperó que comprendiera lo importante que iba a ser su testimonio para aclarar aquella historia.

—Lord Fergun.

La intervención de una voz nueva consiguió silenciar la estancia. Rothen miró a lady Vinara. La sanadora estaba dedicando a Fergun su famosa mirada intensa y sin parpadeos.

—Si miraba usted a Sonea, ¿cómo es posible que la piedra lo alcanzara en la sien *derecha*? A mi juicio, eso indica que en aquel momento estaba mirando a Rothen.

Fergun asintió.

—Sucedió todo muy deprisa, milady —dijo—. Capté el fogonazo y eché una mirada rápida a Sonea. Fue solo un vistazo fugaz... y recuerdo que tenía la intención de preguntar a mi compañero si había visto lo que había hecho esa chica.

—¿Ni siquiera hizo un intento de esquivar? —preguntó lord Balkan, en tono de desconfianza.

Fergun compuso una sonrisa triste.

—No estoy acostumbrado a que me arrojen piedras. Creo que la sorpresa se impuso al instinto de evitar el golpe.

Lord Balkan miró a los magos que tenía al lado y recibió leves encogimientos de hombros. Osen, que lo observaba atentamente, asintió al comprender que no habría

más preguntas. Se giró hacia Rothen.

—Lord Rothen, ¿vio usted a Fergun mirar a Sonea entre el momento en que la piedra atravesó la barrera y el del impacto?

—No —respondió Rothen, esforzándose por disimular la ira de su voz—. Estaba hablando conmigo. La pedrada lo interrumpió a media frase.

Osen enarcó las cejas. Miró a los magos superiores, y luego hacia el público.

—¿Alguno de ustedes tiene un testimonio que contradiga o apoye los que hemos escuchado?

Llegó el silencio. Asintiendo lentamente, Osen se volvió hacia Sonea.

—Llamo a Sonea como testigo de estos acontecimientos.

La joven salió de las sombras que había en la parte lateral del Salón y avanzó para quedarse a unos pasos de Fergun. Levantó la mirada hacia los magos superiores y compuso una rápida reverencia.

Rothen sintió lástima por ella. Hacía pocas semanas la chica estaba aterrorizada por su presencia, y ahora se enfrentaba a una estancia llena de magos, que la observaban con atención.

Osen le dedicó una fugaz sonrisa de ánimo.

—Sonea —dijo—, por favor, cuéntanos tu versión de los acontecimientos que estamos tratando.

Sonea tragó saliva y fijó la mirada en el suelo.

—Yo estaba con los otros jóvenes. Todos tiraban piedras. Yo no solía hacerlo... normalmente me quedaba con mi tía. —Alzó la vista, se sonrojó y siguió hablando a toda prisa.

«Supongo que me dejé llevar por la situación. No empecé a tirar piedras desde el principio. Miré a los demás, y también a los magos. Recuerdo que estaba... estaba enfadada, así que cuando al final lancé una piedra, le puse toda mi rabia dentro. Luego me di cuenta de que había hecho algo, pero en el momento todo fue muy... confuso. —Calló y pareció estar poniendo en orden sus ideas.

«Cuando arrojé la piedra, atravesó la barrera. Lord Fergun me miró, luego le dio la piedra y Ro... y lord Rothen agarró a lord Fergun. Los demás magos estaban mirando en todas direcciones, y entonces vi que lord Rothen me miraba. Después de eso, me fui corriendo.

Una fría oleada de incompreensión invadió a Rothen. Se quedó mirando a Sonea, pero los ojos de ella seguían fijos en el suelo. Dio un vistazo a Fergun y vio una sonrisa taimada en los labios del hombre. Cuando el guerrero se dio cuenta de que lo observaban, su sonrisa desapareció.

A Rothen, impotente, solo le quedó apretar los puños mientras el resto del Gremio coreaba su aprobación.

La visión borrosa del Salón Gremial tembló mientras por la mente de Dannyl fluían la rabia, la incredulidad y el dolor. Dejó de caminar, asustado.

¿Qué ocurre, Rothen?

¡Sonea ha mentido! ¡Ha apoyado la mentira de Fergun!

Cuidado, avisó Dannyl. Te van a oír

Me trae sin cuidado. ¡Sé que Fergun miente!

Tal vez él lo vio así.

No. Fergun no la miró ni una vez. Estaba hablando yo con él, ¿te acuerdas?

Dannyl suspiró y movió la cabeza de un lado a otro. Rothen había terminado viendo el auténtico carácter de Fergun. Debería alegrarse, pero ¿cómo iba a hacerlo? Fergun había vuelto a vencer. ¿O no?

¿Has encontrado alguna cosa?

No, pero sigo buscando.

Necesitamos más tiempo. Si Sonea apoya a Fergun, probablemente llegarán a una decisión en pocos minutos.

Entretenlos, sugirió Dannyl.

¿Cómo?

Dannyl hizo tamborilear los dedos en una pared.

Pide permiso para hablar con ella.

La presencia de Rothen se desvaneció cuando el mago devolvió su atención a la Vista. Con una mueca en el rostro, Dannyl contempló las paredes que lo rodeaban. Todos los magos sabían que existían accesos a los pasadizos subterráneos en el interior de la universidad. Él había supuesto que las entradas estarían bien ocultas, ya que de lo contrario los aprendices no harían más que desobedecer las reglas a todas horas.

Como había esperado, un simple registro de los pasillos no le había conducido a nada. Estaba seguro de que terminaría encontrando alguna cosa si examinaba a fondo las paredes, pero no tenía tiempo para ello.

Necesitaba más pistas. Unas pisadas, tal vez. Seguramente los pasadizos subterráneos estarían llenos de polvo. Fergun tenía que haber dejado alguna prueba de su paso. Mirando el suelo, Dannyl recorrió una vez más el pasillo.

Dobló un recodo y tropezó con una persona bajita y regordeta. La mujer dio un pequeño chillido de sorpresa y retrocedió un paso, llevándose una mano al corazón.

—¡Discúlpeme, milord! —dijo con una reverencia, mientras se le salía el agua del cubo que llevaba en la mano—. ¡Caminaba usted haciendo tan poco ruido que no lo he oído venir!

Dannyl miró el cubo y ahogó un gemido. Cualquier prueba del paso de Fergun habría sido borrada una y otra vez por los sirvientes. La mujer pasó por su lado y siguió pasillo abajo. Mirándola, a Dannyl se le ocurrió que probablemente ella sabría

más de los pasillos interiores de la universidad que cualquier mago.

—¡Espere! —la llamó Dannyl.

La mujer se detuvo.

—¿Sí, milord?

Dannyl anduvo hacia ella.

—¿Siempre limpia esta parte de la universidad?

Ella asintió.

—¿Ha tenido que limpiar algo de suciedad que no fuera habitual? Huellas embarradas, por ejemplo.

La sirvienta formó una fina línea con los labios.

—A alguien se le cayó comida al suelo. Se supone que los aprendices no pueden traerse la comida aquí.

—Comida, ¿eh? ¿Dónde cayó?

La sirvienta le dirigió una mirada extraña, pero lo llevó hasta un cuadro que había avanzando un poco por el pasillo.

—En el cuadro también había comida —dijo, señalando—. Como si alguien lo hubiera agarrado.

—Ya veo. —Dannyl miró el cuadro con ojos entrecerrados. Era un paisaje, una playa, y el marco tenía grabadas unas diminutas conchas espirales—. Muchas gracias. Puede retirarse.

La mujer levantó los hombros, hizo una rápida inclinación y se marchó a toda prisa. Dannyl examinó el cuadro meticulosamente, y luego lo quitó de la pared. Detrás tenía el revestimiento de madera normal de los pasillos interiores. El mago pasó una mano por encima, extendió sus sentidos al otro lado e inspiró bruscamente al detectar unas formas metálicas. Siguió sus contornos, que lo llevaron a una sección del panel que cedió al hacer presión con los dedos.

Se oyó un suave sonido de deslizamiento, y parte de la pared se movió a un lado. Dannyl se enfrentó a la oscuridad y al aire frío. Poseído por una emoción triunfal, colocó de nuevo el cuadro en su sitio, creó un globo de luz y pasó al otro lado.

A su izquierda había una abrupta escalera descendente. Dannyl localizó una palanca en aquel lado, la empujó y vio cómo se cerraba la puerta. Sonrió para sí mismo y empezó a bajar los peldaños.

Llegó a un pasadizo estrecho, donde tuvo que agacharse para que la cabeza no le rozara contra el techo. En las esquinas había algunas telas de farén. Cuando llegó al primer cruce, sacó del bolsillo un tarro de pasta coloreada, lo abrió y usó un poco para marcar una franja en la pared que tenía al lado.

Aquella pasta perdería lentamente el color blanco y al cabo de pocas horas se transformaría en una capa clara y resistente, que le serviría de indicador y pronto sería indistinguible del resto de la pared. Aunque siguiera explorando al cabo de unas

horas, podría orientarse buscando la capa más clara.

Bajó la mirada y lanzó una sonora carcajada.

En la gruesa capa de polvo que cubría el suelo se distinguían claramente unas pisadas. Acuclillándose, Dannyl identificó la familiar pisada de unas botas de mago. Por la cantidad de huellas, resultaba evidente que alguien había recorrido muchas veces aquel pasadizo.

Se irguió y siguió el rastro varios cientos de pasos. Llegó a otro pasadizo lateral y descubrió consternado que las pisadas seguían por el pasillo principal y también por el nuevo. Volvió a agacharse y las examinó atentamente. En el túnel lateral solo había cuatro juegos de pisadas, dos de botas de mago y otros dos de zapatos más pequeños. Las huellas del pasillo principal eran más recientes y numerosas.

Entonces llegó a sus oídos un sonido tenue: un suspiro que sonaba muy humano. Dannyl se quedó paralizado mientras un escalofrío le recorría la espalda. La oscuridad que lo esperaba más allá de su globo de luz parecía densa y llena de posibilidades desagradables, y de pronto tuvo la sensación de que había algo observándolo.

«Qué tontería —se dijo—. Ahí no hay nada.»

Inspiró profundamente, se incorporó y puso todo su empeño en mirar solamente las huellas. Avanzó, siguiéndolas durante otros cien pasos y encontrando más pasadizos laterales con huellas más viejas.

De nuevo lo asaltó la punzante certeza de que lo seguían. Oía tras sus pasos el eco de otros más ligeros. Un tenue movimiento del aire le trajo un olor a podredumbre y otro de algo vivo, aunque mugriento...

Dobló un recodo y terminaron sus ensoñaciones. Por delante de él, a unos veinte pasos de distancia, las huellas morían en una puerta. Avanzó un paso y quedó aterido por el terror cuando alguien salió del pasadizo lateral que tenía al lado.

—Lord Dannyl. ¿Puedo preguntar el motivo de su presencia en este lugar?

Mirando fijamente a aquel hombre, la mente de Dannyl pareció dividirse en dos. Una parte balbucía excusas mientras la otra observaba impotente cómo la primera se ponía en un ridículo absoluto.

Y a las puertas de su mente, una presencia conocida estaba proyectando comprensión y también una satisfacción petulante.

Ya te dije que no bajaras ahí, envió Rothen.

En el silencio oscuro, los gruñidos de su estómago se oían con claridad. Cery se rascó la barriga y siguió caminando.

Estaba seguro de que ya había pasado más de un día desde la última vez que había comido, lo cual significaba que hacía una semana que había visto a Sonea. Apoyándose en la puerta, maldijo a Fergun con cada enfermedad indeseable que se le

ocurrió. Mientras hablaba, oyó un sonido de pasos y se quedó muy quieto.

Su estómago rugió, feroz por el anhelo. Los pasos se hicieron más lentos, como si se burlaran de él. Se acercaban un poco y luego se detenían. Le llegó el tenue sonido de unas voces. Dos voces. Las dos masculinas.

Inspiró aire con rapidez y apretó la oreja contra la puerta.

—... túneles son muy vastos. Es fácil desorientarse. Algunos magos pasaron días enteros perdidos, y volvieron muertos de hambre. Le sugiero que vuelva sobre sus pasos.

Aquella voz era severa y desconocida.

Llegó otra voz en respuesta. Cery solo pudo captar algunas palabras, pero comprendió lo suficiente para saber que el otro mago se estaba disculpando. Tampoco conocía la segunda voz, pero no le costaba mucho imaginarse que la voz de Fergun pudiera volverse tan tenue y aguda si estaba farfullando de aquella manera.

Estaba claro que el mago adusto no aprobaba la presencia de Fergun en los pasadizos. Lo más probable era que tampoco aprobara que el mago tuviera prisioneros allí abajo. Lo único que tenía que hacer Cery era gritar, o aporrear la puerta, y haría saltar la trampa de Fergun.

Levantó el puño cerrado, pero se detuvo al cesar las voces. Unos pasos se marcharon a toda prisa, y entonces los otros se acercaron a la puerta. Cery, mordiéndose el labio, se alejó hacia el fondo de la celda. ¿De qué mago se trataba? ¿De Fergun o del desconocido de voz severa?

La cerradura dio un chasquido. Cery se apretó contra la pared opuesta. Al abrirse la puerta, la habitación se llenó de luz y lo obligó a cerrar los ojos para no deslumbrarse.

—¿Tú quién eres? —atronó una voz desconocida—. ¿Qué estás haciendo aquí abajo?

Al abrir los ojos, el alivio de Cery se convirtió en asombro cuando reconoció al hombre que estaba en el umbral.

29. Viviendo entre los magos

—Y me dijo que él lo hacía para que nadie pensara nunca que los losdes podían ser magos —terminó de explicar Cery.

El mago entrecerró los ojos.

—La verdad es que sí que parece obra de Fergun. —Mientras su mirada oscura volvía a Cery, en la frente del mago apareció una pequeña arruga—. La Vista está teniendo lugar ahora mismo. Puedo poner al descubierto los crímenes de Fergun, pero solo si tengo pruebas de que él es el hombre de quien hablas.

Cery suspiró y recorrió la habitación con la mirada.

—No tengo nada más que lo que él me dio, pero él tiene mi cuchillo y mis herramientas. Si las encontraras, ¿serían suficientes?

El hombre negó lentamente con la cabeza.

—No. Lo que necesito está en tus recuerdos. ¿Me permitirás que te lea la mente?

Cery miró fijamente al mago. ¿Que le leyera la mente?

Él guardaba secretos. Cosas que le había contado su padre. Cosas que le había contado Farén. Cosas que incluso Farén se sorprendería si supiera. ¿Y si el mago las veía?

«Pero si no le dejo leerme la mente, no puedo salvar a Sonea.»

No podía permitir que unos pocos secretos mohosos le impidieran salvarla... y era posible que el mago no los viera, de todos modos. Tragándose el miedo, Cery levantó la mirada hacia el mago.

—Claro. Adelante.

El mago observó a Cery con el semblante serio.

—No te dañará ni te dolerá. Cierra los ojos.

Con una profunda inspiración, Cery obedeció. Notó unos dedos en las sienes. Al instante, fue consciente de la presencia de otra mente. Pareció colarse por detrás de la suya, y entonces una voz le habló desde... algún lugar.

Piensa en el día en que capturaron a tu amiga.

Ante sus ojos apareció un recuerdo fugaz. La otra mente pareció capturarlo y fijarlo allí. Cery se vio en un callejón nevado. Era como una visión, clara y sin embargo carente de detalles. Vio a Sonea alejarse corriendo de él, y sintió un eco del miedo y la desesperación que había notado mientras aporreaba la barrera invisible que los había separado. Al volverse, vio a un hombre detrás de él, un hombre que llevaba puesta una capa.

¿Este es el hombre que te capturó?

Sí.

Muéstrame cómo lo hizo.

De nuevo desfiló un recuerdo por su mente, fue capturado y reproducido. Estaba fuera del edificio de los magos, mirando a Sonea en la ventana. Apareció Fergun. Le persiguió. Lo capturó. Aparecieron el mago de la túnica azul y su compañero, y llevaron a Cery con Sonea. Su memoria ganó velocidad. Ahora estaba dejando a Sonea y caminando por el edificio de los magos. Fergun sugería que atravesaran la universidad. Entraban en el edificio y recorrían los pasillos.

Entonces Fergun abrió la puerta secreta y lo obligó a pasar al otro lado. La venda para los ojos le tocó otra vez la cara, y escuchó sus propios pasos mientras avanzaba por el pasadizo subterráneo. Volvió a enfrentarse a la celda, a entrar en ella, a oír cómo se cerraba la puerta...

¿Cuándo volviste a verlo?

Llegaron los recuerdos de las visitas que le hacía el mago. Cery vio cómo lo registraban y le robaban sus posesiones, y luego revivió su ataque fallido y su curación. Vio a Sonea entrando en la habitación y volvió a oír la conversación que mantuvieron.

Después de aquello, la otra mente pasó rozando la suya y pareció desvanecerse. Cery notó que el mago le apartaba los dedos de las sienes. Abrió los ojos. El mago estaba asintiendo.

—Con esto hay más que suficiente —dijo—. Ven conmigo. Hemos de darnos prisa si queremos asistir a la Vista.

Giró sobre sus talones y salió de la habitación a buen paso. Detrás de él, Cery sintió una oleada de alivio al abandonar la celda. Miró atrás una vez, y luego se apresuró a seguir a su liberador.

El hombre recorrió el pasadizo rápidamente, obligando a Cery a trotar para seguirle el ritmo. El pasadizo desembocó en otro, y luego en varios más. No le sonaba ninguno de ellos.

Llegaron a una corta escalera. El mago la subió y luego se inclinó para mirar fijamente la pared. Al ver un pequeño punto luminoso en el ojo del mago, Cery supuso que allí había una mirilla.

—Gracias por ayudarme —dijo—. No creo que haya nada que un ladronzuelo pueda ofrecer a cambio, pero si necesitas cualquier cosa, solo tienes que pedirla.

El mago se irguió y dio media vuelta para contemplarlo con seriedad.

—¿Tú sabes quién soy?

Cery notó que se sonrojaba.

—Desde luego. No hay nada que los tuyos puedan necesitar nunca de mí. Pero me ha parecido correcto ofrecerme.

En los labios del mago asomó una sonrisa.

—¿De verdad lo decías en serio?

Incómodo de pronto, Cery cambió su peso de un pie al otro.

—Por supuesto —dijo con renuencia.

La sonrisa del hombre se acentuó un poco.

—No voy a forzarte a hacer un trato conmigo. Digas lo que digas, los actos de Fergun deben ser revelados y castigados. Tu amiga será libre de marcharse, si eso es lo que quiere. —Se detuvo, entornando levemente los ojos—. Pero es posible que yo contacte contigo en algún momento futuro. No te pediré nada que supere tus capacidades, ni que pueda perjudicar a tu posición entre los ladrones. Dependerá de ti decidir si lo que te pido es aceptable. —Arqueó una ceja—. ¿Te parece razonable?

Cery bajó la mirada. La propuesta del mago era más que razonable. Se descubrió asintiendo.

—Lo es.

El mago le ofreció la mano. Al estrecharla, Cery sintió un apretón fuerte. Miró a los ojos del hombre y le complació comprobar que aquella mirada oscura era firme.

—Trato hecho —dijo Cery.

—Trato hecho —repitió el mago.

A continuación, se giró hacia la pared. Volvió a comprobar la mirilla antes de agarrar una palanca y tirar de ella. Un panel se deslizó a un lado. El mago cruzó al otro lado, con su luz detrás de él.

Cery se apresuró a seguirlo y se halló en una extensa habitación. Había una mesa al fondo, con sillas dispuestas delante de ella.

—¿Dónde estoy?

—En la universidad —respondió el hombre, volviendo a poner el panel en su sitio—. Sígueme.

El mago cruzó la habitación con paso firme y abrió una puerta. Al otro lado había un amplio pasillo. Dos magos de túnica verde se quedaron parados mirándolo, luego vieron a su guía. La sorpresa les hizo parpadear, y entonces inclinaron las cabezas en señal de respeto.

Sin hacerles caso, el mago avanzó hasta el final del pasillo, con Cery pisándole los talones. Después de cruzar un umbral, Cery miró hacia arriba y dio un respingo. Habían entrado en una sala llena de fantásticas escaleras de caracol. A un lado se alzaban las puertas de la universidad, abiertas de par en par y dejando ver el terreno cubierto de nieve y la Ciudad Interior al fondo. Cery dio una vuelta completa sobre sí mismo, y entonces se dio cuenta de que el mago ya había avanzado varios pasos por el pasillo.

—Harrin no se lo va a creer en la vida —murmuró mientras se apresuraba a seguirlo.

—Eso no es lo que ocurrió —dijo Rothen a Sonea.

Ella apartó la mirada.

—Sé lo que vi —respondió—. ¿Quieres que mienta?

A Sonea, aquellas palabras le dejaron un sabor amargo en la boca. Tragó saliva e intentó mostrarse sorprendida por la afirmación del mago.

Rothen se la quedó mirando y luego negó con la cabeza.

—No, no quiero. Si se descubriese que hoy has mentido, muchos cuestionarían que se te deba permitir entrar en el Gremio.

—Por eso he tenido que hacerlo.

Rothen suspiró.

—Entonces ¿de verdad es así como lo recuerdas?

—Eso he dicho, ¿no? —Sonea le dedicó una mirada suplicante—. No me lo pongas más difícil aún, Rothen.

La expresión del mago se suavizó.

—De acuerdo. Es posible que se me pasara alguna cosa aquel día. Es una lástima, pero ¿qué vamos a hacerle? —Meneó la cabeza—. Voy a echar de menos nuestras clases, Sonea. Si hay...

—Lord Rothen.

Los dos se giraron para ver a Osen acercándose. Rothen suspiró y regresó a su asiento. Mientras Fergun empezaba a desplazarse hacia ella, Sonea reprimió un gemido.

Cuando Rothen había solicitado tiempo para hablar con ella, Fergun había pedido el mismo trato de inmediato. ¿Qué tenía pensado decirle el mago? Lo único que ella quería era que terminara de una vez la Vista.

Fergun le dedicó una sonrisa enfermiza al llegar a su lado.

—¿Todo va según lo planeado? —preguntó.

—Sí —dijo Sonea, asintiendo.

—Bien —gorjeó él—. Muy bien. Tu historia ha sido convincente, aunque te hayas expresado mal. Aun así, era de una sinceridad encantadora.

—Me alegro de que te haya gustado —replicó ella en tono seco.

Fergun levantó la mirada hacia los magos superiores.

—No creo que vayan a querer discutir sobre este asunto mucho más. Pronto tomarán una decisión. Después de eso, me ocuparé de que tengas una habitación en el alojamiento de los aprendices. Deberías sonreír, Sonea. Nos interesa que la gente piense que te llena de gozo la idea de ser aprendiz mía.

Con un suspiro, Sonea obligó a las comisuras de su boca a levantarse en lo que esperaba que pareciera una sonrisa a los lejanos magos.

—Ya he tenido bastante —dijo por lo bajo—. Volvamos y acabemos de una vez.

Las cejas de Fergun se arquearon.

—Oh, no. Quiero mis diez minutos enteros.

Apretando los labios, Sonea decidió que no diría una palabra más. Cuando Fergun

volvió a hablarle, no le hizo ningún caso. Al ver el parpadeo de irritación que hizo el mago, le resultó mucho más fácil sonreír.

—¿Lord Fergun?

Sonea se giró y vio que lord Osen les indicaba que se acercaran. Dejando escapar un suspiro de alivio, siguió al mago hasta la parte delantera del estrado. El Salón seguía lleno de murmullos. Osen levantó las manos.

—Silencio, por favor.

Las caras se volvieron hacia la parte delantera y un silencio expectante se asentó en la estancia. Sonea vio con el rabillo del ojo cómo la miraba Rothen. Sintió otra punzada de remordimiento.

—Los testimonios que hemos escuchado hoy dejan claro que lord Fergun fue el primero en reconocer las capacidades de Sonea —dijo lord Osen—. ¿Alguien desea refutar esta conclusión?

—Yo lo deseo.

Era una voz profunda y extrañamente familiar, y resonaba desde algún lugar a sus espaldas. Al moverse los magos en sus asientos, el roce y el frufú de todas las túnicas invadió el Salón. Sonea se giró y vio que uno de los portones estaba entreabierto. Había dos figuras recorriendo el pasillo en dirección a ella.

Al reconocer a la más baja de las dos, gritó de alegría.

—¡Cery!

Dio un paso adelante, y entonces se quedó petrificada al ver al acompañante de Cery. Llegaron a sus oídos preguntas susurradas desde los dos lados. El mago se acercaba mientras la medía con la mirada. Perturbada por que aquel mago la mirara tan fijamente, Sonea desvió su atención hacia Cery.

Aunque estaba pulido y sucio, Cery sonreía de felicidad.

—Me ha encontrado y me ha soltado —le dijo—. Todo saldrá bien.

Sonea dirigió una mirada interrogativa al mago de túnica negra. Los labios se curvaron en media sonrisa, pero no dijo nada. Pasó junto a ella, asintió en dirección a Osen y empezó a subir los peldaños que había entre los magos superiores. Nadie protestó cuando aquel hombre ocupó el asiento que estaba encima del administrador.

—¿Por qué motivo refutáis esta conclusión, Gran Lord? —preguntó Osen.

La habitación pareció inclinarse bajo los pies de Sonea. Miró fijamente al mago de túnica negra. Ese hombre no era ningún asesino. Era el líder del Gremio.

—Tengo pruebas de que se ha producido un engaño —respondió el Gran Lord—. La chica ha sido obligada a mentir.

Sonea escuchó un sonido ahogado a su derecha. Al girarse, vio que la cara de Fergun se había puesto blanca. Notó una llamarada de triunfo y rabia y, olvidando al mago de túnica negra, señaló con el dedo a Fergun.

—¡Él hizo que mintiera! —lo acusó—. Me dijo que mataría a Cery si no hacía lo

que él quería.

Por todo el Salón se produjeron exclamaciones y susurros de sorpresa. Sonea notó que Cery le agarraba el brazo con fuerza. Se volvió hacia Rothen, y al cruzar la mirada con él, supo que el mago lo comprendía todo.

—Se ha formulado una acusación —observó lady Vinara.

La estancia quedó en silencio. Rothen separó los labios para hablar, pero frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Sonea. ¿Conoces la ley relativa a las acusaciones? —preguntó lord Osen.

Sonea dio un respingo al recordarla.

—Sí —respondió con voz temblorosa—. ¿Una lectura de la verdad?

Osen asintió y se dirigió a los magos superiores.

—¿Quién llevará a cabo la lectura de la verdad?

Silencio. Los magos superiores se miraron entre ellos, y luego todos alzaron la mirada hacia Lorlen. El administrador asintió y se levantó de su asiento.

—Yo efectuaré la lectura de la verdad.

Mientras descendía al estrado, Cery tiró del brazo de Sonea.

—¿Qué va a hacer? —susurró.

—Me va a leer la mente —dijo ella.

—Ah —dijo él, tranquilizándose—. Solo era eso.

Sonea, divertida, se giró para contemplarlo.

—No es tan fácil como puedas pensar, Cery.

Él se encogió de hombros.

—A mí me ha parecido bastante fácil.

—Sonea.

La joven levantó la mirada para comprobar que Lorlen ya estaba a su lado.

—¿Ves ahí a Rothen, Cery? —preguntó Sonea, señaládoselo—. Es un buen hombre. Ponte a su lado.

Cery asintió, le dio un apretón en el brazo y se separó de ella. Mientras su amigo llegaba junto a Rothen, Sonea se giró en dirección a Lorlen. El administrador tenía la expresión seria.

—Ya has experimentado el proceso de compartir la mente mientras aprendías Control —dijo—. Esto será un poco distinto. Necesito ver tus recuerdos. Requerirá una gran concentración por tu parte para separar lo que quieres enseñarme de cualquier otra cosa que pienses. Iré haciéndote preguntas para ayudarte. ¿Estás lista?

Sonea asintió.

—Cierra los ojos.

Sonea obedeció y notó que las manos de Lorlen le tocaban la cabeza por los lados.

Muéstrame la habitación que es tu mente.

Sonea esbozó las paredes y puertas de madera y envió una imagen de la habitación a Lorlen. Notó una fugaz diversión.

Qué morada tan humilde. Ahora abre las puertas.

Se encaró hacia la puerta doble y la abrió. En lugar de ver calles y una ciudad, al otro lado no se extendía más que la oscuridad. En ella había una persona de pie, vestida con túnica azul.

Hola, Sonea.

La imagen de Lorlen sonrió. Cruzó la oscuridad con paso largo y se quedó plantado en el vano de la puerta. Extendió una mano e hizo un gesto con la cabeza.

Llévame adentro.

Ella le cogió la mano. Al tocarla, la habitación pareció deslizarse bajo sus pies.

No sientas miedo ni preocupación, dijo él. Voy a mirar tus recuerdos y luego me marcharé. Avanzó hasta una pared. Muéstrame a Fergun.

Concentrándose en la pared, Sonea creó un cuadro. Colocó en él la imagen de la cara de Fergun.

Bien. Ahora muéstrame lo que hizo para obligarte a mentir por él.

Animar la imagen de Fergun no requirió ninguna fuerza de voluntad por su parte. El cuadro se extendió hasta ocupar toda la pared y la imagen se convirtió en la sala de invitados de Rothen. Fergun caminó hacia ellos y dejó la daga de Cery en la mesa que Sonea tenía delante.

«Tengo al dueño de este cuchillo encerrado en un cuartucho oscuro que nadie de aquí conoce...»

La escena se volvió borrosa. Fergun estaba acuclillado delante de ellos, ocupando toda su realidad.

«Haz lo que yo te diga y liberaré a tu amigo. Cáusame algún problema y lo dejaré ahí para siempre... Cuando les digas eso, los magos superiores no tendrán más remedio que concederme tu tutela. Entrarás en el Gremio, pero te aseguro que no será por mucho tiempo. Una vez hayas hecho un pequeño encargo para mí, volverás al lugar que te corresponde.

»Tú conseguirás lo que quieres, y yo también. No pierdes nada por ayudarme, pero... —Recogió la daga y pasó un dedo por el filo—. Perderás a ese amiguito tuyo si no lo haces.»

Sonea sintió una oleada de rabia procedente de la presencia que tenía junto a ella. Distraída, miró de soslayo a Lorlen y el cuadro se fundió con la pared. Volvió a mirar la pared y ejerció su voluntad para que apareciera otra vez.

Invocando su memoria, llenó el cuadro con una imagen de Cery, sucio y flaco, y de la habitación donde había estado retenido. Fergun estaba de pie a un lado, con aire satisfecho. El olor a comida pasada y desperdicios humanos fluía desde el cuadro hacia la habitación.

¡Esto es intolerable! Ciertamente ha sido una suerte que el Gran Lord encontrase hoy a tu amigo.

Con la mención del mago de túnica negra, Sonea notó cómo cambiaba el cuadro. Al volverse hacia él, Lorlen también lo miró e inspiró repentinamente.

¿Qué es esto?

En el cuadro se veía al Gran Lord, ataviado con ropas de mendigo ensangrentadas. Lorlen se giró para mirarla fijamente.

¿Cuándo viste esto?

Hace muchas semanas.

¿Cómo? ¿Dónde?

Sonea dudó. Si le permitía ver el recuerdo, el administrador sabría que había irrumpido en el Gremio para espiar. No había entrado en su mente para ver aquello, y Sonea estaba segura de que no podría quejarse si lo expulsaba.

Pero una parte de ella quería que lo viera. Ahora no podría perjudicarle dejar que los magos supieran de su allanamiento, y anhelaba una respuesta al misterio del mago de la túnica negra.

De acuerdo. Todo empezó así...

El cuadro pasó a mostrar a Cery guiándola por dentro del Gremio. Notó la sorpresa de Lorlen, y luego una diversión creciente a medida que la imagen cambiaba de escena en escena. Ahora fisgaba por una ventana, ahora corría cruzando el bosque, ahora miraba los libros que había robado Cery. Sintió que el mago se sonreía.

Nunca habríamos adivinado que los libros que robaron a Jerrick eran para ti. Pero ¿qué ocurre con Akkarin?

Sonea dudó, reacia a descubrirle aquel recuerdo.

Por favor, Sonea. El es nuestro líder y mi amigo. Debo saberlo. ¿Estaba herido?

Sonea esbozó el recuerdo de un bosque y lo proyectó en el cuadro. Una vez más avanzó entre los árboles hasta la casa gris. Apareció el sirviente, y ella se agachó en el hueco que había entre los arbustos y la pared. El tintineo que la había llevado hasta la rejilla sonó en su habitación imaginaria.

El Gran Lord volvía a estar de pie en el cuadro, en esta ocasión vestido con una capa negra. Llegaba el sirviente cuando Sonea notó que Lorlen lo reconocía.

Takan.

«Está hecho —dijo el Gran Lord, y se quitó la capa dejando ver las ropas llenas de sangre. Se miró a sí mismo, disgustado—. ¿Has traído mi túnica?»

Tras el murmullo que dio el sirviente por respuesta, el Gran Lord se quitó la camisa de mendigo. Por debajo estaba el cinturón de cuero en su cintura y la vaina de la daga. Se limpió, se perdió de vista y regresó vestido con una túnica negra. Recogió el cinturón, sacó la daga reluciente y empezó a limpiarla con una toalla. En aquel momento Sonea notó la sorpresa e incomprensión de Lorlen. El Gran Lord miró a su

sirviente.

«La pelea me ha debilitado —dijo—. Necesito tu fuerza.»

El sirviente, arrodillado, le ofreció su brazo. El Gran Lord pasó el filo por la piel del hombre, y puso una mano sobre la herida. Sonea sintió un eco del extraño aleteo que había notado en su interior.

¡No!

El terror la invadió. Asustada por la intensidad de las emociones de Lorlen, Sonea se desconcentró. El cuadro se volvió negro y luego desapareció por completo.

¡No puede ser! ¡Akkarin no!

¿Qué era eso? No lo comprendo. ¿Qué hizo?

Lorlen pareció hacer acopio de sus emociones, conteniéndolas. Su imagen se desvaneció poco a poco y Sonea comprendió que había salido de su mente.

No te muevas ni abras los ojos. Tengo que meditar sobre esto antes de volver a mirarlo a la cara.

El mago permaneció en silencio el tiempo que duran varios latidos de corazón, y a continuación regresó su presencia.

Lo que has visto está prohibido, le dijo. Es lo que llamamos magia negra. Al utilizarla, un mago puede tomar energía de cualquier criatura viva, sea humana o animal. Que Akkarin la ponga en práctica es... es más terrible de lo que se pueda creer. Es un mago poderoso, más fuerte que ninguno de nosotros... ¡Ah! ¡Esto debe de ser la fuente de su extraordinaria potencia! Si estoy en lo cierto, ya debía de practicar esas artes malévolas antes de volver del extranjero...

Lorlen se detuvo mientras consideraba aquello.

Ha roto su juramento. Debería ser desposeído de su categoría y expulsado. Si ha utilizado esos poderes para matar, el castigo es la muerte...

Sonea notó la angustia del mago. Hubo otro largo silencio.

¿Lorlen?

El mago pareció volver a contener sus emociones.

Vaya, lo siento, Sonea. Es amigo mío desde que los dos éramos aprendices. Han pasado tantos años... ¡Y tenía que ser yo quién descubriera algo como esto!

Cuando volvió a hablar, se notaba una gélida determinación tras el mensaje que envió.

Debemos eliminarlo, pero no ahora. Es demasiado poderoso. Si nos enfrentamos a él y se resiste, podría vencernos fácilmente... y cada muerte que diera lo volvería más fuerte. Revelado su secreto y sin motivos para ocultar su crimen, mataría sin pensárselo dos veces. La ciudad entera correría peligro.

Escandalizada por lo que describía el mago, Sonea sintió un escalofrío.

No temas, Sonea, la tranquilizó Lorlen. No permitiré que eso ocurra. No podemos enfrentarnos a él hasta que sepamos que podemos derrotarlo. Mientras llega ese

momento, no debemos permitir que nadie se entere de esto. Hemos de prepararnos en secreto. Lo cual significa que no debes hablar de esto con nadie jamás. ¿Lo entiendes?

Sí, pero... ¿no hay más remedio que permitirle seguir liderando el Gremio?

Por desgracia, no. Cuando considere que somos lo bastante fuertes, reuniré a todos los magos. Tendré que moverme con rapidez, sin darle aviso. Hasta ese momento, solo podemos saber esto tú y yo.

Lo comprendo.

Ya sé que quieres regresar a las barriadas, Sonea, y no me sorprendería que este descubrimiento incrementara tu determinación de marcharte, pero debo pedirte que te quedes. Cuando llegue el momento, necesitaremos toda la ayuda disponible. Además, aunque no me guste la idea, me temo que podrías ser una víctima muy atractiva para él. Sabe que tus poderes son fuertes. Serías una abundante fuente de magia. Con tus poderes bloqueados, y viviendo lejos de quienes podrían reconocer la muerte causada por la magia negra, te convertirías en la víctima perfecta. Por favor, por tu bien y por el nuestro, quédate aquí con nosotros.

¿Quieres que viva aquí, en sus mismas narices?

Sí. Aquí estarás más a salvo.

Si no pudisteis encontrarme hasta que os ayudaron los ladrones, ¿cómo podría él?

Akkarin tiene los sentidos más agudos que el resto de nosotros. Fue el primero en saberlo cuando empezaste a utilizar los poderes. Me temo que no tendría ninguna dificultad en encontrarte.

Sonea notó que al mago de verdad le preocupaba su seguridad. ¿Cómo podía discutir con el administrador gremial? Si él creía que se hallaba en peligro, probablemente se hallaba.

No tenía elección. Debía quedarse. La sorprendió no sentir ninguna rabia ni decepción, solo alivio. Cery le había dicho que no debía verse como una traidora por hacerse maga. Aprendería a usar su magia, dominaría las habilidades de sanación y quizá, un día, echaría mano de sus conocimientos para ayudar a la gente que había dejado.

Y sería una gran satisfacción frustrar los planes de magos como Fergun, que creían que los losdes no debían unirse al Gremio.

Sí, envió. Me quedaré.

Gracias, Sonea. En ese caso, hay otro a quien debemos confiar nuestro secreto. Como tutor tuyo, puede que Rothen vuelva a tener motivos para entrar en tu mente, sobre todo cuando llegue el momento de enseñarte sanación. Tal vez vislumbre lo que me has mostrado hoy. Debes hablar a Rothen de Akkarin, y de todo lo que te he dicho yo. Sé que podemos confiar en su silencio.

Así lo haré.

Bien. Ahora voy a soltarte y a confirmar el delito de Fergun. Procura no demostrar ningún miedo de Akkarin. Ni siquiera lo mires, si así te resulta más fácil. Y mantén bien enterrados tus pensamientos.

Notó que las manos del administrador se separaban de sus sienes y abrió los ojos. Lorlen la contemplaba con aire solemne, con los ojos brillantes, y entonces se le suavizó la expresión y se giró hacia los magos superiores.

—Lo que dice es cierto —anunció.

Sus palabras provocaron un silencio atónito, que al poco tiempo se empezó a llenar de exclamaciones y preguntas. Lorlen levantó una mano y la habitación volvió a quedar en silencio.

—Lord Fergun apresó a este joven —dijo Lorlen, señalando a Cery—, después de decirme que lo acompañaría hasta las puertas. Lo encerró en una habitación subterránea, y le dijo a Sonea que mataría a su amigo si ella no mentía en esta Vista para confirmar su historia. Después de obtener su tutela, pretendía obligarla a violar alguna de nuestras reglas para que fuera expulsada públicamente.

—¿Por qué? —susurró lady Vinara.

—Por lo que Sonea tiene entendido —respondió Lorlen—, su objetivo era disuadirnos de aceptar en el Gremio a otros plebeyos.

—Pero ella quería marcharse de todos modos.

Todas las miradas se volvieron hacia Fergun. El mago observó a los magos superiores con expresión desafiante.

—Admito que el asunto se me fue de las manos —dijo—, pero solo pretendía salvar al Gremio de sí mismo. Habrían hecho ustedes que diéramos la bienvenida a ladrones y mendigos sin considerar si nosotros mismos, o las Casas, o incluso el rey a quien servimos, lo deseábamos. Puede parecer una minucia admitir a una mendiga en el Gremio, pero ¿adónde nos habría llevado eso? —Fergun levantó la voz—. ¿Vamos a dejar que se nos unan más de ellos? ¿Vamos a convertirnos en el gremio de ladrones?

Se hizo un murmullo y, mirando a los magos de ambos lados, Sonea vio bastantes cabezas que negaban. Fergun la miró, sonriente.

—Ella quería que le bloqueáramos los poderes para poder regresar a su hogar. Pregúntenle a lord Rothen. No va a negarlo. Pregunten al administrador Lorlen. No le pedí hacer nada que no quisiera antes.

Sonea apretó los puños.

—¿Nada que no quisiera antes? —Escupió las palabras—. Pues no quería pronunciar el Juramento de los Aprendices y luego violarlo. No quería mentir. Tú encerraste a mi amigo. Tú amenazaste con matarlo. Eres... —Calló, de pronto consciente de tener todos los ojos fijos en ella. Respiró profundamente y se dirigió a

los magos superiores—: Cuando llegué aquí por primera vez, pasó mucho tiempo antes de que comprendiera que no son ustedes unos... —Se detuvo, disgustada con la imagen de sí misma plantada en el Salón Gremial e insultando a los magos. En lugar de terminar la frase, señaló a Fergun—. Pero él sí es absolutamente todo lo que me habían enseñado a creer que son los magos.

El silencio subrayó sus palabras. Lorlen le dedicó una mirada solemne, y a continuación asintió lentamente. Se giró para encararse a Fergun.

—Ha cometido usted numerosos delitos, lord Fergun —dijo—. Algunos de ellos, de suma gravedad. No necesito pedirle explicaciones; ya nos ha dado usted más que suficientes. Dentro de tres días se celebrará una Vista para tratar sus actos y decidir cómo castigarlos. Mientras tanto, le sugiero que colabore con la investigación.

Pasó junto a Osen dando zancadas y subió la escalera que había entre las hileras de magos superiores. El Gran Lord lo estaba mirando, con los labios curvados en una media sonrisa. Sonea se estremeció al imaginarse las emociones enfrentadas que debía de sentir Lorlen bajo esa mirada.

—El asunto que íbamos a discutir en esta Reunión se ha vuelto irrelevante —proclamó Lorlen—. Por la presente, concedo la tutela de Sonea a lord Rothen y declaro concluida esta Vista.

El salón se llenó de voces y del sonido atronador de los pies con botas mientras los magos se levantaban de sus asientos. Sonea cerró los ojos y suspiró. «¡Se ha acabado!»

Y entonces se acordó de Akkarin. «No se ha acabado —se recordó a sí misma—. Pero de momento, no me corresponde a mí preocuparme de eso.»

—Deberías habérmelo contado, Sonea.

Al abrir los ojos encontró a Rothen de pie frente a ella, con Cery al lado. Bajó la mirada.

—Lo lamento.

Rothen la sorprendió dándole un rápido abrazo.

—No te disculpes —dijo—. Tenías que proteger a un amigo. —Se giró hacia Cery—. En nombre del Gremio, te ofrezco mis disculpas por el trato que has recibido.

Cery sonrió y quitó importancia al tema con un gesto.

—Con que me devolváis mis cosas, aquí no ha pasado nada.

Rothen frunció el ceño.

—¿Qué te falta?

—Dos dagas, algunas navajas y mis herramientas.

—¿Herramientas? —repitió Rothen.

—Ganzúas.

Rothen levantó una ceja mirando a Sonea.

—No bromea, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Veré qué puedo hacer. —Rothen suspiró, y luego miró por encima del hombro de Sonea—. ¡Ah! Por ahí viene un hombre más ducho en la forma de conducirse de los ladrones, lord Dannyl.

Sonea notó una palmadita en el hombro y se volvió para encontrarse con la sonrisa del mago más alto.

—¡Bien hecho! —le dijo él—. Me has hecho un gran favor, a mí y al Gremio.

Rothen sonrió con ironía.

—¿Estamos contentos por algo en particular, Dannyl?

Dannyl dirigió una mirada altiva a su amigo.

—¿Quién llevaba razón sobre Fergun, al final?

Suspirando, Rothen asintió.

—Tú.

—¿Entiendes ahora por qué me cae tan mal? —Al ver a Cery, la expresión de Dannyl se volvió pensativa—. Creo que los ladrones te están buscando. Me mandaron un mensaje preguntando si sabía dónde estaba el desaparecido acompañante de Sonea. Parecían bastante preocupados.

Cery midió con la mirada al mago.

—¿Quién envió el mensaje?

—Un hombre llamado Gorín.

Sonea arrugó la frente.

—Entonces fue Gorín quien le dijo al Gremio dónde podía encontrarme, no Farén.

Cery se la quedó mirando.

—¿Te *traicionaron*?

Ella se encogió de hombros.

—No tenían elección. En realidad es bueno que lo hicieran.

—Eso no tiene nada que ver. —Los ojos de Cery habían empezado a refulgir. Adivinando sus pensamientos, Sonea sonrió. «Sí que le quiero —pensó de repente—. Pero ahora mismo, es amor de amiga.» Quizá, si pudieran pasar algún tiempo juntos sin todas las distracciones que habían sufrido los últimos meses, se convertiría en algo más. Pero era imposible, ahora que ella se iba a unir al Gremio y él volvería, seguramente, con los ladrones. Pensarlo le provocó una punzada de arrepentimiento, pero la ignoró.

Paseó la mirada por el Salón y se sorprendió al encontrarlo casi vacío. Fergun seguía estando cerca, rodeado por un grupo de magos. Cuando lo miró Sonea, el mago le interceptó la mirada y le dedicó una mueca de desprecio.

—Miradlos —dijo—. Uno se junta con mendigas, el otro con ladrones.

Sus compañeros rieron.

—¿No debería estar encerrado, o algo así? —pensó Sonea en voz alta.

Rothen, Danyl y Cery se giraron para observar al mago.

—No —respondió Rothen—. Estará controlado, pero sabe que tiene la posibilidad de que no lo expulsen si finge arrepentimiento. Seguramente le asignarán una tarea que no quiera nadie, probablemente algo que implique trabajar en algún lugar remoto durante varios años.

Fergun los miró con ferocidad antes de girar sobre sus talones y caminar hacia la puerta, seguido de sus compañeros. La sonrisa de Danyl se hizo más ancha, pero Rothen movió la cabeza con tristeza. Cery se encogió de hombros y miró a Sonea.

—¿Qué ocurrirá contigo? —preguntó.

—Sonea es libre de marcharse —contestó Rothen—. Pero tendrá que quedarse otro día o dos. Por ley, sus poderes deben ser bloqueados antes de que regrese a las barriadas.

Cery la observó, con el entrecejo hecho un ovillo.

—¿Bloqueados? ¿Te van a bloquear la magia?

Sonea negó con la cabeza.

—No.

Rothen frunció el ceño y luego la examinó con atención.

—¿No?

—Claro que no. Si lo hicieran, sería un poco difícil enseñarme, ¿no es así?

El mago parpadeó.

—¿De verdad te quedas?

—Sí —respondió ella con una sonrisa—. Me quedo.

Epílogo

Por encima de la mesa flotaba una mota de luz en el aire. Se expandió lentamente hasta convertirse en un globo del tamaño de la cabeza de un niño, y luego se elevó para flotar cerca del techo.

—Eso es —dijo Rothen—. Has creado un globo de luz.

Sonea sonrió.

—Ahora sí que me siento como una maga de verdad.

Rothen le miró el rostro y notó que se le alegraba el corazón. Era difícil resistir la tentación de enseñarle más y más magia cuando era tan evidente que Sonea lo disfrutaba muchísimo.

—A la velocidad que aprendes, cuando empieces las clases en la universidad llevarás semanas de ventaja a los demás aprendices —le dijo—. Por lo menos en lo que se refiere a magia. Pero... —Alcanzó un montón de libros que había junto a su silla y empezó a buscar entre ellos—. Tu habilidad con el cálculo está muy atrasada —dijo con firmeza—. Ya va siendo hora de que nos pongamos a ello en serio.

Sonea miró los libros y suspiró.

—Ojalá hubiera sabido las torturas que ibais a hacerme sufrir antes de decidir quedarme.

Riendo, Rothen le pasó un libro sobre la mesa. Se quedó quieto y luego la miró con ojos entornados.

—Todavía no has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Cuándo decidiste quedarte?

La mano que se desplazaba hacia el libro se quedó parada. Sonea levantó la mirada hacia el mago. Los ojos de la joven no acompañaron la sonrisa que le lanzó.

—Cuando me di cuenta de que debía hacerlo —dijo.

—Va, Sonea. —Rothen la señaló con un dedo—. No me vengas otra vez con evasivas.

Ella se reclinó en el asiento.

—Lo decidí durante la Vista —le dijo—. Fergun me hizo comprender a qué estaba renunciando, pero eso no fue lo que me hizo cambiar de idea. Cery me dijo que sería una idiota si volvía a casa; eso también ayudó.

Rothen soltó una carcajada.

—Me cae bien tu amigo. No lo apruebo, pero me cae bien.

Sonea asintió, y luego frunció los labios.

—Rothen, ¿existe la menor posibilidad de que nos pueda oír alguien? —preguntó—. ¿Los sirvientes? ¿Otros magos?

Él negó con la cabeza.

—No.

Sonea se inclinó hacia delante.

—¿Estás *completamente* seguro?

—Sí —dijo el mago.

—Hay... —Se detuvo, se dejó escurrir de la silla y quedó de rodillas junto al mago—. Hay una cosa que Lorlen me dijo que tenía que contarte.

Guía de Lord Dannyl para el argot de las barriadas

Abuela– chulo, proxeneta

Apagar– convencer a alguien para que guarde silencio

Batea– contrabandista

Blinga– alguien que traiciona a los ladrones (el acto se llama «hacer la de blinga»)

Botar– rechazo / rechazar («no nos botes»)

Brillo– atracción («ella le tiene un brillo» significa «ella le atrae»)

Buen lado– digno de confianza / con el corazón en su sitio

Buen toque– intento razonable

Caraboñiga– tonto

Clicar– tener una idea, ocurrírsele algo

Cliente– persona que tiene una deuda o un acuerdo con un ladrón

Contra– fulana

Cuchillo– asesino de alquiler

Cuerda– libertad

Desagüe– vendedor de artículos robados

Desbandado– difícil

Dinero de sangre– pago por un asesinato

Enfuegado– furioso («se puso todo enfuegado por aquello»)

Enseñar– presentar

Espacio– concesión / permiso

Estilo– forma de llevar a cabo los negocios

Gorrero– hombre que frecuenta los burdeles

Hecho– asesinado

Ir por– estar buscando

Jarra– boca (de un recipiente de bol, por ejemplo)

Ladrón– líder de un grupo criminal

Losdes– habitantes de las barriadas

Manopla– guardia sobornable o bajo el control de un ladrón

Mensajero– matón que avisa o cumple una amenaza

Mina de oro– hombre que prefiere a los chicos jóvenes

Ojar– montar guardia

Parientes– personas de confianza de un ladrón

Pesados– gente importante

Pescar– proponer / pedir / buscar (además, un pesca es alguien que huye de la Guardia)

Pillado– capturado

Pinchar– reconocer / comprender

Preocupar– esconder («él preocupa su negocio» / «ya te preocupo yo eso»)

Rascada– problema («tuve alguna rascada por aquello»)

Sifón- espía, normalmente encubierto (sifonar también es reconocer a alguien)

Vigía– persona que no quita ojo a algo o a alguien

Visitante– persona que roba

Yep– llamada de atención o bien expresión de sorpresa o duda

Glosario

ANIMALES

- **Anyi** - mamífero marino con púas cortas.
 - **Blinga** - criatura parecida a la ardilla que roba comida.
 - **Ceryni** - pequeño roedor.
 - **Enka** - animal domesticado con cuernos; se cría por su carne.
 - **Eyoma** - sanguijuela marina.
 - **Farén** - término general para designar a los arácnidos.
 - **Gorín** - animal domesticado de gran tamaño, criado por su carne y para tirar de barcas y carromatos.
 - **Harrel** - animal domesticado pequeño; se cría por su carne.
 - **Limek** - perro salvaje depredador.
 - **Mosca de la savia** - insecto arbóreo.
 - **Muluk** - ave nocturna salvaje.
 - **Pollillas aga** - insectos que se alimentan de ropa.
 - **Rasuk** - ave domesticada apreciada por su plumaje y su carne.
 - **Ravi** - roedor, más grande que el ceryni.
 - **Reber** - animal domesticado; se cría por su lana y su carne.
 - **Zill** - mamífero pequeño e inteligente que a veces se utiliza como animal de compañía.
-

Plantas / Comida

- **Bol** - licor fuerte hecho de tugores (también significa «escoria de río»).
- **Brasi** - vegetal verde, de grandes hojas y capullos pequeños.
- **Cepa anívopa** - planta sensible a la proyección mental.
- **Crot** - alubia grande y violeta.
- **Curem** - salsa suave de frutos secos.
- **Curren** - cereal comestible de sabor fuerte.
- **Dall** - fruto alargado de carne anaranjada, ácida y con semillas.
- **Gan-gan** - arbusto floral procedente de Lan.
- **Iker** - droga estimulante, con fama de poseer efectos afrodisíacos.
- **Jerra** - judía larga y amarilla.
- **Kreppa** - hierba medicinal de olor nauseabundo.
- **Marín** - fruto cítrico rojo.

- **Monyo** - bulbo.
 - **Myk** - droga que nubla la mente.
 - **Nalar** - raíz de sabor picante.
 - **Nemmin** - polvo con el que se prepara una poción-droga para dormir.
 - **Pachi** - fruto dulce y crujiente con el que se elabora un vino.
 - **Pemeino** - especia parecida a la pimienta.
 - **Piorre** - fruta pequeña y de formaacampanada.
 - **Raka / suka** - bebida estimulante hecha de grano tostado, originaria de Sachaka.
 - **Salsa chebol** - salsa densa para la carne hecha de bol.
 - **Simba** - mantel de juncos entretrejidos.
 - **Siyo** - potente licor vindeano con sabor a nueces.
 - **Sumi** - bebida amarga.
 - **Telk** - semilla de la que se extrae aceite.
 - **Tenn** - cereal que puede cocinarse recién recolectado, partirse en trozos pequeños o molerse para hacer una harina.
 - **Tugor** - raíz parecida a la chirivía.
 - **Vare** - bayas con las que se elabora la mayor parte de los vinos.
 - **Yomi** - restos de la elaboración del siyo que se emplean para quemar eyomas.
-

Vestuarios y armamento

- **Abrigolargo** - abrigo que llega a los tobillos.
 - **Incal** - símbolo cuadrado, parecido a un escudo familiar, que se cose en la manga o el puño.
 - **Kebín** - barra de hierro con gancho para atrapar el cuchillo del atacante; lo llevan los guardias.
-

Edificios públicos

- **Casa de baños** - establecimiento que se lucra con el uso de sus instalaciones para el baño y otros servicios de acicalamiento.
 - **Casa de bol** - establecimiento que vende bol y alquila alojamientos para breves estancias.
 - **Casa de fermentado** - lugar donde se elabora bol.
 - **Casa de queda** - edificio de alquiler; una habitación por familia.
-

PUEBLOS DE LAS TIERRAS ALIADAS

- **Elyne** - el más cercano a Kyralia, tanto en proximidad como culturalmente, si bien disfruta de un clima más suave; el gentilicio es elyneo.
 - **Kyralia** - hogar del Gremio.
 - **Lan** - tierra montañosa poblada de tribus guerreras; el gentilicio es laniano.
 - **Lonmar** - tierra desértica donde se practica la estricta religión Mahga; el gentilicio es lonmariano.
 - **Vin** - nación isleña famosa por sus hábiles marineros; el gentilicio es vindeano.
-

Otros términos

- **Descanso de enmedio** - almuerzo.
- **Festín del alba** - desayuno.
- **Gorro** - monedas ensartadas en un palo por valor de la siguiente moneda más valiosa.
- **Sachakano** - gentilicio de Sachaka, pueblo no aliado.
- **¿Yai?** - exclamación empleada por los marineros vindeanos del Finda.

Agradecimientos

Mucha gente me dio ánimos, apoyo y críticas constructivas que resultaron valiosísimas para la escritura de esta trilogía. Gracias a:

Mamá y papá, por estar seguros de que yo podría ser todo lo que me propusiera; Yvonne Hardingham, la hermana mayor que nunca tuve; Paul Marshall, por su incombustible capacidad de relectura; Steve Pemberton, por los litros y litros de té y ciertas sugerencias más bien tontas; Anthony Mauriks, por las conversaciones que mantuvimos sobre armamento y sus demostraciones de luchas; Mike Hushes, que cometió la imprudencia de querer ser un personaje; Shelley Muir, por su amistad y honestidad; Julia Taylor, por su generosidad, y Dirk Strasser, por darle una oportunidad al libro.

También quiero dar las gracias a Jack Dann, que me dio confianza para escribir cuando más la necesitaba; a Jane Williams, a Victoria Hammond y especialmente a Gail Bell, por hacer que me sintiera como en casa estando rodeada de autores que no escriben ciencia-ficción en el Centro de Escritores Varuna; y a Carol Boothaman, por su sabiduría.

No podía olvidarme de expresar mi agradecimiento a Ann Jeffree, Paul Potiki, Donna Johanse, Sarah Endacott, Anthony Oakman, David y Michelle Le Blanc y Les Petersen.

Mi más sentido reconocimiento a Peter Bishop y al equipo Varuna. Me ayudasteis de formas demasiado numerosas para mencionarlas.

Y por último, pero no menos importante, un agradecimiento especial para Fran Bryson, mi agente y heroína, por llevar los libros un paso más allá; y a Linda Funnell, que dijo: "¿Sí, por favor!".





